LANA FERGUSON

Bajo siete olas



VeRa



¿Y si no todos los monstruos son el enemigo?

Keyanna "Key" MacKay ha vivido siempre entre silencios. Su padre nunca le habló de su pasado, y solo tras su muerte descubre que pertenecía a un mundo que decidió ocultarle. Con la única pista de un cuento infantil sobre un monstruo que le salvó la vida y el nombre de una abuela en Escocia, Key viaja a las *Highlands* decidida a encontrar respuestas. Lo que no espera es ser rescatada por un escocés tan atractivo como hosco que parece considerarla un problema.

Lachlan Greer sabe que el apellido MacKay trae complicaciones. Cuando salva a Key de una costa traicionera, reconoce de inmediato el riesgo que supone tenerla cerca. Él también guarda secretos y busca respuestas, pero la llegada de Key lo cambia todo: su familia

la recibe con frialdad, en ella empiezan a despertar poderes que no entiende y su determinación desafía cada norma que él ha jurado respetar.

Mientras una maldición ancestral amenaza con repetirse y las lealtades se ponen a prueba, Key y Lachlan deberán decidir en quién confiar. Y es que en un lugar donde los monstruos caminan entre leyendas y lagos brumosos, la atracción puede ser tan poderosa como la magia, y enamorarse, el mayor riesgo de todos.

LANA FERGUSON

Es una autora *sex-positive* que nunca rehúye el humor ni el erotismo en sus novelas. Cuando no escribe, se la puede encontrar cantando canciones de musicales, debatiendo cuál es el mejor Batman o arrastrando a sus amigos a ver las versiones extendidas de *El Señor de los Anillos*. Vive, la mayoría del tiempo, dentro de su cabeza, aunque a veces se la puede ver corriendo tras su corgi por algún que otro bosque.

LANA FERGUSON

Bajo siete llaves

VeRa

A mi escocesa favorita, Blair, por perdonar que le haya puesto un pene a Nessie. Mis más sinceras disculpas.



1

Keyanna

Jamás había imaginado que mi muerte llegaría a manos de una avalancha de ovejas, pero, mientras veo la masa esponjosa que rueda colina abajo hacia la carretera en la que me he quedado varada, pienso que, al menos, sería una forma memorable de irme. *Por Dios*.

Me apresuro a abrir la puerta de mi viejo coche de alquiler. La puerta del lado equivocado, por cierto; es decir, la que está justo en la línea de impacto del ejército balante que viene hacia mí. Alcanzo a agarrar mi mochila y salgo tambaleándome hacia un lugar más seguro.

Pero las ovejas —menos asesinas de lo que creí— empiezan a aminorar la marcha mientras rodean el viejo sedán azul y dejan claro su disgusto por el obstáculo con una serie de balidos infernales.

—¡Oye! —grita una voz desde lo alto de la colina—. ¿Estás bien, muchacha?

Me cubro los ojos para mirar a contraluz y veo a un hombre de cabello canoso saludándome.

—Bien —le contesto—. No son carnívoras, ¿verdad?

—No que yo sepa —se ríe mientras baja trotando.

Al ver mi coche en medio del mar de ovejas, alza una ceja.

—¿Problemas con el coche?

—Le dije a la mujer de la oficina de alquiler que no sabía conducir un vehículo con marchas, pero, al parecer, era lo único que les quedaba.

—¿Eres americana? —No lo dice como una ofensa, pero sí suena sorprendido—. Estás bastante lejos de las zonas turísticas, ¿no?

—Oh, he venido por… —Me detengo, decidiendo que probablemente es mala idea soltarle todo mi complicado peregrinaje a un extraño—. He venido a visitar a la familia.

Entrecierra los ojos —dos faros azules que brillan entre las líneas de su rostro— con una expresión de interés genuino.

—¿De veras? ¿Y a quién vienes a ver? Conozco a todos por aquí.

Dudo, pensando en lo que implicaría contarle a un desconocido lo de mi reunión sin previo aviso con la familia de la que estoy distanciada antes de que ellos se enteren. Pero enseguida caigo en la cuenta de que lo más probable es que pueda llegar a la casa de mi abuela antes de que este hombre logre abrirse paso entre tantas ovejas.

—A los MacKay —le digo—. ¿Rhona MacKay?

—¡Oh, claro que conozco a Rhona! ¿Es tu abuela? ¿Entonces Duncan es tu padre? —Entrecierra los ojos como tratando de montar el rompecabezas—. Te pareces a él. No sabía que había tenido hijos cuando se largó a América.

Intento procesar todo eso; decido tomar su verborrea como un simple gesto de amabilidad y no como una insinuación sobre la complicada historia de mi padre con su familia. El hombre debe de notar mi cara de sorpresa, porque agita la mano.

—Pero mírame, hablando sin sentido. Perdona. No recibimos muchos forasteros aquí en Greerloch. —Se limpia la mano en su camisa de franela gastada y luego me la extiende—. Hamish Campbell. Vivo allí, detrás del cerro, con todas estas —explica mientras mira hacia el rebaño, que todavía bala sin parar—. Mucho gusto.

Le estrecho la mano, todavía confundida por tanta charla. En Nueva York la gente no se pone a hablar así de la nada.

—Soy… Key. Key MacKay. Bueno, en realidad Keyanna, pero todos me llaman Key.

—Key —repite—. Me gusta. Me recuerdas a Rhona, ahora que te veo bien. Tienes sus ojos.

No sé muy bien cómo sentirme respecto a parecerme a una mujer que no quiso saber de mí en mis veintisiete años de vida, pero aun así consigo esbozar una sonrisa forzada.

—Qué amable.

Él frunce el ceño con gesto comprensivo mientras mira a sus ovejas.

—Me imagino que querrás seguir tu camino, ¿eh? Seguro que tu abuela te está esperando.

No lo corrijo. Tan solo me limito a encogerme de hombros.

—Puede que tarde un poquito en conseguir que el rebaño se mueva, pero, si quieres, le echo un vistazo a tu coche. Soy bastante bueno para estas cosas cuando me lo propongo.

—Sería increíble, la verdad. —Respiro aliviada—. ¿De veras no es molestia?

—Ninguna. Ponte cómoda y, en menos de una hora, estará como nuevo.

Miro las colinas verdes que se extienden a nuestro alrededor, mordiéndome el labio mientras saco el móvil.

—¿No sabrás a qué distancia está… —entrecierro los ojos al leer mis notas en la pantalla— *Scall-an-jull* Cove?

El señor Campbell suelta una risa.

—Eso sí que es difícil de pronunciar. Es *Skallangal* Cove, muchacha. —Su pronunciación suena mucho mejor que mi torpe intento—. Andas buscando a Nessie, ¿eh?

—¿Qué?

Él se ríe otra vez.

—No por nada la llaman «la cala del miedo». Tuve que ahuyentar a varios muchachos de ahí. Las rocas son peligrosas. No es seguro.

—Oh, fue un lugar que mi padre mencionó…

—Seguro que sí. Duncan siempre decía que había visto a la bestia. Incluso lo juraba cuando estaba entonado.

—¿Entonado?

—Creo que tú dirías borracho, gallinita.

¿Gallinita? Supongo que pasaría todo el día aquí si lo interrumpo cada vez que usa una expresión típica de la zona.

—¿Viste a mi padre borracho?

—Un par de veces. Antes de que se fuera. —Hamish se rasca la mandíbula—. Me dio pena verlo irse. ¿Cómo está tu padre? ¿No ha venido contigo?

Siento un nudo en el pecho; después de seis meses, todavía me duele aceptar que no puede estar aquí conmigo.

—Él… falleció —le digo—. En primavera.

—Ah, gallinita. —Hamish suspira, con verdadero pesar en su voz —. Lo lamento mucho. Era un buen hombre, tu padre. ¿Puedo preguntar de qué murió?

—Neumonía —explico—. Le habían diagnosticado Alzheimer unos años atrás y fue deteriorándose poco a poco. Ese invierno enfermó y… —Tengo que aclararme la garganta, que se me cierra—. No se recuperó.

—Oh, muchacha. —Los ojos azules de Hamish brillan con emoción genuina, lo que solo empeora el nudo que siento en el pecho. Saca un pañuelo del bolsillo de su abrigo, se suena rápido y lo guarda de nuevo—. Lo siento mucho, gallinita. ¿Y tu madre? Todos escuchamos las historias de cómo Duncan se fue con una americana. ¿No ha venido contigo?

Este hombre está empeñado en abrirme todas las heridas hoy, ¿eh?

—Mi madre murió cuando nací —digo con rigidez.

Hamish suelta el aire.

—Vaya, sí que he metido la pata, ¿eh? Perdóname por ser tan entrometido. —Sacude la cabeza y se aclara la garganta mientras señala hacia mi coche—. Mejor me pongo a trabajar en esto, ¿de acuerdo? Hay una vista preciosa desde aquellas colinas —dice mientras apunta hacia una extensión verde más allá del montón de ovejas—. Y tu cala está a menos de dos kilómetros hacia allí —añade señalando en la otra dirección—. Si eres lo bastante valiente, claro.

—No tengo miedo —digo con una risita suave.

—Pues vigila con las rocas. De verdad que es peligroso. Quédate en la orilla, ¿vale?

—Lo haré. Y gracias por la ayuda.

—No hay de qué. Aquí, en Greerloch, somos una comunidad unida, ¡y resulta que eres familia! No te preocupes, dejaré tu coche como nuevo.

Se da la vuelta para alejar a uno de sus monstruos peludos, que está mascando el borde de su abrigo. A continuación, se abre paso entre la masa blanca en dirección a mi patético coche de alquiler. Lo observo por un momento y me pregunto si realmente es buena idea dejarle el vehículo a un extraño, pero no tengo muchas alternativas. No podría arreglarlo por mi cuenta, y la otra opción sería quedarme encerrada esperando a que pase alguien más. Descanso la mirada en el verde interminable del paisaje, donde no hay absolutamente ningún rastro de vida más allá de Hamish y su rebaño.

Supongo que para cosas como esta existe el seguro de alquiler.

Giro hacia la dirección donde se alza la inmensa colina que, según Hamish, esconde el camino a Skallangal Cove, pensando que este es un momento tan bueno como cualquier otro para hacer lo que he venido a hacer.

Arriba y adelante, supongo.

Mientras avanzo por la hierba, dudo cada vez más de los «menos de dos kilómetros» de Hamish. La colina en sí misma ya fue todo un logro, y de cerca me pareció menos una «colina» y más una pequeña montaña. Los muslos me arden por el esfuerzo mientras camino, y estoy segura de que mi reloj probablemente me estaría organizando una fiesta de pizza por la cantidad absurda de pasos

que estoy acumulando hoy. Pero cuando por fin veo la superficie brillante del lago aparecer ante mí, con el sol reflejándose en las pequeñas olas y haciéndolas centellear, pienso que quizá todos esos pasos valieron la pena.

Desde que he puesto un pie en Escocia, no dejo de maravillarme de lo hermosa que es. La tierra misma parece estar viva a mi alrededor, casi como si pudiera sentir el zumbido de la vida en el aire y bajo mis pies. Los colores se ven más intensos, las vistas y los sonidos resultan más hermosos, y creo que puedo verlo, incluso sentirlo… Entiendo por qué mi padre se ponía tan nostálgico cuando hablaba de su tierra natal.

A medida que me acerco, aparecen señales —los clásicos «Prohibido el paso» y «Peligro», colocados a lo largo del sendero casi invisible que conduce a la orilla rocosa—, pero, dado que no hay ni un alma en kilómetros a la redonda, parece que puedo explorar un poco. Quiero decir, ¿quién va a decirme que no puedo? ¿Las ovejas de Hamish?

Varias rocas grandes sobresalen en el borde del agua. Eso le da a la orilla un aspecto escarpado que, sin duda, podría suponer un problema para niños que quisieran aventurarse sobre ellas. Por un momento, me quedo simplemente mirando el agua tranquila y ondulante, que va y viene con suavidad sobre la orilla, impactada por un recuerdo repentino que no es mío, pero que se siente como si lo fuera de tantas veces que escuché a mi padre contarlo.

Él estaba justo ahí. Justo más allá de la orilla. Me resbalé en las rocas, ¿sabes? Creí que iba a ahogarme… pero él me salvó. ¡A mí! De entre todas las personas del mundo…

De niña, la historia de cómo un monstruo mítico salvó a mi padre me parecía fascinante. Recuerdo que le pedía, hasta tarde, que la repitiera «una vez más», todo con tal de no irme a la cama. A veces, todavía puedo oír su voz, suave y reconfortante, mientras me arrullaba hasta quedarme dormida. Todavía siento sus dedos en la frente, apartando los rizos de mi cara mientras se me cerraban los ojos.

Al final, sus historias eran todo lo que tenía.

Dejo caer mi mochila al suelo y empiezo a rebuscar dentro, con las manos ligeramente temblorosas, hasta sacar la cápsula negra.

—Hola, papá —murmuro, frotando los pulgares sobre la curva elegante de la urna—. Mira dónde estamos.

Me enderezo, sujetándola contra el pecho mientras vuelvo a mirar el agua.

—Te he traído de vuelta —le digo al aire—. Tal como prometí.

Un dolor profundo se instala en mi pecho y más abajo, en el estómago; pensaba que encontraría más paz aquí, sabiendo que le estaría dando la despedida que quería. Ni siquiera estoy segura de si esto es realmente lo que mi padre deseaba o si solo eran más divagaciones provocadas por su pérdida de lucidez, pero siento que es lo correcto… Creo. Claro, nunca habló de su familia ni de su vida aquí —más allá de las historias tontas de la infancia—, pero era evidente que lo echaba de menos. A veces había un deje de tristeza en su voz que no podía ocultar, por mucho que lo intentara.

Después de unos minutos, me doy cuenta de que estoy aquí plantada, retrasando lo inevitable. Es ridículo; renuncié a mi trabajo, crucé el océano, prácticamente arranqué mi vida de raíz solo para

venir a este lugar… Y ahora que estoy aquí, no estoy segura de poder hacerlo.

El viento se levanta, azotando mis rizos, castigados por el sol, alrededor del rostro, y me digo a mí misma que solo es la luz intensa la que me humedece los ojos. Puedo hacerlo, joder.

Me giro en busca de un buen lugar. Nunca he esparcido las cenizas de nadie, desde luego, pero no parece muy especial acercarme sin más a la orilla y esparcir a mi padre sobre las algas. Seguramente tiene que haber una manera mejor.

Con esa idea en mente, empiezo a caminar a lo largo de la orilla, acercándome al conjunto de rocas sobresalientes sobre las que ya me advirtieron las señales, Hamish y, probablemente, hasta Dios mismo a estas alturas. Hay una roca bastante plana a solo unos pasos de la orilla. Eso puedo hacerlo. Después de todo, no soy una niña.

Sujeto a mi padre más cerca mientras piso con cuidado la piedra elevada que conduce hacia la roca plana más grande, con un pie aún en la orilla mientras pruebo el equilibrio. Mis zapatillas no son la mejor elección para esto, y ahora desearía haber leído unos cuantos blogs de viaje más sobre cómo vestirse en Escocia. Aunque, siendo sincera, dudo que ninguno contemplara trepar por las rocas en la orilla del lago Ness. Entrelazo los dedos alrededor de la urna, exhalo y me preparo para dar otro paso sobre las rocas y terminar de una vez, para poder reunirme con su familia. Otra cosa que tampoco sé si me entusiasma demasiado.

Doy un paso más y siento cómo las suelas resbalan sobre la superficie húmeda al tiempo que mi equilibrio se tambalea. Una

oleada de pánico repentino me recorre mientras empiezo a caer hacia atrás, pero algo me sujeta antes de que eso ocurra.

—¡Eh!

Algo firme se enrosca alrededor de mi cintura y me arrastra hacia atrás con tanta fuerza que casi tropiezo al verme obligada a plantar de nuevo ambos pies en la orilla. Ese algo firme —un brazo, caigo en la cuenta— permanece ahí apenas un instante antes de soltarme. Me giro, con las mejillas encendidas de rabia, dispuesta a poner en su lugar a quien sea que haya interferido.

Y entonces, de una forma bastante desconcertante, siento que olvido cómo se usan las palabras.

El desconocido es… atractivo. No de ese tipo de belleza que uno atribuiría a una obra de arte rara o a un atardecer ni nada de eso. No. Este hombre es el tipo de belleza que te hace pensar en sexo, en sudor y en toda clase de cosas sucias que ahora pasan por mi cabeza.

Es más alto que yo —incluso con mi metro setenta y ocho—. Unos quince centímetros más alto, o tal vez más. Su cabello castaño dorado parece iluminado por el sol, mientras que la barba de varios días que cubre su mandíbula cincelada es de un tono más oscuro. Eso le da un aire rudo que realza la belleza de sus pómulos altos y su nariz perfecta.

Tiene labios suaves y hombros anchos, y, por Dios, sus pantalones apenas pueden contener esos muslos. Pero son sus ojos los que capturan toda mi atención. Tan azules que casi parecen plateados, sostienen mi mirada durante más tiempo del que resulta apropiado. Mientras tanto, lucho por pensar en algo —cualquier cosa— que

pueda decirle a este hombre ridículamente atractivo y suene coherente.

—Yo… Yo soy…

—Estúpida —termina él por mí con un acento profundo y sensual. Su pronunciación escocesa me eriza la piel de tal manera que tardo varios segundos en asimilar lo que ha dicho—. Eso es lo que eres.

Me quedo boquiabierta cuando, por fin, proceso sus palabras y parpadeo, mirándolo de una manera que seguramente me hace parecer tan estúpida como cree que soy.

¿Qué demonios?



2
Lachlan

La sorpresa momentánea en sus facciones pronto se transforma en una especie de enfado que le tiñe las mejillas de rojo y hace que sus ya visibles pecas resalten aún más. Aprieta sus labios intensamente rojos, y sus cejas cobrizas se fruncen mientras aferra con más fuerza el jarrón negro que sujeta entre los brazos.

—¿Perdón?

¡*Joder*!, pienso. *Claro*.

—Me has oído —digo, cruzándome de brazos—. ¿No has visto los letreros a lo largo del camino? ¿O pensabas que no iban contigo, eh?

Entreabre la boca; durante un instante su enfado deja paso a la sorpresa antes de que enderece los hombros.

—Los he visto.

—¿Y entonces qué? ¿Has creído que sabías más que todo el mundo? Típico de una americana.

—¡Oye! Ni siquiera me conoces. ¡Estaba teniendo cuidado!

—Estabas a dos segundos de caerte de culo sobre las rocas.

—No estaba… Eso no es…

Sus mejillas arden todavía más, e incluso da un pisotón contra el suelo. En otras circunstancias me haría gracia, pero mis ojos están demasiado ocupados buscando cualquier señal de movimiento en la superficie ondulante del agua, mientras la preocupación me oprime el pecho.

—Este no es lugar para turistas torpes —le digo—. Será mejor que regreses por donde has venido. En el pueblo hay una tienda de recuerdos muy bonita.

Entrecierra los ojos, y por primera vez reparo en el verde brillante de sus ojos. Centellean bajo la luz del sol, vivos y resplandecientes, enmarcados por rizos rojos y alborotados que se mueven con el viento. A primera vista, en realidad no parece estadounidense; más bien diría que ha nacido aquí mismo.

—No soy torpe —resopla, interrumpiendo mi escrutinio—. Y no soy turista. He venido a visitar a mi familia.

Levanto las cejas.

¿Familia?

Conozco a todo el mundo en cien kilómetros a la redonda, y estoy seguro de que la recordaría si la hubiera visto antes.

—¿Ah, sí? ¿Y quiénes serían?

—No es asunto tuyo, pero he venido a ver a mi abuela. Rhona MacKay.

Me tenso en cuanto escucho el nombre. Aprieto los puños a los lados, ocultos bajo los brazos cruzados, y la observo con otros ojos. Ahora le encuentro el parecido. El cabello de Rhona ya se ha vuelto

gris, pero hay una similitud en la forma de los ojos, de la nariz… Incluso la curva de la boca fruncida es similar a la suya.

Las palabras de mi padre resuenan en mi cabeza como un viejo cuento de fantasmas, una advertencia que hasta ahora nunca había tenido importancia. Un escalofrío me recorre la espalda, aunque no dejo que se note mi preocupación. Toda mi vida me dijeron que debía temer a este ser, a esta mujer cuya existencia desconocía hasta hace un instante. Y, sin embargo, no parece en absoluto capaz de desmoronar mi mundo tal como lo conozco.

—¿Ah, sí? —murmuro, aparentando calma—. Estás lejos de la granja de los MacKay. ¿Te has perdido?

—No, no me he perdido —resopla—. Solo iba a… —Aprieta los labios y acerca más el jarrón a su cuerpo—. No es asunto tuyo lo que estaba haciendo.

—Puede que no —asiento—, pero alguien tenía que evitar que te cayeras de culo.

—No iba a caerme de… —Exhala con frustración y se pellizca el puente de la nariz—. Mira, solo necesitaba ver la cala, ¿de acuerdo? Es algo personal.

—¿Personal? —repito—. Bien. Pues será mejor que te des prisa; dicen que el tiempo va a cambiar.

Levanta la vista hacia el sol, con la mano a modo de visera, frunciendo el ceño.

—Pero si está despejado.

—Bienvenida a Escocia. —Me río—. Aquí el tiempo hace lo que le da la gana.

—Todavía necesito… —Mira hacia el agua con una expresión casi triste—. Bah, ya lo haré después. —Me lanza una mirada

desconfiada—. ¿De verdad va a llover o solo quieres que me vaya?

Me encojo de hombros.

—Eres libre de quedarte y comprobarlo. —Bajo la mirada hacia su calzado deportivo, que no le servirá de mucho en el barro de una verdadera tormenta escocesa—. Aunque, como no traes ni siquiera unas botas de agua, sospecho que en ese momento sí vas a estar más predispuesta a pedir ayuda. Quiero decir, cuando tengas el barro hasta las rodillas.

Ella sigue mi mirada hacia sus zapatillas y, por un instante, parece desconcertada.

—Las botas de agua son…

—Sé lo que son las botas de agua —espeta, ofendida.

—Ah, entonces no es falta de conocimiento, sino de previsión.

Abraza más fuerte el jarrón y levanta la otra mano.

—¿Y tú quién demonios te crees? ¿El guardián de la orilla?

—Algo así. —Resoplo con una risa breve. Me inclino en una reverencia burlona, divertido por su expresión de desprecio. No todos los días tengo la oportunidad de fastidiar a una MacKay, y menos a una que se supone debería temer toda mi vida—. Lachlan Greer, a tu servicio, princesa.

—No me llames así —resopla—. Me llamo Key.

Alzo una ceja.

—¿Key? ¿Ese es tu nombre?

—Keyanna —aclara, haciendo una mueca—. Pero nadie me llama así. Key está bien.

—Key —repito, saboreando el nombre—. Pues hoy es tu día de suerte.

—¿Ah, sí? —responde, entrecerrando los ojos—. ¿Por qué?

—Porque acabas de conseguir escolta hasta la granja de los MacKay.

—Sin ánimo de ofender, pero no necesito escolta.

Me acerco un paso. Su estatura hace que no tenga que estirar demasiado el cuello para mirarme, pero lo suficiente como para que resulte satisfactorio, aunque solo sea para molestarla más.

—Sin ánimo de ofender, pero no es una petición. Esto es propiedad privada y estás invadiéndola.

—¿Qué? —bufa—. ¿Me vas a decir que eres el dueño de todo esto?

Sonrío con sorna.

—Sí, muchacha. Lo soy.

Y, milagrosamente, por primera vez, se queda callada.

Key hace un puchero en el asiento del acompañante de mi viejo Land Rover, agarrando con fuerza ese florero que lleva consigo.

—Todavía no entiendo por qué no he podido conducir yo.

Pongo los ojos en blanco.

—¿No has escuchado a Hamish? Has reventado el embrague de tu pobre coche. ¿Qué demonios le has hecho?

—¡Conducirlo! —responde, exasperada—. Le dije a la agencia de alquiler que no me llevaba bien con el cambio de marchas.

—Bueno, ahora ya es obvio.

—A estas alturas, habría preferido ir andando —murmura.

Suelto una risita y señalo, a través del parabrisas, la lluvia que ahora azota con fuerza el vehículo.

—Me parece que no lo habrías pasado nada bien, ¿eh?

—Lo que tú digas.

Le lanzo una mirada de reojo mientras sigo por el camino, intentando no fijarme demasiado en lo impresionante que es, aunque sea una gritona y una terca. Tiene las piernas larguísimas y unos rizos indomables. Vuelvo a intentar encontrar en ella algún rastro de Duncan. Hamish me ha dicho que era su padre. Yo apenas era un crío cuando se marchó a América, pero recuerdo bien la historia. Como recuerdo todas las historias de los MacKay.

—Tu padre… —empiezo—. Hamish ha dicho que había muerto.

Incluso de reojo noto cómo se tensa.

—Sí.

—Lo lamento —digo, no porque le tuviera afecto, sino por mostrar un mínimo de cortesía. Y además… conviene conocer al enemigo—. Solo era un niño cuando se largó, pero sé que tu abuela quedó destrozada.

Al igual que mi padre, pienso con amargura.

Ella se gira hacia mí en el asiento.

—¿Eras un niño cuando mi padre se fue? ¿Qué edad tienes?

—Treinta y cuatro —respondo, frunciendo el ceño—. Tenía seis años cuando se marchó.

—O sea que no lo recuerdas —dice, con un deje de decepción.

—No mucho, no. Volvía de vez en cuando, pero lo veía poco. Y después dejó de venir por completo.

Baja la mirada al regazo, apretando los labios. Por alguna razón, eso me da ganas de hacerla seguir hablando.

—¿Y tú cuántos años tienes?

—Veintisiete.

—Prácticamente una niña —me río.

—Oh, cállate —gruñe—. No eres ningún viejo.

—Lo soy en mis huesos, princesa —replico con una risa seca—. Pregúntale a quien quieras.

Es una broma para su beneficio, aunque tiene algo de verdad. Hay días en que me siento… milenario. Pero no es un buen tema de conversación entre desconocidos.

—Te he dicho que no me llames así —refunfuña, lo que solo me da más ganas de seguir llamándola así.

Señalo el camino al frente.

—La granja de los MacKay está justo al final.

—¿Ah, sí? —Se incorpora, y alcanzo a ver sus dientes blancos atrapando el labio inferior, rojo y mullido—. ¿Esa?

Señala el edificio blanco alargado, rodeado de varias construcciones más pequeñas.

—Así es —confirmo—. Esa misma.

Key parece… nerviosa. Cada vez más, de hecho.

—Quizá ha sido una mala idea —murmura.

—¿Una mala idea?

—¿Y si no quiere verme?

Piso el freno y me giro hacia ella, entrecerrando los ojos.

—Un momento. ¿No sabe que vienes?

—No —responde Key, negando con la cabeza—. Es una… sorpresa.

—¡Por todos los diablos! —Suspiro, pasándome la mano por la cara—. Rhona odia las sorpresas. Podrías haber pensado esto un poco mejor.

—Como sigas insinuando que soy idiota, voy a darte un puñetazo —replica con voz gélida.

—Ah, ¿sí? —No puedo evitar la sonrisa que se me dibuja. Ahora que la he conocido, no puedo decir que me asuste, pese a todas las advertencias de mi padre—. Me gustaría verlo. —Le pincho el brazo con un dedo—. ¿De verdad crees que estos bracitos pueden hacer daño?

—Eres un imbécil —sisea—. ¿Cómo sabes siquiera que a mi abuela no le gustan las sorpresas? Y más aún, ¿para qué te ofreciste a traerme?

—Me pillaba de camino —respondo, encogiéndome de hombros.

—¿De camino? ¿Qué pasa, vives cerca?

Me río por lo bajo, meto otra vez el Rover en marcha y sigo avanzando mientras la enorme casa de campo se acerca cada vez más.

—No —le digo, lanzándole una sonrisa de lado deseando ver el rubor en sus mejillas y la indignación en su cara—. Vivo aquí.

Cuando llegamos a la puerta, tomo una de sus bolsas y, antes de que pueda protestar, salto del Rover, cubriéndome la cabeza con la chaqueta. Cuanto antes le haga pasar dentro de casa, antes dejaré de congelarme el culo. Sus protestas apagadas apenas me llegan antes de cerrar la puerta. Luego la veo salir por el otro lado, tambaleándose con su otra bolsa, temblando un poco bajo el firme aguacero.

Ignoro el impulso fugaz de ofrecerle mi chaqueta —el porche está a solo unos pasos, al fin y al cabo— y, en su lugar, la conduzco hacia la entrada principal, bajo el alero que nos resguarda de lo peor de la lluvia. Al verla estremecerse dentro de ese jersey tan fino, frunzo el

ceño a pesar de mí mismo y abro la boca para decir… algo. No sé el qué.

La puerta se abre antes de que llegue a pronunciar palabra, y allí está Rhona MacKay, erguida en el umbral, con la trenza gris sobre un hombro y la cara surcada de arrugas esbozando una sonrisa divertida al verme.

—Ah, ahí estás —dice—. Pensaba que ibas a ahogarte con este tiempo. Mírate, estás empapado.

—Sí —respondo, impasible—. Una buena tormenta. —Señalo con la cabeza hacia la figura temblorosa de rizos rojos a mi lado, y la mirada de Rhona sigue el gesto—. Rhona, ella es…

Rhona contiene el aliento, y por la sorpresa en sus ojos, es evidente que sabe quién es Key, aunque no entiendo cómo. Sus labios se entreabren, y su mano se posa sobre su pecho. Durante un instante, lo único que se oye es el golpeteo constante de la lluvia contra el tejado. Nadie dice nada.

—Rhona… —empieza Key, con una voz apenas audible—. Yo soy…

—Sé quién eres —la interrumpe Rhona, sin aire pero con un filo en la voz—. Y no deberías haber venido.

No es asunto mío, pero no puedo evitar notar cómo Key se desmorona visiblemente. Lo más sensato para mí sería mantenerme al margen de lo que esté ocurriendo. Y, aun así…, no puedo negar la fugaz necesidad de consolarla cuando la tristeza aparece en su rostro.

Aparto ese pensamiento de inmediato. Es una MacKay. Y, además, una desconocida. Me recuerdo que Keyanna MacKay no es asunto mío.



3

Keyanna

No es que hubiese esperado una cálida bienvenida al conocer a mi abuela por primera vez, pero puedo admitir que, desde luego, tampoco había anticipado una hostilidad tan abierta. La mirada en los ojos de Rhona MacKay es fría, y su verde esmeralda brillante me golpea con fuerza, dado que es exactamente el mismo tono que el mío, y el de mi padre, incluso.

—Sé que probablemente debería haberme puesto en contacto antes de venir… —empiezo.

Rhona sacude la cabeza y me corta de inmediato mientras levanta la mano para detenerme.

—Sí, deberías haberlo hecho, porque así te habrías ahorrado el viaje.

La frustración me oprime el pecho, y siento una cálida oleada de enfado bajo la piel. Seguro que puede comprender que he hecho un

maldito viaje larguísimo para estar aquí. Y, al fin y al cabo, somos familia.

—Mira, sé que tú y mi padre os separasteis en malos términos, pero eso no tiene nada que ver conmigo —le señalo.

—Tienes razón —dice Rhona—. No tiene nada que ver contigo, pero aun así has venido.

La rabia da paso al rechazo, quizá incluso a algo que se parece un poco al dolor, porque, con mi padre muerto, ya no tengo a nadie más. Tal vez por eso busco su mano.

—Rhona —insisto—. ¿No…? —Trago saliva, con un nudo espeso en la garganta—. ¿No quieres conocerme, aunque sea un poco?

Sus ojos se suavizan; su boca se curva en una mueca de tristeza mientras me observa. Su mirada baja hacia mi mano, que sujeta la suya, y por un momento pienso que tal vez vaya a retirarla de golpe, pero, para mi sorpresa, solo suspira.

—Mira, no es que no quiera conocerte, pero… —Alza la vista hacia mí, y ahora percibo el cansancio en sus ojos, el destello de tristeza que reconozco muy bien. Su pulgar se mueve apenas para rozar el dorso de mi mano, pero se detiene antes de ir demasiado lejos, como si se obligara a parar. Sus ojos vuelven a encontrarse con los míos y me sostienen la mirada mientras examina mi rostro—. Te pareces tanto a él —murmura—. La marcha de tu padre dejó cicatrices, gallinita. Esta vieja tiene problemas para perdonar, y, cuando te miro, lo veo a él. No puedo prometerte que encontrarás aquí lo que buscas.

—Lo entiendo —le digo, muy consciente de que la lluvia que salpica alrededor ya empieza a empapar mis pantalones, pero manteniéndome firme a pesar de ello—. De verdad lo entiendo, y

comprendo lo impactante que debe de ser, pero yo… —Soy muy consciente de la imponente presencia a mi lado, la figura enorme de Lachlan, que hace que mi confesión resulte aún más difícil, pero me niego a avergonzarme—. No tengo a nadie más, Rhona. Solo… quiero conocer las partes de mi padre que me ocultó. Quiero conocerte a ti, si me lo permites.

Rhona me observa, como evaluando la situación, y pienso que debemos dar una imagen ridícula: dos extraños y yo, de pie fuera de un porche cubierto mientras la lluvia nos azota por todos lados. Contengo la respiración al ver cómo cambia su expresión, sintiendo que ha tomado una decisión, y me digo que, pase lo que pase, puedo vivir con el resultado. Que, al final, podré decir que hice cuanto pude.

—Está bien, entonces —dice Rhona con voz cansada—. Puedes quedarte. —Suelta mi mano y me señala con el dedo—. Pero no vas a estar holgazaneando. Si quieres quedarte en la granja de los MacKay, vas a trabajar.

—Puedo hacerlo —prometo, sabiendo perfectamente que no tengo ni idea de cómo ayudar en una granja. Lo más cerca que he estado de la vida en el campo fue un zoológico infantil al que mi padre me llevó hace veinte años, pero puedo apañármelas, me digo a mí misma—. Haré lo que haga falta.

—Bueno, entonces entra —suspira ella, abriendo por fin más la puerta para invitarme a pasar—. Sal de la lluvia. —Vuelve la mirada hacia Lachlan—. ¿Vienes?

Por fin me permito mirarlo y giro la cabeza para descubrir que él ya está estudiándome. Sus ojos cristalinos no revelan nada, pero el ligero ceño fruncido me hace pensar que no está precisamente

encantado con la idea de que me quede. No es que me importe. Tampoco me emociona la idea de vivir en el mismo lugar que el atractivo imbécil que me echó de su propiedad.

—Tengo que reunirme con Hamish en el taller de Leo —le dice a Rhona.

—¿Problemas con tu coche? —pregunta ella, enarcando una ceja.

—No, no es mío —responde él, lanzándome una sonrisa torcida.

—No tienes que hacer nada. Yo puedo encargarme —intervengo, con la mandíbula tensa.

—¿Ah, sí? ¿Vas a ir a buscarlo a pie, entonces?

Cuando deja mi bolso en el porche y se cruza de brazos, no puedo evitar fijarme en cómo su jersey ajustado se tensa sobre su pecho ancho bajo el abrigo, haciéndolo parecer aún más imponente. Me obligo a no recrearme en ello. En cambio, le frunzo el ceño y respondo:

—Es una opción.

—Aquí es cuando alguien diría «gracias».

—No te he pedido ayuda —resoplo.

Él pone los ojos en blanco y le lanza una mirada a Rhona.

—Sin duda, es pariente tuya.

—No sé de qué me hablas —responde ella con una sonrisa inocente.

Lachlan sacude la cabeza, me lanza una última mirada y se apresura de nuevo bajo la lluvia hacia su viejo Rover. En cuestión de segundos ya está dentro y maniobrando marcha atrás por el camino de entrada. El tono impaciente de Rhona me arranca del estado de ensimismamiento en el que había caído mientras lo veía marcharse.

—Vamos, entonces —dice ella—. Entra.

Recojo como puedo el bolso que Lachlan ha dejado en el suelo y sigo a Rhona hacia el interior, donde me quedo de pie un momento, sorprendida por lo que veo. El espacio junto a la puerta se abre a otro mucho mayor que parece ser el salón: muebles de piel oscura alrededor de una vieja estufa de leña, encajada en un nicho dentro de una pared de piedra arenisca que se alza del suelo al techo y que me da la sensación de haber viajado en el tiempo.

—Vaya… —murmuro.

Rhona señala mis zapatos.

—Puedes dejarlos en la entrada. He fregado esta mañana y no quiero que vayas llenándolo todo de barro.

—Claro —balbuceo, quitándomelos—. Por supuesto.

—Arriba hay sitio para ti —me dice—. Deja tus cosas en el segundo dormitorio a la derecha y luego baja para que te presente a todos.

—¿A todos?

—Sí —responde—. Están jugando a las cartas en la terraza acristalada.

—¿Y todos son…?

—Bueno, supongo que uno de ellos sería tu… abuelo —dice, atascándose ligeramente con la última palabra, como si la pillara desprevenida. Me reconforta saber que no soy la única incómoda—. Y está su sobrino, Brodie. Se queda con nosotros por ahora. A Lachlan ya lo conoces, así que al menos eso me lo ahorro.

—Eh… ¿Él vive aquí?

—No aquí —me corrige Rhona—. Está en la cabaña de invitados, detrás. A unos pocos pasos por el sendero.

—¿También es de la familia?

Rhona suelta una risa, aunque no entiendo qué le resulta tan gracioso.

—Claro que no —bufa—. Él trabaja aquí. Hace algún que otro arreglo, cuida de las vacas, cosas así…

—¿Hay vacas?

—Por supuesto que hay vacas —responde, como si fuera una pregunta absurda—. ¿Qué crees que criamos aquí?

—Bueno, hoy ya me he familiarizado bastante con las ovejas…

—Ah, cierto. Lachlan mencionó a Hamish. En la granja MacKay no hay ovejas, pero tenemos un par de cerdos. Aunque son más bien mascotas. Finlay se moriría si nos los comiéramos.

—¿Finlay?

—Mi marido —responde—. Tu… abuelo.

Me doy cuenta de que le va a costar acostumbrarse a eso. Demonios, hasta este momento no me había detenido a pensar en la posibilidad de tener más familia aparte de Rhona y Finlay. Sabía que era lo más probable, por supuesto, pero he estado tan concentrada en llegar hasta aquí, tan nerviosa por mi plan descabellado, que no me había parado a pensarlo de verdad.

—No hace falta todo eso de «abuela» y «abuelo» —la tranquilizo —. Me doy cuenta de lo raro que debe de ser todo esto.

Me observa pensativa, frunce los labios y, por último, se da la vuelta como si no hubiese dicho nada. Mirando por encima del hombro, añade:

—Recuerda: segundo dormitorio a la derecha. Después puedes bajar a conocerlos.

La veo desaparecer por un largo pasillo hacia una puerta pintada de rojo que cruje al abrirse, y tomo eso como una indicación de

adónde ir tras dejar mi equipaje. Miro la estrecha escalera frente a mí, cubierta con una alfombra fina y gastada, y exhalo mientras me echo la maleta más grande al hombro, preparándome para lo que probablemente será la reunión familiar más incómoda de la historia. Si es que puede llamarse «re-unión» cuando nunca hubo una unión para empezar.

Esto es lo que querías, me recuerdo a mí misma*. Ya estás aquí. Eso es la mitad de la batalla.*

Repito ese mantra en mi cabeza con cada escalón que subo por la vieja escalera.

Se escuchan voces que se filtran en la casa mientras me acerco a la puerta por la que vi desaparecer a Rhona antes de subir mis maletas: un gruñido profundo y una carcajada aguda, seguidos de un pequeño alboroto. Me detengo un momento frente a la puerta y escucho las voces apagadas al otro lado, mientras intento calmar los nervios en mi estómago al darme cuenta de que probablemente me recibirán con la misma frialdad que Rhona ha mostrado antes.

Respiro hondo y exhalo, al tiempo que alcanzo el pomo y enderezo la espalda. Me niego a que estas personas me afecten. Voy a entrar con la cabeza alta, porque no he hecho nada malo.

Sí, eso es lo que voy a hacer.

Giro el pomo, entro y me recibe de inmediato un fuerte grito:

—¡Gin!

Hay un hombre mayor, de cabello gris y escaso, que parece muy satisfecho de sí mismo mientras señala una hilera de cartas frente a él. Prácticamente rebotando en su silla de mimbre mientras golpea con un dedo la superficie de cristal de la mesa. En el extremo

opuesto, otro hombre, más cercano a mi edad —si no un poco mayor— frunce el ceño ante sus propias cartas, y su piel pálida se tiñe de rosa mientras se pasa la mano por el cabello rubio rojizo.

—Has hecho trampa, Finn, estoy seguro.

El hombre mayor niega con la cabeza.

—Oh, no seas mal perdedor, Brodie. No he hecho trampa en absoluto.

—No es posible ganar todas las manos —gruñe el otro hombre.

El hombre mayor se encoge de hombros mientras empieza a recoger las cartas.

—Parece que sí.

Rhona está sentada en una mecedora, en la esquina, trabajando con un par de agujas de tejer, y carraspea, llamando la atención de los dos hombres, que finalmente posan los ojos en mí al mismo tiempo.

La boca de Brodie se tensa, pero los labios de Finn se separan mientras abre mucho los ojos y se lleva la mano al pecho.

—¡Cielos, mira eso! —Se gira hacia Rhona, moviendo la mano en mi dirección—. Es igualita a ti cuando nos conocimos, Rhonnie.

Rhona no confirma nada; se limita a fruncir los labios y continúa trabajando con las agujas. Finn se levanta de su silla de mimbre con un gruñido y se acerca a mí lo más rápido que sus piernas cortas le permiten. Es unos diez centímetros más bajo que yo, pero sus hombros anchos y su pecho robusto sugieren que, a pesar de su estatura, en otro tiempo debió de ser un hombre imponente.

—¡Madre mía! —murmura, levantando la mano para sujetarme la barbilla—. No te veía desde que eras apenas una niña. ¿Verdad, Rhonnie? Desde la última carta de Duncan.

No puedo evitar la pregunta que me asoma a los labios:

—¿Enviaba cartas?

—Sí, durante un tiempo —responde Finn en voz baja—. Hasta que se dio cuenta de que no obtendría respuesta de estos viejos tontos.

Su voz está cargada de pesar, y su expresión se vuelve dolorida mientras me mira.

—Has crecido y te has convertido en toda una belleza, ¿eh? ¡Y qué alta! Eso debe de venirte de tu madre. Seguro que no de nosotros.

—Mi padre era alto —murmuro, sintiendo cómo se me enrojecen las mejillas bajo la mirada de Finn.

—Sí —se ríe Finn—. Solía bromear con mi Rhonnie diciendo que debió de tener un encuentro con uno de los gigantes del pueblo.

—Basta, Finlay —lo reprende Rhona desde la esquina—. No abrumes a la chica.

—Sí, sí —responde Finn, apartando la mano de mi cara, pero sin dejar de mirarme—. Perdóname, muchacha. Es como si Duncan hubiese vuelto.

—Lo siento —suelto de golpe—. Por irrumpir así. Sé que debería haber llamado antes, pero pensé…

Finn me hace un gesto para que no continúe:

—Tonterías. Basta de eso. Eres familia. Nos alegra tenerte aquí. ¿Verdad, Rhonnie?

Rhona no parece tan entusiasmada como Finn y observa el intercambio sin decir nada.

—Lo agradezco, Finlay —le digo—. ¿O prefieres Finn? No sé cómo te gusta que te llamen.

—Nada de eso —responde, con un gesto de desdén—. Me llamarás abuelo o nada, muchacha.

—Oh… —Mis ojos van de él a Rhona, pero ella no me ofrece más que una ceja arqueada y una expresión fría—. Claro. Abuelo. Puedo llamarte así.

—Jamás pensé que este día llegaría —dice él con la voz más áspera, casi en un gruñido. Su acento se hace más notable con la emoción y, cuando abre los brazos y se acerca, no puedo negarme a abrazarlo. La calidez que emana resulta reconfortante, casi familiar. Siento que el pecho se me oprime—. Pero ahora estás aquí con nosotros —añade el abuelo, sorbiéndose la nariz—. Ya has conocido a tu abuela, y este —agrega, señalando al hombre que me observa con curiosidad aún encorvado en la silla de mimbre— es tu primo Brodie. No es mucho mayor que tú, ¿verdad?

La boca de Brodie se tensa, aunque se relaja tan deprisa que me pregunto si lo habré imaginado. Luego se levanta y se acerca para estrecharme la mano.

—Bienvenida. Encantado. Perdona, Rhona no nos ha dicho tu nombre.

—Keyanna —respondo—. Pero todo el mundo me llama Key.

—Oh, la tatarabuela de Rhona también se llamaba Keyanna —dice el abuelo, que ya está llorando sin disimulo. Señala sus ojos empapados—. Perdona a este viejo. Nunca ha sabido contenerse.

—No pasa nada —digo, incómoda, cambiando el peso de un pie a otro.

Brodie se mete las manos en los bolsillos.

—¿Cuánto tiempo te quedarás con nosotros, Key? ¿Una visita larga?

—Yo… —Miro a Rhona, que sigue pareciendo una fortaleza inexpugnable, y me aclaro la garganta—. No quiero estorbar.

—Tonterías —replica el abuelo, secándose los ojos—. Te quedarás todo el tiempo que quieras. Es una alegría tenerte aquí, ¿no es así, Rhonnie?

Rhona parece asumir que esta vez le toca responder y detiene el tejido para asentir con la cabeza.

—Por supuesto.

Sí, claro, pienso.

—No puedo enseñarte gran cosa con este tiempo, pero puedo darte una vuelta por la casa, ¿te parece?

—Estaría muy bien —respondo—. Pero…, perdón. ¿Hay alguna manera de llamar al taller al que Hamish ha llevado mi coche? ¿Tienes el número? Quería ver si encontraba alguna tienda donde comprar unas cosas que he olvidado. —Siento que el rubor me sube a las mejillas—. Me he ido con bastante prisa.

—Leo no tiene teléfono —dice el abuelo—. Cree que alguien podría usarlo para rastrearlo. Tal vez Brodie podría llevarte, ¿no?

—Lachlan fue a revisarlo —apunta Rhona.

—Ah, bueno —responde el abuelo, dando una palmada—. Entonces, asunto resuelto. Oh, pero necesitabas una tienda, ¿verdad?

—Yo puedo llevarla —dice Brodie—. De paso echamos un vistazo al coche.

—¿Seguro? —Me muevo inquieta.

—Claro que sí —responde Brodie con una sonrisa—. Somos familia, al fin y al cabo.

—¿Y la cena? —El abuelo suelta un gruñido de disgusto—. Rhonnie hace un pastel de carne espectacular.

Lanzo una mirada a la aludida y compruebo que ni siquiera levanta la vista de las agujas. Casi diría que de ellas cuelgan carámbanos, con la frialdad que desprende.

—Será mejor que no —digo—. Todavía tengo el estómago algo revuelto por el viaje.

No es del todo cierto, pero presiento que a Rhona le costará un tiempo acostumbrarse a que yo esté aquí.

—¿Quieres algo para eso? Debe de haber medicinas por alguna parte… ¡Ah!, o quizá podamos conseguirte una bolsa de agua caliente. Cuando yo era joven, eso siempre…

—Déjala en paz, Finlay —lo corta Rhona, chasqueando la lengua —. No la atosigues. Acaba de llegar.

—Perdona, gallinita. Me he emocionado un poco. —Finlay me mira con expresión avergonzada.

—No, no, está bien —le aseguro—. En serio. ¿Qué tal si lo dejamos para otro día? ¿Un desayuno mañana?

Se le ilumina el rostro, y por un instante creo ver en él un reflejo de mi padre. Se me hace un nudo en el pecho.

—Sí, el desayuno. Hagamos eso.

—Tu abuela y yo nos acostamos temprano —me dice el abuelo, apretándome el hombro—, así que, si estamos dormidos cuando vuelvas, te espero para enseñarte la casa justo después del desayuno, ¿de acuerdo?

—Perfecto —respondo, todavía un poco abrumada.

—Muy bien, muchacha —dice él con una amplia sonrisa. Me da unas palmaditas en el hombro y lo aprieta un poco más de la cuenta —. Me alegro de tenerte aquí, cariño.

—Gracias —respondo, con una sonrisa algo forzada.

Se seca los ojos una vez más y cruza la sala hacia donde está Rhona para inclinarse y susurrarle algo al oído. Entonces noto la mano de Brodie en mi codo y me vuelvo hacia él. Es de mi misma estatura, tan fornido como Finn, con una sonrisa amistosa y unos ojos color avellana que le confieren un aire sorprendentemente amable.

—Vamos, prima —ríe—. Buscamos tus cosas y, de paso hacemos una parada en el pub, ¿te parece? Después de un día como este, seguro que te vendría bien una pinta o dos.

Suelto un suspiro, regalándole a Brodie una sonrisa más auténtica mientras la tensión abandona mis hombros.

—O dos.

—Conozco el sitio perfecto —dice, dándome una palmada en el brazo antes de dirigirse a la puerta.

Rhona todavía me observa con recelo mientras lo sigo, pero me repito que no debo tomarlo tan a pecho. Ya acabará ablandándose conmigo. Tal vez.

Definitivamente necesito esa copa.

—Entonces —dice Brodie tras un largo silencio incómodo mientras nos alejamos de la granja—, esto debe de ser bastante abrumador.

—¿Qué parte? —pregunto con una risa sarcástica—. ¿Que mi padre murió? ¿O que mi abuela me odia?

—Ambas, imagino —responde con una risa baja y una mirada cargada de simpatía—. Aunque lamento mucho lo de tu padre.

—¿Lo conocías?

Asiente.

—Lo conocí de niño. Mis padres venían algunos veranos a visitar a Finn y a Rhona. Siempre fue muy amable conmigo. —Suelta una risita—. Y sus historias eran buenísimas.

—¿Sus historias?

—Claro. Todo el mundo conoce la pelea de Duncan con el monstruo del lago.

—¿En serio?

—Por lo que sé, nunca se esforzó demasiado en mantenerlo en secreto. —Brodie deja escapar una carcajada suave.

—Ah. —Aparto la vista hacia mis manos entrelazadas en el regazo —. Me contaba esa historia constantemente.

—¿Le creías?

—No sé… Creo que de niña sí. Pero, a medida que fui creciendo… En fin, quiero decir, es bastante imposible, ¿no?

Sus ojos se detienen un instante en mi rostro antes de volver al camino, por el que su coche avanza con lentitud.

—Es probable. Aunque, quién sabe. Viviendo aquí se oyen todo tipo de historias.

—Rhona ha dicho que te estás quedando con ellos —comento, por mantener la conversación—. ¿Creciste en Greerloch?

Niega con la cabeza.

—En Inverness. Mis padres siguen allí.

—¿Entonces solo estás de visita?

—Algo así. —Sus labios se curvan, como si la pregunta le hiciera gracia.

—Nada críptico, ¿eh? —me río.

—Estoy en una especie de… año sabático. —Golpetea el volante con los dedos, pensativo—. Necesitaba un descanso.

—¿Dónde trabajas?

—En la Sociedad Histórica de Inverness.

—Vaya. Suena bastante bien.

—Puede. —Se encoge de hombros—. Aunque también hay mucho papeleo y burocracia.

—Sí, me lo imagino —digo, asintiendo—. ¿Por eso te has tomado un descanso?

—Algo así.

—¿Es tu frase favorita o qué? —pregunto, poniendo los ojos en blanco.

—Quizá. —Ríe, encogiéndose de hombros otra vez—. Solo necesitaba alejarme un poco. Mi familia… —Frunce el ceño—. Digamos que nunca estuvo muy conforme con mi elección de carrera.

—¿Cómo? ¿Por qué?

—Mi padre tiene una empresa pesquera —explica—. Una de las más grandes de la costa. Cuando mis hermanos tuvieron edad suficiente…

—¿Tienes hermanos?

—Dos. Buenos hijos, obedientes y dispuestos a seguir los pasos de mi padre.

—Ah. —Empiezo a hacerme una idea—. Debe de ser duro.

—Mi padre es un hombre estricto. Espera obediencia y lealtad por encima de todo. Y, a sus ojos… yo no he destacado precisamente en ninguna de las dos.

—Lo siento —digo, y lo digo de verdad. No puedo imaginarme creciendo sin el apoyo que yo tuve—. Si te sirve de algo, tu trabajo me parece muy interesante.

—Gracias, te lo agradezco —responde con una leve sonrisa.

Cae otro silencio que empieza a rozar lo incómodo, y no puedo evitar las preguntas que me bullen por dentro.

—Bueno, ¿y encontraste algo interesante? ¿Viejos escándalos familiares o algo así?

—¿Y qué clase de escándalos esperas que encuentre?

—¡Yo qué sé! ¿Alguna prueba secreta de que el monstruo del lago existe? ¿Eres como la versión escocesa de los agentes del FBI que esconden el Área 51?

—Tienes una imaginación desbordante, prima —dice con una carcajada.

—Es una respuesta bastante evasiva, si me lo preguntas —replico con picardía.

—Encontré cosas interesantes, sí. Nada tan fantástico, por desgracia.

—Qué decepción.

—Sí, la verdad que sí.

Con cada pausa en la charla, la inquietud regresa, y siento el peso del día oprimiéndome como algo tangible. Retuerzo las manos en el regazo y me muerdo el labio, intentando contener la pregunta que me ronda desde hace horas, pero no lo consigo.

—¿Crees que Rhona me odia?

Brodie suspira, pensativo.

—Rhona… puede ser dura a veces. Incluso cuando yo era niño, siempre fue bastante severa. Mi madre solía decir que simplemente echaba de menos a su hijo. Imagino que debe de resultarle difícil verte después de perderlo. —Asiente levemente—. Pero no creo que te odie. Más bien diría que aún está asimilándolo todo.

—Eso es… ¿bueno? Puedo vivir con eso. Ojalá.

—Vas a estar bien, compañera —me asegura Brodie, dedicándome una sonrisa—. Mejor aún después de esa copa, ¿eh?

No puedo evitar reír, aunque la incomodidad siga ahí.

—Sí. Desde luego.

Esta vez dejo que el silencio se alargue y me limito a mirar por la ventanilla mientras atravesamos lentamente el verde paisaje rumbo al pueblo. Repaso las palabras de Brodie, sopesándolas, confiando en que tenga razón.

Porque la alternativa es que una de las pocas conexiones reales que me quedan con mi padre quizá me odie para siempre.



4

Lachlan

La lluvia sigue golpeando el techo del pub, y sacudo tanta agua como puedo de mi chaqueta y de mi cabello antes de cruzar la puerta de The Clever Pech. Está un poco más vacío de lo que pensé que estaría una tarde de viernes: no hay nadie más que el viejo Fergus haciendo un crucigrama en su rincón habitual y los gemelos charlando detrás de la barra. Blair me ve entrar, le da un codazo a Rory y me hace señas justo antes de que Rory me lance un enérgico saludo.

—¡Eh! Ahí estás. Está lloviendo a cántaros ahí fuera, ¿verdad? Pareces empapado hasta los huesos, amigo.

—Sí —respondo, desplazándome por el viejo suelo de madera hasta sentarme en uno de los taburetes de la barra—. También hace un frío que pela.

Blair asiente hacia la repisa detrás de ella.

—Entonces, ¿quieres lo de siempre?

—Por favor —contesto.

Crecí con Blair y Rory Campbell antes de mudarme tras la muerte de mi abuela, y, a pesar de los años transcurridos entre entonces y mi regreso a principios de este año, el lazo entre nosotros no ha disminuido ni un poco. Aunque eso podría deberse, en parte, a que los gemelos están completamente locos y adoptan a la gente como si se tratara de gatos callejeros. Los dos son altos, no tanto como yo, pero casi, y su cabello color platino es tan claro que parece de plata bajo el sol. Pero su buena apariencia es solo una fachada para las personalidades ligeramente desquiciadas que esconden debajo, personalidades que me metieron en problemas más de una vez durante mi juventud.

Paso los dedos por los mechones húmedos de mi cabello mientras Blair se ocupa de prepararme una bebida, y alzo la cabeza hacia Fergus.

—¿Cómo está vuestro padre hoy?

—Igual que siempre —resopla Rory. Luego alza la voz para gritar —: ¡Hecho un inútil total, así está!

Fergus se limita a levantar el dedo medio y a dar otro largo trago a su *whisky*.

Rory niega con la cabeza.

—Maldito borracho. Deberíamos prohibirle la entrada.

—Su nombre sigue figurando en las escrituras de la propiedad — interviene Blair mientras termina de servirme tres dedos de Johnnie Walker. Desliza el vaso sobre la barra y se apoya en los codos—. Tal vez podríamos convencer a Lach de… Ya sabes…

Alzo una ceja mientras me llevo el vaso a los labios.

—¿De qué?

—Ya sabes —insiste Rory, arrastrando el dedo índice por la garganta.

Pongo los ojos en blanco, doy un trago y vuelvo a dejar el vaso sobre la barra.

—No voy a matar a vuestro padre, idiota —digo—. ¿Tarde tranquila?

—Sí —suspira Rory—. La gente actúa como si fuera a ahogarse por un poco de lluvia.

Mis pensamientos vuelan hacia la expresión enfadada de una estadounidense cuando la amenacé con la lluvia, y la comisura de mi boca se eleva sin permiso antes de que la disimule rápidamente.

Blair se inclina, bajando la voz.

—Entonces, ¿cómo va la búsqueda?

—No demasiado bien —susurro, girándome por costumbre para mirar detrás de mí.

Rory resopla.

—¿Quién crees que podría escuchar? ¿Fergus? Podría planear aquí mismo la muerte de mi padre y el viejo no se daría cuenta. —Alza la voz de nuevo—. ¡Debería firmar el traspaso del bar antes de hacer algo útil como morirse!

—Vete a la mierda —responde Fergus, todavía concentrado en su crucigrama.

—Bastardo —murmura Rory antes de volver a prestarme atención —. Vamos, amigo. Ya llevas seis meses viviendo en la granja de los MacKay. ¿De verdad no has encontrado nada?

Niego con la cabeza, suspirando.

—Nada.

—Nunca creeré que Rhona no sabe nada —murmura Blair—. Es mayor que nuestro padre, y mira que él es viejo. Esa mujer sabe más de lo que aparenta. Se le nota en los ojos. —Rory señala sus propios ojos con índice y medio para enfatizar—. Se le nota.

—Bueno, cuando aprenda a leer ojos, os avisaré.

—¿Y cómo van las cosas desde que ese idiota de Brodie vino a quedarse? —pregunta Rory.

—El imbécil se me insinuó hace unas semanas —dice Blair con un escalofrío—. Un completo descarado. Rhona debe de saber que quiere la granja, ¿no? ¿Por qué iba a aparecer de la nada después de no venir en años, si no?

—Ese es el menor de sus problemas —murmuro mientras doy otro trago.

No es que no haya sido una piedra en el zapato desde que llegué. Conozco a Brodie MacKay desde que éramos críos, y nunca nos llevamos bien.

Rory inclina la cabeza.

—¿Qué quieres decir?

—Aparentemente, los MacKay tienen una nieta perdida desde hace mucho tiempo que ha aparecido de repente —les cuento.

Las cejas de Rory y Blair se alzan al mismo tiempo.

—¿Eso quiere decir…?

—¿Te refieres a que…?

—Sí —suspiro—. Una hija de los MacKay.

—Tu padre siempre decía…

—Mi padre decía muchas cosas. Podría no significar nada —digo, negando con la cabeza.

—Parece mucho para no ser nada —observa Blair.

Miro mi bebida, me encojo de hombros y añado en voz baja:

—Duncan era su padre.

—¿Duncan? Maldita sea, ¿cuánto hace que se fue? ¿Tres décadas?

—Casi —asiento—. Keyanna tiene veintisiete, según dijo.

Los ojos de Blair adquieren un brillo curioso.

—Keyanna, ¿eh? ¿Así que la has conocido?

—La he encontrado trepando por las rocas en Skallangal —digo, frunciendo el ceño—. Ha estado a punto de caerse de culo si no la hubiera sujetado. —Sacudo la cabeza y frunzo el ceño ante mi vaso de *whisky*—. Estadounidense tenía que ser. Hay carteles por todas partes, pero, claro, eso no significa nada. Caminaba por la orilla como si fuera suya, ¡y encima ha tenido el descaro de gritarme por salvarla!

Rory silba.

—Vaya. La chica MacKay ya se le ha metido en la cabeza a nuestro pobre Lach.

—Eso parece —asiente Blair.

—Para nada —resoplo—. Solo es una complicación, nada más. Otra nariz de la que debo ocuparme mientras busco mis respuestas.

—¿Y qué piensa Rhona de esta nieta perdida? —pregunta Rory—. Mi padre nos contó una vez lo del distanciamiento entre ella y Duncan. Dijo que no fue bonito.

Recuerdo el porche de Rhona bajo la lluvia, la mirada perdida de Key y la desesperación en sus ojos mientras le suplicaba a Rhona una oportunidad. La simpatía que siento por ella me resulta molesta; no tengo ningún motivo para sentir nada hacia una MacKay que no sea desconfianza. Lo atribuyo a lo guapa que es. Mirar a Brodie durante los últimos meses no me dio ninguna pista de que algún

descendiente de los MacKay pudiera tener ese aspecto. Es tan irritante como la simpatía involuntaria que siento por ella.

—Rhona no la recibió bien —digo por fin—. Pero la dejó quedarse.

—Eso seguro que complica tus planes —apunta Rory.

—¿Tú crees? —respondo con un resoplido.

—Bah. No has encontrado nada en todo este tiempo. Quizá no haya nada que encontrar.

—Ya sabes por qué no puedo aceptar eso.

Le lanzo una mirada cortante y, ante eso, Blair baja la suya, arrepentida; su boca se tuerce hacia abajo.

—Tienes razón. Lo siento. Sabes que hablo sin pensar.

—¿Estás bien? —pregunta Blair.

—¿Qué? —respondo, alzando una ceja.

—Solo que… sé que tu padre y Duncan eran cercanos, y que cuando se fue…

—Estoy bien. —Hago un gesto con la mano—. No es como si realmente hubiera conocido al hombre. Apenas lo recuerdo.

Pienso, con amargura, que lo mismo podría decirse de mi propio padre.

—Tal vez podrías reclutarla —sugiere Rory.

—Ni hablar —respondo, frunciendo el ceño.

—Es prácticamente una desconocida, ¿verdad? Pero tiene entrada en la familia. Tal vez estaría dispuesta a ayudarte si solo…

—Que vosotros dos estéis al tanto de mis asuntos ya es más que suficiente —los interrumpo con un tono ligeramente amargo—. Bastante tengo con evitar que habléis sin parar del tema.

—No lo haríamos —gruñe Blair.

—No a propósito —replico. Luego añado, señalando a Rory—: Basta con emborrachar a este, y ya sabes que no hay asunto sobre el que no empiece a largar.

—Es verdad —admite Rory entre risas—. Pero hasta ahora he cumplido.

—Gracias a Dios por eso —digo con una risa satisfecha—. Además, no puedo descartar que su llegada sea un mal presagio.

—¿De verdad crees en ese poema antiguo? —pregunta Rory, arrugando la nariz—. Ni siquiera es muy bueno. ¿Cómo decía?

Suspiro, preparándome para repetir las palabras que escuché una y otra vez en mi infancia, pero el sonido de una campanilla a nuestra espalda me hace girarme en el asiento. Tras un primer gesto de disgusto al ver la cara familiar e irritante de Brodie, me llevo una sorpresa al descubrir unos rizos rojos y salvajes rebotando tras él, alrededor de unos pómulos delicados, piel clara salpicada de pecas y los ojos más verdes que haya visto jamás.

—Maldita sea —dice Blair, un poco demasiado alto—. ¿Quién es esa?

—Mi complicación más reciente —murmuro.

Blair tararea con aprobación.

—Yo dejaría que me complicara la vida cuando quisiera.

—No eres mejor que cualquier otro hombre —chasquea Rory—. ¿Lo sabías?

—Habéis tenido siglos para ser unos babosos desgraciados —responde ella con aire de superioridad—. Ahora se trata de igualdad, colega.

Siguen discutiendo detrás de mí, pero el sonido se apaga un poco cuando los ojos de Key se encuentran con los míos, que la observan. Abre la boca, sorprendida, dejando de escuchar de inmediato lo que Brodie le está diciendo, y su cuerpo se tensa visiblemente al verme. Eso, por alguna razón, me arranca una sonrisa, y levanto mi vaso en su dirección en un brindis fingido.

Brodie debe de notar en ese momento que ha perdido su atención, porque sus ojos siguen la línea de la mirada de ella y frunce el ceño al verme sentado en la barra. Entra junto a Key y me mira con cautela mientras suelta un saludo desganado. No sabría decir qué le he hecho, considerando que apenas hablamos, pero ya ha dejado claro en más de una ocasión que no le caigo bien. Como el sentimiento es bastante mutuo, me conformo con que la situación quede sin resolver.

—Lachlan —dice con brusquedad.

—Brodie —respondo, inclinando la cabeza. A continuación, aparto la vista y vuelvo a encontrar los ojos de Key. Noto el recelo con el que me observa, como si no supiera cómo voy a estar después de todo lo que ha pasado hoy—. Leo ha arreglado tu coche —le digo—. Te lo llevará por la mañana.

—Lo sé —responde—. Venimos de allí.

—¿No confiabas en que pudiera encargarme del asunto, princesa? —pregunto, con una ceja en alto.

—Ni siquiera te conozco —dice con irritación.

—Y aun así ya has decidido que no te caigo bien. —Las comisuras de mis labios se curvan y me llevo la mano al pecho—. Me hieres.

—Me has llamado estúpida a los diez segundos de conocerme.

—¿Eso es lo que te tiene tan molesta? Solo estaba señalando lo… poco sensato que era ignorar los muchos carteles que indicaban no hacer exactamente lo que estabas haciendo.

—Pues no tenías que sacar la carta de «aquí mando yo» solo para espantarme.

—No puedo creerlo. Eso sí que fue de idiota, Lach —lo reprende Blair con un chasquido de lengua.

—¿Ves? —Key levanta la mano con gesto triunfal.

—No te preocupes —dice Blair con dulzura, tendiéndole la mano —. No todos somos unos imbéciles aquí en Greerloch.

Key se la estrecha suavemente y le dedica una sonrisa, y pienso que debe de ser la primera vez que la veo sonreír, porque lo recordaría si la hubiera visto antes. Demonios, casi podría decir que se me está grabando en la memoria en tiempo real. Su sonrisa transforma su rostro, ya de por sí bonito, en algo deslumbrante: dientes blancos y rectos, con los dos de delante apenas un poco más largos, lo que, de algún modo, la hace todavía más encantadora.

Maldigo mis propios pensamientos. No me importa la sonrisa de Keyanna MacKay.

—Cuidado —le advierto mientras me termino la copa—. Está de tu lado porque piensa que eres guapa.

—Estoy de su lado porque tú eres un verdadero idiota —replica Blair. Y le guiña un ojo a Key—. No es que no piense que eres bonita.

La piel clara de Keyanna se tiñe de rubor, y algo punzante me atraviesa el pecho. Aprieto la mandíbula, sin tiempo para analizar lo que siento, porque Brodie elige justo ese momento para intervenir.

—Key ha tenido un día duro —dice—. Creo que necesita una o dos pintas para sobrellevarlo. —Me lanza una mirada significativa—. Ha tenido que lidiar con toda clase de molestias desde que ha llegado.

—Ay —exclama Rory—. ¿Y luego ha tenido que subirse a un coche contigo? Seguro que sí necesita una pinta.

Las mejillas de Brodie se enrojecen, pero alcanzo a ver que la boca de Key se contrae en una sonrisa que enseguida intenta ocultar. Tal vez no está tan encantada con su nuevo primo como él quisiera. No sabría decir por qué eso me agrada. Probablemente porque a veces me mira como si fuera un bicho aplastado en su zapato.

Brodie se disculpa en ese momento, diciendo algo sobre ir al baño. Por mí, como si quiere tardar una eternidad.

—Hemos oído que hoy has ido a la cala de Nessie —dice Blair, retomando la charla con Key mientras Rory se ocupa de preparar las bebidas de la recién llegada—. ¿Has venido de caza, entonces?

Le lanzo a Blair una mirada de advertencia, lo más discreta que puedo, pero ella la ignora.

—Pues… —Key se revuelve, rascándose la nuca—. No exactamente.

—No hay nada de lo que avergonzarse, cariño —dice Blair con dulzura—. Todos hemos trepado esas rocas alguna que otra vez. —Me lanza una sonrisa burlona—. Incluso antes de que el abuelo aquí presente viniera a arruinar la diversión.

—No es seguro —murmuro, entornando los ojos hacia ella.

—Dime, colega —continúa Blair, pasando por alto mi comentario —. ¿Qué te ha hecho trepar por las rocas? El viejo tiene razón: no es

nada seguro sin un buen par de botas con agarre. Incluso así podrías hacerte daño.

—Yo… —Se muerde el labio, y por un momento me descubro mirando la presión de sus dientes contra la piel suave, algo de lo que me sacudo enseguida—. Mi padre me contaba historias. —Lo dice en voz baja, casi con vergüenza—. Murió hace poco, y antes de irse me pidió que esparciera sus cenizas allí.

Mis cejas se alzan, sorprendidas, y un recuerdo salta a mi mente: ella abrazando con fuerza aquel jarrón negro. Por primera vez en el día, me siento un imbécil. Más allá de lo que piense de su padre y de lo que haya sido o no para el mío, sé lo que es llorar la pérdida de alguien tan importante en tu vida.

—No lo has dicho —suelto, sintiéndome al mismo tiempo reprendido y a la defensiva—. ¿Por qué no?

Su boca se aprieta en una línea dura.

—No es precisamente un buen tema entre dos desconocidos. Y mucho menos en una conversación en la que uno de ellos le está diciendo a la otra lo estúpida que es.

Maldita sea. Sí lo he hecho. Y, sabiendo ahora a qué había ido, suena todavía más cruel. Sobre todo, porque no puedo ignorar la punzada de dolor en el pecho cuando mis pensamientos se desvían hacia mi propia situación; conozco demasiado bien ese duelo.

Tal vez sí soy un imbécil. Frunzo el ceño y miro hacia mis pies, apoyados contra la madera rayada del suelo bajo el taburete.

—Era una razón mucho mejor que la simple curiosidad —le digo—. Podría haber sido algo más comprensivo si lo hubieras mencionado.

—No estoy tan segura —resopla.

Rory desliza dos pintas por la barra.

—Te tiene bien calado, Lach. —Le guiña un ojo a Key—. No es tan malo. En el fondo. —Me lanza una mirada breve—. Muy, muy en el fondo.

Eso le arranca una risita a Key, y el sonido provoca otra punzada en mi pecho. ¿Qué demonios es eso?

—Si lo que buscas es a Nessie —dice Blair con seriedad—, te recomendaría que hicieras una visita a Loch Land. Está a unos kilómetros de aquí.

Frunzo el ceño, preguntándome qué pretende Blair. Seguramente sabe…

—¿Loch Land? —pregunta Key.

—Oh, claro —responde Blair—. Es el mejor lugar para conseguir información sobre Nessie. Es como un museo.

—¿En serio? —Keyanna se muestra intrigada, y casi me entran ganas de decirle la verdad. Casi—. ¿Y dices que no está lejos?

—Para nada —asegura Blair—. Incluso puedo darte un mapa. Dejaron por aquí unos folletos turísticos en su momento. Deben de andar por alguna parte…

—¿Ese lugar lleva mucho tiempo abierto? ¿Crees que mi padre llegó a ir?

—Seguro que sí —interviene Rory, uniéndose claramente a la broma de Blair—. En algún momento, estoy seguro. Todos hemos ido.

Key les sonríe a ambos con entusiasmo.

—Eso sería genial. Me gustaría ver todos los lugares que él pudo haber conocido cuando vivía aquí.

Mierda. Ahora sí que me siento un idiota. Miro a Rory y a Blair, pero no muestran la menor intención de desvelar su jueguecito, y sé

que, si lo hago yo, Keyanna pensará que somos algo parecido a amigos, y eso no es una opción. No cuando ella es una MacKay. Bastante difícil resulta ya comportarme con normalidad delante de Rhona.

Así que guardo silencio, diciéndome que eso no me convierte en un imbécil. No soy yo quien se está burlando de ella.

—Aquí está —anuncia Blair, sacando un folleto de debajo de la barra y plantándolo frente a Key—. Con esto llegarás.

El folleto es bastante inocente: solo una foto de la engañosa fachada del edificio con un pequeño mapa debajo. Una vez más, tengo que contenerme para no decir nada. Que la muchacha persiga su propia sombra durante un día. Eso la mantendrá fuera de mi camino.

—Esto es genial —dice Key con sinceridad—. Gracias. Iré mañana si el tiempo mejora.

—Hazlo —asiente Blair—. Y mejor no se lo comentes a tu primo, ¿de acuerdo? —Se inclina en tono conspirador—. Brodie no es precisamente del tipo aventurero.

Las mejillas de Key vuelven a teñirse de ese suave rosa, y se muerde el labio mientras lanza una mirada alrededor para asegurarse de que su primo no anda cerca.

—Pero ha dicho que trabaja para la Sociedad Histórica de Inverness. Seguro que sabe mucho más que yo.

—Es un completo imbécil —bufa Rory—. Te aseguro que no querrás que te acompañe. No aguanta una broma ni aunque le fuera la vida en ello.

Brodie aparece en la entrada del pasillo que lleva a los baños, y el grupo guarda silencio, pero alcanzo a ver que Keyanna guarda el

folleto en el bolsillo. También noto que no dice ni una palabra cuando Rory empieza a fastidiar a Brodie con cualquier cosa.

Alzo una ceja cuando ella se da cuenta de que la he descubierto. Pone los ojos en blanco cuando sonrío con suficiencia, pero tengo la sensación de que no le dirá nada a su querido primo sobre la excursión de mañana.

Casi me hace sentir mal por no decirle la verdad sobre la broma de Rory y Blair.

Casi.



5

Keyanna

Rhona y mi abuelo ya estaban dormidos cuando Brodie y yo volvimos del pub, y no estoy segura de si me sentí decepcionada o agradecida por ello. Rhona no oculta lo que piensa de mi presencia aquí y, aunque Finlay muestra un entusiasmo tan cálido, es difícil no dejar que eso me afecte.

Pasé una noche inquieta, dando vueltas en el cuarto que Rhona me preparó. La cama seguro que tiene más años que yo y, cuando me despierto a la mañana siguiente con olor a beicon y café, siento que mi espalda tiene tantos bultos como el colchón. Muy apropiado, teniendo en cuenta lo accidentado que fue mi comienzo aquí.

Me arrastro fuera de la cama y me estiro para intentar aliviar el dolor de cuello, meto los pies en mis pantuflas de lana con pequeñas setas dibujadas y alcanzo mi bata. El aroma de la comida cocinándose es tentador, suficiente para darme fuerzas para enfrentar lo que sea que me espere abajo. En última instancia, al

menos Finlay puede actuar como amortiguador, ya que parece realmente contento de que yo esté aquí.

Encuentro a mis tres compañeros de casa temporales en la cocina: Rhona junto al horno y Finlay entornando los ojos sobre un periódico, mientras Brodie sorbe una taza que huele a café muy fuerte al otro lado de la mesa. Los dos últimos levantan la vista cuando me ven; Brodie asiente con aire cansado y Finlay me regala una amplia sonrisa.

—Buenos días —saluda animado, doblando el periódico y dejándolo sobre la mesa—. Ey, te ves cansada, cariño. ¿Has dormido bien?

No quiero ser yo quien les diga que su colchón de invitados debería haberse quemado hace años, así que me esfuerzo por sonreír.

—He dormido bien. Creo que es solo por el cambio de hora. *Jet lag*, ya sabes.

—Ah, sí, tiene sentido —asiente—. ¿Qué hora sería en Nueva York?

Miro el reloj de la pared, que marca poco después de las ocho.

—Las tres de la mañana.

—Eso lo explica todo —ríe Finlay. Da unas palmadas en el asiento a su lado—. Ven, ven. Siéntate.

Me acomodo en la silla junto a él, pasándome los dedos por los rizos despeinados para apartarlos de los ojos.

—Huele muy bien aquí.

—Eso es cosa de tu abuela —dice Finlay—. La mejor cocinera de toda Escocia.

Rhona hace un chasquido con la lengua desde el horno, sin siquiera mirarnos.

—La adulación no te va a dar más beicon —señala—. Ya sabes lo que dijo el doctor.

—Ese hombre no tiene ni idea —exclama Finlay, dándose un golpe en el pecho—. Estoy más sano que un roble.

Rhona se gira entonces con un plato humeante y lo pone frente a su marido.

—Y eres igual de terco —añade. Finalmente me dedica una mirada fría, con la boca apretada—. ¿Tienes hambre?

—Yo… —La frialdad de su mirada casi me hace flaquear, y tengo que obligarme a enderezarme un poco para contestar, decidida a no dejar que su distancia me intimide—. Sí, tengo hambre. Por favor.

Rhona asiente una sola vez y vuelve al horno.

—¿Alguna manera en especial en que quieras los huevos?

—Como los hagas para los demás está bien —le digo—. ¿Quieres que te ayude en algo?

Me lanza una mirada por encima del hombro, con los ojos apenas entornados.

—¿Acaso piensas que no sé manejarme en mi propia cocina?

—No —respondo enseguida—. No quería insinuar…

—Oh, basta, Rhonnie —protesta Finlay—. Sabes que solo estaba siendo educada.

Ella lo mira un instante y luego, con un sonido sospechosamente parecido a un resoplido, vuelve a lo suyo.

—¿Y qué te pareció el pub? —pregunta Finlay mientras alcanza el termo del centro de la mesa, agarra una taza y me la ofrece—. ¿Café?

Lo acepto y dejo que me sirva antes de contestar.

—Fue interesante. Los dueños son… llamativos.

—Ah, sí —ríe Finlay—. Los gemelos son todo un caso. Espero que no hayan sido muy pesados contigo.

—Nada que no pueda manejar —respondo, negando con la cabeza.

Estoy a punto de preguntar por el museo que me recomendaron, pero algo me frena. Miro a Brodie y recuerdo lo que los gemelos dijeron sobre llevarlo conmigo. Me parece injusta su opinión sobre él, pero aun así… creo que es algo que prefiero experimentar por mi cuenta.

—Mi coche debería estar listo hoy —digo en su lugar—. Leo dijo que lo traería esta mañana.

—Buen hombre —asiente Finlay—. Espero que Brodie no lo haya dejado cobrarte precio de turista.

Brodie pone los ojos en blanco; se le ve cansado, como si tampoco hubiera dormido bien.

—Le cobró una tarifa normal.

—Bien, bien —dice Finlay—. No podemos permitir que se aprovechen de mi nieta. —Hace una mueca en cuanto pronuncia esas palabras, con el labio tembloroso y los ojos humedecidos—. Ay, mírame. Perdona, gallinita. Es que nunca pensé que podría decir eso. No mientras tú estuvieras aquí sentada frente a mí.

Me doy cuenta de que Finlay es… del tipo emocional. Se limpia una lágrima suelta y yo le doy una palmada torpe en el hombro.

—Me alegra mucho estar aquí —le digo.

—Y a nosotros nos alegra tenerte —responde, mirando hacia Rhona—. ¿Verdad, Rhonnie?

Rhona se da la vuelta con dos platos, deja uno frente a Brodie y me ofrece el otro. Su rostro desmiente por completo lo que Finlay acaba de afirmar. Tiene la boca torcida en un leve gesto de desaprobación mientras sus ojos recorren mi aspecto desaliñado.

—Hubiera estado bien avisar.

—¡Rhonnie!

Niego con la cabeza, manteniendo mi expresión serena.

—No, tiene razón —insisto, decidida a ganarme a esta mujer aunque me cueste la vida—. Lo siento mucho. Supongo que estaba nerviosa. Lo pensé cien veces antes de decidir si venía o no.

—¿No tienes a nadie esperándote allí, en Estados Unidos? —pregunta Brodie, ya concentrado en su comida.

Niego con la cabeza.

—No realmente. Mi antiguo jefe siempre fue muy amable conmigo y fue comprensivo mientras papá estaba… —Trago saliva con dificultad, incapaz de seguir por ese camino con Rhona observándome así desde su lugar al otro lado de la mesa—. En fin. Mis amigos se fueron distanciando. Es difícil mantener el contacto cuando cuidas de alguien las veinticuatro horas.

—Y tuviste que hacerlo sola —dice Finlay, con la voz cargada de emoción—. Pobre muchacha.

—Quizá habrías tenido ayuda si lo hubiéramos sabido —murmura Rhona, clavando el tenedor en sus huevos.

Asiento, empeñada en mantener la calma.

—Ojalá lo hubierais sabido. La ayuda me habría venido bien. Lamento que no os enterarais.

Rhona me sostiene la mirada unos segundos y luego baja la cabeza para dar un bocado.

—Supongo que no es culpa tuya.

El silencio que sigue queda flotando en el aire, y no sé cómo romperlo. Por suerte, Finlay lo hace por mí.

—Bueno, te prometí un recorrido después del desayuno, ¿verdad?

—Así es —respondo con una sonrisa—. Me encantaría ver la granja.

—Entonces come, mi niña —ríe—. Porque hay mucho que ver.

Mi niña. Me hace sonrojar, pero de una buena manera.

Ni siquiera necesito preguntar si Rhona se unirá a nuestra pequeña aventura. No sé si eso me decepciona o me alivia.

—… Y por allá está el viejo granero; ¡lleva ahí desde que empezamos a construir en estas tierras! —exclama Finlay con entusiasmo.

Llevamos caminando más de una hora; no había anticipado cuánto terreno ocupa la granja de los MacKay. Colinas onduladas, arroyos y vaca tras vaca tras vaca —de las que estoy perfectamente feliz de mantenerme lejos—. Casi parece que el lugar no tuviera fin.

La estructura hacia la que señala es un granero enorme que parece inclinarse un poco hacia la izquierda; tiene una base de piedras apiladas que da paso a madera envejecida que ha visto días mejores y, sí, al mirarlo puedo creer que lleve allí tanto tiempo como él dice.

—Ahora bien, mi tatarabuelo tuvo que restaurar algunas partes, ¿ves? —continúa Finlay—. Pero la piedra es original.

—Es impresionante —digo, totalmente en serio.

Me asombra pensar que esas mismas piedras llevan aquí casi mil años, según Finlay. Te hace reflexionar sobre cómo sería este lugar

en aquel entonces. La gente que vivía aquí. La historia. Es casi abrumador pasar de haber tenido solo a mi padre durante toda la vida a, de repente, sentir tanta conexión.

Apoyo la mano sobre la madera desgastada del granero; mis dedos hormiguean contra la superficie, un claro anticipo de la piel erizada que empieza a recorrerme los brazos. Es extraño: hay esa misma sensación de vida palpitante que parece impregnar el aire a mi alrededor, como si pudiera percibir su vibración. Paso el pulgar sobre la punta oxidada de un clavo y siento una repentina descarga de estática.

—Mierda —murmuro.

Finlay corre hacia mí.

—¿Estás bien, muchacha?

—Estoy bien —lo tranquilizo—. Solo la corriente estática. —Señalo mi cabello, que empieza a encresparse—. Ya estoy acostumbrada.

—Tu padre tenía el mismo problema. —Finlay ríe—. Rizos por doquier.

Veo cómo su sonrisa se apaga al recordar a mi padre, y le aprieto el hombro para distraerlo. Ha estado tan feliz mostrándome todo.

—¿Me enseñas el interior?

—Sí, claro que sí —responde, limpiándose disimuladamente un ojo. Levanta la vista hacia el sol, ya mucho más alto en el cielo, entrecerrando los párpados—. Debería de ser casi hora de sacar algo de heno. Me imagino que…

De repente, un estruendo resuena dentro del granero: una serie ensordecedora de chirridos antes de que un motor arranque.

—Ah —dice Finlay—. Justo a tiempo.

Frunzo el ceño, preguntándome a qué se refiere, pero antes de que pueda decir nada, un tractor rojo descolorido empieza a salir del granero, con una bala de heno clavada en la punta de algún tipo de acoplamiento. Nada de eso retiene mi atención durante mucho tiempo, porque en el asiento del tractor está la última persona que querría ver mientras intento conectar con mi familia recién encontrada… especialmente teniendo en cuenta que, por alguna razón, dicha persona está sin camisa.

Me quedo momentáneamente muda ante los músculos relucientes, bronceados por el sol, y las manos grandes, cubiertas por guantes, que sujetan el volante mientras Lachlan maniobra hacia fuera.

—¡Ey! —llama Finlay, agitando la mano—. ¡Lachlan!

Mierda. No lo llames mientras lo estoy mirando tan descaradamente.

Demasiado tarde: Lachlan gira la cabeza y nos ve en la entrada del granero. La visera gastada de su gorra le hace sombra en los ojos, pero no lo suficiente como para evitar que note cómo los entrecierra levemente al verme.

Pues que te den, pienso*,* seguido de*: mejor no sigas por ahí, cerebro.*

Lachlan parece preferir hacer cualquier cosa antes que apagar el tractor para conversar, pero Finlay, siendo el rayo de sol que es, no se desanima. Cruza la hierba con paso firme para encontrarse con él, con una sonrisa amplia en el rostro.

Lachlan apaga el tractor, se quita la gorra para limpiarse el sudor de la frente, y el gesto hace que sus bíceps se tensen y sus

pectorales se marquen. Si no hubiera demostrado ser un idiota de primera, no sé si podría controlar mi descaro.

No deseamos a los imbéciles, maldita sea.

—Lachlan —dice Finlay cuando el motor queda en silencio—. ¿Todo bien esta mañana?

La expresión de Lachlan permanece casi inmutable mientras se coloca de nuevo la gorra, y es casi un alivio saber que su frialdad no va dirigida exclusivamente hacia mí.

—Todo bien —responde—. Una vaca se ha escapado del cercado sur, pero la he encontrado deambulando junto al arroyo, en las tierras de Hamish.

—¿Era Girdie? Creo que está a punto de parir. Tiende a escaparse cuando se acerca el momento.

Lachlan se encoge de hombros.

—Es la doscientos dieciséis.

—Sí, esa es Girdie —asiente Finlay—. Quizá convenga encerrarla esta noche, por si acaso.

—Puedo hacerlo —responde Lachlan. Me lanza una mirada, arqueando una ceja—. ¿Estás tanteando el terreno, eh?

—Bueno, aún no me han echado —replico con frialdad.

Creo ver una comisura de su boca temblar, pero podría estar imaginándolo.

—Suele pasar, cuando no te metes donde no debes.

—Idiota —murmuro, intentando no notar cómo se marcan sus abdominales cuando se inclina hacia el volante—. ¿Y qué estás haciendo, exactamente?

—Dar de comer a las vacas.

—¿Se comen todo eso todos los días? —pregunto, frunciendo la nariz.

—Sí, más o menos —ríe Finlay—. Son como perritos grandes, en realidad.

—Perritos grandes con cuernos enormes —señalo.

—No me digas ahora que les tienes miedo a las vacas, princesa —dice Lachlan, y su boca sí se curva entonces.

—No tengo miedo —rezongo—. Y deja de llamarme así.

—Ya veremos. —Las comisuras de sus labios se elevan aún más.

—Vale, vale —bufa Finlay—. Basta con el coqueteo. Hay vacas que alimentar.

—No estaba coqueteando —digo justo al mismo tiempo que Lachlan suelta lo mismo con brusquedad.

Finlay se limita a reír.

—Claro, por supuesto que no. ¿Te veremos en la cena, Lachlan?

Lachlan se tensa y mira a mi abuelo con cautela. He notado que mantiene cierta distancia con mi familia —incluyéndome a mí—, y no puedo evitar preguntarme por qué decidió trabajar aquí si no parece simpatizar con sus empleadores.

—No puedo —dice cortante—. Pero agradezco la invitación.

—Algún día dirás que sí. —Finlay niega con la cabeza.

Lachlan no responde, pero su silencio dice lo suficiente. No creo que tenga intención de acercarse a mis abuelos pronto.

Mis ojos vuelven a su pecho sin mi permiso, y no puedo fingir que la visión del sudor resbalando sobre sus tensos pezones no me provoca una sensación física. Por desgracia, Lachlan se da cuenta de que lo miro.

—¿Ves algo que te guste?

—Ni de lejos —respondo, frunciendo el ceño.

—Ajá —dice con una sonrisa arrogante, girando la llave del tractor mientras mira a Finlay—. Termino esto en un rato; luego buscaré a Girdie y la encerraré.

—Buen muchacho —contesta Finlay con una sonrisa.

Lachlan asiente, breve y seco, antes de arrancar el tractor y alejarse lentamente. Tengo que obligarme a no seguir con la mirada los músculos de su espalda mientras se va, repitiéndome una vez más que *no deseamos a los imbéciles.*

Es, admito, un mantra difícil de recordar cuando el imbécil en cuestión tiene ese aspecto.

—¿Todavía quieres ver el interior del granero?

Parpadeo y giro la cabeza hacia Finlay, cuyos ojos brillan con humor, sin duda por haberme sorprendido mirando a su ayudante.

—¿Siempre es tan grosero contigo?

Finlay le resta importancia con un gesto.

—Qué va, solo es un poco duro, eso es todo. Se ablandará con el tiempo. Ha tenido que pasar por bastante.

Me muero de ganas de preguntar a qué se refiere, pero sé que hacerlo solo delataría un interés que no pienso reconocer. Así que, en su lugar, señalo la entrada del granero.

—¿Me enseñas el interior?

El rostro de Finlay se ilumina, y siento cómo ese calor se me instala en el pecho. Me dan ganas de envolverme en él y quedarme con un poco de su brillo. La agradable sensación se ve empañada por el pinchazo de decepción de que Rhona no me haya aceptado tanto como Finlay, pero aún hay tiempo. En algún momento cambiará de opinión.

O, al menos, eso es lo que sigo diciéndome.



6
Lachlan

Dejo el fardo de heno en una zona más apartada del prado; las vacas ya empiezan a agruparse donde lo suelto, incluso antes de que lo haya bajado por completo al suelo. Apago el tractor y salto al suelo mientras saco la camiseta del bolsillo trasero y me la paso por la frente. El tiempo anda de lo más caprichoso últimamente: un día nos cae un aguacero de los buenos y al siguiente estoy sudando en pleno otoño.

Me río para mis adentros al recordar la cara de Keyanna cuando me vio. Fue clarísimo que me estaba echando un ojo, y la idea me resulta satisfactoria. Aunque solo sea por saber que debe de fastidiarle todavía más sentirse atraída por mí cuando no quiere estarlo.

También calma un poco mi propia reacción hacia ella.

No puedo fingir que su pelo de fuego, sus pecas y esa boca fruncida no me atraen; al contrario, si no estuviera tan empeñado en

mantener la delantera con respecto a la nueva integrante del clan MacKay, probablemente sería ella quien me pillara mirándola de manera descarada. Lo cual, como sospecho que le pasa a ella, es irritante. Keyanna MacKay es la última persona del mundo en la que debería fijarme, ya sea físicamente o de cualquier otra forma.

Le rasco la barbilla a una de las vacas —Bethie, creo, aunque es casi imposible seguir la pista de los nombres que Finlay les pone a estos perritos lanudos gigantes— y sonrío al oír su mugido grave mientras mastica un poco de heno. Tendré que buscar a Girdie en cuanto termine, como le he dicho a Finlay. Es cierto que puede parir en cualquier momento, y ya hemos perdido demasiados terneros en los últimos meses por vacas que dan a luz en el lugar y el momento equivocados.

Escucha lo que dices, pienso con amargura. *Eres prácticamente uno de ellos, ¿eh?*

Me recuerdo por qué estoy aquí en realidad, y cuidar de la granja es lo más alejado posible de ese motivo. En los seis meses que llevo aquí, he revisado la propiedad de arriba abajo en busca de respuestas a mi problema, cualquier cosa que pueda ayudarme a retrasar mi destino inevitable, pero sin éxito. Después de tanto tiempo, empiezo a temer que esas respuestas no existan, pero sabiendo lo que me espera si es así, no me queda más opción que seguir adelante.

A veces me pregunto qué pensaría mi padre si supiera que estoy confraternizando con el enemigo. Seguro que me daría una paliza por siquiera darles los buenos días, pero me digo que, si supiera por qué lo hago, si supiera que todos los secretos y mentiras son tanto por él como por mí, quiero creer que acabaría perdonándome. Ojalá.

Acaricio el cuello de Bethie, murmurando:

—Buena chica.

No hay señales de Girdie en el horizonte, y me temo que será un día largo si se ha vuelto a salir del terreno. Debí encerrarla en cuanto la he traído antes, pero vi a Keyanna y a Finlay moverse detrás de la casa principal y, bueno…, me distraje.

Es que es tan curioso. Que ella esté aquí. Justo ahora. No puedo evitar preguntarme si significa algo. Si es «la hija de MacKay» sobre la que mi padre me advirtió alguna vez la que ha aparecido de la nada en mi peor momento. Y, si es así, ¿qué quiere decir eso?

Demasiadas preguntas y muy pocas respuestas, pienso.

Por ahora, me prometo.

Vuelvo a darle una palmadita a Bethie, me paso la camiseta empapada por la cabeza y me ajusto la gorra después. Supongo que tengo otras cosas de las que ocuparme. No puedo fingir ser un peón de granja si no hago algo propio de un peón de granja. El arroyo donde encontré a Girdie está al otro lado de la propiedad, y algo me dice que ya se le ha metido en la cabeza que es un buen lugar para parir, por muy equivocado que esté.

Alzo la vista al cielo y veo que aún quedan horas de luz.

Bien, pienso. *Tiempo de sobra.*

Cuando por fin tengo a Girdie encerrada en el establo, estoy hecho un desastre. Tengo las botas cubiertas de barro hasta casi las rodillas del pantalón, y estoy tan empapado en sudor por este día de calor —rarísimo para la época— que la camiseta se me pega como una segunda piel.

Aseguro el candado de la cerca mientras Girdie da vueltas y más vueltas, y meto la mano entre los barrotes para acariciarle el hocico.

—Eso es, chica —la calmo—. Es por tu propio bien, ¿de acuerdo?

Escucho pasos detrás de mí y, al darme la vuelta hacia la entrada del establo, veo a Brodie entrando, arrastrando los pies y con un cubo en la mano. Se queda quieto al verme, frunce apenas el ceño y me dedica un leve asentimiento.

—Buenas, Lachlan —dice.

Le devuelvo el gesto.

—Lo mismo digo.

—Traigo unas sobras para el cerdo de Finlay —explica, levantando el cubo con un gesto extraño—. Quería hablar con él para asegurarme de que no haya nada que no quiera que el animal coma.

Las conversaciones de este tipo son la norma entre Brodie y yo; se las arregla para evitarme siempre que puede, y a mí me parece perfecto que siga con esa costumbre. El tipo me resulta raro, la verdad. Siempre merodeando por la granja.

—No he visto a Finlay desde la mañana —le digo—. Estaba enseñándole el lugar a tu prima.

—Ah. —Brodie asiente—. Seguro que la ha llevado a ver sus sitios favoritos.

—Suena lógico —respondo.

Brodie desplaza el peso de su cuerpo de un pie a otro y frunce los labios.

—Es raro, ¿no? Que ella esté aquí. Hasta ayer ni sabía que existía.

—Parece que al resto de la familia le ha pasado lo mismo.

—¿Conociste a su padre?

Aprieto los dientes mientras una chispa de rabia se enciende en mi interior al pensar en el hombre que, en su día, decepcionó tanto a mi padre. Me obligo a mantener el rostro neutro.

—Cuando era un niño —digo—. No recuerdo gran cosa de él.

—Igual que yo —responde Brodie—. Y lo mismo. —Frunce el ceño —. Es raro que aparezca así, de la nada.

Procuro no ponerme a la defensiva; sería demasiado fácil señalar que él hizo exactamente lo mismo hace apenas un par de meses y, bueno, yo tampoco llevo aquí toda la vida. No es asunto mío si le incomoda la presencia de Keyanna. No me importa si no se llevan bien. No hay razón para que yo sienta la necesidad de defenderla.

El silencio se alarga entre nosotros. Puedo ver los engranajes girando en su cabeza, aunque no tengo ni idea de lo que está pensando.

—Bueno…, será mejor que vaya a cambiarme —digo al fin.

No se mueve cuando paso junto a él; solo se adentra más en el establo cuando ya me he alejado.

Un tipo raro.

Voy a medio camino de la casita en la que me alojo cuando distingo un destello rojo a lo lejos. Si entrecierro los ojos, alcanzo a ver a Finlay de pie sobre una colina, con su nieta a un lado. Sus rizos cobrizos ondean con la brisa y, aun desde tan lejos, no se me escapa la forma en que echa la cabeza hacia atrás al reírse de algo que Finlay habrá dicho. Casi puedo imaginar cómo se le enrojecen las mejillas, resaltando sus pecas.

Ya basta con eso, imbécil.

Me burlo de mí mismo, apartando la vista y siguiendo rumbo a la cabaña. Pecas y rizos rojos son lo último que debería ocupar mis

pensamientos. No hay lugar para eso. No con todo lo demás que tengo encima ahora. No hay sitio para Keyanna MacKay en mi cabeza.

Es algo que tengo que repetirme más de una vez durante el camino de regreso.



7

Keyanna

Tardo mucho más de lo que debería en darme cuenta de que me han tomado el pelo.

Para ser justa, el exterior de Loch Land parece legítimo, y supongo que, en cierto sentido, lo es..., pero no del modo en que Rory y Blair me hicieron creer. No comprendo del todo la magnitud de mi absoluta y total estupidez hasta que entro en la sala situada justo detrás del mostrador de venta de entradas, y en ese instante todo se vuelve obvio: entiendo por qué la mujer de la entrada me miró raro cuando le dije que solo necesitaba una.

Museo, mis cojones.

Las paredes están cubiertas de murales infantiles de colores brillantes que muestran a un monstruo del lago Ness con una amplia sonrisa humana que, objetivamente, da miedo. Por toda la sala hay pequeñas exhibiciones interactivas que apenas me llegan a la

cintura. No están pensadas para adultos, porque esto no es un museo, sino una maldita atracción infantil.

No sé qué sería más vergonzoso: deambular sola por el lugar o dar media vuelta y salir apenas un minuto después de haber comprado la entrada. Tras pensarlo un momento, decido que marcharme tan pronto solo les daría más motivos para reírse de mí a Rory y Blair.

Y a Lachlan, pienso con amargura. Porque tuvo todas las oportunidades en el pub para decirme lo que ocurría, e incluso ayer, cuando lo vi durante el recorrido por la propiedad con Finlay. Pero, al parecer, se estaba riendo de mí tanto como los gemelos. El pensamiento me hace arder las mejillas, y me prometo que la próxima vez que lo vea me aseguraré de dejarle muy claro lo que pienso al respecto.

Hay una familia con dos niños pequeños —un niño y una niña que no deben de tener más de diez años— riéndose frente a las exhibiciones. El mayor se burla de la pequeña porque parece asustada por algunas de las representaciones más monstruosas. Su padre se acerca para separarlos, y siento que el estómago se me encoge cuando se agacha y le susurra algo al oído al hijo.

Me pregunto si mi padre habrá venido alguna vez aquí. El lugar parece llevar bastante tiempo abierto, a juzgar por la pintura descascarillada, y tomo nota mental de preguntarle a Finlay más tarde.

Por ahora, sin embargo, me obligo a avanzar y a fingir interés mientras me acerco a una de las exhibiciones. Se trata de una especie de pequeño teatro de papel con una manivela de madera en la parte frontal que permite mover una figura recortada del

monstruo del lago Ness entre las olas de cartón. Debajo hay una gran placa con letras en relieve que resume la leyenda de la criatura:

EL MONSTRUO DEL LAGO NESS: UNA CRIATURA
LEGENDARIA DE GRAN TAMAÑO QUE, SE DICE,
HABITA EN LAS PROFUNDIDADES DEL LAGO NESS.

Muevo la manivela de un lado a otro distraídamente, pensando en que mi padre quizá vino aquí, tal vez incluso cuando era niño. Esa idea suaviza un poco la irritación de haber sido engañada. Tal vez él estuvo aquí, de pie frente a esta misma exhibición, moviendo esta misma manivela y preguntándose por el monstruo que, según contaban, vivía a pocos kilómetros de este lugar.

Me sacudo la melancolía antes de acercarme a otra exposición: un mapa grande y plano de todo el lago Ness, montado bajo un cristal sobre una mesa. Paso el dedo por la superficie, me detengo sobre una marca que indica *Skallangal Cove* y frunzo el ceño al recordar que tendré que volver allí de algún modo. No me gustó la expresión de lástima que cruzó el rostro de Lachlan cuando se enteró de lo que hacía en su propiedad, pero debo admitir que la culpa que mostró después se sintió bastante bien. A ese imbécil no le vendría mal que lo bajaran un poco del pedestal.

Frunzo el ceño otra vez. Ni siquiera sé por qué sigo pensando en él. Solo es un idiota.

La sala siguiente tiene una pared cubierta por completo de fotos y artículos de periódico sobre el monstruo, cuidadosamente dispuestos de forma apretada y ordenada. Veo la famosa «foto del cirujano» de 1934, la que lo empezó todo; la imagen granulada se ve tan ambigua de cerca como siempre en una pantalla. El pie de foto

incluso aclara que más tarde se demostró que era un montaje, pero eso no parece haber frenado a nadie en su búsqueda del supuesto monstruo oculto en el lago.

—¡Te va a atrapar! —gruñe el niño, persiguiendo a su hermana, que chilla de risa, blandiendo una figura de papel del monstruo sujeta a una varilla de madera.

La madre niega con la cabeza desde donde está apoyada en la pared, y el padre se pasa una mano por la cara antes de intercambiar con ella una mirada resignada. Supongo que escenas así deben de ser habituales con niños tan cercanos en edad. El padre vuelve a interponerse entre ellos, y la vieja luz fluorescente refleja los tonos rojizos de su cabello.

No puedo evitar imaginar a mi padre de nuevo, más joven de lo que era la última vez que lo vi, aunque ya no un niño: un joven con el mismo cabello que yo, arrastrado hacia la orilla en plena noche por algo que, según toda lógica, no debería existir. Escuché esa historia una y otra vez; a la hora de dormir, cuando estaba enferma… Mi padre la contó tantas veces que me la aprendí de memoria. Y ahora que estoy aquí… no lo sé. Ver esta atracción infantil, que ni siquiera parece tomarse en serio a sí misma, me hace dudar de todo.

Pero también recuerdo su mirada en aquellos últimos días. Recuerdo cómo volvió a contar la historia, cómo había olvidado casi toda su vida por la enfermedad, pero aún conservaba cada detalle de ese momento. Recuerdo la sinceridad de sus ojos cuando la narró por última vez, la forma en que me sujetó el brazo y me pidió que lo llevara de vuelta allí... Algo que estoy casi segura de que ni siquiera comprendía del todo. Incluso me atrevo a pensar que no habría

hecho esa petición de haber estado en su sano juicio. Lo que significa que yo no tenía por qué cumplirla. Sé que no me lo habría reprochado. Y, aun así, aquí estoy: en un maldito museo infantil sobre una criatura legendaria, tratando de encontrar algún vínculo con la única persona que me amó de verdad.

Lo echo de menos.

Ese es el fondo de todo. La razón por la que estoy aquí, si soy sincera. Porque me aterra seguir adelante con mi vida sin él. Tal vez pensé que, viniendo aquí, encontraría alguna parte de él, algo a lo que aferrarme para que su ausencia no resultara tan definitiva, tan como si se hubiera ido para siempre. Algo que no me hiciera sentir tan completamente sola en el mundo.

Y, a juzgar por la cena incómoda de anoche y el desayuno de esta mañana —que no fue mucho mejor—, tengo la molesta sensación de que no voy a encontrar nada de eso.

Deambulo por Loch Land otra media hora, solo para no sentir que he desperdiciado por completo las treinta libras de la entrada —que, ahora que he visto el interior, me parecen un robo—, pero todas las exhibiciones son más de lo mismo. No hay nada que no haya leído antes en internet y, desde luego, nada que me acerque a descubrir si las historias de mi padre tenían algo de verdad.

La mujer de la entrada vuelve a arquear una ceja cuando le doy las gracias en voz baja al salir. Probablemente se pregunte qué hacía una adulta jugando con el rompecabezas del monstruo del lago Ness al fondo del local. Y sí, lo he hecho…, pero solo porque lo he tirado sin querer y no soportaba dejarlo desordenado.

Fuera hay neblina; el día sigue gris tras la lluvia intensa de ayer. Me subo la capucha de la chaqueta para intentar, en vano, evitar

que el cabello se me convierta en una pesadilla encrespada, y soplo un rizo rebelde que me cae en la cara mientras paso junto a la horrenda estatua de la entrada. Al llegar me he apresurado al pasar delante de ella porque es realmente espantosa: tiene una cara más propia de una jirafa y unos cuernos que apuntan hacia arriba como los de un antílope, lo cual, incluso según los estándares del mito, estoy segura de que no es correcto. Está pintada con anillos de colores neón hasta el vientre, que reposa sobre la tierra, y los brazos, cortos y torcidos como los de un *T. rex*, hacen que la figura en conjunto parezca ridícula y un poco triste.

Me sobresalto al oír una puerta de coche cerrarse detrás de mí. Todo mi cuerpo se tensa cuando me giro y veo, a solo unos pasos, a la persona con la que menos quería cruzarme allí, sonriéndome con suficiencia desde el lado del conductor de su Rover. Cierra el coche y da la vuelta hacia la acera. Cruzo los brazos sobre el pecho y entorno los ojos mientras se acerca.

—¿Me estás siguiendo?

Lachlan arquea una ceja.

—¿Siguiéndote? Tengo cosas mucho mejores que hacer que andar detrás de ti, princesa.

Se me eriza el vello ante el estúpido apodo que se niega a abandonar, y me gustaría decirle que se vaya a la mierda, pero me distraigo cuando señala a mi espalda. Al girarme, distingo el edificio metálico al otro lado de la calle y el cartel que indica que es una tienda de alimentos para animales.

—Tu abuela me ha mandado a buscar algunas cosas. Esta mañana ha nacido una ternerita que su madre ha rechazado. Necesito biberones y demás.

—¿Vas a alimentarla?

—Sí —dice, inclinando la cabeza—. ¿O quieres hacerlo tú? —Sus ojos se detienen en la horrenda estatua a nuestro lado, y sus labios se curvan en una sonrisa divertida—. Ah, pero estás ocupada, ¿verdad?

—Sí, ríete todo lo que quieras. —Aprieto los labios—. Os creéis muy graciosos.

—Ah, no les hagas caso a los gemelos, chica. No querían hacer daño. Solo están locos, eso es todo. No pueden evitarlo.

—Veo que tú tampoco dijiste nada —señalo.

—Bueno, supongo que Loch Land es una apuesta más segura para tus aventuras que trepar por las rocas de Skallangal Cove. Al menos aquí no corres el riesgo de romperte las piernas.

—Ya dije lo que estaba haciendo allí —resoplo.

Sus ojos se suavizan entonces, y su boca se tensa en una mueca.

—Sí, lo hiciste. Podrías haberlo mencionado antes, ¿sabes? Pero aun así es peligroso estar sola en ese lugar.

—Sé cuidarme perfectamente —gruño, poniendo los ojos en blanco.

—Eso crees tú —dice entre risas. Sus ojos recorren el entorno antes de añadir—: Veo que no has traído a tu querido primo contigo. ¿Te aburrió hasta la muerte de regreso a casa?

No quiero darle a Lachlan ningún tipo de munición contra mí, porque parece haber descubierto que le encanta irritarme, así que me limito a encogerme de hombros con indiferencia.

—No hay nada de malo en Brodie —digo—. Solo estaba ocupado esta mañana.

Aunque no tengo forma de saberlo, pienso, *ya que me he escabullido después del desayuno antes de que pudiera verme.*

De nuevo, no es que no me guste Brodie; en realidad parece buena persona, pero esto era algo que quería hacer por mi cuenta. No con alguien a quien acabo de conocer. No voy a decirle eso a Lachlan, ya que todo ha resultado ser una farsa.

—Oh, ¿sí? —La sonrisa de Lachlan se ensancha con un aire burlón, y un hoyuelo aparece en su mejilla, atrayendo de inmediato mi atención. *Mierda*. No es justo. No debería poder verse así y tener hoyuelos siendo un imbécil—. ¿Sois grandes amigos, entonces?

Frunzo el ceño, apartando la mirada del ofensivo hoyuelo, que en cualquier otra persona sería irresistible.

—Eres idiota.

—Eso es lo que me dicen —ríe.

—¿Cuál es el problema entre tú y Brodie, exactamente?

—¿Qué quieres decir?

—El otro día os estabais matando con la mirada en el pub. Fue bastante obvio.

—Brodie nunca se llevó bien conmigo cuando éramos críos. No recuerdo cuándo empezó. Siempre andaba con la nariz metida en un libro. Supongo que pensaba que era mejor que los demás.

—O tal vez simplemente sabía que acabarías siendo un imbécil.

—Podría ser. —Lachlan ríe, con los ojos de nuevo en la estatua, todavía divirtiéndose demasiado a mi costa—. Entonces, ¿qué te ha parecido Loch Land? ¿Has aprendido mucho?

—Ha sido tan útil como esto… —Hago un gesto hacia lo que probablemente sea la estatua más fea del mundo, buscando

palabras—. Sea lo que sea. Supongo que, cuando he pasado junto a esta cosa, debería haber sabido dónde me estaba metiendo.

—¿No crees que es una representación justa?

—¿En serio? —respondo, arqueando una ceja.

—Quién sabe. —Se encoge de hombros—. La bestia es un misterio.

—¿Tú crees en ella? —pregunto con incredulidad—. Lo dudo mucho.

—Ah, es «ella», ¿verdad?

—Bueno, sí. Canónicamente, el monstruo del lago Ness es femenino.

Hay un brillo de… algo en sus ojos, y, combinado con esa maldita sonrisa, siento que el estómago se me retuerce con algo que prefiero no analizar. Decido que es irritación.

—«Canónicamente» —repite—. Bueno, no soy quién para discutir con una experta. —Se mete las manos en los bolsillos y se dispone a pasar a mi lado, no sin antes añadir por encima del hombro—. Estoy seguro de que has aprendido un montón de cosas ahí dentro.

Siento que me arden las mejillas justo antes de que el calor se extienda a mis orejas, y le lanzo dagas con la mirada mientras se aleja, intentando articular alguna respuesta. Pero mi lengua parece hecha un nudo. Al final, dejo escapar un sonido frustrado y golpeo el pie contra la acera antes de darme cuenta de lo que acabo de hacer y maldecirme a mí misma.

¿Qué tiene Lachlan Greer que me hace actuar como una niña de doce años?

Me alejo dando pisotones en dirección opuesta, hacia donde he aparcado el coche, diciéndome que no merece ni un segundo más

de mi tiempo. Les debo a los gemelos una visita al pub para darles las gracias por la recomendación de un viaje tan educativo, y decido allí mismo que no voy a permitir que más escoceses se burlen de mí mientras esté aquí.

—No resbales en la acera, Su Alteza —me grita Lachlan.

Le dedico un gesto obsceno por encima del hombro antes de subir al coche.

La lluvia cae más fuerte ahora, y frunzo el ceño ante el golpeteo de las gotas contra el parabrisas mientras noto cómo mi cabello empieza a encresparse con la humedad. Por supuesto, no bastaba con enviarme a una persecución inútil; no, el tiempo también tenía que volverse espantoso. Sé que el camino de regreso a casa de mis abuelos estará lleno de barro, y solo puedo esperar que mi pequeño coche no termine atascado en el camino. Dios no quiera que necesite a Lachlan para rescatarme de nuevo.

—Podrías colaborar un poco conmigo —gruño al aire mientras giro la llave—. Basta de este clima de mierda.

Parpadeo, sorprendida, cuando la lluvia empieza a disminuir en ese mismo instante. Me quedo inmóvil, con la mano todavía en el contacto, mirando por la ventanilla con la boca entreabierta. ¿Acabo de…?

Sacudo la cabeza. Es absurdo.

Es Escocia, me recuerdo a mí misma. *El tiempo es temperamental.*

Lanzo un último vistazo irritado a la horrenda estatua frente a Loch Land mientras me incorporo a la carretera, negando con la cabeza ante mi propia ingenuidad, sin saber qué temo más: otra dosis de incomodidad con mi «familia» o más búsquedas infructuosas de alguna débil conexión con mi padre. Tal vez me

estoy complicando más de lo necesario. Tal vez debería esforzarme por acercarme a esa familia distante. Tal vez no debería enemistarme con los lugareños… Sobre todo, con un granjero muy atractivo pero exasperante que, al parecer, no va a desaparecer de mi vida.

No por primera vez, me pregunto si venir aquí fue una idea estúpida.

Estúpida, resuena la voz de Lachlan en mi cabeza. *Eso es lo que eres.*

Mientras avanzo por la carretera húmeda, me pregunto si atropellar a alguien con el coche tendrá aquí el mismo castigo que en mi país.



8

Lachlan

Cuando me levanto de la cama me duele todo el cuerpo, pero no es nada nuevo. Siempre intento dormir unas pocas horas en mi propia cama antes de empezar el día. Normalmente logro dormir toda la noche, pero hacerlo en el exterior y en las circunstancias en que lo hago no es precisamente lo ideal para descansar de verdad.

El sol ya está alto en el cielo cuando me incorporo en la cama de la casa de huéspedes de Rhona, donde vivo ahora. Mis pies sobresalen un poco del borde, pero el lugar es tan pequeño que ni siquiera sé cómo cabría una cama más grande aquí. Además, es gratis. El dinero no es un problema para mí, pero, desde que se vendió la vieja casa de la abuela, tampoco es que haya mejores opciones en Greerloch, aunque quisiera gastar para solucionarlo. Prefiero soportar la cama pequeña para estar más cerca de la propiedad, dada la razón por la que estoy aquí.

Me rasco el estómago mientras avanzo arrastrando los pies hasta la cocina —situada a solo unos pasos del rincón que hace de dormitorio— y pongo la cafetera en marcha para inyectarme una muy necesaria dosis de cafeína. En los seis meses desde que regresé a Greerloch, todavía no he encontrado lo que busco. Sería más fácil si pudiera preguntarle a Rhona, pero lo más probable es que ni siquiera ella lo sepa, con todo el secretismo que rodea el asunto, así que solo conseguiría que pensara que estoy loco.

Últimamente, empiezo a preguntarme si no lo estaré.

Oigo algo vibrar sobre la encimera y, cuando alcanzo el viejo móvil que casi no utilizo, mi boca se tuerce en una mueca. En realidad, lo conservo solo por ella, pero con cada conversación parece abrirse más distancia entre nosotros. Aun así…

Deslizo el pulgar por la pantalla para contestar y activo el altavoz mientras me preparo el café.

—¿Hola?

—Hola —responde una voz suave.

Un segundo de silencio.

Carraspeo.

—¿Cómo estás?

—Bien —dice mi madre—. Estaba pensando en ti.

Eso es raro.

Sacudo la cabeza, apartando el pensamiento amargo, y me recuerdo que no soy el único que sufrió por todo lo que nos pasó.

—¿Y la tía?

—Está bien —responde—. ¿Y tú? ¿Cómo te va?

—Todo bien —le digo—. Sigo trabajando en la granja de los MacKay.

—Sabes que no necesitas trabajar. No desde que tu pa… —Se interrumpe con un sonido ahogado. Todavía le duele hablar de él—. ¿Por qué quisiste hacer eso, de todos modos?

—Oh, ya sabes… Echaba de menos Greerloch, supongo. Me pareció lo correcto, teniendo en cuenta que me dejan vivir en su casa de huéspedes. Me mantiene ocupado.

En más de un sentido, pienso.

—No estarás… Ya sabes. ¿O sí?

Me detengo con la mano sobre la tapa de la cafetera.

—No te sigo.

—No creerás realmente en esas historias, ¿verdad?

—Esas *historias* son, en cierto modo, mi vida.

Ella suspira.

—Solo quiero que no se te meta en la cabeza que hay algo ahí fuera, hijo. Te volverá loco.

—Eso podría pasarme de todos modos, ¿no? Así que más vale intentarlo.

Se queda callada, sin duda pensando. Dudo si contárselo o no… No sé si la alterará saberlo.

Al diablo.

—Los MacKay tienen una nieta que ha aparecido de la nada —digo —. Aparentemente es hija de Duncan.

Mi madre contiene la respiración, pero no dice nada. No sé por qué eso me irrita. ¿Qué esperaba, que se alegrara?

—Tal vez signifique algo más —añado—. Tal vez signifique que no es demasiado tarde para…

—No —dice en voz baja—. Por favor.

Suspiro y me paso una mano por la cara.

—No podemos no hablar nunca de él, mamá.

—Yo… no puedo hacerlo —dice casi en un susurro, y puedo oír cómo se cierra en banda.

—Pues yo no puedo no hacerlo.

Silencio otra vez. Una vez más, estamos en punto muerto.

—Aléjate de esa chica —dice por fin, con tono grave—. Por favor.

No le digo que eso es literalmente imposible, dada nuestra proximidad, pero imagino que no serviría de nada. Después de esta llamada, usará el último método de gestión emocional sobre el que haya leído para borrar nuestra conversación de su mente.

—Tengo que irme —respondo—. Hay trabajo que hacer, ya sabes.

La oigo sorber al otro lado de la línea, y se me oprime el pecho con algo parecido a la culpa. Lo cual parece absurdo, considerando que fue ella quien me dejó.

—De acuerdo —dice—. Hablamos pronto, ¿vale?

No, no lo haremos, pienso, conociendo sus patrones.

—Sí —respondo en cambio.

—Te quiero, hijo.

Respiro hondo, suelto el aire despacio por la nariz antes de contestar:

—Yo también te quiero.

Escucho cómo corta la llamada, sintiéndome más cansado que hace un momento. Algo común después de hablar con mi madre. Intento no culparla por haberse marchado, de verdad que lo intento… pero cuando una madre le dice a un niño de ocho años que se va «por un tiempo» para arreglar sus cosas, y luego simplemente no vuelve nunca… Bueno, eso basta para amargar a cualquiera, creo. Sin importar todo lo que haya pasado.

Porque ¿acaso yo no he pasado por lo mismo?

Cuando el café está listo y ya me he puesto algo más abrigado, me dejo caer con un gruñido en una de las sillas de la cocina, junto a la ventana, para leer el diario mientras doy sorbos a la taza. La ventana brilla con la luz del sol en este mismo momento, así que corro las cortinas blancas y envejecidas para dejar entrar la luz, con el deseo de sentir su calor mientras me preparo para el día. Trato de apartar de mi mente la conversación con mi madre, sabiendo que si no lo hago me arruinará el resto de la jornada.

Pero el universo parece dispuesto a ofrecerme una distracción, porque, apenas un segundo después, al mirar por la ventana, me encuentro con la imagen de lo que creo que es la nieta de Rhona forcejeando con una horca atascada en un fardo de heno.

Apoyo el codo en el alféizar, con la taza en la mano, y sonrío mientras la observo en silencio. Está bastante lejos, junto al granero, con el rostro pálido enrojecido por el esfuerzo y los labios moviéndose con fervor —imagino que lanzando maldiciones— mientras tira con fuerza de la horca. Apoya una bota —parece que, mientras la estuve evitando la última semana, logró conseguir unas buenas botas de goma, aunque sean de un rosa chillón— contra el heno y tira del mango de madera con todas sus fuerzas durante varios segundos, hasta casi caer de culo. A pesar de lo que su cuerpo largo y delgado pueda sugerir, no es la mujer más ágil que he visto.

Me gustaría decir que verla no me hace sonreír, pero la curva de mis labios me delataría como un maldito mentiroso. Me repito que me río de ella, lo cual es una manera perfectamente aceptable de tratar al enemigo —una distinción necesaria—. Doy otro sorbo de

café mientras la observo pasearse frente al heno, fulminando con la mirada a la horca como si la hubiera ofendido de manera personal, y sospecho que, en cierto modo, así lo siente. Todo resulta aún más gracioso sabiendo que no tiene ninguna posibilidad de sacarla: yo mismo la clavé ayer, y tengo buenas razones para pensar que soy mucho más fuerte que ella. Que la mayoría de las personas, en realidad. Uno de los pocos beneficios de ser un hijo de los Greer.

Medito durante unos minutos si debería ayudarla o no, mientras la veo luchar inútilmente, sabiendo muy bien que no debería, pero sintiendo de todas formas cierta inclinación a hacerlo.

Es solo porque disfruto viendo su expresión de enfado, me digo.

Seguro que es eso. Es satisfactorio de una manera que no tiene nada que ver con el brillo que adquieren sus ojos verdes cuando se enfurece. Nada en absoluto.

Con las botas puestas y la decisión tomada, dejo la paz de la casa y salgo. El clima ha mejorado esta semana, así que el suelo está relativamente seco, aunque el aire sigue siendo frío. Keyanna sigue murmurando para sí misma cuando llego, tan concentrada que no nota que me estoy acercando por detrás. No hasta que me inclino hacia ella y susurro:

—¿Tienes problemas, princesa?

Mi recompensa es verla dar un salto de casi un metro en el aire mientras suelta un chillido nada digno de una princesa. Se gira fulminándome con la mirada, con las mejillas sonrojadas y las cejas cobrizas fruncidas sobre los ojos verdes.

—¡No me asustes así!

—Solo he caminado hasta aquí —le digo—. No me has oído, creo. Estabas demasiado ocupada maldiciendo al pobre fardo de heno.

Le lanza una mirada de desprecio al heno en cuestión.

—Rhona me pidió que le llevara heno a Girdie, y estoy tratando de ser útil, pero ni siquiera puedo sacar esto. ¿Cómo se supone que voy a moverlo?

Hay algo casi admirable en su empeño por ganarse a su abuela. Si fuera otra persona, tal vez hasta se lo diría. Pero, siendo ella, prefiero guardármelo.

—Mmm. —Me paso los dedos por la barba, fingiendo meditar—. Vaya problema, ¿eh?

—¿Puedes sacarlo tú?

—¿Me estás pidiendo un favor? Qué sorpresa.

—Lo sorprendente —replica con los ojos entrecerrados— es haber pensado que podrías no comportarte como un imbécil por una vez.

—Eh, eso no es justo —digo con fingido puchero—. Hace días que no nos vemos. ¿Qué he hecho esta semana para ganarme tu enfado?

—¿Dónde has estado? —pregunta, cruzándose de brazos e inclinando la cabeza. Y la forma en que lo dice…

Una sonrisa se dibuja en mi rostro.

—¿Me echabas de menos, Key? ¿Has estado buscándome?

—Ni de lejos —espeta, desviando la mirada con una mueca—. Pero trabajas aquí, ¿no? ¿Cómo es que nunca te veo, ya sabes, trabajando?

—Soy lo que podrías llamar… ayudante a tiempo parcial —le digo —. Tengo otros asuntos además de las vacas de Rhona.

—Qué misterioso por tu parte —replica, arqueando una ceja.

—Nada misterioso, princesa —respondo con dulzura—. Entre tú y tu querido primo, diría que puedo darme el lujo de reducir mis

horas, ¿eh?

Ella resopla.

—¿Vas a dejar de llamarme así alguna vez?

—Lo haré cuando deje de hacerte sonrojar —contraataco sin dudar.

Su boca se abre y sus ojos se agrandan; su expresión de sorpresa me produce una satisfacción tan intensa que casi es como una pequeña victoria, y debajo de eso… bueno, prefiero no analizar el sentimiento que se oculta bajo todo aquello.

—No me haces sonrojar —prácticamente sisea—. Eres… Eres… ¡Eres desesperante! Eso es lo que eres.

—Sí, sí, ya me lo han dicho. —Señalo con la cabeza la horca que sigue clavada en el fardo—. ¿Quieres que te saque eso o no?

—Yo… —Parece que preferiría tragarse un puñado de arena antes que pedirme ayuda, y debo admitir que me divierte verla debatirse. Es… muy entretenido molestarla. Considero su irritación una forma de restitución parcial por parte del clan MacKay—. Si no te molesta —dice al fin, con un tono tenso.

—No me molesta en absoluto —respondo alegremente—. Con tal de que digas «por favor».

El rubor le sube al instante, y abre la boca con lo que seguramente iba a ser una maldición o un insulto, pero luego mira la horca y después hacia la casa, y sé que está evaluando cuál es el mal menor: pedirme ayuda a mí o a uno de sus parientes lejanos. Respira hondo y ni siquiera me mira cuando murmura:

—Por favor.

—¿Qué ha sido eso? —me llevo una mano a la oreja—. No te he oído bien.

—He dicho por favor —repite un poco más alto, apretando los dientes.

No hay una buena razón para que me sienta tan satisfecho por su rendición, pero verla pronunciar esa palabra con su boca obstinada me provoca un pequeño cosquilleo en el estómago.

—Ah, no ha sido tan difícil, ¿verdad?

Rodeo su cuerpo y agarro el mango de la horca con una mano; le doy un tirón rápido y sonrío al ver cómo se le abre la boca cuando sale con facilidad. Se queda mirándola varios segundos antes de arrebatármela con esa expresión que parece reservada para sus nuevos enemigos mortales.

—Gracias —murmura antes de que pueda provocarla pidiéndole que me dé las gracias. Qué lástima.

—Solo intento ser buena persona —le digo con toda seriedad.

Ella pone los ojos en blanco, y el gesto es casi… tierno en ella.

¿Tierno?

Retrocedo ante mis propios pensamientos.

Definitivamente no ha sido tierno.

—No sé por qué tenían que ser vacas —murmura para sí, más que para mí.

—Sabía que les tenías miedo.

—Son demasiado… grandes —señala, mientras mira a Bethie, que está a unos pasos, masticando tranquilamente un bocado de hierba.

—Son inofensivas —le aseguro.

Ella lanza otra mirada recelosa hacia Bethie.

—Eso es lo que quieren que creas.

—¿De verdad te dan miedo las vacas?

—No me dan miedo —insiste—. Pero antes de este viaje apenas había salido de Nueva York. No soy precisamente experta en criaturas bovinas. Son… una experiencia nueva.

—Ah, son prácticamente bebés grandes —digo, y silbo entre los dientes. Bethie levanta la cabeza y empieza a caminar hacia nosotros—. No le harían daño ni a una mosca.

—¡No la llames!

Le doy un empujón suave entre los omóplatos.

—No puedes trabajar en una granja y tenerle miedo al ganado. No funciona así. Vamos, te voy a demostrar que no hacen nada.

—No creo… Mierda.

Da un salto cuando Bethie se le acerca, aún masticando, mirándola con expresión aburrida. La vaca parpadea despacio, se lame el hocico y sigue a lo suyo.

—El truco es no mostrar miedo —le digo con tono serio. Ya estoy ideando un plan para darle un buen susto. No debería ser muy difícil conseguir que Bethie se encabrite con un golpe justo en el trasero. Quizá eso haga que la pequeña princesa MacKay termine sentada en el suyo—. No querrás que te persigan con los cuernos.

—¿Qué? ¡Dijiste que eran inofensivas!

—Mientras no las asustes —respondo, inventándomelo por completo. Estas vacas no pisarían ni una brizna de hierba si no fuera para comérsela—. Ahora acércate despacio y ofrécele la mano.

—¿Mi mano?

—Sí. Deja que te huela. Así podrá reconocerte y sabrá que eres su amiga.

Key aprieta y suelta el puño con lentitud; su mano tiembla un poco cuando la extiende hacia Bethie. Se la ve muy concentrada

mientras fija la mirada en la vieja vaca. Sus dedos se van desenrollando uno a uno y tiemblan apenas al acercarse al hocico del animal. Está tan seria, de hecho, que empiezo a sentirme un poco culpable por mi idea de asustarla.

—Está bien —le digo en voz baja, convenciéndome de que solo me estoy colocando más cerca del trasero de Bethie mientras rodeo a Key para situarme al otro lado—. Muy bien. —No sé qué me impulsa a enroscar los dedos bajo su codo… ¿La estoy distrayendo antes de asustarla? ¿Y por qué mis dedos se deslizan hacia su muñeca? Su mano es mucho más delicada que la mía, y no puedo evitar notar lo bien que encaja en mi agarre—. Mantenla ahí, firme. Deja que se acerque a ti.

En cualquier momento voy a darle una palmada a Bethie. En cualquier momento Keyanna va a chillar de miedo y, seguramente, después va a maldecirme. Va a ser satisfactorio, me digo.

Pero entonces sus ojos verdes se alzan para encontrarse con los míos, tan abiertos e inocentes que casi olvido por completo la broma.

—¿No muerde?

—Yo… —Trato de recordar qué estaba haciendo o, al menos, qué pensaba decir, momentáneamente sorprendido por la presión en mi pecho cuando esos ojos verde intenso se clavan en los míos—. No —respondo al fin, aclarándome la garganta para que la voz no suene tan áspera—. No muerde.

Bethie elige ese momento para rozar la mano de Key, olfateándola con suavidad, como si buscara un premio, antes de lamerla con entusiasmo. La carcajada que estalla en la boca de Key es probablemente el sonido menos atractivo que he oído jamás; su risa

es aguda, más un grito que una risa de verdad. Entonces… ¿por qué quiero oírla otra vez?

Suelto a Keyanna de inmediato, dando un paso atrás solo para ordenar mis propios pensamientos. Toda esta interacción es demasiado amistosa para mi gusto; si hay algo que no deseo es ser amigo de una MacKay. Ni siquiera de una tan entretenida como esta.

—Ahí —digo con calma, manteniendo el rostro serio—. ¿Ves? Solo estabas siendo tonta.

La diversión desaparece de su rostro, sustituida por un ceño fruncido.

—Justo cuando pensé que quizá no eras un completo idiota.

—Supongo que eso es lo que te pasa por pensar —respondo con despreocupación.

Ella pone los ojos en blanco.

—¿Eres así de insoportable con todo el mundo o solo conmigo?

—Probablemente eres especial —respondo con una sonrisa.

La observo mientras levanta la horca y sus ojos se mueven con cautela entre la herramienta y el heno. Inclino la cabeza, de pronto curioso.

—¿Por qué te lo tomas tan en serio, de todos modos?

—¿Qué quieres decir? —responde, arqueando una ceja.

—¿Por qué aceptaste ayudar en la granja? No es que te interese realmente, y con Rhona actuando como si contara los días para que regreses a Estados Unidos… no entiendo por qué estás aquí sudando para impresionarla.

—No estoy tratando de impresionarla —gruñe.

Ahora yo levanto una ceja.

—Ah, ¿no?

—Uff. —Lanza la horca al suelo, frunciendo el ceño—. No lo sé. Tal vez. Supongo que no tiene nada de malo.

—Parece mucho esfuerzo para tan poca recompensa.

—Eso mismo pensaba yo —suspira, pero sus ojos se abren de golpe al darse cuenta de lo que acaba de admitir—. Quiero decir… ¿por qué te importa siquiera?

Observo la rigidez con la que se mantiene erguida; su espalda recta, los hombros casi a la altura de las orejas. La tensión que carga parece irradiar en ondas, revelando la verdad de las cosas: por alguna razón, está decidida a hacer que este absurdo intento funcione. Y, una vez más, no puedo evitar pensar que resulta casi admirable. Casi.

—No me importa —le digo, y las palabras no suenan del todo bien incluso al decirlas—. Solo tengo curiosidad por saber por qué te empeñas tanto en gustarle a una casi desconocida.

Se pasa los dedos por la masa salvaje de rizos rojos, y sus labios se curvan hacia abajo mientras exhala por la nariz con fuerza. Así, bajo el sol de la mañana, sus pecas parecen brillar como pequeñas motas de oro.

Ni siquiera me doy cuenta de que estoy concentrado en ese detalle hasta que dice en voz baja:

—Son lo único que me queda, ¿sabes?

No me mira al decirlo, pero puedo escuchar la vulnerabilidad en su voz. Dudo mucho que quiera mostrarse así delante de mí, pero ahora que sus hombros caen en un aire de derrota como si de un manto pesado se tratase, pienso que quizá esté desesperada por cualquier forma de conexión. Pienso en lo sola que debe de sentirse,

aquí, en un país extraño, con una familia cuya matriarca actúa como si no la quisieran.

—Sí —respondo suavemente, notando un peso extraño en el pecho—. Sé cómo es eso.

Sus ojos se vuelven hacia los míos.

—¿Sí?

Algo parecido a la esperanza brilla en esas profundidades verdes, y no me gusta cómo me hace sentir. Keyanna MacKay no es alguien con quien deba ser amable, y debería saberlo. Ese pensamiento basta para que aparte la mirada de la suya, aclarándome la garganta mientras me encojo de hombros.

—Sí, bueno. Más vale que sigas con ese heno si quieres tener alguna esperanza de terminar antes del desayuno. Si las vacas se ponen demasiado hambrientas, podrían morder después de todo.

La expresión suave que tenía se evapora y la reemplaza su familiar ceño fruncido. Me digo que eso es algo bueno. Es más seguro que me mire así. No sabría cómo manejar nada distinto.

Ella abre la boca como si fuera a reprocharme por el evidente desaire, pero al final solo sacude la cabeza y recoge la horquilla.

Gira sobre sus talones, arrastrando la herramienta tras ella, y pasa junto al montón de heno hacia el granero hecha un torbellino de rizos rojos, con los hombros levantados casi hasta las orejas, cuyo borde arde en un rojo intenso, sin duda un color que cubre toda su cara. La observo durante un instante, recordándome que no tengo ninguna razón para seguirla.

Afortunadamente, tengo otras cosas de las que ocuparme.

El ático está frío cuando subo por la vieja escalera plegable; una bombilla arroja un resplandor fantasmagórico sobre el amplio espacio. No hago ni un ruido al cruzar la casa hasta el segundo piso: Rhona y Finlay ya se han marchado al pueblo, y Brodie suele pasar el día haciendo... lo que sea que haga. Cualquier cosa con tal de no ayudar en la granja. Pienso con fastidio que, al menos, Keyanna no es tan inútil como su primo idiota.

No es que importe demasiado.

Sé que estoy traicionando la confianza de Rhona, pero, desde la llegada de Keyanna, me estoy quedando sin opciones. Sobre todo porque no sé qué puede significar su presencia para mí. Además, no puedo quitarme de la cabeza lo que dijo Blair: que Rhona sabe algo.

Rhona ha sido buena conmigo, bien mirado. Mucho más de lo que cualquier MacKay lo ha sido jamás con un Greer. Pero sigue siendo una MacKay, y eso significa que no puedo confiar del todo en ella. Aunque ese pensamiento no me impide sentir culpa por haberle robado la llave del ático mientras charlábamos en su cocina el otro día.

Supe dónde la guardaba durante semanas —la vi devolverla a un cajón tras usarla—, pero hasta ahora había logrado convencerme de no llegar a tales extremos. Sin embargo, después de meses sin respuestas, no me avergüenza admitir que estoy desesperado. Recuerdo la noche anterior; incluso presiono los moretones de mis costillas, que desaparecerán mañana, aunque seguirán doliendo mucho después, con un dolor que no es solo físico. Y recuerdo por qué estoy aquí. Lo que puedo perder. Lo que ya he perdido.

El ático de Rhona está lleno de baúles viejos y cajas cubiertas de polvo, y basta una mirada desde la entrada para comprender que

hay demasiado para revisar en una sola tarde. Me llevará semanas revolver todo eso, sin contar con que tendré que hacerlo en silencio y a escondidas, antes de que Rhona pierda la paciencia si llega a descubrir que ando fisgoneando a sus espaldas.

Tomo la caja más cercana y la abro, frunciendo el ceño al encontrar ropa de bebé cubierta de polvo. La caja de debajo contiene más de lo mismo, salvo por una pequeña foto enmarcada, escondida entre las prendas dobladas. Estoy a punto de dejarla sin mirar, pero un impulso de curiosidad me hace sacarla. Mis ojos se encuentran con el rostro sonriente y juvenil del padre de Keyanna. No debe de tener más de diecisiete años en la foto; el cabello es del mismo tono que el de ella, y su sonrisa es igual. Tiene los mismos incisivos frontales apenas prominentes, tan sutiles que uno podría no notarlos si no se fijara. Y me gustaría decir que contemplar la imagen no me hace recordar la extraña sensación en el pecho que tuve al ver esa misma sonrisa en su hija… pero estaría mintiendo.

Sacudo la cabeza y vuelvo a guardar la foto.

Tengo asuntos mucho más importantes de los que ocuparme.



9

Keyanna

Mi primera semana en la granja de Rhona y Finlay ha sido, cuanto menos, tensa. Mi abuelo —como insiste en que lo llame— ha hecho todo lo posible por hacerme sentir bienvenida, pero Rhona ha sido muchísimo menos amable. Su mirada helada sigue siendo tan fría como el día en que, de mala gana, me invitó a cruzar el porche, y empiezo a pensar que no hay ayuda que pueda ofrecer en la granja que logre ablandarla.

Sin mencionar al irritante ayudante que parece disfrutar haciéndome sentir tan tonta como creyó que era desde el principio.

Solo pensar en el encuentro de hoy con Lachlan, junto al granero, me hace fruncir el ceño mientras permanezco tumbada en la pequeña cama individual del cuarto de invitados que ocupo. Han pasado horas desde entonces —un día entero de trabajo y de intentos inútiles de conversación con mi supuesta abuela durante la cena— y todavía me siento alterada al recordarlo. Nunca he sido de

las personas que permiten que alguien las saque de quicio, y no logro entender por qué precisamente Lachlan parece haber encontrado todos los puntos correctos para dejarme muda de pura irritación. Ni siquiera lo conozco bien. Sobre todo, si se tiene en cuenta que hizo todo lo posible por mantenerse alejado desde aquel día en Loch Land. No es que lo haya estado buscando ni nada por el estilo.

Lo vi otra vez más tarde, saliendo de la casa, y no se me escapó la sonrisa burlona que me lanzó al verme completamente desaliñada después de terminar por fin las tareas en las que me había ofrecido a ayudar. Me observó en silencio, con una ceja arqueada de una forma que decía más que cualquier comentario, deteniéndose en mi cabello encrespado por el sudor. Aún no decido si el hecho de que pasara junto a mí sin decir palabra fue mejor o peor.

Mejor, me digo. *Definitivamente mejor.*

No sé por qué no puedo dormir esta noche. Podría culpar al colchón incómodo que parece que no ha acogido un cuerpo en años, o a los pensamientos que rebotan en mi cabeza sobre mi complicada situación familiar, o incluso al imbécil del ayudante en el que intento activamente no pensar. Pero lo extraño es que lo que más me impide cerrar los ojos es esta sensación abrumadora de fracaso. Ya ha pasado una semana completa —siete días enteros— y no estoy ni un paso más cerca de descubrir algo nuevo sobre mi padre.

Hay momentos en los que Finlay empieza a hablar de su hijo, pero cada vez que lo hace recibe una mirada de Rhona tan cortante que enseguida se calla. Es desesperante no saber por qué se niegan a hablar de él. Y más aún teniendo en cuenta que tuve todas las oportunidades de preguntarle a mi padre cuando vivía y no lo hice…

solo porque me dolía ver la tristeza que lo invadía cada vez que mencionaba su hogar en Escocia.

¿Qué pudo haber pasado para que Rhona quisiera olvidar que tenía un hijo?

Después de varios minutos dando vueltas en la cama, ya no puedo más. Me siento en el borde y me acerco a la ventana para tomar un poco de aire. Intento abrir el cerrojo, pero no se mueve. Al fijarme mejor, noto que está oxidado por el paso del tiempo —probablemente no se ha abierto en años—. Genial. Lo intento de nuevo, con todas mis fuerzas, pero solo consigo acalorarme más con el esfuerzo.

—Maldita sea —murmuro, fulminando la ventana con la mirada.

¿Es que nada puede salirme bien esta semana?

Sacudo la ventana como una cría en pleno berrinche —aunque con cuidado, sin hacer ruido, ya que no quiero despertar a nadie—. No puedo imaginar lo ridícula que debo de parecer en este momento. Lachlan se moriría de risa si me viera. Bajo las manos después de unos segundos, resoplando con frustración, deseando un poco de agua ahora que estoy empapada en sudor… o quizá algo de alcohol, si logro saquear bien los armarios. Me pongo las pantuflas gastadas, recojo la bata de la mecedora del rincón y me la ajusto bien.

Todavía murmuro obscenidades contra la ventana —que en realidad no ha hecho nada malo, pero resulta la víctima perfecta de mi ira mal dirigida—, y estoy a punto de salir del cuarto cuando oigo un suave clic seguido de un crujido. Me doy la vuelta y veo que la ventana se ha abierto un poco; ambas hojas se separan hacia fuera, dejando entrar una corriente de aire frío.

¿Eh?

Me acerco otra vez. El cerrojo sigue igual de oxidado y rígido que antes, pero ahora está completamente liberado. Me quedo mirándolo un instante, desconcertada, hasta que sacudo la cabeza y me convenzo de que debo de haberlo aflojado al forzarlo tanto. Tal vez el universo haya decidido darme un respiro. Dejo que el aire helado me refresque y respiro hondo, sintiendo cómo despeja mi mente.

Bien, pienso. *Beber. Luego, a dormir.*

Cierro la ventana, sin trabarla para no volver a atascarla, y bajo las escaleras con cuidado. Lo último que quiero es despertar a Rhona y tener que enfrentarme a ella estando agotada, teniendo en cuenta que apenas me tolera cuando está de buen humor.

Estoy a unos pasos de la cocina cuando oigo voces. Me quedo inmóvil al reconocer los tonos bajos que llegan desde el otro lado de la puerta entreabierta. Casi como si, con solo pensar en mi abuela, la hubiera invocado.

—… has sido pura frialdad con la chica desde que llegó, Rhonnie. ¡Es tu sangre!

—No es una MacKay —escucho que dice mi abuela—. No realmente. Duncan le dio el apellido, pero eso no la convierte en una de los nuestros.

Siento que algo me aprieta el pecho, un nudo que me oprime el corazón. Sé que debería marcharme, que no quiero oír esto, pero mis pies no se mueven.

—¿De verdad eres capaz de alejar a la única parte que nos queda de Duncan por algo tan necio, amor? Perdimos a nuestro hijo —dice Finlay, con la voz baja y triste—. No quiero perderla a ella también.

No puedo evitarlo; doy ese último paso que me permite asomarme al marco de la puerta. La cocina está en penumbra, iluminada solo por una pequeña lámpara en la esquina, pero es suficiente para ver la dureza en el rostro de Rhona cuando responde:

—Sí, perdimos a nuestro hijo. Perdimos a Duncan el día en que salió por esa puerta. Y no me interesa nada de lo que haya dejado atrás.

Finlay niega con la cabeza, abre la boca como para decir algo, pero se contiene y termina saliendo por la puerta trasera hacia el porche cerrado. Rhona permanece inmóvil junto a la encimera, con la mandíbula tensa y los ojos cargados de una furia tan pura que deja claro que cada palabra que ha pronunciado la siente de verdad.

El dolor me golpea de una sola vez —por mi padre, por esta familia, por mí—, y lo siento subir por mi pecho como agua, como una ola que me ahoga. El martilleo en mi cabeza es algo vivo, palpitante, y me cuesta respirar. Las sensaciones en mi pecho necesitan salir, encontrar algún lugar… necesitan escapar, y yo…

El estruendo del cristal al romperse nos sobresalta a los tres. Una pequeña lluvia de fragmentos brilla en el suelo, donde yacen los restos de una taza, como si hubiera caído del mostrador por su propia voluntad. No puedo evitar el leve jadeo que se me escapa, y no dejo de notar cómo Rhona gira la cabeza hacia el sonido. Sus ojos, tan parecidos a los míos, encuentran mi mirada y la sostienen. Sus labios se entreabren, mostrando una sorpresa genuina, pero sin rastro alguno de remordimiento. Su mirada pasa de la taza rota a mí, y su boca se cierra, como si hubiera perdido la batalla de encontrar algo que decir en su defensa. Tal vez, simplemente, no haya nada que decir. No en su mente.

Y de pronto me doy cuenta de qué gran error ha sido todo esto.

Me doy media vuelta y subo corriendo las escaleras, tragando bocanadas de aire mientras contemplo esa habitación pequeña y fría que ahora entiendo que no tiene nada para mí. Apenas tardo un segundo en empezar a recoger mis cosas y vestirme a toda prisa. En los veinte minutos que me lleva hacerlo, nadie sube a buscarme.

Ni siquiera cuando salgo por la puerta principal.

Es una tontería estar aquí, y lo sé. Se supone que el lugar ya es peligroso de día, así que imagino que será todavía peor de noche.

Puedo oír en mi cabeza la voz de Lachlan diciéndome lo estúpida que soy, y resulta extraño cómo una punzada de decepción me atraviesa al pensar en él, aunque no sabría decir por qué. Sujeto la urna de mi padre entre las manos mientras observo el suave vaivén de las olas, sabiendo que tengo que hacerlo, sin importar lo estúpido que parezca ni quién sea el dueño de estas tierras.

—Lo siento —digo al aire, imaginando que quizá mi padre pueda oírme—. Lo he intentado. De verdad que lo he intentado. —Respiro hondo por la nariz, tratando de contener las ganas de llorar. Siento el picor traicionero en los ojos y limpio con el dorso de la mano la única lágrima que logra escapar—. Ojalá me hubieras contado más cosas —le digo—. Ojalá yo hubiera hecho más preguntas. —Levanto la cabeza hacia el cielo, parpadeando con rapidez—. Ojalá no me hubieras dejado sola.

El cielo está despejado y lleno de estrellas titilantes. En el silencio puedo sentir la belleza del lugar, y me pregunto, por enésima vez, qué pudo empujar a mi padre a marcharse de aquí. Hay una energía

vibrante, como una presencia casi tangible…, como si la tierra misma escuchara mi triste monólogo.

Pero tal vez sea solo mi maldita soledad hablando.

Respiro hondo para fortalecer mi determinación, porque ni las rocas ni el maldito Lachlan Greer van a impedirme hacer esto. Al menos, voy a terminarlo.

Camino por la orilla con paso decidido, buscando la misma roca ancha y plana del primer día, la que marca el inicio de una especie de sendero que se adentra en el agua. Pruebo mis botas nuevas sobre la piedra, asegurándome de que ofrecen el agarre que prometió el vendedor, e inhalo profundamente antes de subir.

Estúpida, oigo decir a Lachlan en mi cabeza. *Eso es lo que eres*.

Aprieto los dientes y doy otro paso, moviéndome hacia la siguiente roca, algo más alta.

No es una MacKay, resuena la voz de Rhona en mi mente. *No realmente*.

Doy otro paso y acomodo la urna de mi padre bajo un brazo para poder asirme a la roca más grande y empezar a impulsarme.

Perdimos a Duncan el día en que salió por esa puerta. Y no me interesa nada de lo que haya dejado tras de sí.

De pie, a varios metros sobre el agua, siento una oleada de victoria, porque incluso si fracaso en aquello que vine a hacer, incluso si nunca llego a conocer esa parte de mi padre —y, por tanto, esa parte de mí—, podré decir que al menos hice esto. Alzo la urna, apoyo la frente contra ella, cierro los ojos un momento y me despido en silencio por última vez. Sé que, si me detengo demasiado, acabaré llorando hasta quedarme dormida aquí mismo, sobre la roca, y lo último que necesito es que algún ayudante de

granja imbécil me encuentre mañana con una sonrisa engreída y un gran «te lo dije».

Quito la tapa de la urna, respiro hondo una última vez y la inclino para dejar que su contenido se disipe con la brisa, observando cómo las cenizas flotan suavemente hacia el agua. Permanezco inmóvil hasta que la urna queda vacía entre mis manos, y entonces su peso se vuelve más perceptible. Incluso vacía, se siente pesada.

—Lo he hecho —susurro—. Lo he hecho, papá.

Sonrío a pesar de todo, con un destello de triunfo.

Y justo en ese momento, algo me lanza al agua.

Tardo varios segundos en orientarme cuando rompo la superficie del lago, jadeando mientras un dolor se enciende en mis piernas y en mi hombro. Algo me ha golpeado. Algo sólido y grande. He sentido su peso rozar mis piernas justo antes de que mi hombro chocara contra la roca; agradezco, al pensarlo, no haberme golpeado la cabeza en la caída.

Pataleo bajo el agua, girando la cabeza para intentar descubrir al culpable, y, mientras trato de entender qué ha sucedido, todas las alarmas saltan en mi mente. Mi parte racional intenta desesperadamente descartar la idea y hallar una explicación lógica, nada mítica, de cómo pasé del punto A al punto B…, pero un chapoteo, a pocos metros, silencia esa vocecita por completo.

Al principio no lo veo, quizá porque está oscuro. La luz de la luna y las estrellas apenas alcanza para iluminar la superficie negra del agua. Pero distingo una forma que se desliza entre las olas frente a mí, y dentro de ella, una criatura imposible. Imposible, porque no puede ser.

Primero aparece la cabeza: ancha, aplanada, con ojos que brillan como los de un gato en la noche. Luego la forma del cuello, la curva del lomo que se desliza por el agua. Me quedo congelada, incapaz de hacer otra cosa que flotar y mirar boquiabierta aquello que hasta este mismo momento estaba casi segura de que no existía. Pero la prueba está ahí, avanzando hacia mí a una velocidad que no me da tiempo ni a sentir miedo.

Voy a ser devorada por el maldito monstruo del lago Ness.

El pensamiento es tan absurdo que casi me provoca la risa en medio del delirio. Y entonces veo dientes. Dientes afilados. Así que esto es todo. Así es como voy a morir.

Estúpida. Eso es lo que eres.

Seguro que Lachlan se reiría de esto si…

La fuerza de otra ola rompe sobre mí y me empuja hacia dentro, obligándome a patalear con violencia para mantenerme a flote. El agua se cuela en mis ojos y en mi boca; salgo tosiendo, parpadeando para aclarar la vista, cuando un sonido espeluznante resuena en la noche. Como un maldito dinosaurio mezclado con el chillido de un ave, el rugido del monstruo es tan fuerte que parece imposible que nadie lo oiga, incluso a kilómetros. Me distrae lo suficiente como para no comprender de inmediato lo que estoy viendo.

Porque no solo el maldito monstruo del lago Ness es real, sino que, al parecer… hay más de uno.

Veo cómo otro ser similar embiste al primero, chasqueando los dientes y empujándolo con el cuerpo, como si intentara alejarlo. El primero ruge, girando con furia en el agua, y esa fuerza me hunde otra vez. Cuando logro salir a la superficie, la nueva criatura vuelve a

interponerse entre mí y el otro, y me asalta un pensamiento imposible.

Creo que me está protegiendo.

Parece absurdo, pero cada movimiento del segundo monstruo es deliberado, como si intentara mantener al primero lejos de mí, y nada de eso tiene sentido. Si no estuviera helada, aterrada y medio ahogada, podría asombrarme, pero en este momento… aprovecho la oportunidad que mi supuesto salvador me da y empiezo a nadar en la dirección opuesta. Que los monstruos se maten entre ellos. Esto ya es demasiado.

Nado como puedo, con un dolor en las piernas, justo donde me golpeó el primero, mientras el estruendo de la batalla continúa a mi espalda. Otro chillido corta el aire, uno que suena casi… ¿adolorido?, y no puedo evitar detenerme un segundo para ver quién va ganando. Una punzada de compasión me atraviesa al descubrir que mi protector acaba de recibir una mordedura brutal. Tiene la carne desgarrada en la base del cuello, oscura, como si estuviera cubierta de sangre.

No puedes hacer nada por él, me digo*. Lárgate de aquí.*

Floto unos segundos mientras mi protector sigue luchando, y mis ojos se abren de par en par cuando lo veo impulsarse de pronto, embistiendo al otro con toda su fuerza. Otro rugido de dolor —esta vez del que ha intentado devorarme— y, como por milagro, empieza a alejarse. Lo observo hundirse poco a poco, desapareciendo bajo el agua, mientras mi protector permanece inmóvil, contemplando su retirada. Emite un sonido grave, tambaleándose ligeramente en el agua, y luego se gira despacio. Sus ojos luminosos se posan en mí.

Oh, mierda.

Echo a nadar con todas mis fuerzas, sin intención alguna de quedarme para averiguar si el monstruo solo quería su presa para sí. Pataleo con desesperación hacia la orilla. Lo oigo detrás de mí, creando su propio oleaje con su enorme cuerpo al cortar las olas, y aunque tropiezo al llegar a tierra, sigo pensando que quizá este sea mi final.

Por eso es una sorpresa enorme —tan enorme como el monstruo mismo— verlo arrastrarse fuera del agua. Su cuerpo gigantesco se desploma sobre la arena como una ballena varada, no como una bestia mítica. Su cabeza cae hacia un lado y, desde donde me encuentro, a varios metros, puedo oír su respiración entrecortada.

No sé qué me impulsa a moverme; quizá la forma en que me observa. No con hambre, sino con lo que parece ser una curiosidad agotada. Y, en contra de todo sentido común, doy un paso cauteloso hacia él. No se mueve para atacarme. Cuando me acerco un poco más, distingo la herida en la base de su cuello: abierta, sangrando.

Está realmente herido.

Me muerdo el labio mientras dudo, atrapada entre el miedo por mi propia vida y la preocupación de que el monstruo del lago Ness pueda morir por mi culpa (aunque una parte terrible de mi mente me recuerda que, al menos, hay otro).

—Está bien —le digo a la criatura, avanzando despacio—. Voy a echar un vistazo, pero, si me comes, te juro que te maldeciré con la peor indigestión de tu vida.

El monstruo exhala un resoplido débil, un sonido que, en otra circunstancia, casi podría sonar como una risa suave en algo que no fuera del tamaño de un avión pequeño. Imagino que piensa que mis

amenazas no son de gran ayuda para impedir que pruebe un bocado de mí, pero es lo único que tengo.

No se mueve cuando me arrodillo junto a la herida. Un ojo enorme y brillante gira para observarme mientras examino el daño con cuidado. Parece grave. La sangre brota sin pausa, y como no sé nada de su anatomía, no tengo forma de saber si la herida es mortal.

Me quito la chaqueta de golpe. No es precisamente un botiquín, pero es lo único de lo que dispongo. Presiono la tela contra la mordedura y veo cómo se empapa enseguida. Me invade una tristeza súbita por esta criatura que, estoy casi segura, me ha salvado la vida.

—No puedes morir, joder… —murmuro con la voz rota, sintiendo que los ojos me arden—. No ahora.

Lo he logrado, pienso en lo más profundo de mi mente. *Lo he encontrado, papá*.

—No vas a morirte, joder. ¿Me oyes? —susurro con desesperación.

Aprieto con más fuerza la chaqueta contra la herida, y la desesperación empieza a arañarme por dentro mientras rezo en silencio para que la hemorragia se detenga. No sé qué podría significar eso ni si servirá de algo, pero el impulso de intentarlo es tan fuerte que me llena por completo.

Como antes, me siento… llena. Llena de emoción, de algo imposible de contener.

Mi cuerpo arde. Las lágrimas me nublan la vista mientras presiono con más fuerza, rogando a quienquiera que pueda escucharme que salve a esta criatura, mi último vínculo con mi padre. La cabeza comienza a darme vueltas por el esfuerzo. Y regresa a mí la misma

sensación de ahogo que sentí en la casa de Rhona, ese calor líquido que me inunda el pecho.

Y, de forma extraña, percibo ese calor también en mis manos. Está en mi pecho, en mis brazos y en mis palmas, y mi visión se vuelve tan borrosa que apenas puedo ver, y mi cabeza da vueltas, y mis pulmones arden, y de alguna manera hay un tenue resplandor, y luego…

Todo se vuelve oscuro.



10
Lachlan

Me despierto con el sonido de un grito.

Parpadeo ante el sol de la mañana que cae sobre mí, sintiendo un leve tirón en el hombro cuando, por puro instinto, levanto una mano para cubrirme los ojos. Durante un instante todo resulta borroso, como al despertar de un sueño que no terminas de recordar. Pero cuando otro chillido salvaje resuena cerca, acompañado por una pelirroja despeinada y furiosa que me mira con los ojos desorbitados, todo regresa de golpe.

El sonido de su rugido. El golpe del agua. El peso de su cuerpo chocando contra el mío.

—Mierda —murmuro, intentando incorporarme—. ¿Podrías…? —Presiono la palma de la mano contra la frente, tratando de aplacar el punzante dolor—. ¿Podrías dejar de gritar?

Una sola mirada a Keyanna MacKay basta para comprender que eso ha sido lo peor que podía decir.

—¿Me estás jodiendo? —Levanta las manos y luego las deja caer a los lados, mirándome aún con la boca abierta—. ¿Tú eres el monstruo del lago Ness?

Podría haber dejado que se la comieran, pienso vagamente. *Pero no.*

Entorno los ojos en su dirección. Su cabello encendido parece arder todavía más bajo el sol de la mañana.

—¿Y por qué dices eso?

—¿Por qué…? ¿En serio? —empieza a caminar de un lado a otro, gesticulando—. Anoche me desmayé junto a un dinosaurio literal y ahora me despierto y eres tú. Y estás desnudo.

Bajo la mirada y caigo en la cuenta de que tiene razón.

—Ah. —Doblo las rodillas y apoyo los codos sobre ellas para cubrirme un poco. Ella ya está bastante sonrojada—. Me gusta nadar de noche de vez en cuando.

—¿Te gusta nadar de noche? —repite, con tono plano.

Estiro los brazos sobre la cabeza y gimo por la tensión acumulada en los hombros.

—Exacto.

—¿Esa es la historia que vas a contar? ¿En serio?

—¿No te parece una explicación más probable que decir que te dormiste junto a… cómo dijiste que era?

—¿De verdad estás tratando de manipularme en este momento?

—¿Yo? Jamás.

—Lo estás haciendo justo ahora.

—Creo que te golpeaste la cabeza, muchacha.

Eso solo consigue enfurecerla más. Las mejillas se le ponen aún más rojas.

—¿Estás intentando hacerme un Edward Cullen?

—No sé qué significa eso.

—¡No me golpeé la maldita cabeza! Sé lo que vi.

Me incorporo y ella aparta la mirada al instante, aunque no antes de que un rubor le suba por el cuello.

—Te vi flotando en el agua anoche —digo con tono tranquilo—. Te advertí sobre las rocas, pero parece que no me hiciste caso. Un golpe en la cabeza puede provocar todo tipo de problemas de memoria. Hay un médico en el pueblo…, puedo llevarte, si quieres.

—Así que tu historia es que me salvaste de ahogarme después de que me caí torpemente de una roca —dice.

Me encojo de hombros.

—No es una historia si es verdad.

—¿Y estás desnudo porque…?

—No quería mojar la ropa, ¿no? Debí de desmayarme del esfuerzo. Salvar vidas es un trabajo duro.

Me mira con los ojos entrecerrados.

—¿En serio?

—Muy en serio —respondo, conteniendo la sonrisa ante su evidente irritación.

Percibo el esfuerzo que hace por no mirarme, y no puedo evitar ensanchar un poco la postura, plantando los pies en la arena y cruzándome de brazos. Logro el efecto deseado: sus mejillas arden y fija la vista en mi cara… pero solo durante un segundo. Sus ojos descienden y una sonrisa astuta, satisfecha, se le dibuja en los labios.

—Si te gusto tanto —bromeo—, puedes mirar todo lo que quieras.

—En tus sueños —resopla. Aun así, da un paso más hacia mí, con una ceja arqueada y una expresión triunfante—. Así que me salvaste.

—Sí —respondo, observando su acercamiento con cautela.

Ella asiente, como meditando.

—Y lo del monstruo del lago Ness me lo imaginé.

—No sería la primera vez que pasa —respondo—. No tienes por qué avergonzarte.

—Ajá —dice, moviendo la mandíbula, con una sonrisa que promete problemas, pero no comprendo de qué magnitud hasta que añade—: ¿Y entonces esto qué es?

Sus dedos rozan mi hombro. El contacto provoca un hormigueo seguido de una oleada de calor que no alcanzo a analizar, porque segundos después un dolor sordo late ahí.

—Mierda —siseo.

Ella presiona la piel enrojecida, que parece recién cicatrizada, como si acabara de cerrarse sola. Aunque no está tan fresca como debería, la marca de la mordedura sigue allí, ahora reducida para adaptarse a mi forma humana. Frunzo el ceño, confundido y molesto porque le da más motivos para discutir. Cuando vuelvo a mirarla, distingo triunfo en sus ojos.

—Sé lo que vi —dice con firmeza.

Repaso mentalmente mil excusas, buscando alguna explicación que no implique revelar un secreto guardado durante siglos. Pero, aunque apenas la conozco, sé que no va a rendirse tan fácilmente. No me quedan demasiadas opciones.

Respiro hondo y dejo escapar el aire lentamente.

Siglos ocultando esto, y en un instante todo amenaza con venirse abajo por culpa de una mujer salvaje y obstinada. Una MacKay. La última persona con la que querría compartirlo y que, si mi padre tenía razón, podría convertirse en mi perdición.

Mierda.

—¡Espera!

Sigo avanzando con pasos pesados por la orilla, buscando mi ropa tirada con toda la dignidad que puedo reunir en el aire fresco de la mañana, mientras escucho las pisadas crujientes de Keyanna detrás de mí. Llevo una mano al hombro y presiono la piel aún sensible, tratando de entender cómo ha podido curarse tan rápido. Ser lo que soy implica cierta resistencia, sí, pero una herida de ese tipo debería haber tardado días en sanar. No existe una explicación lógica para que ya esté tan bien.

Las apresuradas pisadas de Keyanna interrumpen mis pensamientos. Echo un vistazo por encima del hombro, frunciendo el ceño.

—¿No tienes adónde ir?

—¿Aparte de la cala donde el monstruo mágico del lago me salvó y luego volvió a convertirse en un ayudante de granja imbécil? —bufa—. No, no tengo un plan mejor.

Sonrío de lado cuando me alcanza y empieza a caminar a mi ritmo.

—Admítelo —la provoco—. Te gusta la vista.

—Ni de lejos —responde, poniendo los ojos en blanco, aunque noto que sus mejillas siguen rosadas—. Y no hace falta mirarte el

trasero para disfrutar viéndote en una situación ridícula, ya haces el ridículo cada vez que hablas.

—Encantadora —murmuro.

La rabia en sus ojos se ha desvanecido y, en su lugar, brilla una curiosidad peligrosa que deja claro que no va a quedarse callada ni a dejarme en paz.

—Así que siempre has sido… —Hace un gesto circular con la mano, buscando la palabra—. ¿Un monstruo?

—No —respondo con sequedad—. Una bruja me dio una manzana mágica después de que meara en sus rosales.

Los ojos de Key se agrandan de forma casi cómica.

—¿En serio?

—No —replico con una sonrisa ladeada.

—¿Ves? Imbécil total. —Key frunce el ceño.

—No paras de decírmelo.

Diviso mi ropa unos metros más adelante e intento ignorarla mientras me agacho para recogerla. En su favor, Key se mantiene a un lado con bastante decoro, mirando deliberadamente hacia otro lado.

—Como si no lo hubieras visto todo ya —la pincho.

Su boca se tuerce, como si hubiera probado algo agrio.

—No he visto nada.

—Claro que no.

—Entonces, ¿qué te pasó?

—No me pasó nada.

—¿Simplemente te despertaste un día siendo el monstruo del lago Ness?

—Odio ese término —resoplo.

Ella deja escapar una risita.

—¿Y cómo debería llamarte, entonces?

—Preferiría que no me llamaras de ninguna manera.

Me calzo las botas con más fuerza de la necesaria, maldiciendo mi suerte por estar en esta situación. De todas las personas que podrían haberme visto en el lago, de todas las que podrían haber acabado en ese lío… ¿por qué tuvo que ser ella? ¿Una broma cósmica? ¿La última carcajada del clan MacKay a costa de los Greer?

Me detengo al vestirme, oyendo en mi cabeza la advertencia de mi padre.

Porque el final solo llega…

Sacudo la cabeza para espantar el pensamiento. No voy a dejar que supersticiones y conjeturas me dominen. Con esa idea en mente, empiezo a vestirme de nuevo, esta vez con más prisa. Necesito largarme de aquí y recomponerme.

—¡Espera! —exclama de pronto, rompiendo el silencio—. ¡Nessie es una chica!

—Parece que no —comento.

—¡Pero Nessie siempre ha sido una chica!

—Intenté insinuarte que no era así, ¿recuerdas? Fuera de Loch Land.

—Sí, pero pensé que eras idiota.

—No, intentaba decirte que Nessie tiene pene.

Se pone roja al instante, y tengo que admitir que hay una parte de mí —aunque sea pequeña— que disfruta haciéndola rabiar. Está realmente muy guapa cuando se sonroja.

Deja de pensar en lo guapa que es, imbécil.

—Entonces, ¿quién es el otro monstruo?

Me quedo quieto mientras termino de ponerme la chaqueta. Aprieto la mandíbula y dirijo la mirada hacia el agua, dejando que se pierda en la superficie tranquila. Sé que, durante el día, se habrá retirado a zonas más profundas, como si una parte de él aún recordara que debe hacerlo. Aunque sea lo único que recuerde.

—No es asunto tuyo —respondo.

Sigo caminando, decidido a encontrar mi coche, mientras intento pensar a toda velocidad cómo manejar esta situación. Si Key empieza a contar lo que vio en el pueblo…, ¿qué podría pasar? Si Rhona llegara a descubrir que las leyendas de su clan eran algo más que cuentos…, ¿se repetiría la historia? Al fin y al cabo, sigue siendo una MacKay. No importa lo amable que parezca. Está en su naturaleza.

—Tienes que decirme algo —protesta, casi gimiendo.

Me giro de golpe y me acerco tanto que ella retrocede un paso.

—No tengo que decirte nada —gruño—. Esto no es un truco de feria, es mi vida. ¿Lo entiendes? ¿Te imaginas lo que pasaría si la gente lo supiera? ¿Las consecuencias? Porque yo sí. Llevo años imaginándolas. Así que no, no tengo que decirle nada a nadie. —Observo su expresión de shock, y no sé qué me impulsa a seguir presionando, pero una ira repentina me invade; ni siquiera estoy seguro de que vaya dirigida a ella, sino más bien a su familia—. Y menos aún a ti. Menos aún a una *MacKay*.

La dejo allí y me alejo en la otra dirección dando pisotones, con la sien palpitando y el pecho ardiendo de ira por toda la situación. Sé que, en realidad, no está dirigida específicamente contra Keyanna —después de todo, ella no tiene la culpa—, pero ahora mismo es la

única que está aquí. El único receptáculo de mi rabia. Y, sin embargo, no parece intimidarse lo más mínimo.

—Pero trabajas para mi abuela —dice, trotando para alcanzarme —. Si odias a mi familia, ¿por qué vives en sus tierras?

Frunzo los labios y me maldigo. Definitivamente, me he buscado esa pregunta. Improviso una excusa.

—Tu linaje es tan antiguo como el mío. Solo espero que haya algo en los registros de tu familia que pueda arrojar luz sobre mi maldición.

—¡Ajá! —Se detiene y me señala con una sonrisa triunfal—. ¡Entonces sí es una maldición!

—Por el amor de Dios… —murmuro—. ¿No puedes olvidar el tema?

Está entusiasmada, maldita sea. ¿Por qué parece tan emocionada? ¿No debería estar aterrada? Soy un monstruo, por todos los cielos. No un maldito cachorro.

—Esto es increíble —exclama—. ¡Mi padre tenía razón! ¿Fuiste tú a quien vio? Dijiste que tenías seis años cuando él se fue… ¿cómo sería posible?

—No era yo —respondo—. Era… —inspiro hondo y dejo escapar el aire lentamente—. Era otro.

—Increíble. —Baja la mirada mientras caminamos—. Así que todo este tiempo ha habido más como tú. Es una locura. Mi padre siempre contaba la historia con tanta convicción…, aunque una parte de mí dudaba.

—Bueno —suspiro—. Ya tienes lo que viniste a buscar. Lo has comprobado. Tu padre tenía razón. ¿Podrías irte ahora?

—¿Qué? —Levanta la cabeza y me mira—. No puedo irme ahora. ¡Tengo demasiadas preguntas!

Me detengo otra vez. El coche está cerca, pero el miedo a lo que esta mujer podría hacerme lo está aún más.

—¿Y qué harás con esta información?

—¿Qué? —pregunta, confundida.

—¿Vas a contárselo al mundo? ¿Les dirás a todos lo que viste?

—Yo… —Abre y cierra la boca varias veces—. No. Supongo que eso sería… malo para ti, ¿no?

Entrecierro los ojos.

—¿Y por qué ibas a preocuparte por mí?

—No me preocupo por ti —balbucea, desviando la mirada—. Pero me salvaste la vida. Te debo una…, ¿no?

La estudio, buscando cualquier rastro de mentira, pero no encuentro ninguno en su expresión ingenua. En realidad, Keyanna tiene el don —o la maldición— de mostrar todo lo que piensa y siente en el rostro. Debería trabajar en eso.

—Sí —respondo con cautela—. Lo hice. Pero ¿cómo sé que puedo confiar en ti?

—Supongo que no lo sabes —dice, frotándose el cuello mientras el viento agita sus rizos, enmarcando un rostro en el que no debería fijarme—. Pero yo… Mira, mi abuela me odia. Lo dejó claro anoche. En realidad, pensaba irme después de terminar aquí.

—Entonces, hazlo.

—Pero… —Se muerde el labio—. Eres real. ¿No lo entiendes? Mi padre me contaba historias sobre ti… Bueno, no sobre ti exactamente, sino sobre seres como tú, y yo… —Suspira—. Si esto es realmente una maldición, creo que él querría que te ayudara.

Levanto una ceja y la cabeza al mismo tiempo.

—¿Quieres ayudarme?

Bueno, definitivamente no es esto lo que esperaba de ella.

—Yo… —Hace una mueca y arruga la nariz, resaltando aún más sus pecas—. Sí. Creo que sí.

No sé qué pensar. La idea de que una MacKay quiera ayudarme es absurda, pero su expresión es sincera. Sus ojos verdes brillan con emoción, y se le nota en la cara lo mucho que desea saber más.

Porque el final solo llega…

Sacudo la cabeza, recordando que no puedo confiar en ella. Sería una estupidez hacerlo.

Ya le estoy dando la espalda cuando digo:

—No necesito tu ayuda.

—¡Pero no te haría daño! —me grita.

—Vete a casa, Key —respondo por encima del hombro mientras abro la puerta del Rover—. Olvídalo todo y vete a casa.

—No seas terco, Lachlan —me grita desde donde se ha quedado.

Le lanzo una última mirada antes de subir. Algo se agita en mi pecho al ver el deseo genuino en sus ojos, ese anhelo de que le diga algo, lo que sea.

Pero no puedo.

—Vete a casa.

Ella hace ese gesto que empiezo a sospechar que reserva solo para mí: golpea el suelo con el pie y cruza los brazos con furia.

—¡Estoy bastante segura de que yo también te salvé la vida, por si no lo recuerdas!

Su voz suena apagada desde el interior del coche, pero aun así me recorre como un escalofrío.

Tiene razón. Lo sé. Me salvó, aunque no entienda cómo. Ni siquiera creo que ella misma lo comprenda. Dudo unos segundos, con los dedos aferrados al volante y la mandíbula tensa.

Estoy bastante segura de que yo también te salvé la vida.

Niego con la cabeza, arranco el motor y meto la marcha atrás.

Sí, pienso*. Pero alguien como tú ya la arruinó una vez.*

Y no puedo permitirme olvidarlo.



11
Keyanna

No vuelvo a la casa de mis abuelos después del encuentro con Lachlan. Una parte de mí quería ir tras él, pero, siendo realistas, ni siquiera puedo estar segura de que haya vuelto. Además, no estoy lista para enfrentarme a Rhona después de oírla decir abiertamente que no me quería allí. Así que estoy sentada en uno de los taburetes del bar de Blair y Rory, bebiendo un vaso de agua —pese a sus insistencias en que las once de la mañana es una hora perfectamente adecuada para una cerveza— y esperando la comida que Blair se empeñó en prepararme.

—Aquí vamos —dice Blair, dejando una cesta frente a mí—. Es la receta de mi abuelo. El mejor *fish and chips* de toda Escocia.

—O, al menos, de este lado de Inverness —añade Rory.

Blair frunce el ceño y chasquea la lengua.

—No le hagas caso. —Asiente hacia la cesta—. Come y cuéntanos por qué tienes esa pinta.

Miro mi ropa arrugada, rígida por el agua del lago, y prefiero no imaginar cómo estará mi pelo después de dormir en la orilla toda la noche.

—Ha sido… —Agarro una patata frita y le doy un mordisco—. Ha sido una noche difícil.

—Si no fuéramos el único pub del pueblo, pensaría que pillaste una buena borrachera anoche —dice Rory.

—Desde luego no ha sido eso —respondo, metiéndome el resto de la patata en la boca.

—Vamos —me anima Blair—. Cuéntanos tus penas. Para eso estamos los bármanes, ¿no?

Entrecierro los ojos.

—La última vez que me sinceré con unos bármanes, acabé en una atracción turística falsa para niños.

—Eh —protesta Blair—. Fue solo una broma inofensiva. Algo aprenderías, ¿no?

—Aprendí a no confiar en los bartenders —gruño.

Rory le da un empujón en el hombro.

—Fue idea tuya.

—Y tú la seguiste.

—Porque eres mayor —dice con naturalidad—. Respeto a mis mayores.

—Ya te enseñaré lo que es ser «mayor», maldito…

—Dejad de pelear —resoplo—. Ya no estoy enfadada con vosotros.

—Lo sentimos de verdad —dicen ambos al unísono, lo cual resulta francamente inquietante.

—Compensadme trayéndome esa cerveza.

La cara de Rory se ilumina.

—¡Ese es el espíritu!

—Debiste de pasar una noche tremenda —dice Blair, apoyándose en la barra—. Tienes un poco de… —Alarga la mano y saca algo de mi pelo: trocitos secos de algún tipo de alga que debieron de quedarse ahí mientras nadaba por mi vida anoche—. ¿Esto es ranúnculo? —pregunta—. ¿Nadaste en el lago anoche?

Siento que me arden las mejillas y bajo la vista hacia la cesta mientras clavo el tenedor de plástico en el pescado. Me encojo de hombros con fingida naturalidad, aunque noto la mirada de Blair fija en mí.

—¿Quién fue a nadar? —pregunta Rory, acercándose con una jarra que desliza hacia mí—. No volverías a la cala, ¿verdad?

—No es nada seguro —refunfuña Blair, girando la hierba entre los dedos—. Especialmente de noche.

—Ni que lo digas… —murmuro sin pensar. Me detengo, con una patata a medio camino de la boca, e intento rectificar—. Quiero decir…, solo que…

—Lo sabe —dice Rory, mirándome con atención—. ¿Lo sabes?

Procuro mantener la calma.

—¿Saber qué?

—Rory —dice Blair con firmeza—. Cierra la boca, ¿quieres?

Los tres nos quedamos en silencio, mirándonos durante un largo instante. Lo único que se oye es el chirrido intermitente de la silla de Fergus en su mesa de siempre, justo detrás de nosotros. Blair observa la planta que sostiene entre los dedos —la ha llamado *ranúnculo*—, luego mi ropa arrugada y, por último, mi pelo despeinado.

—¿Fuiste a nadar anoche, Key?

Frunzo el ceño. Empiezo a sospechar que no soy la única que sabe que la leyenda del lago Ness tiene algo de verdad. Lachlan dijo que era amigo de los gemelos desde la infancia, ¿no?

—Puede que sí —respondo con cautela—. ¿Por qué?

Los ojos de Rory se agrandan y se inclina sobre la barra.

—¿Viste algo?

—¿Qué se supone que iba a ver?

Trato de mantenerme serena, sin mostrar mis cartas, por si decir algo pudiera traicionar a Lachlan. Es raro, considerando que todavía me cae mal. Pero lo dije en serio: mi padre habría querido que lo ayudara, y, aunque solo sea por eso, no voy a revelar sus secretos tan fácilmente.

—Skallangal Cove —dice Blair con severidad— no es segura. No deberías volver allí. Y menos sola.

Mantengo la expresión lo más neutra posible y tanteo el terreno.

—No estaba sola —respondo—. Lachlan estaba conmigo.

Ahora es Blair quien se ve alterada, con los ojos bien grandes y los labios entreabiertos. Me observa unos segundos, y una chispa de comprensión le cruza el rostro.

—Lo sabes, ¿verdad?

—Ni lo confirmo ni lo niego —respondo.

Ella asiente lentamente.

—Buena respuesta. Hay… cosas en esa cala que debemos proteger, ¿lo entiendes?

—Jamás haría daño a nadie a propósito —prometo, sin explicarme. Tengo la sensación de que estamos en la misma página—. Pero algo sí intentó hacerme daño.

Rory inspira bruscamente.

—¿Lo viste? No a Lachlan, sino a…

—Rory, no es tu lugar —lo corta Blair, sin apartar la vista de mí. Me estudia un momento más—. Lachlan es un buen hombre, Key. Sé que puede parecer un imbécil al principio, pero ha pasado por mucho. Demasiado para alguien tan joven. No merece la carga que lleva, y eso lo ha vuelto más duro de lo que debería. Más de lo que quiere ser, imagino. ¿Me entiendes?

—No mucho —admito—. No quiso hablar conmigo… después.

Miro mis manos mientras los recuerdos de la noche anterior regresan, difusos pero insistentes. Recuerdo la desesperación que sentí al ver que la criatura —Lachlan— estaba sangrando, la impotencia de querer salvarlo. En mi mente, casi puedo ver un resplandor cálido, el calor en mis palmas; estaba tan concentrada en detener la sangre…, pero ¿realmente me detuve a pensar qué pasó? Todo se volvió oscuro, y su herida estaba casi curada a la mañana siguiente… ¿Fue él quien lo hizo? ¿Pero cuál podría ser la alternativa…? No hay manera de que yo…

—Me lo suponía —suspira Blair, sacándome de mis pensamientos —. No es fácil conocerlo. Cree que tiene que cargar con todo él solo sobre esos hombros absurdamente grandes.

Eso me arranca una sonrisa.

—Eso sí puedo creerlo.

—Solo dale el beneficio de la duda, ¿sí? Tiene sus motivos para ser tan arisco. Especialmente contigo.

—¿Qué quieres decir con eso?

Ella niega con la cabeza.

—No es algo que me corresponda contarte. Tendrás que preguntárselo tú misma.

—¿Y cómo hago eso? —bufo—. Si el terco idiota ni siquiera…

—¡Keyanna!

Me giro en el taburete. Mi abuelo está en la puerta del bar, con el pecho agitado como si hubiera corrido hasta aquí. Tiene los ojos húmedos, y su delgado cuerpo tiembla al cruzar el local hacia mí.

—Ahí estás —exclama—. Pensaba que te habías ido. Cuando no estabas esta mañana, yo…

Su frase se desvanece en el aire, y se le ve tan abatido que me levanto del asiento. En cuanto mis pies tocan el suelo, me envuelve en un abrazo. Apoyo la cabeza sobre su cabello ralo, respirando ese aroma a tabaco y menta que me resulta extrañamente reconfortante.

—Lo siento —murmuro—. No quería preocuparte, pero yo…

—Sé que oíste lo que dijo tu abuela —solloza—. No lo decía en serio, gallinita.

—Creo que sí lo decía en serio —replico.

Mi abuelo se aparta, frunciendo el ceño.

—Sé que lo que dijo Rhonnie fue cruel, y sé que eso no la disculpa, pero ella también sufre desde que nuestro Duncan se fue. Rhonnie… —niega con la cabeza— es terca. Cree que tiene que cargar con los problemas de todos, pero no deja que nadie cargue con los suyos. Verte… debe de ser muy duro para ella, sabiendo que fue su pelea con nuestro hijo la que lo hizo marcharse.

—¿Fue eso?

—Sí. Fue una pelea terrible. Creo que se arrepiente ahora, pero ya es tarde, ¿no? Pero tú estás aquí, y te pareces tanto a nuestro chico… Sí, verte debe de hacerle revivir todo ese dolor y arrepentimiento.

Intento ver las cosas desde su punto de vista, pero no es fácil. No sé nada de la pelea entre mi padre y mi abuela, y no tengo ni idea de qué pudo ser tan grave como para que él se marchara de su país.

—No lo entiendo —admito—. Papá nunca habló de eso. Nunca me dijo por qué se fue, así que no… no sé cómo ayudar.

—Ven a casa conmigo —me pide—. Habla con tu abuela. No lo va a admitir, pero se arrepiente de lo que oíste. Lo sé.

—No sé, Finlay…

—Abuelo —me corrige, irguiéndose y poniendo su mano sobre mi hombro—. Pase lo que pase, soy tu abuelo, ¿entendido?

Mierda. Ahora soy yo la que tiene los ojos llenos de lágrimas. Asiento, tragando con dificultad, intentando no derrumbarme mientras todo lo de anoche —mi abuela, la cala, el maldito monstruo del lago Ness— se me viene encima. Respiro hondo y dejo escapar el aire de forma temblorosa, asintiendo de nuevo, más segura esta vez.

—Está bien —le digo—. Volveré…, si estás seguro.

—Más que nunca —responde, con una sonrisa luminosa. Me recuerda a la de mi padre, y eso hace que se me encoja el pecho—. Sube al coche y arreglaremos todo en la granja, ¿de acuerdo?

—De acuerdo. —Miro a los gemelos, que observan la escena curiosos pero con aire solemne—. Solo necesito pagar mi…

Blair hace un gesto con la mano.

—Estamos en paz. Digamos que te debía una por Loch Land.

—Trato hecho —me río.

Finlay murmura algo sobre encender la camioneta, y noto que Rory parece un poco incómodo mientras recojo mi chaqueta rígida

del taburete, enrollándola para ocultar las manchas oscuras de sangre.

—Nos perdonas, ¿verdad? —pregunta.

—Sí. Os perdono.

Exhala con alivio.

—Y sobre… lo otro.

Me quedo un momento con la chaqueta en la mano, mirando a los gemelos y sus expresiones serias, ligeramente preocupadas.

—No sé de qué estáis hablando —respondo, encogiéndome de hombros—. No vi nada.

Sonríen al mismo tiempo, la misma sonrisa reflejada, y tengo que contener un escalofrío.

La verdad es que da bastante miedo.

Admito que me alegra no tener que compartir el viaje de regreso a la granja con mi abuelo; no porque no sea encantador —porque empiezo a darme cuenta de que lo es—, sino porque necesito tiempo para aclararme.

Con todo lo que pasó anoche en la cala, casi había olvidado las razones que me llevaron hasta allí. Al menos hasta que Finlay ha irrumpido en el pub.

Ahora, las palabras de mi abuela resuenan una y otra vez en mi cabeza con una claridad impresionante, y aunque he aceptado volver, no comparto la confianza de mi abuelo en que Rhona se arrepienta de algo. No después de ver la expresión que tenía cuando lo dijo. Como si mi mera presencia en su casa fuera una ofensa.

Cuando la amplia casa de campo aparece a lo lejos, una oleada de nervios me revuelve el estómago, seguida por esa misma presión en

el pecho. Permanezco unos segundos más en el coche mientras Finlay baja de su vieja camioneta destartalada y lo observo hacerme un gesto alentador desde delante, esperando que me una a él. Suelto el aire despacio para calmar los nervios, diciéndome que todo irá bien. Que, pase lo que pase, al menos tendré un cierre.

—¿Estás bien? —pregunta Finlay cuando me acerco.

—Estoy bien. —Asiento y me muerdo el labio al mirar hacia la puerta principal—. ¿Estás seguro de que quiere hablar conmigo?

—Sí, estoy seguro —responde, animándome—. Anda, entra. Yo voy a ayudar a Lachlan con las vacas. Así tendréis algo de privacidad.

Me veo obligada a tragarme el recuerdo de anoche que me asalta al oír el nombre de Lachlan; tengo —extrañamente— problemas más urgentes en este momento que la existencia de un dragón acuático cambiaformas. Demonios, Rhona ya es un dragón por sí sola.

Mierda, no me dejes sola con ella, quiero decir, pero siento que mi abuelo es mucho más optimista que yo respecto a esto y no tengo corazón para aguarle la esperanza. Así que me limito a asentir cuando dice que nos veremos a la hora de la cena, sin estar del todo segura de que eso vaya a suceder. Por lo que sé, para entonces ya estaré buscando otro lugar donde quedarme.

Porque, al parecer, incluso cuando tu familia no te quiere, sigues empeñándote en quedarte.

Me burlo mentalmente del tono de reproche de mi propia cabeza. Como si alguien pudiera marcharse así sin más después de descubrir al verdadero monstruo del lago Ness.

Pero ese es un problema para mi yo del futuro.

No llamo a la puerta al entrar, pensando que sería aún más incómodo para ambas estar moviéndonos con torpeza en la entrada para pasar. En cambio, cierro la puerta suavemente detrás de mí y me quedo un momento sobre el felpudo, tratando de percibir alguna señal de mi abuela. Oigo el tintineo inconfundible de una cuchara chocando contra una taza de té, lo que he aprendido que es casi un ritual para ella. Rhona adora su té de la tarde.

—Ya puedes pasar —dice con voz cansada—. Deja de merodear ahí fuera.

Frunzo el ceño y avanzo hasta encontrarla sentada a la cabecera de la mesa, soplando su taza humeante. No me mira cuando entro, ni siquiera levanta la vista mientras rodeo la mesa para sentarme cerca. Se limita a dar un sorbo lento y a exhalar sonoramente por la nariz después de tragar.

—Esta era la vajilla de la tatarabuela de Finlay —dice distraída, recorriendo con el dedo las delicadas filigranas rosadas del borde—. Ha permanecido en la familia durante más de un siglo.

—Es bonita —comento.

Sigue sin mirarme.

—Ha pasado de madre a hija en cada generación. Es una tradición. Cada matriarca MacKay la entrega cuando llega a cierta edad.

—Ya veo.

—Pensé que tendría que dejársela a tu primo, si algún día lograba encontrar mujer —murmura. Me mira de reojo, con cautela—. Pero supongo que ya no será así, ¿verdad?

La rabia y el dolor hierven dentro de mí.

—Según tú —le recuerdo—, ni siquiera soy una MacKay. Así que no veo por qué habría de cambiar el plan ahora.

—Sí —responde en voz baja tras una pausa. Tiene los hombros hundidos y los ojos cansados; casi diría que hay arrepentimiento en su expresión, aunque probablemente lo esté imaginando—. Eso dije.

Mira su taza durante largos segundos, y el silencio se alarga entre nosotras mientras espero a que continúe. No voy a ponérselo fácil para que se disculpe, ni tampoco pienso quedarme sentada en un lugar donde no soy bienvenida. Por lo que a mí respecta, está sola.

—Tienes que entenderlo. Dunc… —Traga con dificultad—. Tu padre era mi mundo. Mi orgullo y mi alegría, ¿sabes? Era tan inteligente. Tan amable, tan dulce. Desde el día en que nació me trajo… tanta felicidad.

No da señales de querer que yo diga nada, así que me quedo callada, solo me acerco un poco más a la mesa mientras ella sigue.

—Tu madre estaba aquí de vacaciones cuando se conocieron —continúa Rhona—. Desde la primera vez que la trajo, me asusté. Tenía miedo de que me lo quitara. Se le veía en los ojos que estaba loco por ella, y supe que tenía el poder de llevárselo, de dejarme sola con apenas alguna visita en las fiestas. No soportaba la idea.

Resulta extraño escucharla hablar así de mi madre. Mi padre siempre me dijo que era una mujer amable y considerada, que quería a todo el mundo. No logro reconciliar a esa mujer con la versión que describe Rhona.

—No creo que ella…

—Sí, sí —suspira—. Fue el error de una vieja tonta. Me comporté como una imbécil cuando ocurrió lo inevitable. Cuando me dijo que

iba a casarse con ella… dije muchas cosas de las que desearía no haber dicho.

—¿Y por eso os peleasteis?

Niega despacio, con una tristeza visible.

—No. Las cosas estaban tensas, pero todavía hablábamos. Nos escribíamos, hablábamos por teléfono… Incluso venían de visita cuando podían. No fue hasta que me contó que iban a tenerte cuando lo arruiné todo.

—¿A mí? —pregunto, desconcertada.

—Sí. ¿Sabías que en el clan MacKay no había nacido una niña en siglos? Eres la primera.

—No… no lo sabía —respondo, sin saber bien qué hacer con esa información.

—Pensé que tal vez eso nos uniría. Que tu nacimiento sería la razón para reconciliarnos. Que tal vez, solo tal vez, finalmente podríamos arreglarlo.

Mis dedos se aferran al borde de la mesa. Los nudillos se me ponen blancos de la fuerza, mientras las respuestas que me negaron durante años parecen, por fin, al alcance de la mano.

—¿Qué pasó?

—Fue la última vez que lo vi —dice con lentitud—. Hablamos en esta misma mesa. Estaba… raro, inquieto. Como si no fuera él mismo. Dijo que tu madre estaba embarazada y que habían descubierto que sería una niña. Recuerdo lo sorprendida que estaba, pero Duncan… Duncan casi parecía alterado por la noticia.

Eso me descoloca. Mi padre nunca me dio el menor indicio de estar infeliz conmigo. Jamás.

—¿Por qué iba a estar molesto?

—No lo sé. Nunca llegué a averiguarlo. Empezó a hablar de llevar a tu madre de regreso a América, de criaros allí. Dijo… —Levanta la vista hacia el techo, y veo que sus ojos brillan—. Dijo que sabía que yo nunca había aprobado su matrimonio y que no quería que sus hijos crecieran rodeados de ese resentimiento. Yo… no me lo tomé bien. —Fuerza una sonrisa débil—. Ya habrás notado que tengo bastante carácter.

En otro momento habría sonreído, pero verla tan frágil resulta desconcertante. Desde el momento en que me abrió la puerta no había sido más que la viva imagen de la entereza.

—¿Qué sucedió? —pregunto.

—Nos dijimos cosas… feas. —Sacude la cabeza—. No recuerdo exactamente cuáles. No fueron más que palabras amargas, cargadas de rabia, que sospecho que ninguno de los dos quiso decir de verdad. Pero eso no importa, ¿verdad? Una vez que las palabras salen…, el daño ya está hecho. Tu padre recogió sus cosas y se llevó a tu madre, y yo… le dije… —Su labio tiembla; sus manos arrugadas se estremecen sobre la taza—. Le dije que, si salía por esa puerta, no sería bienvenido si volvía.

Cierra los ojos, y siento el impulso de tomarle la mano. No estoy segura de si le gustaría, así que resisto el impulso.

—¿Y nunca volvisteis a hablar?

Asiente con los ojos aún cerrados.

—Él escribió cartas, durante un tiempo. Pero yo fui demasiado orgullosa para responder. Me aferré a ese orgullo durante toda tu vida. Una cosa inútil y fea. Perdí a mi hijo, la luz de mi vida, y nunca más le dije cuánto lo amaba. Ni siquiera supe que estaba enfermo.

No nos lo contó. ¿Por qué iba a hacerlo? No fue hasta que murió… —Su voz se quiebra, y una lágrima le recorre la mejilla.

—No lo sabía —digo—. No sabía que no te lo había contado.

—No es culpa tuya —responde con una sonrisa amarga—. Tampoco lo es que te haya tratado con tanta frialdad. —Abre los ojos, húmedos, verdes y aún intensos, y me observa—. Verte… fue un golpe. Te pareces tanto a tu padre. Cuando te vi en la puerta, fue como si hubieras traído contigo un pedazo de mi hijo, y sentí… rabia. Mucha rabia.

—Sé que debería…

—No estaba enfadada contigo, muchacha —me interrumpe—. En realidad, no. Sé que te hice creer eso, pero no era cierto. —Respira hondo—. Estaba enfadada conmigo misma. Y lo sigo estando. Verte me obligó a ver con claridad todo el tiempo que desperdicié, la vida que malgasté, la familia que alejé por mi terco orgullo. ¿Y para qué? Para nada. —Frunce el ceño, perdida en sus pensamientos—. Eso es lo que siento cada vez que te miro, Keyanna, y todavía no sé cómo dejar de sentirlo.

Su confesión me deja aturdida. Toda la semana me he preguntado cómo acercarme a mi abuela. Qué había pasado con mi padre. Nunca imaginé que, de alguna manera, la respuesta fuera… yo.

—No sé qué decir —admito—. Lo siento.

Ella niega suavemente.

—No tienes nada que lamentar, en serio. Solo quería que entendieras lo que me sucede y que supieras que voy a intentar hacerlo mejor. Yo… —Traga saliva. Sus ojos se detienen en mi mano, que descansa sobre la mesa, mientras sus dedos se acercan a ella con cautela. Me lanza una mirada fugaz, como pidiendo permiso, y,

tras mi leve asentimiento, roza mis dedos con los suyos—. Quiero conocerte, Keyanna. De verdad. Créeme. Si puedes perdonar a esta vieja testaruda, me gustaría tener una segunda oportunidad para demostrártelo.

Veo cómo sus ojos, tan parecidos a los míos, se llenan de emoción, y es casi como si algo se aligerara dentro de mí. Claro que sigue existiendo el pequeño detalle de que hay un monstruo viviendo en la propiedad, pero saber que lo último que me queda de familia no me odia hace que respirar resulte, de pronto, mucho más fácil.

—Puedo hacerlo —digo con una sonrisa suave—. Puedo perdonarte.

Ella asiente, inspira hondo y se seca una lágrima con la mano libre.

—Probablemente sea más de lo que merezco, pero eso podría decirse de muchas cosas en mi vida. —Me da una palmadita en la mano y me dedica la primera sonrisa genuina desde que llegué; con ella, siento algo parecido a la esperanza—. Ahora, ¿qué tal si tomamos una taza de té?

No puedo evitar reír. Las últimas veinticuatro horas han sido las más largas de mi vida, y presiento que esto no ha hecho más que empezar.

—¿Tienes algo más fuerte?

Las comisuras de los ojos de Rhona se arrugan, y me guiña un ojo.

—Claro, gallinita. Tengo algo más fuerte.



12
Lachlan

Jamás pensé que, a los treinta y cuatro años, me vería evitando activamente a alguien como si estuviera atrapado en algún drama escolar. Y, sin embargo, eso es exactamente lo que he estado haciendo toda la semana. Aunque resulta evidente que no es fácil ignorar a Keyanna MacKay. Es una constante piedra en el zapato. Me sigue por la granja y trata de acorralarme a cada paso, sin duda buscando pillarme a solas para interrogarme sobre lo que sabe. Porque, claro, no podía simplemente hacer las cosas fáciles y regresar a Estados Unidos. No. Ahora ha decidido plantarse aquí, como si tuviera aún más razones para quedarse.

Y no tengo la menor idea de por qué.

No hay ninguna buena razón para que quiera ayudarme, como insiste. De hecho, si mi familia aprendió algo de la historia, es que los MacKay son los últimos de quienes uno debería esperar ayuda. Rhona y Finlay parecen ser la excepción, hasta donde sé, un

accidente afortunado en una estirpe de gente que me enseñaron a evitar incluso antes de aprender a caminar. Y, dado lo que sé de las hijas de los MacKay, tengo aún más motivos para mantenerme lejos cada vez que me cruzo con la decidida pelirroja.

Anoche fue otro desastre, un intento fallido más de hacer contacto que terminó conmigo retirándome a una bahía solitaria para lamerme las heridas, tanto reales como metafóricas. No sé por qué sigo sometiéndome a esto si sé que nada bueno puede salir de ello. Pero tampoco logro rendirme del todo. Mientras él siga ahí fuera, parece que una parte de mí siempre conservará la estúpida esperanza de poder recuperarlo.

El sol ya está alto cuando abro los ojos, y por la forma en que la luz atraviesa las cortinas sé que me he despertado tarde. Me estiro con los brazos por encima de la cabeza mientras la mandíbula me cruje en un bostezo, y me rasco el estómago con los ojos entrecerrados, en un intento de robarle unos minutos más al descanso.

Apenas empiezo a quedarme dormido cuando un golpe seco retumba en la puerta.

—¡Lachlan! Sé que estás ahí.

Gimo. Es la tercera vez esta semana que viene a aporrearme la puerta. Agarro la almohada y me la planto sobre la cara para intentar ahogar su voz.

—No me voy a ir —grita desde el otro lado—. Voy a esperarte aquí todo el día si hace falta.

Eso mismo dijiste el martes, pienso con una sonrisa mental.

—¡Lo digo en serio esta vez! No voy a sacar el culo de este escalón hasta que hables conmigo.

Puedo oír la determinación en su voz, y suspiro contra la almohada, temiendo que mi racha de suerte haya llegado a su fin. Parece que no importa cuánto desee que desaparezca: ha decidido meterse de lleno en este asunto.

Tal vez de verdad debería haber dejado que se la comieran, pienso con nostalgia.

Me reprendo por siquiera pensarlo; claro que no lo habría hecho, pero no puedo evitar imaginar la paz que eso me habría dado. Me incorporo dejando las piernas colgadas de la pequeña cama y clavo la mirada en la puerta, de donde empiezan a filtrarse las notas desafinadas de una canción de The Proclaimers.

—Well I know I'm gonna be, I'm gonna be the man who wakes up next to you!... Would have been nothing, I mentally grumble, shoving off the bed. Could have just looked the other way.

Acorto la distancia dando pisotones.

—And I would walk five hundred miles, and I would walk five hundred more, just to be the man who walks a thousand miles to fall down at your…

Abro la puerta de golpe.

—¿¡Puedes parar de una maldita vez!?

Está sentada de espaldas a la puerta. Levanta la cabeza para mirarme con una sonrisa triunfal que se le ensancha en la boca mientras sus rizos rojos le caen hasta la cintura. Sus ojos verdes casi brillan bajo el sol de media mañana, y la luz en sus pestañas las hace parecer de un rojo dorado.

Detesto lo hermosa que se ve cuando está siendo un dolor de cabeza.

—¿No te gusta The Proclaimers?

—Sé sincera. Es la única canción escocesa que conoces, ¿verdad?

—Me acojo a la Quinta Enmienda —responde, encogiéndose de hombros. Se levanta, se sacude los vaqueros y me lanza la misma sonrisa engreída de siempre—. ¿Listo para hablar como un adulto, Nessie?

—Baja la voz, por el amor de Dios —siseo, mirando alrededor como si Rhona pudiera oírnos desde su casa, que está a más de un kilómetro—. Y no empieces a llamarme así.

—Claro —dice con dulzura—. Lo que tú digas… *Nessie*.

Entrecierro los ojos.

—De verdad desearía que dejaras este asunto, princesa.

Esta vez no se enfurece como de costumbre. Se limita a chasquear la lengua y a encogerse de hombros.

—Sí, no va a pasar. Así que…, ¿puedo entrar o prefieres que hablemos en el umbral?

Resoplo, fantaseando con tirarla al maldito lago. Al final, me hago a un lado para dejarla pasar mientras murmuro entre dientes:

—Eres un dolor de cabeza.

Ella me ignora.

—Vaya, esto es diminuto. ¿De verdad entras en esa cama?

—¿Diez segundos y ya estás pensando en mi cama?

Esta vez me lanza una mirada fulminante, y ahora soy yo quien sonríe con satisfacción.

—Qué gracioso —dice con sequedad mientras se sienta en una de las sillas de la cocina. Señala la de enfrente como si fuera la dueña del lugar y levanta una ceja con expectación—. Bueno, ¿y…?

Suelto un suspiro que me sale del alma, cierro la puerta y me dejo caer delante de ella. Me paso una mano por la cara y la dejo

apoyada en la boca mientras cierro los ojos, agotado.

—Haz tus malditas preguntas.

—¡Tengo tantas! —exclama. Su voz suena brillante, animada, llena de auténtico asombro—. ¿Desde cuándo te ocurre esto? ¿Cómo empezó? ¿Quién era el otro monstruo? ¿Puedes respirar bajo el agua siempre o solo cuando cambias? ¿Tienes poderes mágicos?

Abro un ojo y frunzo el ceño mientras apoyo una mano sobre la mesa.

—Son… muchas preguntas.

—Perdón —replica—. Pero cuando conoces a una criatura mágica, es normal tener un millón de preguntas. Si Pie Grande entrara ahora en tu cocina, seguro que tú también querrías saber cosas.

—Pie Grande no existe —murmuro.

Abre la boca con incredulidad.

—¿Hablas en serio? Estás ahí fuera alimentando prácticamente a todos los pódcasts del mundo y llenando las portadas de los tabloides, ¿y me dices que no crees que Pie Grande podría ser real?

—¿De eso quieres hablar?

—No —resopla—. Responde a mis preguntas.

—No veo por qué debería.

—¡Porque no puedo ayudarte si no conozco los hechos!

—¿Y qué te hace pensar que podrías ayudarme?

—Yo… —Se queda callada, sorprendida, con los labios entreabiertos. Los cierra y los aprieta, gesto que los hace parecer aún más llenos. No puedo evitar fijarme un segundo en la suavidad rosada de su boca antes de obligarme a volver a sus ojos—. Supongo que no lo sé con certeza —admite—. Pero quiero intentarlo. Dijiste que era una maldición, ¿no? No suena

precisamente divertido. Dijiste que estabas buscando respuestas. Déjame ayudarte.

La observo con recelo. Se la ve tan… sincera. Casi ingenua. Lo cierto es que se le nota todo en la cara, y eso deja claro que realmente quiere ayudarme, que de verdad cree —o espera— poder hacerlo. Lo que no entiendo es por qué. Va en contra de todo lo que sé.

—No entiendo por qué querrías ayudarme —le digo con honestidad—. No somos precisamente amigos. Ni siquiera nos caemos bien.

Y no, me reafirmo, *no me cae bien. No importa lo guapa que sea.*

—Admito que empezamos… con mal pie —dice, frotándose la nuca, nerviosa—. Pero siento que… —Exhala con frustración—. Sé que debo ayudarte. Es lo que mi padre habría querido.

Frunzo el ceño.

—Ya has dicho eso antes, pero no tiene sentido. ¿Por qué diablos querría Duncan que me ayudaras con esto?

—¡Porque lo salvaste!

Inclino la cabeza.

—¿Que yo qué…?

—Bueno… pensándolo bien, no pudiste ser tú, pero alguien como tú —dice, masajeándose las sienes—. De niña me contó la historia tantas veces que me la aprendí de memoria. Estaba en la cala, se cayó, creyó que se iba a morir, pero entonces… —sus ojos se agrandan y me mira con intensidad— algo lo salvó. Algo como tú. Siempre me pregunté… —Se muerde el labio—. De pequeña lo creí todo. Cada palabra. De adulta pensé que era solo una forma de ponerle magia a mi infancia, pero… al final… —Sus manos se

entrelazan sobre la mesa; tiene los dedos tensos y el ceño fruncido —. Estaba tan seguro. Era lo único de lo que no dudaba. Al final… fue lo único que recordaba.

—Finlay me lo contó —murmuro, sintiendo una punzada en el pecho al verla tan afectada—. Me habló de la enfermedad de tu padre.

Ella asiente con gravedad.

—Al final solo estábamos él y yo. Pedí una excedencia en el trabajo para cuidarlo; trabajaba en una pequeña firma contable en Nueva York. Mi jefe era un viejo amigo de mi padre, así que fue muy comprensivo. No sabíamos cuánto tiempo le quedaba antes de que… —Inspira con dificultad y traga saliva—. Después de la neumonía, simplemente… su cuerpo no pudo más. Como si estuviera realmente cansado. Aun así, aguantó cuatro meses tras salir del hospital. Ya tenía la mente hecha un lío; demonios, casi no sabía quién era yo. Me llamaba por el nombre de mi madre.

—Lo siento —acierto a decir, sin saber qué más añadir. Resulta extraño estar aquí, compartiendo algo así con ella después de haber recibido poco más que sarcasmo y miradas fulminantes desde que la conozco—. Debió de ser terrible.

—Lo fue —responde, bajando la mirada.

—¿Pero no crees que ya has hecho bastante? —pregunto—. Como dijiste, ya me salvaste. —Frunzo el ceño ante mis propias palabras—. ¿Sabes siquiera cómo lo hiciste?

—Yo… —Se muerde el labio de nuevo, y no puedo evitar que mi mirada regrese a la imagen de su diente contra la carne suave—. No tengo ni idea. Esa noche es borrosa. —Levanta las cejas—. ¿Tú sabes algo?

De hecho, sí. Pero no creo que esté preparada para oírlo. Si no fuera por mi propia maldición, hasta yo pensaría que es demasiado fantasioso.

—¿Importa? —respondo, esquivando la pregunta por el momento —. Mi punto es que podrías decir que ya saldaste esa deuda que te inventaste en la cabeza. No me debes nada.

—No lo entiendes —dice, mirándome con firmeza—. Mi padre olvidó casi todo al final, pero nunca olvidó esa historia. Fue lo único que se llevó consigo.

—Pero no veo cómo eso te haría querer…

—¡Lo salvaste! —me interrumpe, tajante—. O alguien como tú. Si no lo hubiera hecho… nunca lo habría conocido. Ni siquiera estaría aquí. —Asiente, decidida—. Así que, si puedo ayudarte, le debo al menos intentarlo a quienquiera que lo sacara del agua aquel día.

Nos quedamos sentados en un silencio atónito durante varios segundos, y en todo ese tiempo su mirada no se aparta de la mía. Sus ojos parecen tan brillantes que casi queman, con un fuego en ellos que casi iguala al de los rizos que enmarcan su rostro. Me doy cuenta de que cada palabra la dice en serio. Que, en su mente, ayudarme es una especie de homenaje final al padre que perdió. Como si salvarme pudiera, de algún modo, aliviar ese dolor. Como si así nada de aquello hubiera sido en vano.

Y saber eso… me toca demasiado de cerca.

Sin decir nada, me levanto de la mesa, me acerco a la pequeña cocina y pongo en marcha la cafetera. Observo el chorro de líquido humeante durante unos segundos antes de volverme hacia ella.

—¿Cómo te gusta el café?

Mi pregunta banal tiene un efecto inmediato: sus labios rosados se contraen en una mueca de indignación y sus cejas color cobre se fruncen.

—¿Eso es todo? ¿Eso es lo único que tienes que decirme? ¿Cómo me gusta el café?

—Sí —respondo, cruzándome de brazos y apoyándome en la encimera—. De momento.

—¿Estás tratando de enfurecerme a propósito?

—No. Estoy intentando cafeinarte. Te va a hacer falta.

—¿Me va a hacer falta? —repite, entrecerrando los ojos, desconfiada—. ¿Por qué?

Me doy la vuelta para sacar dos tazas del armario, dándole la espalda mientras dejo escapar otro suspiro cansado, asumiendo el hecho de que, para bien o para mal, parece que ahora tengo una aliada provisional. La última que habría esperado.

—Porque tengo algo que enseñarte.



13

Keyanna

—¿Puedes decirme adónde vamos?

—No falta mucho —responde Lachlan por encima del hombro.

Aparto otra rama mientras intento seguir su ancha espalda. Su camisa de franela roja es un faro en este mar de ramas verdes por el que llevamos ya más de media hora, y empiezo a preguntarme si esto no será otro Loch Land. O quizá algo todavía más siniestro.

—No me estarás llevando al bosque para matarme, ¿verdad?

No lo veo poner los ojos en blanco, pero lo intuyo.

—Hay formas mucho más limpias de deshacerme de ti si quisiera, muchacha.

—Qué tranquilizador.

—Sospecho que serías lo bastante fastidiosa como para perseguirme como fantasma de todos modos —responde con una breve risa.

—Sin duda lo haría —le aseguro—. Te cantaría todas las noches mientras intentas dormir.

—Eso sí que sería aterrador.

—No canto tan mal.

—Tan encantadora como Bethie cuando tuvo su último ternero —replica entre risas.

Ahora soy yo quien pone los ojos en blanco.

—En serio, ¿puedes decirme adónde vam…?

Me detengo en seco al chocar contra su espalda; mis manos se estrellan contra él y mi mejilla queda aplastada entre sus omóplatos. Me aparto de un empujón, a punto de protestar, pero entonces reparo en dónde estamos. El suelo está cubierto de hojas secas y la zona entera permanece en sombra bajo la copa de los árboles, con haces de luz filtrándose entre el follaje. Las hileras de granito y piedra están gastadas por el tiempo. Rodeo a Lachlan y lo miro con una ceja levantada y los brazos cruzados.

—Bueno… esto es bastante ominoso.

Me ha traído a lo que parece un enorme cementerio, y frunzo el ceño al ver las lápidas desgastadas que se pierden entre los árboles hasta donde alcanza la vista. Nunca me han gustado los cementerios, no es que crea que haya gente que los adore, pero la idea de tener huesos bajo mis pies me inquieta. Me alegra que mi padre quisiera ser incinerado; jamás habría soportado enterrarlo bajo tierra.

—Nuestra familia está enterrada aquí —dice Lachlan.

—¿Nuestra familia?

—Sí, la tuya y la mía. —Señala hacia el este—. ¿Ves esa cerca? La que cruza las hileras de tumbas.

—Sí.

—Esa es la línea divisoria entre las tierras de tu familia y las tierras Greer. Se extiende durante kilómetros, partiéndolo todo en dos. Mi familia fue dueña de todo Greerloch hace siglos, pero con el tiempo se fragmentó. Este lugar, sin embargo… aquí es donde todo comenzó.

—En un cementerio —aclaro.

—En cierto modo. —Su voz suena pensativa—. Es el primer terreno que compró tu familia después de que la mía fuera maldecida.

Vuelvo la cabeza hacia el lado opuesto, oyendo a Lachlan moverse detrás de mí mientras recorro la breve distancia que me separa de un grupo de tumbas. Las lápidas varían desde pequeños montículos hasta monumentos tan altos como yo. Al inspeccionarlas de cerca, noto el apellido MacKay grabado en casi todas.

Mis ojos se detienen en una en particular, apenas unos centímetros más alta que yo, atraídos por un grabado que parece casi demasiado real, pese a que la piedra está desgastada por el tiempo y cubierta de musgo. Una base ancha y rectangular me llega al pecho antes de transformarse en el grueso cuello de un caballo. Una vieja correa de cuero, reseca y quebradiza, rodea el cuello del animal y se curva hasta su rostro, como si realmente pudiera asirse para hacerlo avanzar.

Una mirada rápida al frente revela marcas desvaídas en la piedra, un nombre tan antiguo que apenas puede leerse. Si no supiera que estas son tumbas de los MacKay, ni siquiera reconocería el apellido. El nombre de pila es ilegible. ¿Thomas? ¿Travis? Algo con T, quizá.

—Por aquí —me interrumpe Lachlan.

Camina hacia la cerca, pisa un tramo del alambre de púas y levanta otro para que pase. Me sigue y avanza unos metros más hasta detenerse ante una tumba imponente coronada por una cruz celta. Su apellido está grabado en la piedra. Se arrodilla y aparta un montón de hojas.

—Este fue mi antepasado —me dice—. Algún tatarabuelo de hace muchos siglos, a finales del siglo XIII.

—¿Era…?

—¿Como yo? Sí. El primero.

Lachlan apoya los codos sobre las rodillas mientras permanece en cuclillas. Echo un vistazo a su ceño fruncido mientras la ligera brisa agita sus mechones color miel oscuro alrededor de las sienes. Sus labios carnosos están apretados en gesto pensativo, y me obligo a apartar la mirada: un escocés melancólico no es lo que vine a buscar hoy.

—Vengo a menudo a pensar aquí —admite.

—Eso es algo… perturbador.

No responde. Sigue mirando la lápida destrozada. Abre la boca, y su voz baja y grave pronuncia:

Oh tú, de rostro bello y nombre altivo,
con el corazón tan negro como el cielo más oscuro.
Tus actos malditos traen premio maldito,
y ni rezos ni súplicas podrán salvar tu destino.
A la luz de la luna cambiarás hasta que el sol se alce,
y tu carne llevará el peso vil de tu alma.

Dejo que las palabras se asienten en el aire. Siento que encierran algo importante, aunque no sé qué. Nunca se me dio bien la poesía.

—Eso es… ¿bonito?

—Es una maldición —responde con una mueca—. La maldición. La que lanzaron sobre mi antepasado hace casi ochocientos años. Y cada hijo varón nacido en mi familia carga con ella: se convierte en un monstruo desde el anochecer hasta el amanecer. Todos y cada uno de ellos.

—Pero… —Mi boca se abre y se cierra—. ¿Ochocientos años? ¿De verdad? ¿Qué demonios hizo tu antepasado? Para que te maldigan, tendría que haber hecho algo malo, ¿no?

La mandíbula de Lachlan se tensa y entrecierra los ojos.

—No hizo más que confiar en la persona equivocada.

—¿En serio? Pero el poema decía «tus actos malditos traen premio maldito». ¿No significa eso que sí hizo algo?

—No pretendo entender las palabras de una bruja —bufa mientras se pone de pie—. Mi antepasado dio refugio a una *kelpie*, y esto fue lo que obtuvo a cambio.

—¿Una *kelpie*?

—Sí. Criaturas feéricas de los tiempos antiguos. Dicen que aparecían como doncellas hermosas cuando no estaban en su forma de caballo.

—¿Forma de caballo?

—Claro, porque supongo que tu «hombre mono» americano de tres metros te resulta mucho más creíble, ¿no?

—No estoy discutiendo qué criatura mítica es más real —digo—. Quiero decir, vi al monstruo del lago Ness la semana pasada, así que…

—Las *kelpies* —remarca la palabra, retándome con la mirada a cuestionarlo— son embusteras poderosas. Su fuerza reside en sus bridas, y se dice que quien controle la brida de una *kelpie* controla también su magia.

—Interesante…, pero ¿qué tiene que ver eso con tu antepasado?

—Mi antepasado hizo un trato con una bruja *kelpie*. Le prometió refugio a ella y a los suyos a cambio del poder para derrotar a los clanes que querían sus tierras.

—¿Y ella cumplió?

—Sí, lo hizo. Pero cuando todo terminó, lo maldijo igualmente.

—¿Por qué?

—¿Y cómo voy a saberlo? —exclama, frustrado—. No existe ningún libro de historia que pueda consultar. Todo lo que sé se ha transmitido de generación en generación. Dicen que son criaturas crueles y egoístas. Tal vez lo castigó por atreverse a pensar que podía usar su magia. Todo lo que sé es que, por culpa de ella, cada hijo varón de mi familia se transforma en bestia por la noche.

Bajo la mirada hacia mis zapatos, pensativa. Todo lo que dice suena demasiado fantasioso, pero, en fin, hace una semana descubrí que el monstruo del lago Ness era un granjero atractivo y arrogante durante el día, así que sé que debo mantener la mente abierta. Además, las brujas caballo mágicas son una explicación tan válida como cualquier otra para explicar que Lachlan se convierta en una criatura con forma de dinosaurio todas las noches.

—¿Y eso es todo lo que decía la maldición? ¿No había más?

Abre la boca y, por un segundo, sus ojos se agrandan apenas, pero enseguida cierra los labios y se aclara la garganta.

—Sí, eso es todo. Es lo único que tengo. No ha sido de mucha ayuda, te lo aseguro.

—¿Y qué pasó con el resto de tu familia? ¿También están… en el lago?

Niega con la cabeza.

—No vivimos más que cualquier humano. No tenemos poderes especiales. Mi abuelo murió cuando yo era niño. Mi madre se fue cuando… —Se le tensa la mandíbula al interrumpirse; tiene los puños apretados—. Mi madre se fue cuando mi padre desapareció.

—¿Desapareció? ¿Cuándo?

—Cuando yo era pequeño. Tendría ocho años, más o menos. Mi madre no pudo soportarlo. Viví con mi abuela hasta que murió.

—Lo siento —le digo con sinceridad—. ¿Tuvo que ver con la maldición?

Me mira con los ojos duros y cargados de rabia.

—Sí.

—¿Él no…? Quiero decir, ¿sigue…?

—Está vivo.

—¿Cómo lo sabes?

—Bueno —dice despacio, sin apartar la mirada—, para empezar, intentó comerte la otra noche.

Mi boca se abre de golpe.

—¿Quieres decir que… que él es…?

—Sí. —Asiente con gravedad—. Una noche, mi padre se transformó en monstruo… y nunca volvió a ser humano —dice, con las cejas fruncidas y un dejo de tristeza en la mirada.

—Yo… Vaya.

—Ya no es más que una bestia —añade en voz baja—. No me reconoce. Ya no.

Sus palabras me atraviesan como una puñalada, y de pronto siento unas ganas absurdas de abrazarlo, pero me contengo. Intuyo que el gesto no sería bien recibido.

—Lo siento —repito—. Sé lo difícil que es. Créeme.

—Lo imagino —responde, igual de suave—. Quizá por eso te lo cuento.

—Entonces tu padre… —digo, mientras las piezas empiezan a encajar en mi cabeza y me cuesta respirar—. Tu padre salvó al mío.

—Así es.

—¿Lo sabías?

—Sí —responde Lachlan.

Su omisión enciende una chispa de enfado en mi interior, y doy un paso hacia él, invadiendo su espacio sin siquiera darme cuenta.

—¿Por qué no me lo dijiste?

—¿Por qué iba a hacerlo? Ni siquiera te conocía.

—Pero después sí. Después de que me salvaste en el lago… ¡Sabías lo de mi padre! ¿Cómo pudiste no decir nada?

—Creo que la mejor pregunta sería: ¿por qué tu padre no te contó nada de esto?

Eso me detiene en seco.

—¿Qué?

—¿De verdad crees que Duncan no sabía nada de todo esto?

—Yo no… ¿Qué quieres decir?

—Tu padre sabía perfectamente quién era el monstruo que lo salvó. Fueron amigos durante un tiempo.

—No —digo de inmediato—. No. Me lo habría dicho si lo hubiera sabido.

—Tal vez no quiso tener que contarte la verdad del asunto —dice Lachlan con tono acusador—. Tal vez no quiso contarte cómo juró ayudar a mi padre, tal como tú estás jurando que me ayudarás ahora, ¡solo para salir corriendo a América con la primera muchacha guapa que vio!

—Eso no es cierto —replico—. No. Él jamás haría algo así.

—Ah, pero lo hizo. Mi padre fue un necio por creerle desde el principio.

—No sigas —le advierto.

El labio de Lachlan se curva con amargura.

—Mi padre debería haber sabido que no se puede confiar en un MacKay. Es lo único de lo que siempre estuvimos seguros. Nunca puedes confiar en un MacKay.

—¡No paras de decir eso! —grito, alzando los brazos—. Desde que te conocí, no has dejado de decir lo horrible que es mi familia, ¡y aun así vives en sus tierras! No lo entiendo, Lachlan. Mi padre era un buen hombre. Jamás abandonaría a alguien si hubiera prometido ayudarlo. ¿Por qué sigues insistiendo en que toda mi familia es mala?

Lachlan da un paso pesado e inclina la cabeza hasta que sus ojos quedan a la altura de los míos. Mi corazón late con fuerza por la cercanía. Percibo el aroma especiado de su colonia, mezclado con un leve rastro de detergente y la vegetación que nos rodea; sin darme cuenta, inhalo profundamente justo cuando sus ojos azul plateado se endurecen.

—Porque —dice en un tono oscuro y firme— fue tu familia la que maldijo a la mía.

Retrocedo como si me hubiera abofeteado, tratando de reconciliar sus palabras con todo lo que me ha contado, sin lograr encajar nada.

—Pero eso no es posible —digo con escepticismo—. Eso significaría que…

—Sí —me interrumpe—. Felicidades, Keyanna. Eres la orgullosa descendiente de una *kelpie*.



14
Lachlan

Observo cómo el asombro se dibuja en su rostro; sus ojos se agrandan y sus labios se entreabren, y me mira como si me hubiera crecido una segunda cabeza. Mi propio pecho sube y baja demasiado rápido; respiro de forma entrecortada mientras la vieja herida de mi ira se retuerce dentro de mí. No parece justo que Key haya podido crecer alejada de todo esto, que haya pasado su vida ignorando felizmente lo que su familia le hizo a la mía. Pero ¿por qué con ella siento esto con tanta intensidad, más que con cualquier otro MacKay que haya conocido? No es como si Finlay, Rhona o incluso Brodie tuvieran idea de lo que les ocurre a los hijos Greer por la noche. Entonces, ¿por qué me enfurece tanto que Keyanna haya vivido sin esta carga?

—Yo… —Sus ojos descienden hacia el suelo; aprieta los labios y arruga la nariz, pensativa. Casi puedo ver los engranajes girando en su cabeza—. ¿Estás seguro?

No puedo evitar la risa áspera que se me escapa.

—Sí, estoy bastante jodidamente seguro. No es un detalle que uno suela olvidar.

—Pero ¿cómo puede ser posible?

—Mi antepasado logró capturar a la *kelpie* después de que ella lo maldijera. La encerró. Intentó obligarla a revertir la maldición. Estuvo allí un año, dicen, antes de que alguien la liberara. Antes de que alguien le devolviera su brida y la dejara escapar en la noche, llevándose consigo cualquier oportunidad de arreglar lo que había hecho.

—Y esa persona fue…

—Tu tataratatarabuelo, o algo así. Un mozo de cuadra, al parecer. Dicen que se casó con ella. Que tuvo un hijo con ella. Su sangre corre por tus venas.

Espero que lo niegue, o al menos que refute la idea, así que lo que hace a continuación me sorprende por completo.

—Lo siento —dice en voz baja, con un tono cargado de auténtico pesar—. Es terrible.

—Lo es —consigo decir, casi como una pregunta, todavía atónito por su reacción.

—Dios, Lachlan…, ¿toda tu familia? Y luego tu padre… Vaya. Ni siquiera puedo imaginarlo.

Siento que algo se libera en mi pecho con cada palabra que pronuncia, casi como si su disculpa cargara con el peso de todos los MacKay, por absurdo que resulte. Tal vez simplemente está bien contárselo a alguien y que confirme lo jodido que es todo. Qué vida tan miserable nos obligaron a vivir. O quizá sea solo la forma en que lo dice, como si realmente le importara.

—Yo… —Me siento como un pez, abriendo y cerrando la boca mientras intento recordar cómo usar las palabras—. Gracias —articulo al fin—. Te lo agradezco.

Me mira con el mismo fuego en los ojos que he visto en mi cocina. Asiente una sola vez, como si confirmara algo para sí misma, y da un paso hacia mí. Me sobresalto cuando toma mi mano entre las suyas, más pequeñas y cálidas, y la aprieta mientras me observa con seriedad.

—Todo esto solo me confirma que debo ayudarte. Si de verdad fueron los MacKay quienes maldijeron a tu familia, quizá sean los MacKay quienes deban ayudarte a deshacerlo.

Estoy a punto de contárselo todo, pero algo me detiene. Tal vez aún no confío lo suficiente en ella, o quizá estoy disfrutando de la determinación que se refleja en su rostro y no quiero apagarla todavía.

Debe de darse cuenta de que todavía sujeta mi mano —un hecho del que no he podido distraerme desde que me tocó, dada la calidez de su piel—, porque de pronto se sonroja y me suelta. Carraspea, da un pequeño paso atrás y desvía la mirada.

—En fin —dice, cambiando el peso de un pie al otro—. *Kelpies*, ¿eh?

Trago saliva, ignorando el hormigueo que me ha quedado en la mano.

—Si crees en las leyendas.

—Y supongo que nosotros creemos, ¿verdad?

Levanto una ceja.

—¿Nosotros?

—Bueno, sí —responde, más como una pregunta que una afirmación—. Quiero decir, ahora estamos en esto juntos, ¿no?

Resulta ridículo, casi imposible, que esté aquí con un miembro de la familia que arruinó a la mía y que, aun así, esté considerando aceptar su ayuda. Y, sin embargo, eso es exactamente lo que estoy haciendo, por absurdo que resulte. Porque, por alguna razón —por pequeña que sea—, me doy cuenta en este momento de que confío en Keyanna. No sabría explicar por qué, ni ofrecer una razón sólida de por qué debería empezar a hacerlo, pero lo hago. Puedo sentir que no romperá su palabra. Que realmente desea ayudar.

Quizá por eso abro mi estúpida boca.

—Sí —respondo en voz baja—. Creo que sí.

Su sonrisa de respuesta me llega como un verdadero golpe; es amplia, brillante y llena de una alegría que nunca me había dirigido. Sus pequeños dientes de conejo llaman mi atención, y me invade una curiosidad fugaz y absurda sobre cómo se sentirían contra mi lengua.

Concéntrate, idiota.

Sacudo la cabeza, expulso el pensamiento y alzo la vista hacia los árboles, donde el sol aún se mantiene alto. Supongo que me quedan unas cuantas horas antes de que empiece a caer.

—Deberíamos salir de aquí —digo.

—¿Del cementerio espeluznante? —responde con sarcasmo—. Pero si estaba disfrutando muchísimo.

Pongo los ojos en blanco.

—Sigues siendo un dolor de cabeza, incluso cuando eres mi aliada.

—Solo contigo, Nessie —bromea.

Nada de eso debería provocar la absurda sensación que me revuelve el estómago, y prácticamente me río de mi cuerpo traicionero por atreverse a reaccionar así. Sacudo la cabeza y echo a andar con grandes zancadas, pasando junto a ella.

—Vamos a tomar algo al pub. Allí podremos hablar con más calma.

La oigo apresurarse tras de mí, con sus botas haciendo crujir las hojas secas.

—Oye, Lachlan…

—¿Sí?

Su voz baja, como si fuera a revelar un secreto importante.

—¿Eso significa que voy a convertirme en un caballo?

Mi carcajada, esta vez genuina, vale cada segundo de su ceño fruncido.

—¿Así que un pech es como… un gnomo?

Me río entre dientes al ver la expresión confundida de Key, mientras Rory y Blair intentan explicarle el origen del nombre del pub.

—Sí —dice Rory—. Gente pequeña. Pequeños, pero increíblemente fuertes, ¿lo ves?

Se recuesta, apoyando la barbilla en el puño.

—¿Pero por qué The Clever Pech?

—Es una buena historia —dice Blair, mientras limpia otro vaso—. Es un viejo cuento que escuchábamos de niños. Trata de un pech pequeño e ingenioso que desafió al hombre más fuerte del pueblo, dicen que un gigante, a una prueba de fuerza a cambio de su bebé.

—Supongo que ganó —comenta Key.

—Sí —continúa Blair—. El gigante lo subestimó, ¿sabes? Y el pech lo tiró de culo al suelo, lo que imagino que avergonzó mucho al gigante. Amenazó con ir tras el pech con toda la fuerza del pueblo por haberlo engañado.

Rory golpea las manos contra la barra con entusiasmo.

—¡Entonces el pech le propuso otra prueba!

—Shh —Blair le da un golpecito juguetón en el hombro con el paño—. No lo cuentas bien.

Key ahora parece completamente fascinada.

—¿Qué tipo de prueba?

—El pech le dijo al gigante que podría quedarse con su bebé si adivinaba su nombre —explica Blair.

Key frunce la nariz, y procuro no detenerme a pensar en lo dulce que es su expresión.

—Espera. Esto se parece mucho a Rumpelstiltskin.

—Hermanos Grimm, malditos ladrones —murmura Rory.

—Entonces —insiste Key—, ¿adivinó su nombre?

—No —Blair niega con la cabeza—. El pech se llevó al bebé y lo crio como propio. Dicen que la niña creció tan alta como su padre gigante y que podía verse caminando por las tierras con el pecho sobre su hombro.

—¿Era una niña?

—Eso dicen.

Otro fruncimiento de nariz.

—No es un final muy bueno.

—No todas las historias tienen un final feliz, amiga —dice Blair.

Me río por lo bajo, dando un sorbo a mi bebida.

—La mayoría no, según mi experiencia.

Keyanna me mira con simpatía en los ojos, y me doy cuenta de que aún no me acostumbro a la idea de que ella sea algo más que mi supuesta perdición, si hay que creer a mi padre. Fue fácil mirarla con desagrado cuando no era más que una enemiga potencial, pero la Key que me observa con compasión desde sus profundos ojos esmeralda es alguien con quien, definitivamente, no sé cómo lidiar.

—Bueno —dice Rory con una sonrisa—. Ahora sí que hay algo de cerebro en la operación.

Se muestra orgulloso mientras señala a Key, y levanto una ceja hacia él.

—Te das cuenta de que, básicamente, acabas de llamarte tonto, más o menos, ¿no?

—Yo… —Rory frunce el ceño y luego agita la mano frente a la cara, como si quisiera borrar el pensamiento—. Oh, ya sabes a qué me refiero. Seguramente tener a una mujer en el equipo solo puede ayudar, ¿no?

—¿Y cómo sabéis esto, de todos modos? —pregunta Key.

—Este —Blair señala con el pulgar hacia mí— cambió de forma justo delante de nosotros.

Key gira la cabeza hacia mí.

—¿De verdad?

—Solo era un chaval —explico—. Sabíamos que, tarde o temprano, empezaría a cambiar, pero no hay un día exacto. Normalmente tenía más cuidado al atardecer, pero una tarde los tres quedamos atrapados en una tormenta.

—Imagina lo aterrador que es quedarse encerrado en un viejo granero con un lagarto gigante —se burla Rory.

—¿Cuántos años teníais?

—¿Doce? —responde Blair—. ¿Trece? Lo bastante críos como para que casi nos cagáramos de miedo.

—¿Y vosotros sois los únicos que lo sabéis?

Asiento hacia Key.

—Ahora que mi abuela ha fallecido, sí.

—¿Y ninguno de vosotros ha logrado resolverlo nunca?

Los tres negamos con la cabeza.

—No estoy muy segura de cuánto puedo ayudar —admite Key, nerviosa—. Mi abuela acaba de decidir que no me odia del todo.

—Demonios —dice Blair—. No había pensado en eso. Aun así, resultas mucho menos sospechosa que este tipo si vas a hurgar por la propiedad —añade, señalándome.

—Cierto —conviene Key, pensativa—. ¿Sabemos siquiera qué estamos buscando?

—La brida, por supuesto —interviene Rory.

Key me mira con el ceño fruncido.

—¿De verdad existe?

—Por mi bien, eso espero —resoplo.

—¿Quieres decir que no lo sabes?

—¿Cómo podría saberlo? —Apoyo el vaso en la barra y me giro en el taburete—. No es como si alguien me hubiese dejado un manual de instrucciones. Todo lo que sé es que la historia dice que la brida fue lo que nos maldijo, así que supongo que también podría deshacerlo.

—¿Y qué hay de Key?

Todos nos volvemos hacia Rory, que nos observa con la cabeza ladeada.

La miro y veo que está tan confundida como yo.

—¿Qué hay con ella?

—Dijiste que te salvó —señala Rory—. En la cala. ¿Crees que tiene algo de esa brujería *kelpie*?

—Yo… —Mi boca se cierra tan rápido como se abre; los labios se me curvan hacia abajo mientras lo pienso—. Ni siquiera sabe cómo lo hizo.

—Es cierto —añade Key—. No estoy segura de cómo he hecho ninguna de las cosas que han estado pasando desde que he llegado.

—Claro, y ella… Espera, ¿qué? —Me inclino hacia ella, entrecerrando los ojos—. ¿Qué quieres decir con «cosas»? ¿Qué más ha estado pasando?

—Bueno, no puedo estar segura —dice, frotándose el brazo—, pero hubo algo con una ventana que se abrió después de que no lograra moverla, y, claro, está todo lo de la curación, y luego… —Niega con la cabeza—. Suena a locura, pero puede que hiciera que dejara de llover el otro día.

—¿Hiciste que dejara de llover? —repito.

Ella se encoge de hombros.

—Quiero decir, pedí que parara, y simplemente… paró.

—¿Y eso no te pareció extraño?

—¡Pensé que era solo una coincidencia!

Reflexiono sobre la información y un atisbo de posibilidad se abre paso entre mis pensamientos, pero lo descarto con un firme movimiento de cabeza.

—No podemos depender de lo que le ocurra a Key. No sin saber más. Especialmente si no puede controlarlo. La brida sigue siendo nuestra mejor opción.

—Entonces —dice Key, cruzándose de brazos—. ¿Dónde se supone que debemos buscarla?

—Ya revisé el ático de Rhona.

Key emite un sonido indignado.

—¿Fuiste a hurgar en el ático de mi abuela?

—Creo que tengo derecho, dadas las circunstancias —respondo con brusquedad.

Key entrecierra los ojos.

—Punto para ti.

—De todos modos, no vi nada relevante, pero hay tanto almacenado allí… Podría habérseme pasado algo por alto. Tampoco encontré nada en los pequeños edificios en ruinas de la granja.

—¿Y el viejo castillo Greer? —pregunta Blair.

Key se anima.

—¿Un castillo?

—Pertenecía a mi antepasado —le digo—. No hay nada allí. He buscado por todas partes.

—Pero no con Key —insiste Rory—. Tal vez su magia *kelpie* perciba algún rastro.

—No es un maldito sabueso —resoplo.

—Quiero decir… tampoco se pierde nada por intentarlo —dice Key.

La miro con desconfianza.

—¿Seguro que no es porque quieres verlo como si fuera una excursión turística?

—Oh, vete a la mierda —resopla, poniendo los ojos en blanco—. Como si este viaje hubieran sido unas vacaciones. No he hecho ni una sola cosa turística desde que llegué.

Rory levanta un dedo.

—Visitaste Loch La…

Key le lanza una mirada fulminante.

—Olvídalo —concluye él.

—Tenemos que empezar por algún lado —insiste Key—. Solo sé que estoy aquí por una razón. Puedo sentirlo.

—Son dos horas de caminata —le digo—. El terreno es demasiado difícil para ir en coche.

—Puedo caminar —responde, entusiasmada.

Me froto el labio inferior, frunciendo el ceño. Parece inútil volver a un lugar que ya he recorrido tantas veces, pero no puedo evitar preguntarme si quizá pasé algo por alto. Algo que Key y su extraña y creciente magia podrían descubrir. La idea basta para provocarme un leve cosquilleo en el estómago, aunque procuro que no se note. No quiero que advierta lo desesperado que estoy.

—Supongo que no se pierde nada por intentarlo —suspiro—. Pero es una caminata infernal.

Ella levanta la barbilla de manera petulante y adorable, y solo pensar en lo encantadora que es me deja algo aturdido, porque debería mantenerla a distancia. Y, sin embargo, aquí estoy, dispuesto a recorrer el campo mientras ella probablemente se queje todo el tiempo. Mi padre pensaría que he perdido la cabeza.

Ignoro el punzante sentimiento en el pecho al pensar en él.

Lo salvaré. No puede ser demasiado tarde.

—Está bien —cedo, cansado—. Iremos de excursión, entonces.

—¿Ahora mismo?

—Por la mañana. Hoy ya no hay tiempo. Tengo que volver y ver cómo están las vacas.

—Ah.

Esa mirada vuelve a aparecer en sus ojos, y no estoy seguro de que me guste cómo me hace sentir. Casi como si yo debiera consolarla a ella. Esto es una locura.

—Estate lista al amanecer —digo—. Podemos encontrarnos en la cala.

Su expresión compasiva se transforma en una sonrisa burlona.

—¿Esta vez irás vestido, al menos?

—Perdón —interviene Blair—, ¿cómo dices?

Pongo los ojos en blanco.

—No importa —respondo, y añado, mirando a Key con una sonrisa apenas visible—: Intentaré estar presentable. Estoy seguro de que eso te decepcionará mucho.

El ligero rubor en sus mejillas es, lo admito, encantador, y me pregunto si es posible que realmente disfrute haciéndola enfadar tanto. Casi como si este extraño tira y afloja entre nosotros fuera… divertido.

Sus ojos brillan con diversión.

—En tus sueños, Nessie.

Pensándolo bien…



15

Keyanna

—Creo que me está reventando el bazo.

Escucho un sonido de disgusto delante de mí; Lachlan ni siquiera se molesta en darse la vuelta ante mi decimoquinta queja desde que empezamos.

—Deja de quejarte. Tú querías hacer este viaje.

—Sí, sí —gruño, ajustándome la mochila un poco más sobre los hombros y deteniéndome para contemplar las colinas verdes que se extienden ante nosotros. El cielo derrama una luz gris, con la promesa de otro día sombrío, y frunzo el ceño mientras sigo caminando—. ¿Se supone que va a llover?

—Siempre se supone que va a llover —responde Lachlan por encima del hombro.

—¿Y qué hacemos si llueve?

—Caminar más rápido.

Exhalo con frustración.

—Eres todo un encanto, ¿lo sabías?

—Eso es lo que la gente dice de mí. Sí.

Frunzo el ceño, aunque él no pueda verme, avanzando tras sus pasos mientras intento seguirle el ritmo. Juro que debe de tener una fuerza sobrehumana incluso en forma de hombre, porque se mueve como el maldito Terminator.

Aun así, no puedo fingir que la vista sea… mala. Desde unos pasos por detrás, no puedo evitar fijarme en cómo su jersey de lana burdeos se ajusta a sus hombros y, si bajo un poco la mirada (cosa que desearía poder negar que hice), resulta imposible ignorar cómo sus vaqueros se ciñen a sus muslos robustos y a su trasero firme, casi hipnótico en la forma en que se mueve a cada paso.

Por Dios. Contrólate, Key.

Me aclaro la garganta, apartando la mirada.

—¿Cómo es el castillo?

No puedo ver su ceño fruncido, pero juraría que lo oigo.

—Es un castillo.

—Está bien, pero ¿cómo es? ¿Hablamos de techos a punto de venirse abajo y muros derruidos o…?

No responde durante unos segundos, y desde mi ángulo noto cómo se tensa su mandíbula.

—El techo sigue mayormente intacto. Hay partes claramente inestables en el suelo, así que tendrás que mirar bien por dónde pisas, y los muros han empezado a desmoronarse en muchos lugares. Nadie ha vivido allí durante siglos.

—¿Por qué no?

—Guerras —responde—. Estas tierras fueron invadidas por los ingleses ni siquiera una década después de que mi familia fuera

maldecida. Mi ancestro estaba tan preocupado por los clanes vecinos que no se preparó para ninguna otra posibilidad.

—¿Así que ha estado abandonado todo ese tiempo?

—Sí. Oí que algún antepasado lejano intentó repararlo en los años treinta, pero… en fin, el muy tonto se dejó fotografiar y todos tuvieron que esconderse después.

Me detengo, boquiabierta.

—No me digas que fue la foto del cirujano.

—Ajá… —Se detiene y se gira para observar mi expresión atónita —. ¿Qué?

—¿La foto era real?

Lachlan hace una mueca.

—¿Qué otra cosa podría ser?

—Pero ese hombre dijo que todo había sido un engaño.

Lachlan se ríe.

—¿Alastair? Oh, sí. Era… un amigo de la familia. Nos hizo un gran favor al inventarse toda aquella historia de Spurling confesando.

—¿Así que el engaño era… un engaño?

—Magia *kelpie* y monstruos, ¿y esa es la parte que te cuesta creer?

Su risa tranquila llega hasta mí mientras reanuda la marcha, y yo tropiezo tras él, aún aturdida.

—Está bien, pero tienes que admitir que lo del yeso y la madera sobre un submarino de juguete resultaba bastante convincente.

—¿Un submarino de juguete de los años treinta? ¿Cómo demonios crees que lo habrían colocado ahí? ¿Con control remoto?

—No… eeeeh… No lo había pensado.

—A veces, muchacha, las cosas son exactamente lo que parecen.

Acelero el paso hasta ponerme a su lado.

—¿Hubo otros avistamientos reales?

—Algunos —responde—. Es difícil ocultarse cuando eres tan… grande.

Y desde luego es grande.

Sacudo la cabeza.

Deja de pensar en eso. Que no sea un idiota contigo no significa que debas empezar a apreciar lo atractivo que es.

Lanzo un vistazo furtivo hacia él y me fijo en cómo la barba resalta la firmeza de su mandíbula. En cómo hace que su boca parezca suave y llena y…

Detente.

—¿A qué distancia estamos?

Lachlan se encoge de hombros.

—Estamos más o menos a mitad de camino. Hay un viejo granero al otro lado de esa colina —señala una pendiente que parece estar a kilómetros—, y desde allí quedará menos de una hora, diría yo.

Un trueno ruge sobre nosotros, y levanto la vista al cielo con cautela.

—¿Crees que llegaremos secos?

—No te preocupes —dice con confianza, tocándose un lado de la nariz—. Puedo oler la lluvia. Tenemos horas antes de que empiece.

Suena a una de sus tonterías, pero ¿qué sabré yo?

—Está bien —respondo—. Si estás tan seguro.

Lachlan resopla.

—Siempre estoy seguro.

Estamos empapados cuando por fin llegamos al viejo granero, que en realidad se parece más a un techo de paja aguantado por cuatro muros podridos. Sacudo la mochila mientras le lanzo una mirada a Lachlan, que se está quitando la lluvia del pelo.

—¿Puedes oler la lluvia, eh?

Me dedica una mirada fulminante.

—Cierra la maldita boca.

—Vaya. —Exprimo la punta de mi jersey—. Qué carácter tan encantador.

Se lleva las manos a las caderas tras dejar la mochila y examina el lugar.

—Al menos aquí estaremos secos. Seguro que la lluvia pasará pronto. Siempre lo hace.

—¿Y qué hacemos hasta entonces?

—Bueno, podrías pedir amablemente que deje de llover, supongo.

Frunzo el ceño, pero él parece completamente serio. Miro hacia la entrada, donde el agua sigue cayendo a cántaros, y me muerdo el interior del labio.

—¡Deja de llover! —le digo al aire, sintiéndome ridícula.

Oigo un resoplido detrás de mí.

—Creo que vas a tener que ponerle un poco más de empeño.

Dejo caer los brazos a los lados y aprieto los puños.

—¡Deja de llover!

Se hace un breve silencio.

—Bueno. Está claro que no eres Merlín.

—Cállate —gruño.

Me giro y veo cómo Lachlan se acerca a los restos de lo que en su día debió de ser un fardo de heno. Prueba la paja con el pie,

asiente, satisfecho, y se deja caer con un gemido. Estira las largas piernas y se reclina sobre las manos. Luego levanta una para dar una palmada suave en el espacio junto a él, arqueando una ceja.

—Tu trono, princesa.

Frunzo el ceño.

—Eres un idiota, ¿lo sabías?

—Sí, sí, lo sé. Siéntate y sécate. Apártate del viento. Te vas a congelar ahí.

Como si respondiera a una señal, mi cuerpo se estremece con un escalofrío y cruzo los brazos sobre el pecho mientras miro el espacio a su lado con cautela.

—¿Nada de cosas raras?

—¿Quién dice eso en la vida real? —Se ríe—. Vamos, siéntese, Alteza. Su honor está a salvo conmigo.

—Mi honor es lo último que me preocupa —gruño, tratando de no imaginar lo que eso podría implicar. Me dejo caer a su lado con los brazos aún cruzados, intentando recuperar algo de calor—. ¿De verdad crees que dejará de llover pronto?

—Probablemente —dice—. Al menos tienes buena compañía mientras esperas.

—Oh, sí —resoplo—. Estupenda compañía.

Guardamos silencio un rato, contemplando la lluvia que cae en el exterior. Al cabo de unos instantes, noto el calor que irradia Lachlan allí donde casi me roza.

—¿Eres como una estufa? Te siento desde aquí.

—Siempre tengo la temperatura alta. —Se encoge de hombros—. Efectos secundarios de la maldición, supongo. El lago puede ponerse bastante frío.

Frunzo el ceño y me abrazo con más fuerza, sintiendo cómo me castañean los dientes. Lo último que necesito es parecer débil delante de él. Se reiría sin parar de eso.

—¿Tienes frío?

Maldita sea.

—No —resoplo.

—Supongo que entonces los escalofríos son solo porque te emociona estar en mi compañía, ¿verdad?

—Creo que me gustabas más cuando me evitabas.

—Querías que fuéramos aliados, ¿recuerdas? Te lo has buscado tú solita —se ríe.

Sigo temblando otro minuto antes de ceder y acercarme hasta que mi lado derecho queda pegado a su lado izquierdo. El calor que emana de su cuerpo es un alivio inmediato, y tengo que contenerme para no arrimarme aún más.

—Ahí está —bromea—. ¿Tanto costaba?

—Discutible —murmuro, inclinándome un poco más—. Estás siendo muy… complaciente.

—Si vas a ser una cabezota con lo de ayudarme, lo mínimo que puedo hacer es ser un poco más agradable —explica encogiéndose de hombros.

—Eso es… casi… agradable.

—Créeme, para mí también es un concepto extraño —reconoce con una risa suave.

Observo la lluvia fuera, sintiéndome extrañamente cómoda en el silencio. Lachlan no dice nada, y no puedo evitar preguntarme qué estará pensando. Desde que supe la verdad sobre su maldición, me sorprendo dándole vueltas a demasiadas cosas. A cómo debe de ser

vivir sabiendo cómo terminará tu vida. Me hace sentir un nudo en el pecho.

—¿Recuerdas la última vez que hablaste con tu padre?

Se sobresalta ante la pregunta, y gira la cabeza hacia mí. Percibo su mirada, pero sigo concentrada en la lluvia. No estoy segura de qué me ha llevado a preguntarlo, aunque ahora que lo he hecho, me doy cuenta de que tengo curiosidad. Tal vez sea porque él sabe cómo me siento, dado todo lo que ambos perdimos.

—Sí —responde al fin, en voz baja—. Lo recuerdo.

—¿Cuántos años tenías?

Se inclina hacia delante, apoyando los brazos sobre sus rodillas dobladas, mirando la lluvia.

—Solo ocho. Un crío, en realidad. Pero aún recuerdo aquel día.

—¿Qué pasó?

—Había señales —me cuenta—. La maldición se estaba volviendo inestable. Mi madre y yo lo veíamos en él. Cuando se enfadaba, cuando perdía el control… era como si la bestia asomara a través del hombre.

—Eso… —Me inclino ligeramente—. ¿Eso te pasa a ti?

—No mucho —responde—. Hago lo posible por no perder el control.

Trago saliva, notando el peso de su mirada. Desvío los ojos y me aclaro la garganta.

—Eso es… bueno.

—Mi padre… perdió el control un día. Él… —Lachlan aprieta los puños y su cuerpo se tensa al recordar—. Le hizo daño a mi madre. No mucho, pero lo suficiente para asustarnos. La pena que sintió por

eso, por lo que había hecho… Fue como si se dejara arrastrar por la bestia. Aquella noche entró en el lago… y nunca volvió.

Mi pecho se oprime por la empatía, y siento el extraño impulso de tocarlo, ofrecerle algún consuelo, pero no sé si sería bienvenido.

—Lo siento —susurro.

Niega despacio.

—Aún recuerdo lo que dijo aquella mañana. Las últimas palabras que me dirigió.

—¿Qué dijo?

—Dijo… —Su voz se quiebra, y toma aire solo para exhalar después—. Dijo que lo sentía. Que lo había intentado. Que intentó salvarme. Aún no sé exactamente qué quiso decir, pero no puedo olvidar la tristeza en sus ojos.

—Parece que te quería mucho.

—Sí —murmura—. Así es.

Se queda pensativo un segundo antes de añadir:

—Mi madre se marchó poco después. Dijo que solo sería un tiempo, que me quedaría con mi abuela, pero… creo que mirarme era demasiado. Echaba mucho de menos a mi padre. Algo le pasó a su mente. Nunca ha estado… del todo bien desde entonces.

—Lo siento —le digo con sinceridad.

—Está bien —dice encogiendo los hombros.

—¿Ella lo sabía?

—¿Mmm?

—Tu madre —aclaro—. ¿Sabía lo de la maldición?

—Sí, desde el principio.

—Entonces, ¿por qué…?

—Nunca esperó perderlo así —me dice—. Mi padre fue el primero en ser consumido de esa manera.

—Oh. —Reflexiono, sintiendo simpatía por esta mujer que no conozco, pero también irritación—. Pero ella también te abandonó en el proceso.

Lachlan guarda silencio un momento antes de admitir:

—Sí. Así es.

Un escalofrío me sacude antes de que pueda decir nada más. Todo mi cuerpo tiembla, incapaz de contener el frío. El brazo de Lachlan me rodea al instante, y no sé quién se sorprende más, si él o yo.

—Lo siento —dice rápido—. Ni siquiera estaba pensando. Solo…

Me apoyo en él, dejando que el calor de su brazo se filtre por mi ropa aún húmeda.

—Está bien. —Aprovecho para descansar mi cabeza en su hombro, tratando de no darle más significado del que tiene. Solo es necesario para mantenerme caliente—. Maldita sea, qué frío.

—Lejos de mí dejar que la princesa se congele —bromea riendo.

—Idiota —gruño.

El silencio vuelve a caer y, para mi sorpresa, no resulta tan incómodo como cabría esperar. Es casi… agradable. Sus dedos se mueven ligeramente sobre mi hombro, y soy muy consciente del peso y del calor de su brazo rodeándome. Me concentro en la firmeza de su cuerpo contra el mío. ¿Cuánto tiempo ha pasado desde que alguien me tocó así? ¿Estoy tan necesitada de contacto que disfruto algo tan simple?

Al parecer, sí.

—¿Y tú? —su pregunta me saca de mis pensamientos.

—¿Mmm?

—Tu padre —dice, mirándome con esos ojos azules que parecen atravesarme—. ¿Recuerdas la última vez que hablasteis?

—Oh… —Bajo la vista hacia la paja, apretando los labios—. Sí.

—Si es demasiado doloroso…

—No, no —le aseguro—. Está bien. Lo justo es justo.

—Key —dice con firmeza, obligándome a mirarlo—. Esto no es un intercambio. No me debes nada, ¿de acuerdo? Solo pregunto como… —Frunce el ceño, buscando las palabras—. ¿Como un amigo?

No puedo evitar sonreír.

—Vaya, eso ha debido ser difícil de decir.

—Como sacarse una muela —bromea.

Me muerdo ligeramente el labio.

—¿Somos… amigos?

Me observa en silencio. Eso solo consigue que me intrigue aún más lo que se le pasa por la cabeza cuando me mira. Hace una semana lo consideraba un enemigo, y ahora… algo en mi interior me empuja a ayudarlo. A salvarlo, si es posible. Un impulso que no sé de dónde viene. Late como una semilla esperando agua, desesperado por crecer

—Sí —dice—. Supongo que lo somos.

Un calor me invade el cuello y el pecho, y rezo para que no lo note. Ya cree que soy una inútil; nunca me lo perdonaría si supiera que me sonrojo por algo así.

—Bi-bien —logro decir, apartando la mirada—. Sí. Está bien.

No añade nada más, como si percibiera que necesito un momento. Dejo que los recuerdos regresen a los últimos días con mi padre y

escojo uno, como si lo sacara de una caja, dejando que la felicidad y la tristeza me recorran a la vez.

—Su último día —empiezo, procurando que no se me quiebre la voz—. Fue extraño. La semana anterior había estado ausente, y yo sabía que pronto se iría. Una simplemente… lo sabe. Pero aquel día… —Una sonrisa roza mis labios—. Fue como si volviera a mí, solo un poco. Fue como si ese día fuera mi padre otra vez. Aunque solo durante un rato.

—Quizá él también lo sabía —apunta Lachlan en voz baja—. Que se acercaba el momento.

—Quizá. —Siento que me apoyo cada vez más en él; su calor es como un canto de sirena al que no puedo resistir—. Me miró ese día y, por primera vez en mucho tiempo, sentí que realmente me veía. Me acarició la mejilla y pronunció mi nombre. —Presiono la palma contra mi mejilla, cerrando los ojos—. Como si no me hubiera visto en años. Como si hubiera estado lejos y, por fin, regresara a casa. —Un sollozo se queda atrapado en mi pecho, y lo reprimo—. Dijo que me había echado de menos. Me preguntó dónde había estado.

Los dedos de Lachlan se tensan sobre mi hombro, y su pulgar traza un movimiento suave.

—Key…

—Hablamos un poco. No de lo que le había ocurrido ni por todo lo que había pasado, sino de cosas pequeñas. Cosas que nos hicieron reír. Cosas que lo hicieron sonreír.

—Me alegro —dice con suavidad—. De que conserves ese recuerdo.

—Yo también. —Asiento despacio—. Y luego…, antes de dormirse por última vez, me pidió… —Exhalo con un temblor—. Me pidió que

lo llevara a casa.

—¿A casa? —repite Lachlan.

—Dijo que lo llevara de vuelta al lago. Que quería verlo una última vez. Había escuchado aquella historia un centenar de veces cuando era niña; sabía perfectamente a cuál se refería. Obviamente, nunca lo llevé. Pero pensé… que le habría gustado saber que aquel lugar sería su último descanso.

Lo miro de reojo y descubro su cabeza inclinada junto a la mía. Sin poder evitarlo, me giro hacia él.

—¿Qué pasa?

—Lo siento —dice—. Fui un idiota el día que te encontré.

—No lo sabías.

—No, pero aun así. Podría haberme comportado mejor. Supe quién eras y simplemente…

—No confiabas en mí.

—No. —Niega con la cabeza.

No puedo evitarlo: surge la pregunta, tan violentamente que no puedo contenerla.

—¿Confías en mí ahora?

Me mira a los ojos, con una intensidad que me enciende de una manera que no tiene nada que ver con su contacto y, sin embargo, sí. Noto su mirada bajar a mis labios, y siento que se entreabren, porque es una locura siquiera pensarlo, ¿no?

—Sí —susurra—. Creo que sí, Keyanna.

La lluvia sigue golpeando el exterior, pero un rugido me llena los oídos. Percibo el pulso en la garganta, el peso de cada respiración, y advierto el instante en que se inclina hacia mí, tan hipnotizado como yo. Siento que el calor en mi piel cobra vida, los dedos me

hormiguean y las palmas me arden. Está tan cerca. Un segundo más, un centímetro más y…

—¡Maldita sea! —exclama Lachlan de repente, apartándose bruscamente, con un acento más marcado de lo habitual.

Parpadeo, intentando entender qué ha pasado, y entonces lo noto.

—¡Mierda!

La paja bajo nosotros ha empezado a arder. La llama es pequeña, pero crece con rapidez. Intento sofocarla golpeando el montón humeante sin cesar.

—Key —dice Lachlan, incrédulo—. Eres tú.

Y en ese instante lo comprendo.

El fuego proviene de mi maldita mano.

Me pongo en pie de un salto, presa del pánico, agitando la mano frenéticamente como si así pudiera apagarlo.

—¿Qué hago? —La sacudo otra vez con desesperación—. Lachlan, ¿qué…?

Me quedo inmóvil cuando él comienza a aplastar la paja en llamas con la bota. Observo mi palma. Una pequeña lengua de fuego descansa en el hueco de mi mano, y entonces me doy cuenta:

—No duele.

Él deja de aplastar las pequeñas llamas con el zapato, y mira la que arde en mi palma con la boca abierta.

—¿Desde cuándo puedes hacer eso?

—Eh… —Muevo la mano de un lado a otro, viendo cómo la llama sigue mi movimiento—. ¿Desde ahora?

—La madre que… —resopla, pasándose una mano por el pelo.

Cierro el puño, y me asombro al ver que la llama se extingue al instante.

—Vaya…

—Eso es mucho más que abrir una ventana por arte de magia —murmura.

—¿Qué crees que significa?

—Creo… —exhala—. Creo que significa que necesitamos darnos prisa y encontrar respuestas ya.

Asiento, todavía aturdida. Apenas soy consciente de lo que hago mientras él recoge nuestras cosas y comenta algo sobre que la lluvia empieza a amainar y que deberíamos marcharnos. Lo oigo todo, pero suena lejano, porque incluso con todo lo que acaba de suceder —el fuego, la magia, todo— hay otro pensamiento que resuena con más fuerza que cualquier otra cosa.

¿De verdad Lachlan y yo hemos estado a punto de besarnos? Y, más inquietante aún… ¿por qué me siento decepcionada de que no haya sucedido?



16
Lachlan

Casi la has besado. Casi la has besado, maldita sea.

Llevo media hora dándole vueltas a ese hecho en la cabeza, en silencio, mientras Key y yo seguimos caminando hacia el viejo castillo Greer. Ya puedo verlo, justo más allá de la colina... Y, como no me está bombardeando con preguntas —algo que ya empiezo a notar que le encanta hacer—, no puedo evitar preguntarme si estará pensando en lo mismo que yo.

No sé qué me impulsó a tirar por la borda cualquier atisbo de pensamiento racional y acercarme a ella en el granero. Tal vez fue lo vulnerable que se permitió mostrarse. Tal vez fue la atmósfera, o la sensación de tener su cuerpo delicado tan cerca del mío.

O tal vez fue porque es jodidamente atractiva, algo que ojalá no resultara tan evidente.

No sé cuándo pasó... O quizá sí lo sé y no quiero admitirlo... Pero en algún punto entre el momento en que Key se sentó a mi mesa

rogando por ayudarme y aquel en que se apoyó en mí en un granero medio derruido, parece que olvidé todas las razones por las que debía mantenerla a distancia. Como si, ahora que ya no puedo sentir desprecio por ella, mi mente y mi cuerpo hubieran decidido amotinarse, llegando a la peligrosa conclusión de que Keyanna MacKay es, en realidad, una fantasía viviente: sensual y, de algún modo, también adorable. Algo que ni en mis sueños más salvajes habría imaginado.

Para ser sincero, esto fue así desde el día en que la conocí; pero entonces podía enterrar ese pensamiento bajo una gruesa capa de antipatía, lo que lo hacía mucho más fácil de ignorar.

Sé que hay cosas más importantes que pensar en cómo se sentirían sus labios contra los míos, y trato desesperadamente de aferrarme a esas razones mientras caminamos entre la hierba húmeda, consciente de que este silencio prolongado no ayuda en absoluto.

—Así que, en el granero... —digo al fin.

—¿Sí?

El entusiasmo en su tono me detiene durante un segundo y, cuando la miro, lo veo también en sus ojos. Esas profundidades color esmeralda me observan con un brillo expectante y, por un instante, me quedo hechizado, como un marinero atrapado por el canto de una sirena. ¿De verdad tiene que ser tan tentadora?

—Yo, eh... —Carraspeo—. Ese truco con la llama… ¿tienes alguna idea de cómo lo has hecho?

Procuro ignorar cómo su expresión se apaga; ya no hay nada que pueda hacer.

—Oh. —Baja la mirada y se encoge de hombros—. Ni idea.

—¿Se te ocurre algo que pueda darnos una pista de cómo ha pasado?

—No sé… Sentía que me estaba calentando, pero, bueno…, me estabas tocando. Y tú eres como un horno andante. Así que no le di demasiada importancia hasta que…

—Hasta que casi incendias el granero.

—No exageres.

—Creo que, cuando una mujer casi me prende fuego al trasero, tengo derecho a dramatizar un poco.

—Lo dice el tipo que se convierte en dinosaurio por las noches.

Discutir es un terreno más seguro, y me repito que eso me alivia.

La intimidad del momento en el granero es una pendiente resbaladiza y peligrosa, una que no puedo permitirme recorrer.

—Sí, princesa —respondo con una risa—. Supongo que tienes razón.

El castillo aparece ya en toda su extensión cuando alcanzamos la cima de la colina. Me detengo y señalo hacia él.

—Ahí está.

Key se queda prácticamente sin aliento. Sus labios se entreabren y deja escapar un sonido que solo puedo describir como el grito de un pájaro emocionado. ¿Y por qué diablos me parece tierno eso?

—¡Oh, Dios mío! ¡Es increíble!

Inclino la cabeza, intentando contemplarlo con sus ojos. Pero yo he estado aquí cientos de veces, y lo único que veo es el mismo montón de ruinas que me recuerda todo lo que no funciona en mi vida.

—No deja de ser un viejo montón de piedras, Key.

—No me estropees el momento —replica, dándome un codazo—. No tenemos castillos del siglo XIII tirados por ahí en Nueva York.

—Bueno —digo, sonriendo—, una auténtica tragedia, teniendo en cuenta tu estatus real.

—Ugh. Ni siquiera voy a dejar que me saques de quicio. —Sacude la cabeza y avanza con paso decidido—. ¡Vamos a explorarlo!

Todavía me estoy riendo mientras la sigo; sus piernas largas le permiten adelantarse fácilmente, lo que me obliga a acelerar el paso para alcanzarla.

No pienso en esas piernas de ninguna otra manera. Especialmente no en cómo se sentirían enredadas alrededor de mi cintura.

Eso sería una completa locura.

—Esto es una locura —dice Key, pasando la mano por la pared de piedra desgastada, con expresión de asombro—. Es como un cuento de hadas.

—Más bien como una pesadilla —murmuro, recorriendo con la vista las paredes de piedra—. ¿Quieres seguir?

—¿Es seguro? —pregunta, mordiéndose el labio.

Mis ojos se detienen un segundo más de lo debido en la marca que dejan sus dientes sobre ese labio suave, recordando lo cerca que ha estado su boca de la mía. Sacudo la cabeza para apartar el pensamiento.

—Solo mantente cerca —le digo.

Le muestro el patio y el gran salón, y hasta la dejo curiosear durante una hora en las habitaciones más pequeñas conectadas a él. No hay nada realmente destacable, como ya le había dicho, pero eso no le impide actuar como si fuera la experiencia más emocionante

de su vida. Incluso ahora, toca las viejas piedras como si fueran algo sagrado. Trato de verlas con sus ojos, recordando cómo me sentí la primera vez que vine: como si hubiera entrado en otro mundo. Ahora solo es un recordatorio doloroso.

—Cuidado con dónde pisas —le advierto, con un ojo puesto en las partes más frágiles del suelo mientras sigue explorando—. No quiero tener que sacarte de un agujero.

Ni siquiera necesito verla para saber que ha puesto los ojos en blanco.

—Sí, sí.

La observo entrar en lo que creo que era el comedor principal y escucho sus exclamaciones de asombro cuando encuentra la enorme mesa de roble que, milagrosamente, sigue intacta.

—¡Lachlan! —asoma la cabeza, con los ojos muy abiertos mientras me hace señas—. ¿Has visto esto?

—Lo he visto todo, ¿recuerdas? —respondo.

—Oh. Cierto. —Asiente distraída mientras pasa los dedos por la superficie polvorienta—. ¿Cuándo viniste aquí por primera vez?

—Era muy pequeño. Tanto que ni siquiera recuerdo la primera vez.

—¿Con tu padre?

—Sí.

Asiente otra vez, con la cabeza girando para observar cada rincón.

—Apuesto a que fue increíble alguna vez.

—Imagino que sí —digo, sin poder dejar de mirarla.

Hay una inocencia en Key que normalmente me resultaría irritante, pero que, combinada con lo que sé de ella —su determinación, su lealtad, su fuerza incluso en medio del dolor—, me deja un poco asombrado. Suena casi mal admitirlo, pero, con lo

cínico que me ha vuelto este mundo, ver a alguien que ha pasado por tanto y sigue mirando la vida con hambre y esperanza me conmueve por dentro.

—¿Qué hay ahí? —Su voz me saca de mis pensamientos. La veo meterse en la siguiente habitación y me apresuro a seguirla, solo para asegurarme de que no caiga en un agujero. La luz del sol se cuela por los huecos del techo, iluminando lo que alguna vez debió de ser una cocina impresionante. La encuentro allí, tocándolo todo, como si pudiera aprender su historia solo con ponerle las manos encima.

—Esto es fascinante —dice, levantando una olla oxidada—. ¿No crees?

—Es una olla —respondo, seco.

Frunce los labios.

—¡Pero piensa en lo vieja que debe de ser! A lo mejor aquí cocinaron sopa para tu tataratatara… algo. ¿No te parece genial?

—Genial —repito, medio aturdido por su sonrisa—. Claro.

—Eres un aguafiestas —se ríe—. Enséñame tu cuarto favorito.

—¿Mi favorito?

—Sí. Enséñamelo —dice, tirando de mi brazo.

—Yo... —Me detengo un momento—. Está bien, ven conmigo.

Camino hacia la otra ala del castillo, escuchando sus pasos apresurados detrás de mí, llenos de esa energía que parece ponerle a todo. Casi me emociona compartir esto con ella; no lo había hecho con nadie desde que venía aquí con mi padre.

Al llegar a la entrada, me vuelvo hacia ella.

—Cierra los ojos.

—¿Qué? No.

—¿Y tu sentido de la aventura?

—No estoy del todo convencida de que no vayas a empujarme por algún agujero en cuanto te dé la espalda.

No puedo evitar sonreír y doy un paso más cerca, levantando una mano para tocarle el mentón con un nudillo.

—¿De verdad crees que haría algo así?

—Yo... —Sus ojos bajan a mi boca, y sé que está pensando en eso. En lo cerca que hemos estado de cruzar esa línea hace apenas un rato. Me repito que ha sido bueno no hacerlo, que solo complicaría las cosas..., pero eso no evita que me pregunte qué bien se sentiría.

—Cierra los ojos, Key —le pido en voz baja.

Observo el sutil movimiento de su garganta cuando traga saliva, antes de que cierre finalmente los ojos. Mi nudillo sigue contra su piel y, con sus ojos cerrados, casi puedo imaginar que me acerco un poco más para acortar la distancia entre los dos. Sería tan sencillo…

Pero, en vez de eso, me aparto y le tomo la mano.

—Cuidado con dónde pisas.

—Difícil hacerlo si me pides que cierre los ojos —refunfuña.

—No seas terca.

La guío con cuidado hasta el centro de la habitación, vigilando el suelo mientras la guío. Procuro no tocarla más de lo necesario, pero aun así siento el calor de su cuerpo. Y me doy cuenta de que esta emoción por algo tan simple es más de lo que he sentido en mucho tiempo. Me pregunto qué podría encontrar si explorara ese pensamiento.

—Bien —le digo al retroceder un paso—. Ya puedes abrirlos.

Sus pestañas se levantan y, al ver lo que tiene frente a ella, deja escapar un jadeo. La luz del vitral se proyecta sobre el suelo, y los colores parecen danzar con el movimiento del sol.

—Vaya… —susurra, avanzando un paso.

—Cuidado. Es muy antiguo —la detengo, tomándola de la muñeca.

—¿Cómo es que sigue intacto?

—Ni idea. Ha estado aquí desde que tenemos memoria.

—¿Qué significa?

—Es el escudo de mi familia —le explico, señalando el centro mientras la acerco hacia mí un paso más—. El árbol representa la fuerza. La espada, el poder.

—Es tan extraño —dice en voz baja—. ¿No es una locura pensar que tus antepasados estuvieron en esta misma habitación hace cientos de años?

—Sí —respondo con suavidad—. Supongo que sí.

Aún siento el calor de su piel bajo mis dedos, y probablemente podría soltarla, pero no lo hago.

—Cuando era niño, pasaba horas aquí mientras mi padre inspeccionaba el lugar —le cuento—. La luz cambia con el movimiento del sol.

—Es precioso —murmura—. ¿Nunca pensaste en llevártelo?

—No querría arriesgarme —respondo—. Además, no creo que me traiga mucha buena suerte. Nunca se la trajo a nadie de esta familia.

—Lachlan —dice con tono compasivo, y no estoy seguro de si me gusta o no—. Yo… ¡Santo cielo!

De pronto me deja atrás, y me quedo helado.

—¿Qué?

—¿No lo ves? Está justo ahí.

—¡Te he dicho que tuvieras cuidado! —Avanzo hacia ella—. El suelo…

—Ya te he oído, ya te he oído —responde, sin dejar de moverse—. Pero mira esto…

—Key —digo, más firme—. En serio, el suelo no es estable.

—Dios mío, sí, te he oído, te lo juro. No voy a…

Un crujido seco resuena por todo el lugar, y alcanzo a ver el terror en sus ojos justo antes de que el suelo se desplome bajo sus pies. Siento que el corazón me sube a la garganta al verla desaparecer. Mientras me acerco al agujero por el que ha caído, me recorre una ola de miedo como nunca antes había sentido.

—¡Key! ¿Estás bien? ¡Háblame!

Una nube de polvo se eleva y, entre el caos, me parece distinguir apenas un movimiento. La desesperación me oprime el pecho.

—¡Keyanna!

—Aquí estoy —responde con voz débil, y el alivio me inunda—. Estoy bien.

Suelto el aire en un suspiro entrecortado, todavía con el corazón desbocado.

—Maldita sea, Key. Te he dicho que…

—Lachlan —me interrumpe.

—¿Qué?

—Cállate.

Me quedo boquiabierto, a punto de decirle lo imprudente que ha sido, pero entonces oigo su voz otra vez:

—Baja aquí.

Bajar tras ella resulta más fácil de lo que imaginaba; la habitación de abajo está apenas a dos metros y medio del suelo y da a un espacio diminuto, sin ventanas. Tampoco alcanzo a ver ninguna puerta con la débil luz que llega desde arriba.

Key se sacude el polvo, y tengo que contener el impulso de asegurarme de que no se haya hecho daño. Presiento que me mandaría a paseo si empiezo a preocuparme por ella.

—¿Qué es este lugar? —pregunto.

Ella me lanza una mirada incrédula.

—¿Quieres decir que no lo sabes?

—Nunca había visto esta habitación —le respondo con sinceridad.

—¿Entonces sí he encontrado algo? —Sus ojos se agrandan.

—Ajá —me burlo—. Parece que tu torpeza ha servido de algo.

—Cállate —replica—. Creía que había visto algo en la pared de arriba. No he llegado a acercarme para ver qué era antes de caerme.

Recorro el lugar con la vista. En un rincón hay una especie de catre metálico y, al lado, una silla de madera carcomida que parece a punto de deshacerse. No distingo ningún otro mueble.

—Lachlan —dice Key, agachándose junto a la cama—. Mira.

Sujetos a los postes de la cama, que están atornillados al suelo, hay unos gruesos grilletes de hierro. Me parece que son demasiado grandes para las muñecas; no, deben de ser del tipo que se coloca en los tobillos.

—¿Qué demonios es esto? —murmuro.

—Estoy casi segura de que es una mazmorra —responde.

—He visto la mazmorra.

—¿Qué? ¿Y no me la enseñaste?

—Estabas demasiado ocupada haciendo poemas sobre las ollas.

—¿En serio? ¿Cómo puedes no enseñarme la…?

—Key —la interrumpo, señalando detrás de ella—. Mira.

Se vuelve hacia donde indico, y ambos nos quedamos observando los grabados en la pared. A simple vista parecen marcas al azar, pero, al fijarme mejor, se nota que son tallas muy precisas.

—Son perfectos —dice Key, pasando los dedos por los surcos—. Es como si una máquina los hubiera hecho.

Si no hubiera vivido lo que he vivido, casi sonaría ridículo decir:

—O magia.

—Oh, por Dios —exclama, casi emocionada—. ¿Crees que…?

—Creo que las malditas paredes están escritas.

Las tallas muestran a una mujer —una muy hermosa, demasiado real para haber sido esculpida a mano—, con rizos salvajes y una figura esbelta. Hay decenas de grabados inquietantemente perfectos de esa misma mujer en distintas escenas; en el más alto se la ve ofreciendo algo que se parece demasiado a la brida que estoy buscando con desesperación. En otro, un hombre grande, con el cabello hasta los hombros, cubierto con pieles y una falda escocesa, sostiene la brida.

—¿Crees que sea tu antepasado?

—Tiene que serlo —murmuro, sin dejar de examinar los demás grabados.

Hay una imagen de la mujer —la *kelpie*, sin duda— llorando en la oscuridad. Otra en la que parece furiosa, mostrando los dientes. También se ve a mi antepasado liderando a su ejército, de pie sobre una colina y levantando la brida…, pero es la última talla la que me hace detenerme.

—Son ellos —susurra Key, tocando la imagen final.

La *kelpie* le tiende la brida a mi antepasado, y luego él la toma y la alza sobre su cabeza. La expresión de triunfo está tallada en su rostro, y algo parecido a la ira se enrosca en mi pecho.

¿Por qué lo traicionaste?

Incluso con el corazón acelerado, puedo oír la respiración suave de Key a mi lado y, curiosamente, me calma. Me recuerda que no estoy solo. Al menos por ahora.

—¿Qué crees que significa?

Me incorporo, sacudiéndome el polvo de los pantalones mientras ella hace lo mismo.

—No lo sé —respondo—. Pero parece que aquí fue donde la mantuvo encerrada.

—Dijiste que la encerró… después.

—Sí —asiento, mirando la última imagen, con la mente dando vueltas—. No sé si culparlo. No después de lo que ella hizo.

Veo de reojo cómo Key baja la mirada y escucho su susurro.

—Lo siento.

—Oye —digo, levantándole el mentón con el nudillo para obligarla a mirarme—. No es culpa tuya, ¿de acuerdo?

Sus ojos, incluso con esta luz, son tan brillantes que parecen iluminar toda la habitación.

—¿No lo es?

—No eres más responsable del pasado que yo —digo, sorprendido al notar que lo creo de verdad—. Estás aquí ahora. Estás intentando arreglar las cosas. Eso es lo que importa.

Su labio tiembla, y de pronto soy dolorosamente consciente de lo cerca que estamos. Recuerdo con precisión el calor de su aliento en el granero, su piel contra la mía.

¿Sería tan malo?

Siento cómo me inclino hacia ella, atrapado en su hechizo una vez más. Y tal vez sí se trate de un hechizo. Tal vez esta criatura hermosa, a la que me enseñaron a temer, me tiene embrujado.

Nada de eso me impide seguir acercándome, y parece que a ella le sucede lo mismo.

Crack.

Solo tengo un segundo para ver cómo una viga del piso superior se desprende, apenas un instante para calcular dónde caerá antes de empujar bruscamente a Key fuera de la trayectoria. Ella termina con la espalda contra la pared justo cuando la viga se estrella contra mi espalda. Gimo y me tenso al evaluar si Key está bien mientras la viga rueda a un lado.

—¿Estás bien?

Sus labios están entreabiertos, el pecho agitado.

—Me has salvado otra vez.

—Ajá —digo, notando que tengo las manos apoyadas a ambos lados de su cabeza y que nuestros cuerpos están separados apenas por un suspiro—. Parece que ahora me debes otra.

Puedo ver el pulso latiendo en su garganta, su lengua rosada humedeciendo el labio inferior y sus ojos…, esos ojos hechizantes. Y hago lo último que debería hacer, probablemente.

Estrello mi boca contra la suya.



17

Keyanna

La sorpresa que me recorre dura tres segundos.

Tres malditos segundos de «¿qué demonios?» antes de que mi cerebro entienda la situación y tenga una reunión de emergencia con mi cuerpo para decidir, entre los dos, que sí, definitivamente estamos de acuerdo en que Lachlan nos bese hasta dejarnos sin sentido.

Siento cómo sus manos se separan de la piedra a ambos lados de mi cabeza; sus palmas encuentran mis mejillas para sostener mi rostro mientras sus labios se mueven contra los míos con una intensidad que me roba el aliento. Es como si toda la frustración que sentí desde que lo conocí se hubiera transformado de pronto en este deseo desbordante que me hace aferrarme a su jersey para atraerlo hacia mí, que me hace alzar el rostro buscando más.

—Key —murmura, respirando agitadamente contra mi boca—. ¿Está bien esto?

—No te detengas —logro decir, aunque con una voz extrañamente débil.

Él gruñe, un sonido que siento hasta en la punta de los dedos de los pies, y luego sus dedos se enredan en mi cabello, tirando con la fuerza justa para que lo note sin llegar a doler. No recuerdo la última vez que me besaron así; el último año no fue precisamente el mejor momento para salir con nadie, pero, la verdad, no sé si alguna vez me habían besado de esta manera.

Lachlan besa como si quisiera devorarme; sus dientes rozan mi labio inferior justo antes de que su lengua acaricie el mismo lugar, y luego me invita a abrirme para él, algo que hago encantada. Su lengua toca la mía, cálida y húmeda, buscándome con una desesperación que se siente casi como sexo. Como si su lengua estuviera adueñándose de mi boca, reclamándola, borrando todos los besos anteriores.

—No es justo —gruñe contra mis labios justo antes de volver a besarme.

Tomo aire entrecortado, con los párpados pesados y el cuerpo convertido en gelatina.

—¿Qué no es justo?

Una de sus manos desciende de mi cabello a mi cuello; su palma es tan grande que lo cubre casi por completo, y su pulgar acaricia mi pulso. Puedo sentir cómo late bajo su contacto, pero sigo mareada por la forma en que su lengua se desliza contra la mía, por su rodilla que se cuela entre mis piernas para sostenerme, ofreciendo una presión deliciosa que me hace querer moverme sobre él, hacia delante y hacia atrás.

—No es justo que seas tan condenadamente hermosa —susurra, ronco.

De mis labios escapa un sonido que se parece demasiado a un gemido, y sí, mis caderas se mueven solas, buscando la fricción de mi sexo contra su muslo. Las chispas me recorren las piernas incluso a través de la ropa.

Nunca había sentido una necesidad así; si él me pidiera que me tumbara ahora mismo sobre la piedra sucia, lo haría sin dudar. Cada momento en que fue insoportable, molesto o un auténtico imbécil…, ahora siento que todo era leña apilada, esperando una chispa. Y en este instante estoy ardiendo.

—Lachlan —gimo, moviendo otra vez las caderas.

Sus labios rozan la comisura de mi boca, descienden por mi mandíbula y dejan un beso húmedo justo debajo.

—¿Te gusta?

—Mmm.

Una de sus manos encuentra mi cintura, la otra sigue enredada en mi cabello, y entonces empieza a guiar el movimiento de mis caderas, obligándome a frotarme contra él.

—Estás preciosa así —murmura—. Toda sonrojada por mis besos.

—¿Esto es una locura?

—Mmm. —Siento el calor húmedo de su lengua sobre mi pulso acelerado—. Creo que no has hecho más que volverme loco desde el momento en que te conocí.

Jadeo cuando sus dientes raspan mi piel.

—Eso no suena como un cumplido.

—Ya te lo dije —responde, con su acento más marcado y la voz más grave—: yo no pierdo el control. —Sus labios se deslizan por mi

cuello hasta el espacio bajo mi oreja—. Pero tú haces que quiera perderlo.

—No me importa —le aseguro, metiendo las manos bajo sus hombros para atraerlo más hacia mí. Abro los ojos y encuentro su mirada, pesada, intensa. Mi boca se entreabre, sorprendida—. Tus ojos...

Están brillando, como si una luz azul surgiera desde dentro. Los colores parecen danzar como llamas, y no puedo apartar la vista, hipnotizada. Casi creo sentir un leve pinchazo en el cuello, en el cuero cabelludo, pero estoy demasiado absorta, observando cómo se muerde el labio mientras me mira con hambre.

No siento miedo, solo ese deseo abrumador que anula toda razón, y me inclino hacia él, dispuesta a rogar por más, por lo que sea que quiera darme. Abro la boca para decírselo, para decirle que puede hacer lo que quiera, que puede tener lo que quiera, que puede…

Crack.

Los dos nos sobresaltamos cuando otra tabla del piso de arriba se desprende y cae sobre la cama vieja. Lachlan me atrae hacia él para cubrirme con su cuerpo. Siento su pecho subir y bajar con rapidez bajo mi cara, y puedo oír el golpeteo acelerado de su corazón, incluso a través del jersey y la camisa. Sonrío contra la tela caliente, sabiendo que está tan alterado como yo.

—Tal vez este no sea el mejor lugar para hacer esto —digo contra su jersey.

Siento cómo su pecho se agita cuando deja escapar una risa baja.

—Tal vez no.

Me aparto un poco y noto que el brillo de sus ojos ha desaparecido, dejando en su lugar el azul claro de siempre. Igual de

hermoso, pero menos hipnótico.

—Yo…

Sus ojos recorren mi cara como si buscaran una explicación para lo que acaba de suceder, como si ni él mismo la entendiera. No lo culpo; ayer estaba casi segura de que quería hacerlo tropezar con una rama enorme. Hoy… Bueno, ahora solo puedo pensar en cómo saben sus labios.

—Lo sé —le digo, ayudándolo a salir del apuro—. Eso ha sido… algo.

—Mmm. —Sonríe con picardía y se inclina para rozar mis labios en un beso apenas perceptible—. Si hubiera sabido que esto te pondría de mejor humor, lo habría hecho antes.

Le doy un golpe en el pecho y pongo los ojos en blanco.

—Idiota.

—No pensarías que eso iba a cambiar solo por unos besos, ¿no?

Su tono burlón consigue que me ría en lugar de querer patearlo en las espinillas. Resulta algo torpe cuando empieza a alejarse, y lo admito: una parte de mí se siente decepcionada por la repentina distancia. Otra parte quiere atraerlo de nuevo y exigirle que me bese como hace un momento.

Pero este realmente no es un buen lugar para eso.

Lachlan carraspea, cierra los puños a los lados y evita mi mirada.

—¿Cómo salimos de aquí? ¿Quieres que te impulse?

—Sí, creo que tendrás que hacerlo —le respondo, mirando alrededor.

No me entusiasma la idea; con mi suerte, el resto del suelo se vendrá abajo en cuanto me agarre del borde, pero no parece haber otra salida.

Frunzo el ceño.

Eso no tiene sentido… ¿o sí?

Recuerdo lo que vi arriba, lo que me hizo caer aquí: una hendidura en la pared que, aunque disimulada, no parecía del todo normal. Con eso en mente, me vuelvo hacia la pared detrás de nosotros y paso las manos sobre la piedra en un arco amplio.

—¿Qué haces?

—No estoy segura. Solo… me parece raro.

—¿Raro?

—Sí. No sé explicarlo. Es como…

Detengo las manos. Ahora que mi corazón se ha calmado y mi mente ya no repite «Lachlan, Lachlan, Lachlan», empiezo a notar rastros de la energía que me han rodeado mientras observábamos las inscripciones en la pared. Las inscripciones que dejó mi antepasada mágica, nada menos.

Es como… una presencia. Un peso en el aire. Un susurro que me empuja a hacer algo.

La verdad, esto de la magia ha sido una mierda hasta ahora.

Aun así, sigo el impulso, dejando que la intuición me guíe mientras palpo la pared. Cuando mis dedos rozan unas hendiduras más profundas, parecen dibujar una forma conocida.

—Lachlan —lo llamo—, creo que aquí podría haber una puerta.

—Tal vez sí seas un maldito sabueso —murmura Lachlan, acercándose por detrás.

Probablemente no debería reírme, pero aun así se me escapa una carcajada. Empujo la pared con el hombro, pero no sucede absolutamente nada.

—Supongo que era una posibilidad remota —murmuro. Lo miro por encima del hombro—. ¿Podrías…?

—Sí. Apártate.

Se apoya contra la pared, apretando la mandíbula mientras empieza a empujar. Los tendones de su cuello se marcan cuando aplica toda su fuerza sobre la vieja piedra y, al cabo de un momento, se escuchan crujidos al otro lado, seguidos por una bocanada de aire… y luego la pared se abre.

—Parece que tú también sirves para algo —exclamo entre risas.

Él pone los ojos en blanco, algo que puedo distinguir incluso con la tenue luz. Se inclina cuando la puerta oculta se abre lo suficiente como para que quepamos y me hace un gesto con el brazo.

—Después de usted, Su Alteza.

Sí, sigue siendo un poco molesto.

Al otro lado hay una escalera estrecha y curvada que asciende, y, al pasar junto a la piedra que ocultaba la abertura, noto unas cadenas oxidadas y rotas en el suelo, todavía sujetas a unos ganchos gruesos incrustados en el otro lado de la puerta.

Me agacho y tomo un candado de hierro pesado, pasando el pulgar por la ranura de la llave.

—Realmente no quería que ella escapara —digo.

—Ajá —responde Lachlan—. Parece que no. Mira. —Se inclina junto a mí, señalando la cadena rota y el eslabón que está separado —. El óxido de este eslabón es antiguo. Y parece que nadie más lo ha tocado.

—¿Y?

—Que esta cadena se rompió hace siglos.

—Entonces… él realmente la ayudó a escapar. Mi antepasado.

Se queda mirando el eslabón roto varios segundos.

—Dicen que se enamoró de ella mientras era una prisionera. Que robó su brida y la usó para liberarla.

Si no fuera por todo el asunto de las maldiciones, hasta podría decirse que es romántico. No creo que Lachlan lo vea así, así que me guardo el comentario. Permanezco en silencio mientras él sigue observando la cadena un momento más, hasta que finalmente niega con la cabeza y la deja caer al suelo.

—Deberíamos irnos —dice—, si queremos volver antes de que anochezca.

—Oh, tienes razón.

Pasa junto a mí para subir las escaleras, y yo lo sigo. Lo veo alcanzar el rellano y tirar de un picaporte de hierro incrustado en la pared. Se oyen los engranajes del mecanismo al otro lado, un *clank clank* de metal girando antes de que la puerta se abra y revele la habitación desde la que había caído, la de la hermosa ventana.

Lachlan me ayuda a pasar por el hueco del suelo, sujetándome de la mano, y trato de no pensar en esas mismas manos en otras partes de mi cuerpo mientras cruzo con cuidado las tablas podridas hacia una zona más firme. Él observa la ventana, la puerta y luego el agujero, negando con incredulidad.

—No puedo creer que todo esto haya estado aquí todo el tiempo.

—Para ser justos —le digo—, estaba muy bien escondido.

—Pero… si lo hubiera encontrado antes…

—¿Entonces qué? No hemos encontrado nada ahí abajo más que una cama oxidada y unas viejas inscripciones.

Se frota la cara.

—No lo sé. Tal vez habría significado algo para mi padre. Tal vez él habría podido…

—Lachlan. —Doy un paso hacia él y levanto la mano para acariciarle la mejilla, obligándolo a mirarme—. No había nada que pudieras haber hecho de otra manera. Eras solo un niño, ¿recuerdas?

Me mira en silencio durante un largo momento, con sus ojos azul brillante ahora algo apagados.

—Sí —responde en voz baja—. Supongo que tienes razón.

—Claro que la tengo —digo, intentando sonar más ligera mientras le doy una palmadita en la mejilla—. Ahora vámonos, Nessie. Tenemos que devolverte al lago antes de que te conviertas en dinosaurio aquí mismo, en este castillo.

Él suelta una risita mientras se da la vuelta para seguirme hacia la puerta.

—Lo que tú digas, princesa.

Sonrío. Bien, tal vez no es tan molesto como creía.

El sol ya está bajando cuando llegamos a la granja. Lachlan me acompaña hasta el granero antes de detenerse. El lago está en la dirección contraria, así que sé que sería absurdo que me escoltara hasta la casa solo para después regresar por donde ha venido.

Durante un momento nos quedamos allí plantados, torpemente, y sé que ambos estamos pensando en lo que pasó en aquella habitación. No hablamos de eso en todo el camino de regreso; en realidad, no hablamos de casi nada. Lachlan estaba perdido en sus pensamientos, y yo preferí dejarlo procesar las cosas. Pero ahora es

imposible ignorarlo: hay una tensión espesa entre nosotros que no se puede pasar por alto.

—Lamento que no encontráramos más —digo al fin, sin saber qué más ofrecerle.

Niega con la cabeza.

—Te dije que no íbamos a encontrar nada. Así que lo que encontramos ya me ha demostrado que estaba equivocado.

—Cierto —digo con una pequeña risa—. Apostaría a que esto te ha costado admitirlo.

El amago de una sonrisa se asoma a sus labios.

—Como sacarme una muela.

El silencio se extiende de nuevo, y su expresión se vuelve pensativa. Desvía la mirada hacia el suelo, cambiando el peso de un pie a otro. Casi parece nervioso, lo cual no encaja en absoluto con él.

—Key, sobre lo que ha pasado…

—¿Sí? —respondo con demasiada rapidez, y me odio un poco por sonar tan ansiosa.

La línea tensa de sus labios me pone en alerta.

—Mira —empieza, y me pongo rígida, porque ¿cuándo ha sido buena señal que alguien empiece con un «mira»?—. He estado pensando… Tal vez no sea una buena idea.

—¿Que no es una buena idea? —repito, sintiendo un nudo en el estómago—. ¿A qué te refieres?

Tal vez soy masoquista… o tal vez solo quiero oírlo decirlo.

Hace un gesto vago entre los dos, sin atreverse a mirarme.

—Esto. Nosotros. Lo que sea que haya sido eso… Solo va a complicar las cosas. No va a salir nada bueno de aquí.

—Oh.

Toma aire profundamente antes de soltarlo.

—No hay nada seguro sobre mi futuro, Keyanna. Lo sabes. No sé cuánto tiempo me queda antes de que…

Una parte de mí sufre por él, más allá del deseo. Pero no puedo fingir que no me siento decepcionada también.

—Ya veo —digo, con la voz vacía.

—No —suspira—. No te pongas así.

—¿Así cómo?

—Como si te estuviera rechazando.

—¿Y no lo estás haciendo?

—¡Estoy intentando hacer lo correcto! —Levanta las manos, exasperado.

—O lo fácil —replico.

—Eso no es justo —gruñe—. Sabes que tengo razón. Si tú y yo nos involucramos… ¿luego qué? ¿Qué pasa si no encontramos una solución a esta maldita maldición y termino siendo un monstruo para siempre?

—Eso no va a pasar; podemos…

—No lo sabes, Key —me interrumpe, casi gritando—. No lo sabes. Ninguno de los dos lo sabe. Además, ¿y si te hago daño?

—No lo harías —respondo sin dudar.

—No a propósito —bufa—. Estoy seguro de que mi padre nunca quiso hacer daño a mi madre, pero no pudo controlarse. ¿Qué pasa si yo tampoco puedo hacerlo?

Veo el pánico en sus ojos, el miedo real que delata que ha estado dándole vueltas a eso durante todo el camino de regreso. Quizás debería asustarme más. Quizás debería considerar lo que dice, pero

no puedo. Algo dentro de mí simplemente sabe que él no me haría daño. No sé cómo lo sé, pero lo sé.

Enderezo los hombros y alzo la barbilla.

—¿Y si te dijera que creo que mereces el riesgo?

—Hace unos días apenas me tolerabas —señala.

—¿Ah, sí? —Frunzo el ceño—. ¿De verdad te odiaba, o solo fingía que no te deseaba tanto como en realidad te deseaba?

Porque sospecho que lo segundo está mucho más cerca de la verdad, ahora que lo pienso. Lachlan ha estado en mis pensamientos durante semanas, incluso cuando no quería. Incluso cuando me repetía que no lo soportaba…, no lograba sacarlo de mi cabeza. Eso tiene que significar algo.

Sus ojos se suavizan un poco, y sus hombros caen. Se le ve cansado.

—No te corresponde decidir —dice en voz baja—. No es un riesgo que esté dispuesto a dejarte correr.

Entrecierro los ojos y siento que la decepción me inunda como agua helada, hasta que todo el cuerpo me pesa.

—Está bien —digo al cabo de un momento—. Si eso es lo que quieres.

—Es lo que tiene que ser.

Lo miro un instante más antes de negar con la cabeza.

—Bien. Pero quien tiene miedo aquí eres tú, no yo.

Se ríe, aunque sin rastro de alegría.

—Empiezo a pensar que tú no le tienes miedo a nada, Key.

Tengo que contener la emoción que despiertan sus palabras; claramente no es eso lo que quiere decir. ¿Y puedo siquiera enfadarme con él? Es su vida. No puedo exigirle una promesa

basada en un solo beso. No sería justo, aunque esto no se sienta nada bien.

—Seguiré buscando —le digo al final—. En silencio.

Asiente.

—Lo aprecio.

Y así lo dejo, y me dirijo hacia la casa dando grandes pisotones y sin mirar atrás, aunque muera de ganas de hacerlo. Estoy revuelta por dentro, tan distraída que no noto la figura que bloquea mi camino hacia las escaleras y me estrello contra ella con un «uff», antes de que unas manos me sujeten por los hombros para estabilizarme.

—¿Key? —Brodie me observa con el ceño fruncido—. ¿Estás bien?

Tardo un segundo en reaccionar, con la cabeza todavía hirviendo de frustración, pero, después de unos segundos mirándolo atontada, logro responder:

—Oh, sí. Perdón. Estoy bien. Solo ha sido un día raro.

—¿Quieres hablar de ello?

Parece sincero, incluso preocupado. Sus ojos verdes irradian una calma que me hace preguntarme por qué los gemelos insisten en que es un tonto. Siempre fue amable conmigo. Pero sé que no puedo contarle todo lo que he descubierto esta semana; no es mi historia.

—No es nada —digo al final—. En serio. Solo una tontería.

—Rhona dice que todo se arregla con una buena taza de té —me informa con una sonrisa suave. Se inclina un poco, bajando la voz en tono conspirador—. Todavía no está demostrado que yo sepa preparar una buena taza de té, pero, como Rhona y Finlay ya se han

ido a dormir, supongo que entre los dos podremos hacer algo decente.

Suelto una risa y siento cómo se me afloja un poco la tensión.

—El té suena perfecto, la verdad.

—Ven a la cocina, entonces, a ver qué encontramos.

Brodie tararea mientras rebusca en los armarios buscando miel, y yo lo observo desde la mesa, sujetando mi taza.

—Sé que está por aquí —murmura.

—De verdad, no importa —le aseguro—. Así está bien.

—¿Seguro? —insiste, mirándome por encima del hombro.

—Segurísimo. —Señalo la silla frente a mí—. Siéntate antes de que el tuyo se enfríe.

Brodie se deja caer en la silla con un suspiro, estira las piernas y toma su taza, soplando sobre el líquido humeante. Me parece que está cansado, así que apoyo la barbilla en el puño.

—Parece que no soy la única que ha tenido un día largo.

—¿Eh? —Levanta la vista, parpadea y luego hace un gesto de negación—. Nah. No ha sido para tanto. Me ha pillado la lluvia ahí fuera. He tenido que refugiarme en una de las viejas construcciones hasta que ha parado. No ha sido precisamente cómodo.

Mi mente salta de inmediato a la imagen de estar sentada sobre un montón de heno con cierto escocés guapo e insoportable, y tengo que sacudir la cabeza para apartar la idea.

—¿Estabas trabajando con los animales?

Da un sorbo lento a su taza y suelta un sonido satisfecho.

—Hoy no. Últimamente he estado entretenido con otro proyecto.

—Ah, ¿sí? ¿Qué tipo de proyecto?

Me mira con una expresión un poco apurada, casi avergonzado de admitirlo.

—Algo así como un informe genealógico. He estado visitando el cementerio familiar, rastreando nuestro árbol genealógico.

—¿No es más o menos a lo que te dedicas en tu trabajo?

Desvía la mirada, y las puntas de sus orejas se tiñen del color de su cabello.

—Sé que suena tonto —dice—. Sobre todo porque se supone que estoy de año sabático.

—No me parece tonto —me río, probando mi té y dando un sorbo ahora que ya no quema—. Se nota que te gusta.

—Sí —responde con una pequeña sonrisa—. Aunque a mi padre no le hace mucha gracia.

Frunzo el ceño.

—Yo diría que llevar el registro de toda esa historia es bastante más interesante que pescar. Sin ánimo de ofender.

—No me ofendo —asegura con una sonrisa—. Estoy de acuerdo. Es solo que… soy el menor, ¿sabes? Nunca tuve la oportunidad de heredar su negocio. Eso siempre fue cosa de mi hermano mayor. A lo máximo que podía aspirar era a que, de adulto, me siguiera mandoneando igual que cuando era crío. Aunque, para ser justos, no era el único que lo hacía.

—¿Tus hermanos se metían contigo?

—Bueno, es que era algo enclenque. No pegué el estirón hasta el instituto. Era un blanco fácil, digamos.

—Qué idiotas —digo, indignada.

Él se ríe con más ganas, arrugando los ojos.

—Sí, podían serlo.

—¿Y te gusta más estar aquí? ¿Con Rhona?

Se encoge de hombros.

—Rhona siempre ha sido buena conmigo. Honestamente, creo que le gusta tenerme cerca porque le recuerda a… —Se detiene en seco y abre mucho los ojos al darse cuenta de lo que casi dice, y siento un nudo en el pecho.

—A mi padre —termino por él—. ¿Verdad?

Asiente despacio.

—No es algo que ella haya dicho. Solo una corazonada.

—Sí —digo en voz baja—. Lo puedo entender.

Me observa durante un momento, pensativo.

—Debe de ser difícil —comenta—. Estar aquí.

—Lo fue —respondo con sinceridad—. Al principio. Últimamente… ha estado un poco mejor.

Porque he estado demasiado distraída con monstruos del lago y granjeros atractivos como para tener tiempo de venirme abajo, añado para mis adentros.

—Me he fijado en que te has ido con Lachlan hoy —dice, sin tono acusador, solo curioso—. Pensaba que no os llevabais bien.

—No nos llevábamos bien —respondo, mordiéndome el labio—. Hasta hace poco. Ahora ya no creo que sea tan imbécil como pensé cuando lo conocí.

Más bien pienso todo lo contrario.

—Ten cuidado con ese —advierte Brodie.

—Ya me he dado cuenta de que no te cae bien.

—Ni bien ni mal. —Se encoge de hombros—. Siempre fue el popular cuando éramos críos. No encajábamos. Nuestros padres eran amigos, eso sí. Lo que significaba muchas quedadas forzadas

en las que él y sus amigos me ignoraban mientras yo leía en algún rincón.

—¿No se… metía contigo ni nada, verdad?

—Nada de eso. —Niega con la cabeza—. En realidad, no significaba nada para mí. Creo que mi padre solo quería que me juntara con él con la esperanza de que se me pegara algo de su rudeza. —Hace una mueca—. Estoy convencido de que a mi padre le habría encantado cambiar de hijo si hubiese podido.

—Eso es horrible.

—Es lo que hay. —Vuelve a encogerse de hombros—. Supongo que por eso me cuesta no ponerme a la defensiva cuando está cerca. Y no ayuda que sea tan… reservado.

—Quieres decir un imbécil —digo con una risita.

—Tú lo has dicho —responde entre carcajadas.

—Sí que puede serlo —admito—. Pero… no sé. No es del todo malo, creo.

La sonrisa de Brodie se vuelve pícara.

—¿Acaso Key tiene un pequeño *crush* con el granjero?

—¿Qué? ¡No!

Y aun así, siento cómo me arden las mejillas al recordar sus labios sobre los míos, el peso de su cuerpo contra el mío. Me llevo la taza a la boca rápidamente para ocultar mi cara, que seguro delata mi culpabilidad.

Suelto un bufido al dejar la taza sobre la mesa y le lanzo una mirada a mi primo.

—Ni se te ocurra decirle nada a Rhona. Lo último que necesito es que piense que he venido solo para perseguir a un chico.

—Ni soñarlo —dice, todavía sonriendo.

Juego con mi taza mientras mis pensamientos regresan, inevitablemente, a Lachlan.

No te toca decidir. No es un riesgo que esté dispuesto a dejarte correr.

El recuerdo del tono derrotado de su voz amenaza con destrozarme, y desearía poder hacer algo, cualquier cosa, para aliviar su carga. Lo cual resulta absurdo, considerando que apenas lo conozco y que hace una semana juraba que no lo soportaba.

Levanto la vista justo cuando Brodie da otro sorbo a su té, y dejo que las palabras rueden por mi lengua antes de animarme a soltarlas.

—Oye, tu trabajo —empiezo, fingiendo naturalidad—. Nunca me dijiste si tienes información privilegiada sobre el monstruo del lago Ness.

—¿Sigues con eso? —pregunta, arqueando una ceja.

—Bueno… ya sabes las historias sobre mi padre. No puedo evitar sentir curiosidad.

—Creo que, si esa bestia existiera —dice Brodie—, ya tendríamos algo más que fotos borrosas.

—¿Así que nunca viste nada sobre eso en, no sé…, documentos antiguos de la familia?

—¿Documentos familiares? —Frunce el ceño.

Mido con cuidado cómo seguir, procurando no revelar demasiado.

—Ya sabes…, quiero decir, si el monstruo realmente existiera, tendría que haber registros de avistamientos, ¿no? ¿Qué hay de la historia de los Greer? ¿No eran ellos los dueños de toda esta zona hace mucho tiempo?

—Sí, lo eran —responde con expresión confundida—. Pero la mayoría de los archivos familiares se perdieron en un incendio que alcanzó el edificio principal a mediados del siglo XIX.

—¿En serio? —Alzo las cejas.

—¿Lachlan no te lo ha contado?

—No…, no ha salido el tema.

Demasiado ocupada intentando meterle la lengua hasta la garganta como para hacer las preguntas importantes.

—Sí, el fuego destruyó la mitad del edificio. Se perdieron muchos documentos aquel año.

—Vaya —digo, jugueteando distraída con el asa de la taza—. Eso debe de ser muy duro para Lachlan.

También explica por qué sigue teniendo tan pocas pistas después de todo este tiempo.

—Me imagino que sí —dice Brodie, con un tono compasivo—. De hecho, yo mismo supervisé la reconstrucción de esa ala hace un tiempo. Antes no había fondos para hacer nada, así que estuvo prácticamente vacía y medio en ruinas hasta entonces. Ahora está como nueva.

—Debió de ser interesante —comento—. ¿Encontraste algo fascinante?

Él parpadea y luego tose levemente cuando el té parece irse por el camino equivocado. Se golpea el pecho para recuperarse y finalmente niega con la cabeza.

—Nada más que algunos documentos calcinados y libros dañados por el humo.

—Oh…, qué lástima.

—Sí —suspira—. Siempre me duele ver cómo se pierde la historia de esa manera. Facilita demasiado que la gente intente rellenar los huecos con tonterías.

—Tiene sentido —digo con una risita.

Brodie mira el reloj de la pared y frunce el ceño.

—Será mejor que me vaya a dormir. Mañana me espera un día largo.

—¿Más trabajo en tu proyecto personal?

—Ya sé que es una tontería. —De nuevo parece algo avergonzado.

—No lo creo —respondo—. Al fin y al cabo, estoy aquí por motivos parecidos. Tal vez algún día podamos comparar apuntes.

Brodie me sonríe, iluminándose.

—Sí, tal vez.

Se despide, y no puedo evitar pensar que mucha gente del pueblo lo ha juzgado mal. En realidad, es muy fácil cogerle cariño cuando le das la oportunidad. La charla con él me deja bastante más tranquila de lo que estaba al entrar en la casa.

Frunzo el ceño. Basta recordar el rechazo de Lachlan para que me duela el pecho, como si una punzada fría atravesara el calor del té. Intento repetirme que no es justo reprocharle nada: no me hizo ninguna promesa. Pero eso no hace que duela menos.

Sigo irritada mientras lavo mi taza, subo las escaleras y me cepillo los dientes en el pequeño baño frente a mi habitación. Me miro en el espejo y veo las marcas casi borradas en mi cuello, las que dejaron sus dientes y que el cabello apenas disimula. Sé que mañana ya no estarán, y la idea me hunde todavía más.

Quiero a Lachlan.

La certeza me golpea con más fuerza de la que esperaba. Debería ser obvio, después de haberlo besado con tanta hambre, después de lo decepcionada que me he sentido cuando ha decidido que no volvería a pasar. Pero no ha sido hasta ese instante que he comprendido cuánto lo deseo en realidad.

Quiero ayudarlo. Quiero que tenga una vida mejor que la de los Greer que lo precedieron. Quiero volver a besarlo, reír con él, descubrir qué más se oculta en el hombre que vive bajo la sombra del monstruo del que intenta escapar. Una vez que ese pensamiento se instala en mi cabeza, se aferra con fuerza, imposible de arrancar.

Incluso tumbada más tarde, esperando un sueño que temo que no llegará, sigo pensando en él. En lo absurdo que resulta que Lachlan —el hombre con una maldición centenaria que podría arrebatarle la vida— sea quien quiere protegerme. Como si yo fuera la que necesitara que la salvaran.

Y, cuando el sueño por fin me vence…, descubro que estoy furiosa por eso.



18

Lachlan

Lo de anoche fue una absoluta mierda, por decirlo suavemente.

No es que pasar las noches transformado en una criatura mítica, intentando conectar con tu padre monstruo, que ya no recuerda lo que era ser humano, suela ser algo agradable… Pero lo de anoche fue particularmente horrible.

No podía dejar de pensar en la expresión de Key cuando le dije que era una mala idea seguir con… lo que fuera que pasó en el castillo. No porque no la desee —porque empiezo a darme cuenta de que, por poco práctico que sea, la deseo con todas mis fuerzas—, sino porque ella ya ha sufrido demasiado. Ha perdido tanto… No puedo arriesgarme a convertirme en otra cosa más que pierda.

Tal vez sea arrogante por mi parte suponer que lo que pase entre nosotros podría llegar a importarle tanto como para lamentarlo si se termina. Pero lo que sentí al tocarla, al besarla… parecía el comienzo de algo importante. Más que los encuentros fugaces que busqué con

desconocidas solo para calmar un impulso. No, tocar a Key se sintió casi como si estuviera destinado a hacerlo. Como si fuera lo correcto, de algún modo.

Pero eso es ridículo, ¿no?

Y ni siquiera le conté todo. No le dije lo que implica el resto de la maldición ni lo que eso podría significar para ella. ¿Cómo la haría sentir eso? ¿Y por qué la simple idea de herirla con ese conocimiento me aterra tanto? No quiero hacerle daño, me doy cuenta ahora. No quiero darle más motivos para estar triste. A pesar de lo que su familia le hizo a la mía, a pesar del papel que pueda tener en mi historia… siento que ya ha sufrido lo suficiente.

Esos pensamientos siguen girando en mi cabeza mientras recorro el largo camino de regreso a la granja. El sol empieza a alzarse en el cielo cuando avanzo por el sendero que lleva del caserón a mi pequeña cabaña. Por un momento me quedo quieto, mirando la casa grande en lo alto de la colina, imaginando que llamo a la puerta de Key para decirle que no quise decir nada de lo que dije. Que sí tengo miedo, pero que tal vez ella valga la pena.

¿Y qué tan jodidamente egoísta sería eso por mi parte?

Al final, sacudo la idea y sigo caminando hasta que cierro la puerta de la cabaña detrás de mí. Me quito las botas, sintiendo cómo el cansancio se me mete en los huesos. No físico, exactamente, sino mental. O quizá espiritual. Como si todo lo terrible que he vivido hubiera terminado acumulándose en una sola montaña de porquería que ahora me entierra vivo.

Porque quizá no haya ninguna respuesta ahí fuera para mí.

Tal vez mi destino sea acabar como mi padre.

Me quito el abrigo, lo cuelgo junto a la puerta y voy a la cocina con la esperanza de que un poco de café me haga sentir más humano. Saco el filtro del armario y tomo la lata para empezar a prepararlo, pero, antes de poder llenar el recipiente con agua, un golpe fuerte resuena en la puerta.

El corazón empieza a latirme con fuerza mientras me giro, conteniendo el aliento hasta que otro golpe retumba contra la madera.

—¡Lachlan! ¡Abre la puerta!

¿Es una locura que sienta a la vez alegría y temor al oír su voz? ¿Ha venido a gritarme otra vez? ¿A decirme que soy un cobarde? Probablemente me lo merezca.

—No me voy hasta que abras la puerta —grita.

Abro la boca y respondo, con la voz algo ronca:

—Eso ya lo dijiste antes.

—Sí. Y lo decía en serio entonces, y también ahora.

Dejo la lata de café sobre la encimera. El corazón me golpea el pecho mientras doy un paso hacia la puerta. Sé que debería decirle que se vaya. No hay nada que podamos decir que cambie nuestra situación. Nada bueno puede salir de torturarme contemplando sus hermosos rasgos.

Pero aun así doy otro paso.

—Lo digo en serio, Lachlan —insiste—. No me obligues a empezar a cantar.

Sin querer, sonrío, y, cuando me doy cuenta, ya he cruzado el resto del espacio. Tengo la mano en el picaporte. Estoy abriendo la puerta para encontrarme con Keyanna MacKay en todo su esplendor: el cabello revuelto, los ojos verdes ardiendo de furia.

—Cualquier cosa menos eso, muchacha —murmuro.

—¿Sabes? —dice, con los puños en las caderas y mirándome con rabia—. Creo que el estúpido eres tú.

—Ah, ¿sí? —Alzo las cejas.

—Sí.

Da un paso hacia mí, arqueando una ceja en silencio mientras espera que me aparte. No dice nada hasta que me hago a un lado y la dejo pasar. Camina hasta el centro de la cabaña, sin perder esa expresión furiosa.

Cierro la puerta y cruzo los brazos.

—¿Y por qué, exactamente?

—¿Por dónde empiezo? Primero, porque casi tengo que rogarte para que me dejes ayudarte. —Levanta un dedo, como si enumerara mis delitos—. Segundo: me besaste.

Frunzo el ceño, confundido, pero ella continúa.

—Y tercero: tienes el descaro de creer que puedes decidir si me arriesgo o no a volver a hacerlo.

—¿A volver a hacer qué, exactamente?

—Besarte.

Entrecierro los ojos.

—Pero dijiste que fue una estupidez.

—Fue una estupidez porque lo hiciste pensando que no ibas a repetirlo.

—Ah, ¿sí?

—Así es —replica, dando un paso más hacia mí y mirándome con desafío—. ¿De verdad pensaste que podías besarme así y luego no volver a hacerlo nunca?

—No dije que fuera fácil —resoplo—. Dije que era lo correcto.

Ella asiente, aún furiosa.

—Justo como he dicho: estúpido.

Y entonces se lanza hacia mí, me rodea el cuello con los brazos y presiona su boca contra la mía.

Todas las buenas intenciones a las que me había estado aferrando salen volando por la ventana en cuanto la siento contra mí. No es muy distinto a lo que sentí ayer: una abrumadora sensación de que todo encaja, algo que no había sentido desde… Bueno, algo que no había sentido nunca, en realidad. En el fondo sé que debería apartarla. Que debería mantenerme firme para protegerla de un posible desengaño.

Pero físicamente no puedo hacerlo.

En su lugar, mis brazos rodean su figura esbelta para atraerla aún más hacia mí. Mis labios se abren para dejar que su lengua roce la mía, y gimo al saborear el rastro de su pasta de dientes y la dulzura que es solo suya. No puedo resistirme a deslizar la mano por su espalda hasta hundirla en su cabello, disfrutando de cómo los rizos suaves y elásticos se enredan entre mis dedos.

Huele a algo suave y dulce, quizá su champú, y su sabor me recuerda a la miel, a la luz del sol y a cada uno de los buenos recuerdos que conservo, por escasos que sean. ¿Cómo podría alejarla, si es la primera esperanza que me permito en años?

Deja escapar un sonido de sorpresa cuando mis manos descienden hasta su trasero, y otro más cuando la levanto para apretarla contra mi cuerpo. Sus piernas me rodean la cintura mientras mi polla dura presiona contra la calidez de su entrepierna, arrancándome otro gruñido del fondo de la garganta.

Mis labios recorren su piel, saboreando cada parte que me tentó incluso cuando la consideraba mi enemiga. Beso su mejilla, su mandíbula y la suave curva de su cuello hasta que su respiración se vuelve entrecortada. Nunca había sentido una necesidad así; el calor que emana de ella me atraviesa como una descarga eléctrica y me deja suspendido entre el deseo de quedarme en este instante para siempre y el impulso de ir más allá.

—No deberíamos —protesto débilmente.

Ella inclina la cabeza, dándome más acceso.

—Si te detienes, te mato —susurra.

Una risa ronca se me escapa justo antes de sentir sus uñas deslizándose suavemente por mi mandíbula, rozando el vello recortado de mi barba. Sus dedos se mueven con rapidez hasta juguetear con el cuello de mi camisa, antes de darle un tirón suave.

—¿Podrías quitártela? —pregunta.

Sonrío contra sus labios.

—Sabía que te gustaba la vista ese día.

—Cállate y hazlo —gruñe.

—Lo que tú digas, princesa.

La dejo en el suelo antes de quitarme la camisa por encima de la cabeza. No puedo negar que disfruto viendo cómo sus ojos se encienden al contemplarme así.

Permanezco inmóvil mientras sus manos recorren mi pecho, con un tacto ligero y curioso, y contengo la respiración al sentir el roce de su pulgar sobre uno de mis pezones.

—Ten cuidado —le advierto.

—¿De qué? —Se muerde el labio.

—Soy de los que creen en el juego limpio —murmuro, jugueteando con el borde de su jersey—. Y ahora mismo estamos un poco desequilibrados.

Su sonrisa es traviesa. Aparta mis manos antes de quitarse el jersey de un solo movimiento. La prenda cuelga un instante de su dedo, con aire provocador, antes de caer al suelo.

—¿Y ahora?

Exhalo con dificultad mientras mis ojos recorren las suaves curvas de su cuerpo, la piel clara salpicada de pecas que piden a gritos que las recorra con la lengua.

—Eso no es justo —murmuro.

Ella sonríe más ampliamente, engancha un dedo en la trabilla del pantalón y tira de mí retrocediendo hasta que caemos sobre la cama, que apenas hay sitio para mí, mucho menos para dos. Aun así, su figura tendida sobre mis sábanas es... algo digno de contemplarse.

Paso los dedos por su cabello y bajo la cabeza para trazar la línea de su clavícula con los labios. Siento cómo se estremece cuando mi otra mano busca su cintura y el pulgar roza su cadera, mientras exhalo con fuerza contra su piel.

—¿Qué está pasando aquí, Key?

Ella suelta una risita.

—Pensaba que era obvio.

—Mmm —respondo, levantando la cabeza para mirarla—. Vas a tener que explicármelo con palabras. Ya sabes, por lo estúpido que soy.

Ella alza la cabeza. Sus labios rozan los míos con suavidad mientras su mano se desliza entre nosotros y acaricia mi miembro a

través de la tela, con la firmeza suficiente para nublarme la visión.

—Quítate esto también —murmura.

Inhalo una bocanada de aire, moviendo las caderas contra su mano antes siquiera de ser consciente de lo que hago.

—¿Estás segura?

—Te lo dije —responde, besándome con dulzura—. No soy yo quien tiene miedo.

—Maldita sea —gruño, estremeciéndome cuando aprieta mi polla a través del pantalón—. Si sigues haciendo eso, esto se va a terminar antes de que logre quitarme esta maldita prenda.

El sonido de su risa me enciende. Sigue siendo uno de los ruidos menos elegantes que he oído jamás y, sin embargo, escucharlo, saber que lo provoco yo... es casi como música.

Todo se convierte en una ráfaga de movimiento mientras ella me ayuda a bajar los vaqueros y yo la ayudo a deshacerse de los suyos, después de frotarnos el uno contra el otro, ya al borde de perder la cabeza al sentir el calor entre sus piernas envolviendo mi erección, que amenaza con liberarse de los calzoncillos.

Resulta surrealista que estemos aquí, que ella esté prácticamente desnuda en mi cama, cuando hace apenas una semana estaba seguro de que me detestaba, y yo a ella. Pero ¿era eso realmente cierto? Recuerdo lo que dijo ayer, que incluso cuando creía odiarme no podía sacarme de su cabeza. Y comprendo que a mí me sucedía exactamente lo mismo. ¿He estado tan ocupado escondiéndome detrás de lo que pensaba que debía sentir por ella que no vi lo que en realidad sentía?

Si la desesperación que siento por ella ahora sirve de indicio, diría que la respuesta es bastante clara.

La manera en que inclina las caderas es una invitación evidente, pero aun así la pregunta se me escapa, todavía incapaz de asumir que esto sea real. Puedo ver el tono rosado de sus pezones bajo el encaje del sujetador; sus pechos son dos formas perfectas que hacen que se me haga agua la boca.

—¿Y estás segura de que esto es lo que quieres? No quiero… —Trago saliva, notando el nudo que se forma en mi garganta—. No quiero ser otro arrepentimiento para ti, Keyanna. Ya has tenido bastantes.

Sus ojos se suavizan, igual que su sonrisa, y sus manos sobre mi rostro son pura gloria. Me dejo llevar con facilidad, encontrando su boca en un beso mucho más tierno que los que habíamos compartido hasta ahora.

—Estoy segura —me dice entre besos—. Ahora, por favor, tócame.

Y, aunque mi mente todavía intenta asimilar el giro que han tomado las cosas, mi cuerpo no parece tener el menor problema en aceptarlo.

Me tiemblan las manos cuando engancho los dedos en el elástico de su ropa interior color lavanda, de algodón suave y sencillo, nada llamativo, y sin embargo la más provocadora que he visto en mi vida. O quizá sea simplemente porque es ella quien la lleva puesta.

Se la quito despacio, con una reverencia que siento en lo más profundo, y me quedo sin aliento al ver el tono rojizo del vello entre sus piernas. No puedo apartar la vista mientras deslizo la prenda por sus muslos y la dejo caer a un lado. El color, más oscuro que su cabello, contrasta con su piel blanca de una forma hipnótica.

Mis manos parecen demasiado ásperas para tocarla cuando las deslizo por la parte superior de sus muslos —mi piel bronceada tan

distinta de la suya, mis dedos callosos frente a su suavidad—, y aun así ella deja escapar sonidos tenues y deliciosos al sentir mi contacto. Como si deseara más. Como si lo necesitara tanto como yo.

—Quiero saborearte —le digo, alzando la mirada para encontrar la suya—. Con mi boca.

Sus mejillas se tiñen de rosa, y sus labios se entreabren.

—Oh..., sí. Por favor, hazlo.

—Vaya —me río suavemente, inclinándome para respirar su aroma —. Ya que lo has pedido tan amablemente...

Ella jadea cuando separo sus piernas. Me siento casi salvaje al verla así, tan suave y vulnerable, como si estuviera rogando por mi lengua. Nunca había estado con una mujer que realmente me conociera, y resulta liberador saber que no necesito vigilar cada palabra o movimiento. Que puedo simplemente disfrutar de esto. Disfrutar de ella.

Me acomodo entre sus piernas, respirando profundamente su perfume, y el sonido que emite es casi de vergüenza. Pero, en cuanto empiezo a recorrerla con la lengua, parece derretirse.

—Oh… —exhala—. Hazlo otra vez.

Murmuro un sí mientras vuelvo a deslizar la lengua por su entrada lentamente, disfrutando de su sabor, su calor y de ella entera. Cierro los ojos y dejo que sus sonidos me guíen. Siento sus dedos enredarse en mi cabello cuando trazo círculos alrededor de su clítoris, antes de succionarlo con fuerza y soltarlo empapado.

—Dios, Lachlan, eso es... Mierda, justo ahí.

Me encanta lo expresiva que es. Lo desinhibida. Cada palabra entrecortada y cada sonido de placer me empujan más lejos, me

vuelven más hambriento, más ansioso por verla perderse por completo.

—El coño más hermoso que he visto jamás —murmuro mientras mantengo sus piernas separadas para poder lamerla.

Presiono el pulgar en su entrada, está muy mojada y prácticamente ruega por tenerme dentro.

—¿Me quieres aquí?

—Por favor —suspira, una mano aún en mi cabello, la otra aferrada a las sábanas—. Solo... ¿puedes...?

—Shh, te tengo —susurro—. Voy a encargarme de esto.

Ella gime cuando, por fin, hundo el pulgar en su interior, envolviendo su clítoris hinchado con mis labios y succionando con fuerza. Le alzo una pierna y la apoyo sobre mi hombro, sujetándola mientras me pierdo en el placer de saborearla. Sustituyo el pulgar por dos dedos, y ella vuelve a gemir al sentir cómo la abro, soltando jadeos ansiosos mientras froto ese punto en su interior que la hace arquearse contra mi rostro.

—¡Lachlan!

—Tan suave... —murmuro, hundiendo los dedos aún más mientras trazo círculos con la lengua sobre ese haz de nervios tan sensible—. Tan hermosa.

Succiono su centro con los labios y emito un sonido grave y vibrante contra ella, notando cómo se moja alrededor de mis dedos, cómo se ablanda aún más.

—Quiero sentirte cómo te corres —susurro, curvando los dedos para acariciarla por dentro—. ¿Puedes hacer eso por mí?

Abro los ojos para espiar sobre su cuerpo y verla acalorada mirándome.

—¿Puedes correrte para mí, amor?

—Oh..., oh...

Siento cómo sus muslos empiezan a temblar a ambos lados de mi cabeza, cómo su cuerpo entero se tensa. Su clítoris palpita contra mi lengua, y sus manos se aferran a mi cabello con fuerza. Me arde el cuero cabelludo, pero incluso eso lo disfruto, porque de repente todo se convierte en calor, humedad y movimiento, y puedo sentir cómo se derrama contra mi lengua.

No puedo dejar de lamerla, de saborearla, de recorrer su sexo resbaladizo, sabiendo que está así por mí. Es embriagador, y quiero más. De hecho, podría quedarme aquí para siempre, entre sus piernas, viéndola correrse una y otra vez. Pero sus manos tiran de mis hombros, y sus uñas se clavan en mi piel mientras me atrae hacia arriba.

Me deslizo sobre ella, cubriendo su cuerpo con el mío. Me besa con hambre, y resulta aún más embriagador saber que puede saborearse en mi lengua. Mi polla está tan dura que duele, y ella presiona las rodillas contra mis caderas para guiarme entre sus piernas, donde puedo sentir su calor húmedo empapando la tela de mi ropa interior.

Me besa como si no pudiera saciarse, como si necesitara más, y aunque quizá esto sea todo lo que quiera esta vez, me doy cuenta de que me basta con eso. Si lo único que desea de mí es correrse en mi boca, me sentiré increíblemente afortunado.

Pero entonces cae de nuevo sobre la cama, jadeando, con las mejillas sonrojadas, y alza las caderas para frotarse contra mí otra vez.

—Más —susurra, besándome la comisura de la boca—. Quiero más.

Sus labios vuelven a buscar los míos con besos casi desesperados, y me doy cuenta de golpe: es muy probable que sea capaz de darle a Keyanna MacKay cualquier cosa que me pida.



19

Keyanna

Parece imposible que pueda sentirme así —con la piel hormigueante y enrojecida por el orgasmo que acaba de provocarme y con el pecho pesado mientras intento recuperar el aliento— y, aun así, querer más, pero lo quiero. Quiero muchísimo más.

Siento a Lachlan contra mí, su polla palpitando, tan dura que me hace temblar solo de pensar en cómo se sentirá dentro de mí, y me doy cuenta de que nunca he deseado tanto a nadie como lo deseo a él en este momento. Quizá sea el cambio repentino de todos los intensos sentimientos que he estado arrastrando por mi potencial némesis desde que lo conocí. Quizá sea la forma en que me está mirando, como si no pudiera creer que soy real. Honestamente, no estoy segura de por qué de repente necesito estar tan cerca de Lachlan Greer como sea posible, pero lo necesito. Desesperadamente.

Está tardando un poco demasiado para mi gusto, así que meto los dedos bajo el elástico de sus calzoncillos para intentar bajárselos por las caderas, y escucho su suave risita cuando resoplo de frustración al no conseguir quitárselos.

—¿Tienes prisa, Key?

Le pellizco un lado del trasero, frunciendo el ceño al comprobar que apenas puedo agarrarlo de lo duro que es. Porque, por supuesto que tenía que ser así de firme.

—¿Estás perdiendo el tiempo, Lachlan?

Se inclina, dejando que sus labios rocen mi garganta mientras sus dedos se deslizan bajo el tirante de mi sujetador.

—Solo estoy saboreando el momento.

—¿Puedes saborearlo más rápido?

—Mmm —desliza el tirante por mi hombro, dejando un camino de besos sobre mi clavícula y lamiendo la curva de mi pecho—. No.

Se me corta la respiración cuando encuentra mi pezón y lo provoca con la lengua, y de repente estoy mucho más de acuerdo con su manera de pensar. Arqueo la espalda para que pueda deslizar una mano por debajo de mí, cierro los ojos y saboreo un poco por mi cuenta mientras me succiona con la boca a la vez que, con habilidad, desabrocha mi sujetador. Le lleva un tiempo impresionantemente corto forcejear para quitármelo, y luego sus manos se unen a la refriega mientras aprieta y amasa, con el pulgar rodeando mi pezón duro mientras continúa usando dientes y lengua para volverme loca.

No estoy segura de haber sabido hasta este mismo momento lo sensibles que son mis pechos. Suelen ser un poco más grandes que un puño, según la mayoría de los estándares, pero bajo las enormes

manos de Lachlan… casi los siento pequeños. Con las manos de Lachlan sobre mi cuerpo y sus anchos hombros bloqueando casi toda la luz… en realidad, me siento diminuta.

—Joder, Key —gruñe contra el pezón húmedo y mordisqueado—. Puedo notar lo mojada que estás.

Inclina las caderas de nuevo, como para enfatizarlo, y yo tiemblo con el contacto.

—Me estás volviendo loco, cariño.

Cariño.

Es un apodo tonto y espontáneo, lo sé. Sé que está alimentado por las hormonas sexuales y la adrenalina, muy probablemente, pero aun así hace que mis entrañas se retuerzan de placer. Hace que la piel me arda con una oleada deliciosa de deseo.

—Estás ardiendo, preciosa —susurra mientras mordisquea la curva de mi pecho—. No vayas a prender fuego a mis sábanas, ¿eh?

Pondría los ojos en blanco, pero, sinceramente, es una preocupación legítima.

—Lachlan —gimo, un gemido de verdad, algo de lo que podría avergonzarme después—. ¿Podrías solo…?

Me retuerzo bajo él, sintiendo que estoy a punto de salirme de mi propia piel.

—¿Por favor?

Se apoya en las manos, suspendido sobre mí, y me estudia con esos ojos azules helados que, de algún modo, parecen arder de nuevo. No brillan, pero son tan intensos que podría perderme en ellos.

—No quiero arruinar el ambiente —dice con una mueca—. Pero no... tengo nada.

Resoplo, deslizando la mano por los músculos tensos de su abdomen para darle un apretón a través de la tela.

—Yo diría que tienes mucho de algo.

—Eres mala —gime, con las pestañas temblando—. Sabes a lo que me refiero.

Me doy cuenta.

—Oh. Oh. ¿Te refieres a condones?

—Ha pasado… bastante tiempo desde que he hecho esto. No los necesitaba.

Caigo en la cuenta de que lo estoy acariciando a través del fino algodón, incapaz de resistirme a tocar su longitud caliente y dura. Necesito sentirlo contra mi piel. Gruñe cuando deslizo los dedos bajo el elástico para rodear su polla y apretar suavemente.

—Yo... tengo un DIU —le digo—. Y me hice pruebas hace tres meses. Salí negativa. —Siento una gota de líquido preseminal perlada en la punta de su polla, y la froto mientras su mirada se vuelve borrosa—¿Y tú?

—Seis meses —responde con voz ronca, asintiendo—. No he estado con nadie desde entonces.

—Yo tampoco.

Se le relaja la boca y cierra los ojos mientras se mueve suavemente contra mi mano.

—No puedo prometerte que aguante mucho dentro de ti sin nada entre nosotros.

Rodeo su cuello con mi otro brazo y lo atraigo hacia mí, mientras mi mano, aún en su polla, queda atrapada entre los dos.

—Confío en ti.

—Al menos uno de los dos lo hace —masculla.

Pero sus labios ya encuentran los míos, y sus manos apartan la última barrera entre nosotros, liberando su longitud dura para que se deslice, gruesa y cálida, sobre mi vientre. Empuja contra mí casi por instinto, con su gran cuerpo temblando mientras dejo que mis piernas se abran.

—Te deseo —le ruego, mordisqueándole el labio inferior—. Por favor.

Siento sus manos en mis caderas, desplazándose hacia mi trasero para mantenerme abierta mientras se coloca entre mis piernas. Hay un deslizamiento delicioso en mi piel mientras se frota contra el desastre aún húmedo que ha hecho de mí con su boca. Su aliento se mezcla con el mío cuando por fin se alinea con mi entrada.

Se echa hacia atrás, y ahora está ahí, ese brillo en sus ojos, tenue pero perceptible.

—Mírame.

Y lo hago: sostengo su mirada mientras empieza a penetrarme lentamente. Lo siento todo de él, cada presión dura de su polla mientras lentamente la introduce más profundo, y con cada centímetro que avanza, sus ojos se vuelven un poco más brillantes. Una parte de mí se deleita en la idea de que pierda el control, en saber que soy capaz de provocarle eso.

Cuando está tan dentro como puede estar, y me siento tan llena de él que casi me abruma, veo un destello de algo primitivo en su mirada mientras me mira fijamente, algo que chispea y se enciende cuando rota lentamente las caderas, saboreándome de nuevo.

—Te sientes... —Su garganta sube y baja al tragar—. Como un sueño.

Me sigue fácilmente cuando sujeto sus hombros con mis manos y lo empujo para que se pegue aún más a mí. Mis labios besan todo lo que alcanzan: su mandíbula, su mejilla, el sensible lóbulo de su oreja. Con la voz ronca, susurro:

—Muévete.

Esa primera embestida me hace sentir como si hubiera tocado un cable con corriente, electrifica cada centímetro de mí mientras jadeo de sorpresa. Las manos de Lachlan me agarran —una se mete debajo de mí para sujetarme firmemente contra él mientras la otra se amolda a mi cadera— y puedo sentir el calor de su aliento en el hueco de mi garganta cuando entierra allí el rostro antes de repetirlo. Y otra vez. Y otra.

—Joder —gruñe mientras sus caderas encuentran un ritmo constante y oscilante que dispara una pequeña lluvia de chispas cada vez que llega al fondo—. Estás empapada por mí, ¿verdad, Key?

Tiene razón. Nunca he estado tan mojada. No consigo reunir ni una pizca de vergüenza, no con lo bien que me hace sentir.

—Vas a dejar mis sábanas hechas un desastre —continúa, con la voz áspera y profunda, su acento cada vez más marcado—. Sé que olerán a ti durante días. Quiero dormir con el olor de tu dulce coño y recordar cómo apretabas mi polla cuando te follaba.

Envuelvo su cintura con las piernas, sintiendo una presión constante y familiar que se acumula en mi interior con cada embestida. Sus dientes se hunden en mi piel, y el pinchazo en el hombro solo intensifica el fuego que me recorre mientras mi boca se abre de sorpresa. Su lengua acude de inmediato, calmando la marca que sin duda ha dejado, y puedo sentir nuestros cuerpos cada vez

más resbaladizos el uno contra el otro mientras empieza a moverse más rápido.

—Así es, cariño —me dice—. Puedo sentir que te mojas cada vez más. Que estás más y más apretada. ¿Vas a correrte para mí?

—Sí —respiro, aferrándome a él—. Sigue así. Justo ahí. No... Ah.

Me sobresalto al sentir un dolor agudo y punzante en la cadera. Lachlan se detiene de inmediato y se echa hacia atrás, parpadeando como si emergiera de un aturdimiento. Puedo sentirlo palpitando dentro de mí, como si estuviera desesperado por seguir, pero en cuanto advierte mi expresión, baja la mirada hacia el lugar donde su mano aún aprieta mi cadera, y una expresión de horror le cruza el rostro.

Se aparta de mí tan rápido que apenas tengo tiempo de comprender lo que ha pasado. En un momento está entre mis piernas, a punto de darme lo que parecía el orgasmo más espectacular de mi vida, y al siguiente se encuentra en la otra punta de la cama, con un tono ligeramente verdoso.

—Key —dice con voz ronca—. Lo siento mucho. No era mi intención.

Parpadeo, confundida, y, siguiendo su mirada, reparo por fin en los finos cortes a lo largo de mi cadera y en el pequeño hilo de sangre que brota de ellos.

—¿Qué… demonios? —Me incorporo, presionando la zona con los dedos. Alzo la cabeza bruscamente y veo que tiene los puños cerrados a los lados. Entonces noto por primera vez las garras negras de aspecto afilado que sobresalen de las puntas de sus dedos —. Vaya.

Lachlan todavía parece al borde del vómito.

—No era mi intención. Lo siento mucho.

—¿Qué? —Arrugo la nariz mientras vuelvo a mirar los arañazos, si es que pueden llamarse así, y frunzo el ceño—. No es nada, Lachlan. Solo me ha sorprendido.

Él sacude la cabeza, con los ojos muy abiertos.

—Te he hecho daño. He perdido el control. Te dije que esto pasaría. Te dije que yo…

—Eh, tranquilo —le digo, acercándome a pesar de que él se encoge—. Lo digo en serio. Estoy bien.

—Te he hecho daño.

Quiero empatizar con lo que está sintiendo en este momento, y lo hago, hasta cierto punto, pero mi cuerpo todavía está muy excitado y no entiende por qué le han arrebatado aquel orgasmo espectacular. Francamente, perderlo por unos cuantos rasguños parece ridículo.

Me deslizo hacia él antes de que tenga ocasión de escabullirse, me siento a horcajadas sobre su cintura y lo tomo del pelo para obligarlo a mirarme. Todavía parece un cachorro abandonado, así que le doy un tirón brusco a su cabello, lo suficientemente fuerte como para arrancarle un siseo.

—¿Eso te ha dolido?

Entrecierra los ojos.

—No es lo mismo.

—¿No? —Me inclino hacia él y le hundo los dientes en el hombro con la fuerza suficiente para dejar marca—. ¿Y eso?

—Entiendo adónde quieres llegar —resopla—, pero es diferente. Yo podría hacerte daño de verdad.

—No lo harás —le aseguro—. Sé que no lo harás.

—No lo sabes.

—No, no lo sé —le digo, dejándole besos por la garganta—. Pero confío en ti.

Siento sus dedos deslizándose con cautela por mis caderas —sin garras ahora— y, pese al brusco tropiezo, también percibo su rígida longitud contra mi estómago, y mi estómago aletea al saber que está mojado por mí. Porque ha estado dentro de mí. Sinceramente, para mi cerebro reptiliano ahora mismo ese pensamiento es mucho más importante que unos cuantos rasguños.

—Deberías tenerme más miedo, Key —suspira, dejando caer la cabeza hacia atrás contra la madera mientras le paso la lengua tras la oreja—. Ser más prudente.

—Tal vez tú deberías ser menos prudente —replico, balanceando las caderas para que mi coño se deslice sobre su erección—. No te tengo miedo.

Aprieto los dientes en el lóbulo de su oreja, mordisqueándolo hasta que se estremece.

—Además —susurro mientras sigo provocándolo con mis dientes y lengua—, es un poco excitante.

Sus dedos agarran mi trasero y me acerca hacia él hasta que no queda espacio entre nuestros cuerpos. Gira la cabeza para encontrar mi boca, y su lengua se hunde en ella mientras parece perderse de nuevo, aunque solo sea un poco.

—No quiero hacerte daño jamás —murmura contra mis labios.

Lo beso con suavidad, me alzo sobre las rodillas y busco a tientas entre nosotros para guiarlo de nuevo entre mis piernas. Escucho el sonido agudo de su inspiración mientras comienzo a bajar de nuevo.

—Entonces no lo hagas.

—Joder, Key.

Su rostro se aplasta contra mi pecho; mis manos se enredan en su pelo y las suyas sujetan con fuerza mis caderas mientras comienza a embestir hacia arriba dentro de mí, perdiéndose en la energía chispeante que parece surgir entre nosotros. Cierro los ojos y me rindo a esa energía yo misma, centrándome solo en la forma en que me llena y en su calor, mientras me penetra profundamente una y otra vez.

Puedo sentir mi orgasmo rugiendo de vuelta a la vida, puedo sentirlo coronando más alto con cada deslizamiento de su polla contra ese punto sensible que nubla mi visión y acelera el latido de mi corazón.

—Córrete para mí —dice con voz áspera, a medio camino entre la orden y la súplica—. Quiero sentir cómo ese coño perfecto se corre para mí.

Puede que sea la primera vez que no siento la necesidad de oponerme a Lachlan cuando me dice que haga algo. No es que siquiera tenga la oportunidad de hacerlo. Es demasiado tarde para eso. Mi cuerpo se enciende, mi cabeza cae hacia atrás y mi boca se abre en un lamento mientras me precipito al vacío. Lachlan continúa follándome mientras me corro, prolongando la sensación hasta que mi cuerpo entero se convierte en un nervio gigante expuesto, como si cada roce me activara de nuevo.

—Eso es —jadea, con las caderas perdiendo el ritmo—. Así, buena chica. Me siento tan bien dentro de ti. Vas a tomar todo lo que te dé, ¿eh? Cada… —las palabras se le escapan entre dientes apretados— maldita… —su polla se alza dentro de mí, encendiéndome de nuevo — gota.

Lachlan se hunde hasta el fondo cuando se corre. Un grito ronco brota de su garganta mientras se estremece contra mí, temblando por dentro. Lo siento todo: el calor de su semen, la pulsación de su polla. Miro al techo sin verlo realmente, aún jadeante.

Las luces sobre nosotros empiezan a parpadear —las bombillas se apagan y vuelven a encenderse— casi como si siguieran el ritmo del temblor de mi cuerpo. Las observo asombrada, todavía tratando de recuperar el aliento. Siguen parpadeando, y cada una de ellas se vuelve más brillante que antes, hasta que se vuelven tan intensas que comienzan a emitir un zumbido. El sonido crece y crece, y de pronto resuena un chasquido seco en toda la habitación: todas las luces de la casa se apagan al mismo tiempo.

Aturdida, poco a poco vuelvo a ser consciente del peso de su frente apoyada en mi cuello, y mis dedos empiezan a deslizarse por su cabello, como si se movieran por cuenta propia.

—¿Te has cargado mi casa? —murmura contra mi piel.

—Mmm —susurro, rozando mis labios con su pelo—. Creo que sí.

—Supongo que eso dice mucho de mi rendimiento —responde con una risa entrecortada.

Le doy un leve tironcito del pelo y chasqueo la lengua.

—No dejes que se te suba a la cabeza.

—Ya es demasiado tarde para eso.

Sonrío, tan a gusto en este momento que no tengo el menor deseo de moverme. Nos quedamos así un rato, sin ganas de movernos para ir a ninguna parte, y, por más que lo intento, no sabría decir cuánto nos lleva volver a la calma después de lo que acaba de pasar. Ni siquiera estoy segura de que me importe saberlo.

Porque hay dos cosas que ahora me resultan evidentes. La primera: sin duda quiero hacerlo otra vez. Y la segunda… Bueno, Lachlan tenía razón. Toda la razón del mundo.

Si lo pierdo… lo lamentaré muchísimo.



20

Lachlan

—Si no dejas de mirarme así, voy a matarte —le advierto.

Parpadeo al notar que Key frunce el ceño desde el otro lado de la mesa, y solo entonces me doy cuenta de que me he quedado mirando la venda que apenas asoma por debajo del dobladillo de la camisa que lleva puesta. La mía. Sinceramente, verla con mi ropa ya sería motivo suficiente para quedarme embobado…, pero no puedo fingir que no sigo sintiendo un pinchazo de culpa al pensar que le he hecho daño, aunque ella insista en que está bien.

—Debería haber sido más cuidadoso —murmuro, dando un sorbo al café.

Arquea las cejas con picardía.

—En realidad, me gusta cuando no eres cuidadoso.

—Keyanna MacKay —digo riendo—, ¿estás coqueteando conmigo?

—Llevo tu camisa y no tengo ropa interior —responde con sorna —. Creo que la fase de los coqueteos ya ha quedado atrás.

—Ni me lo recuerdes —gimo—. Hoy tengo cosas que hacer que no incluyen llevarte de nuevo a la cama.

—¿Estás seguro? —Me lanza una mirada capaz de prender fuego al aire.

—Eres mala —murmuro, apurando la taza.

Es extraño… o, más bien, resulta extrañamente natural verla en mi casa. Que me mire pensando en cómo podría tocarla otra vez, y no con fastidio. La verdad es que me gusta.

—¿Te había pasado antes? —pregunta de pronto.

—¿El qué?

—Perder el control así.

—No. —Sacudo la cabeza de inmediato—. Nunca. Por lo general soy muy… cuidadoso.

Su sonrisa se ensancha, satisfecha.

—Entonces soy solo yo.

—No dejes que se te suba a la cabeza —me burlo, repitiendo sus propias palabras.

—Ay, ya es tarde para eso —dice riendo, mientras se despereza estirando los brazos por encima de la cabeza con un gesto tan tentador que me cuesta no mirarla—. ¿Qué hay en la agenda para hoy?

—Dar de comer a las vacas, para empezar —contesto, recostándome en la silla.

—Uf —exclama y hace una mueca—. Paso.

—¿Y qué ha sido de aquella chica servicial que ayudaba a su abuela en la granja?

—Ahora te tengo a ti para eso —replica dulcemente.

—¿Ah, sí? —Alzo una ceja—. ¿Un solo revolcón y ya crees que voy a estar a tus órdenes?

—Creo que podría persuadirte de librarme de cualquier tarea relacionada con vacas.

Suelto una carcajada.

—Son como perritos gigantes. No harían daño ni a una mosca.

—¡Tú dijiste que podían morder!

—Sí, porque estabas siendo insoportable.

—Idiota —me fulmina con la mirada—. Está bien, te ayudaré… desde lejos.

La observo mientras da otro sorbo a su café, hipnotizado por la forma en que sus labios se curvan sobre el borde de la taza, recordando lo suaves que se sentían contra los míos. Y eso me arrastra inevitablemente a recordar cómo se sentía su cuerpo, lo caliente que estaba por dentro, lo desesperado que estoy por tocarla otra vez. Me pregunto cuánto falta para que pueda arrastrarla de nuevo a la cama.

¿Cómo demonios pude pensar alguna vez que no me gustaba esta mujer?

Quizás esté un poco obsesionado con ella, en realidad. Y ni siquiera estoy seguro de cuándo o cómo empezó.

—¿Y qué más hay? —pregunta, sacándome de mis pensamientos.

—¿Eh? —respondo, algo aturdido. Parpadeo, medio atontado, mientras ella me observa.

—Lachlan Greer —dice con dulzura—, ¿estás distraído?

—Muchísimo —respondo sin dudarlo.

O su risa se está volviendo atractiva… o de verdad me estoy volviendo loco.

—Tengo que ayudar a Blair y a Rory a preparar los juegos de esta noche —digo distraídamente, levantándome para dejar mi taza en el fregadero.

—¿Juegos? —pregunta, interesada.

—¿No te lo contaron?

—He ido al pub tres veces contadas —me recuerda.

—Cierto, cierto. —Enjuago la taza—. Cada año celebran un festival por el aniversario del pub. —Levanto las manos con un gesto teatral —. Los Greerloch Highland Games. Se inspiran en la leyenda que le da nombre.

—¿La del gnomo y la hija del gigante?

—Exacto. Hay todo tipo de competiciones, aunque en realidad consiste en mucha gente emborrachándose. Es este fin de semana.

—¿Y vas a ir?

—No —respondo con una risa—. Tengo cosas mejores que hacer que lanzar troncos y saltar neumáticos.

—Pero suena divertido.

No me gusta el brillo de sus ojos.

—No.

—Podría ser buena idea —insiste—. Habrá mucha gente. Sería una excusa para hablar sobre las historias familiares.

Regreso a la mesa y apoyo las manos allí, inclinándome hacia ella con una ceja alzada.

—¿Pretendes acercarte a desconocidos y empezar a hacer preguntas?

—Si están todos tan «borrachos» como dices —responde, haciendo comillas en el aire—, dudo que sospechen de una conversación inocente con la americana rara.

—¿Por qué tengo la sensación de que solo intentas engañarme para que socialice?

—Porque —dice con una sonrisa, pasando un dedo por mis nudillos— eres un gruñón y te vendría bien.

Le giro la silla y me agacho entre sus piernas, incapaz de resistir el impulso de tocarla otra vez mientras deslizo las manos por el exterior de sus muslos.

—¿Ah, sí?

—Ajá —susurra, separando apenas las rodillas, con la respiración ya acelerada—. Creo que sí.

—Se me ocurren varias cosas que preferiría hacer antes que socializar.

Su sonrisa se vuelve pícara.

—¿Y por qué dejar para mañana lo que puedes hacer hoy? O mejor aún, ahora mismo.

—Por fin dices algo sensato —murmuro, inclinándome para besarle el interior de la rodilla—. Acércate un poco más y estaré encantado de complacerte.

La rapidez con la que obedece debería invitarme a bromear, pero en cuanto abre las piernas me quedo sin palabras.

—Pensé que tenías que dar de comer a las vacas —susurra, sin aliento, cuando paso los brazos por detrás de sus rodillas y las acomodo sobre mis hombros.

Gime suavemente cuando mi lengua recorre las húmedas curvas de su sexo, y yo tiemblo al saborearla.

—Después de que tú me alimentes a mí, creo —respondo.

Su gemido podría deberse a mi pésimo chiste… o a lo que le estoy haciendo.

Muy pronto estoy demasiado ocupado para preocuparme por la respuesta.

Tres horas más tarde, me encuentro rodeado de decenas de personas en el campo detrás de The Clever Pech, observando a Key conversar con Rory a unos metros de donde estoy apilando viejos barriles de *whisky*. Al final, sí me ayudó a dar de comer a las vacas —aunque sospecho que, después de lo que le hice en mi cocina, quizá le resultara difícil decirme que no— y, dado que no fue atacada por ninguna de esas gigantes bestias peludas, parece dispuesta a repetir la experiencia. Tal vez.

Y lo más extraño de todo es que quiero que lo haga otra vez. Quiero que me ayude todos los días. Demonios, simplemente quiero tenerla cerca. Sigo preguntándome cómo mi actitud hacia esta pelirroja de lengua afilada y mirada preciosa pudo cambiar de forma tan drástica, y tan deprisa.

—Si sigues mirándola así, vas a hacerle un agujero en la cara.

Lanzo una mirada fulminante a Blair, que me observa con una sonrisa burlona. Suelto el barril que, evidentemente, llevaba un rato sujetando sin motivo alguno e intento no parecer culpable.

—No sé de qué me hablas.

—Oh, claro que sí —responde, sonriente—. Reconozco a un idiota enamorado cuando lo veo. —Me da un codazo—. ¿Qué pasó exactamente en el castillo Greer, eh?

Gruño mientras levanto otro barril y lo llevo hasta el final de la fila, donde están montando la pista de obstáculos.

—¿No tienes a nadie más a quien fastidiar?

—Es que tú eres mi persona favorita para eso —replica con dulzura, pestañeando de manera exagerada.

—Tendré que avisar a Molly de que ha sido reemplazada.

Blair entorna los ojos antes de girar la cabeza hacia la hija del dueño del almacén de forraje, observando cómo ata una cinta entre dos árboles para marcar la meta.

—Aún no tengo claro si me dejaría jugar un poco con ella —murmura Blair, pensativa.

—No eres mejor que cualquier hombre —digo, negando con la cabeza.

—No seas sexista —me reprende—. Y deja de intentar distraerme. Has estado haciéndole ojitos a Keyanna desde que habéis llegado. Juntos, por cierto. No creas que no lo he notado.

—Vivimos en el mismo lugar —replico.

Blair me mira con abierta desaprobación durante varios segundos antes de soltar un suspiro exasperado.

—Está bien, guarda tus secretos.

—¿Esperáis mucha gente este año? —pregunto, cambiando de tema.

—Oh, sí, sí. Isla dice que vienen sus chicos de la universidad.

—¿Más gemelos? —Pongo mala cara—. Justo lo que nos faltaba.

—Son grandes, fornidos y capaces de lanzar neumáticos. Servirán de entretenimiento visual.

Frunzo el ceño y echo una mirada a Key. Los hijos de Isla no son mucho más jóvenes que ella. Me pregunto... Niego con la cabeza. Ya soy lo suficientemente bruto sin necesidad de ponerme celoso por situaciones imaginarias relacionadas con una mujer con la que solo me he acostado una vez.

Aunque me muera por repetirlo.

—Te he visto —se burla Blair.

—No sé de qué me hablas.

—Quizá le pida a Key que sea el premio este año, ¿eh?

Me giro de inmediato, frunciendo el ceño.

—¿De qué demonios hablas?

—¡Ja! —exclama, señalándome triunfante—. No te ha gustado eso, ¿verdad?

—Eres una pésima amiga —gruño.

Me lanza un beso, demasiado satisfecha.

—Soy una amiga excelente. De hecho, te lo demostraré. —Se lleva las manos a la boca y grita antes de que pueda detenerla—: ¡Oye, Keyanna!

Veo cómo Key se vuelve hacia nosotros. Blair le hace señas y ella se disculpa con Rory, que estaba colocando sillas plegables, antes de acercarse.

—¿Sí?

—Key, querida —entona Blair con voz melosa—, ¿Lachlan te ha contado lo del premio de los juegos?

Key frunce el ceño.

—¿No?

—Ah, bueno. Ya te conté la historia de cómo el pub obtuvo su nombre, ¿verdad? La doncella y el pech.

—Sí, me acuerdo.

—Pues cada año tenemos una doncella que hace de «premio», y el ganador de los juegos recibe un beso suyo.

Key inclina la cabeza.

—Eso no parece muy fiel a la historia.

—Bueno… —Blair se encoge de hombros—. Les da motivación para esforzarse, se ponen sedientos y eso significa más venta de cerveza, ¿no?

—No creo que me guste adónde va esto —dice Key.

—No tiene por qué pasarse el día con todas las miradas encima —intervengo, cruzándome de brazos.

—Tonterías —murmura Blair, acariciándole el cabello a Key como si intentara convencer a un gato arisco—. Key quiere ayudar. —Le pone cara de pena, y tengo que contener un gruñido ante su táctica descarada—. ¿Verdad que sí?

—Oh, bueno… —Key sonríe con resignación—. Supongo que, si sirve de ayuda…

—¡Esa es la actitud! —exclama Blair, dándole una palmada en el hombro y guiñándome un ojo con aire triunfal—. Todos estarán encantados de saberlo.

Rory la llama desde lejos y Blair se aleja con paso ligero. No me doy cuenta de que sigo fulminándola con la mirada hasta que Key me da un codazo en el costado.

—Deja de poner esa cara —me dice—. Se te va a quedar así.

—No tenías por qué aceptar sus locuras.

—¿Qué puede pasar? No parece que tenga que hacer gran cosa.

—¡Tendrás que besar al idiota que gane los juegos!

Su sonrisa se ensancha como la del gato de *Alicia en el País de las Maravillas*.

—¿Estás celoso, Lachlan?

—Yo… —Aprieto los labios y carraspeo—. No.

Key desliza los dedos por mi antebrazo, erizándome la piel, y sospecho que no es por el frío.

—Quizá deberías participar tú. Solo para asegurarte de que nadie más tenga la oportunidad.

—Ah, ¿sí? —Me inclino hacia ella, notando cómo se curvan mis labios—. Recuérdame… —digo, atrapando un rizo suelto entre los dedos—, ¿en qué cama te has despertado esta mañana?

Sus ojos se agrandan, las pupilas se dilatan, y abre la boca, pero la cierra enseguida al oír el sonido de un vehículo que se aproxima.

—Son mis abuelos —dice.

—Sí, Finlay debe de traer los fardos de heno.

—¿Fardos de heno?

—Para la pista de obstáculos.

Sonríe, mostrando esos dientecillos de conejo, y siento una presión en el pecho. Es tan adorable como deseable, y esa combinación me deja completamente desarmado.

—Sí —afirma riendo—. Creo que voy a insistir en que participes en los juegos.

—Solo porque quieres que te gane, ¿eh?

Sus ojos verdes brillan, divertidos, mientras se encoge de hombros con total despreocupación.

—Tendrás que participar para averiguarlo, ¿no?

Maldigo en silencio que el sol ya esté tan alto. Sé que no me quedan suficientes horas en el día para llevármela de vuelta a casa y recordarle quién la ha hecho gritar esta misma mañana. Tal vez incluso darle unas palmadas en su bonito trasero por provocarme así.

Pero la mano de Finlay golpeándome la espalda me arranca bruscamente de esos pensamientos.

—¿Todo bien, Lachlan?

Le dedico una sonrisa forzada. Finlay me cae bien, y creo que es un buen hombre, pero sigue siendo un MacKay. Confiar en él no me resulta natural.

Y ese pensamiento me deja helado.

Entonces, ¿por qué confiar en Keyanna me resulta tan fácil?

—Todo bien —respondo, apartando la idea. Asiento hacia Hamish y Malcolm, que están bajando del camión con el remolque—. Veo que has conseguido poner a trabajar a esos dos.

—Oh, sí —ríe Finlay—. Tuve que arrancar a Hamish del rebaño por un día. —Mira a Key, que está a mi lado, y se acerca para abrazarla. Es tan bajito que sus brazos le quedan casi a la altura de la cintura —. ¿Cómo está mi nieta favorita esta tarde?

—Soy tu única nieta —le recuerda ella entre risas.

—Bah, eso no lo sabemos —dice él—. Yo era todo un galán en mis tiempos. Quién sabe si por ahí…

Se interrumpe cuando Rhona le da un golpe en la cabeza.

—Cállate ya —rezonga—. De verdad. —Mira a Key con una expresión más cálida de lo habitual—. ¿Todo bien, Keyanna?

—Sí, estoy bien —responde ella, con una sonrisa tímida.

Noto que la relación entre ambas sigue siendo algo tensa, pero también veo que la anciana está haciendo un esfuerzo por acercarse, y eso parece darle a Key una paz inmensa.

—Key —dice Finlay—, ven, quiero presentarte a Malcolm. Su padre y yo fuimos compañeros en la escuela. —Le toma el brazo y la guía suavemente—. Y no le creas ni una palabra de lo que diga sobre mí.

Key me lanza una sonrisa antes de dejarse llevar, y me quedo ahí, medio embobado, intentando que no se note demasiado.

No lo consigo.

—No le hagas daño —dice Rhona a mi lado, sobresaltándome.

—¿Qué?

Su mirada es fría, calculadora, como si confiara en mí exactamente lo mismo que yo en ella: más bien poco.

—Ya me has oído. Sé bueno con ella.

—No sé de qué…

—Ahórratelo —me interrumpe con un gesto de la mano—. Estoy demasiado vieja y cansada para juegos. Solo sé bueno con mi nieta y todo irá bien, ¿entendido?

—Yo… —Cierro la boca al ver la dureza de sus ojos y asiento con rigidez—. Sí.

Me devuelve un asentimiento seco.

—Bien. Entonces no hay más que hablar.

—Rhona —dice una voz nueva detrás de nosotros—. ¿Dónde dejo estos pasteles?

No sé qué tiene Brodie MacKay que me hace fruncir el ceño cada vez que está cerca. Es cierto que nunca nos llevamos del todo bien, pero antes de volver aquí hacía casi una década que no lo veía, y aun así actúa como si hubiera pateado un cachorro cada vez que coincidimos. Incluso cuando éramos niños y yo intentaba incluirlo, siempre se comportaba como si fuera un poco mejor que los demás. Su padre era simpático, aunque algo ruidoso; Brodie, en cambio, siempre fue callado, distante. Quizá por eso nunca conectamos.

Brodie nota que lo observo; su rostro es frío e inexpresivo cuando levanta la barbilla.

—Lachlan.

—Brodie —respondo.

—Puedes llevar los pasteles al frigorífico del fondo del pub —le indica Rhona—. Y asegúrate de esconderlos bajo las lechugas, para que Fergus no se los coma antes del fin de semana.

Él asiente, me lanza otra mirada y se encamina hacia el pub. Lo veo detenerse para saludar a Finlay y a Key, y la forma en que Key sonríe tan abiertamente a su primo me revuelve el estómago. No por celos —sé perfectamente que son familia—, sino porque hay algo en verlo cerca de ella que no me gusta. Tal vez porque no disimula que no me soporta. Tal vez porque mi desconfianza hacia su familia y la amenaza que representan para mi futuro parece extenderse ahora también a Key. Lo sé: no tiene sentido. Son su familia.

Parece que Keyanna MacKay es la excepción a todas mis reglas.

Rhona le grita algo a Blair desde el otro lado del campo y se aleja, como si un minuto antes no me hubiese lanzado una advertencia. Me quedo junto a la furgoneta de Malcolm y cruzo la mirada con Key. Malcolm y Finlay ríen a carcajadas por algo que acaban de decir. Le hago una seña con la cabeza hacia el otro lado del edificio y camino en esa dirección, sin comprobar si me sigue.

El otro lado del pub da al bosque, así que no hay nadie por aquí. Me apoyo en la pared a esperar. No pasa ni un minuto antes de que ella aparezca, y la sorprendo rodeándole la cintura con los brazos y atrayéndola hacia mí.

—Alguien podría vernos —ríe.

Estoy demasiado distraído por su boca, pero alcanzo a decir:

—Que miren.

—Vaya, nos acostamos una vez y ya te vuelves todo un cavernícola.

Alzo una ceja.

—No lo decía por eso. Solo quería decir que…

Me silencia colocando la mano sobre mi boca, seguida de una amplia sonrisa que me deja sin palabras.

—Estoy bromeando —dice, y retira la mano para besarme. Ese beso basta para que quiera más—. En realidad, me gusta un poco la idea de que te pongas cavernícola.

—¿Ah, sí?

La alzo levemente de la cintura, obligándola a ponerse de puntillas mientras cubro su boca con la mía. Tomo todo lo que puedo, tan deprisa como puedo, intentando grabar en la memoria su sabor y su tacto antes de tener que dejarla al caer la noche.

Mis labios se quedan un instante más antes de apartarme y dejar que mi cabeza golpee suavemente la pared.

—Parece que las cosas van mejor con tu familia.

—Creo que sí —responde con una leve sonrisa—. Todo ha sido… mucho más fácil últimamente.

—Hasta tu querido primo parece haberse ablandado.

Suelta una carcajada.

—¿Qué te ha hecho Brodie?

—Nada —respondo, ofendido—. Solo que no confío en él, eso es todo.

—Sabes que trabaja para la sociedad histórica —me dice—. Podría serte de ayuda. De hecho, le pregunté por los registros de tu familia. —Frunce el ceño—. No me dijiste que se habían destruido en un incendio.

—Te dije que se habían perdido —le recuerdo.

—¡Pero no que literalmente se habían quemado!

—¿Qué más da cómo se perdieron? Ya no están. Eso es lo único que importa.

—Pero tal vez Brodie podría…

—No quiero su ayuda —corto, con más brusquedad de la que pretendía.

Ella apoya las palmas en mi pecho, frunciendo el ceño.

—No creo que puedas darte el lujo de ser terco. No sabemos cuánto tiempo te queda.

—Es un MacKay —le recuerdo obstinadamente.

Ella alza una ceja, divertida.

—Y yo también, ¿recuerdas?

Y ahí está otra vez ese recordatorio incómodo: para todos los efectos, ella es mi enemiga. Mi padre estaría furioso si supiera que dejo que me ayude. Que la toco. Que me siento tan… posesivo con ella. Key sigue siendo una MacKay. El único que parece haberlo olvidado soy yo.

—Sí —respondo en voz baja—. Lo recuerdo.

—Solo piénsalo, ¿vale?

—Lo… pensaré —cedo.

Ella sonríe, se alza sobre las puntas y me besa de nuevo.

—Bien. —Mira el sol, que ya empieza a ponerse—. Será mejor que te vayas.

—Lo sé —suspiro.

Apoyo la frente contra la suya, satisfecho solo con respirar su aroma durante un instante. Sé que tengo que dejarla ir, que aún es demasiado pronto para que alguien nos vea juntos aquí —habría demasiadas preguntas—, pero aun así me siento… casi en paz a su

lado. Como si, por un momento, no hubiera nada más de qué preocuparme.

—Espérame en mi cama —le digo.

La noto sonreír.

—¿Sí?

—Dejaré la puerta sin cerrar.

—Eso no suena muy seguro. Podrías encontrarte con todo tipo de cosas aterradoras en casa.

Le dedico una sonrisa lobuna.

—Yo soy lo más aterrador que hay, ¿recuerdas?

Oigo voces no muy lejos y suelto un suspiro mientras empiezo a apartarme de ella, odiando cada segundo. Ella se ríe en silencio de lo que acabo de decir, y cuando mis manos caen de su cintura, me da una palmadita en la mejilla.

—Claro que sí, Nessie. Claro que sí.

Se aleja hacia donde los demás siguen trabajando, y me cuesta toda la fuerza de voluntad no seguirla como un cachorro perdido. El sol hundiéndose a mis espaldas es lo único que me lo impide, recordándome todas las razones por las que no puedo hacer lo que deseo. Hoy esta carga resulta más pesada. Me oprime el pecho como algo tangible. Y tengo la sospecha de que ya sé por qué.

Creo que acabo de verla alejarse de mí.



21

Keyanna

Me despierto la mañana anterior a los juegos todavía agotada y con una ligera resaca. Anoche, Finlay me arrastró a un torneo de cartas con él y Brodie, y lo que quiera que me echara en el té para «animarlo un poco» se me subió a la cabeza lentamente, y me dejó mucho más mareada de lo que pretendía. El dolor de cabeza en la mesa del desayuno es un buen recordatorio de por qué casi no bebo. Ni siquiera intenté entrar en casa de Lachlan anoche; simplemente subí tambaleándome y caí rendida en mi propia cama.

—Veo que no soy el único que está fundido —gruñe Brodie desde la puerta, entrando en la cocina y dirigiéndose al frigorífico.

—¿Así es como llamáis aquí a la resaca? —pregunto, frotándome las sienes.

—Más o menos. ¿Dónde demonios está el zumo de naranja?

—¿Vas a tomarte zumo de naranja después de lo de anoche?

—A mí siempre me ha venido bien para el estómago revuelto —responde—. No sé por qué, pero me cura al instante.

—Yo me quedo con el té, siempre que no lleve lo que el abuelo le puso anoche.

—Eso sería The Famous Grouse —aclara Brodie.

—¿Qué?

—El *whisky* favorito de Finlay —explica, sacando un cartón de zumo de naranja del frigorífico. Solo verlo me revuelve el estómago —. Le encanta preparar brebajes calientes con eso, pero son letales.

—No me extraña —resoplo.

El aludido entra en la cocina como si lo hubiéramos invocado. Se le ve demasiado animado para mi gusto.

—Buenos días —saluda Finlay alegremente—. ¿Cómo estamos en este precioso día?

Brodie le lanza una mirada asesina mientras bebe directamente del cartón, y, por mucho que adore a Finlay, me dan ganas de imitarlo.

—¿Cómo es que tú estás perfectamente? —le pregunto—. Yo siento que me ha pasado un camión por encima.

—Eso serán tus delicadas sensibilidades americanas —ríe Finlay.

Brodie emite un gruñido.

—Eso no explica por qué a mí me late la cabeza como un tambor.

—Siempre fuiste un flojo —replica Finlay, restándole importancia con la mano.

Rhona entra entonces en la cocina y chasquea la lengua al ver a Brodie con el cartón en la mano.

—¿Qué te he dicho sobre beber del envase?

—Perdón —dice Brodie con una mueca. Luego lanza otra mirada lúgubre hacia Finlay—. Tu marido intentó envenenarnos anoche.

—Os dije a los dos que os fuerais a dormir —responde Rhona, indignada—. No es culpa de Finlay que no hagáis caso.

Brodie se deja caer en una silla, gimiendo suavemente. Se inclina hacia mí y baja la voz:

—Nos emborrachó para poder ganarnos en las cartas.

—Te he oído —grita Finlay desde el otro lado de la cocina—. No necesito que estéis borrachos para ganaros. —Le lanza una mirada significativa a Brodie—. Es pésimo jugando a las cartas. No tiene cara de póker.

—Tengo una perfecta cara de póker —refunfuña mi primo.

Me río, a pesar de que eso hace que me martillee la cabeza, y acepto agradecida la taza de té que me ofrece Rhona, aunque venga acompañada de una mirada de desaprobación.

—Bébelo despacio —me dice con suavidad—. No irrites el estómago.

Le dedico una sonrisa tímida.

—Gracias.

Nuestra relación todavía no es perfecta después de la charla que tuvimos, pero puedo decir que ha mejorado. Se nota que hace un esfuerzo en cada gesto, y, sinceramente, eso me basta.

Tendré que buscar a Lachlan en cuanto termine el té. Después de haber despertado en su cama tres mañanas seguidas, seguro que se pregunta dónde me he metido tras su noche en el lago. Caigo en la cuenta de que ni siquiera tengo su número de teléfono. De hecho, no recuerdo haberlo visto usar uno. Resulta extraño no estar

pendiente del móvil a cada rato, tan distinto de mi vida en Nueva York. Y, la verdad… me gusta.

Oigo una puerta abrirse y cerrarse justo cuando Rhona me pregunta cómo quiero los huevos y, segundos después, la entrada de la cocina se llena con un Lachlan despeinado y algo alterado, como si lo hubiera invocado con el pensamiento. Tiene el pelo revuelto y los ojos azules muy abiertos cuando me ve, pero enseguida se suavizan, como si se le aflojara la tensión. ¿Estaba preocupado por mí?

—Lachlan —saluda Rhona—. ¿Vienes a desayunar?

Parpadea dos veces, como saliendo de un trance, y aparta la mirada de mí.

—¿Qué? Ah. No, yo solo… —Cierra la boca y la abre de nuevo, buscando una excusa convincente para estar aquí—. Yo…

—Perdón —intervengo para sacarlo del apuro—. Sé que te dije que te vería en el granero esta mañana, pero alguien —añado con intención, lanzándole una mirada fulminante a mi abuelo— me emborrachó jugando a las cartas.

Lachlan parece confundido durante un instante, pero enseguida lo entiende todo.

—Ah. Claro. No pasa nada. Puedo enseñarte a mover el heno otro día.

—Ya que estás aquí —dice Rhona con brusquedad—, podrías quedarte a desayunar.

—No, no quiero molestar…

Rhona frunce el ceño, y Lachlan se rinde con un asentimiento rápido. Se sienta al otro lado de la mesa. Sus ojos buscan los míos, y le dedico una sonrisa que espero transmita mis disculpas por

haberlo metido en esto. Sé que aún se siente incómodo con mi familia.

Finlay se deja caer junto a él.

—¿Así que ibas a enseñarle a Keyanna a usar el tractor?

—Eh…, sí. —Lachlan se aclara la garganta—. Tenía curiosidad.

—Ya casi una experta, ¿eh? —Finlay me sonríe.

—Ni de lejos —respondo—. Las vacas siguen dándome pánico.

—Está convencida de que van a comérsela —añade Lachlan, sonriente.

—Bueno, quizá si alguien no lo hubiera insinuado la primera vez que vi una…

Su sonrisa se ensancha.

—No es culpa mía que seas tan crédula, princesa.

Entrecierro los ojos. Quiero que deje de usar ese apodo absurdo, pero últimamente ya no me irrita… ahora me provoca un efecto muy distinto. Uno que, probablemente, estaríamos explorando si me hubiera encontrado en su cama en lugar de en la cocina de mis abuelos.

—Yo también les tenía miedo a las vacas de niño —interviene Brodie—. Aunque pensaba que me iban a pisotear. Al final se me pasó.

—No sé si estás de mi parte o no —le digo, malhumorada.

—De ninguna —responde, encogiéndose de hombros—. Solo sigo la conversación.

Veo cómo Lachlan lo observa con recelo, conteniéndose. Recuerdo que dijo que pensaría en aceptar la ayuda de Brodie. No hemos vuelto a mencionarlo, pero quizá haya llegado el momento.

—¿Brodie ya os ha contado su proyecto paralelo?

Rhona se gira desde la cocina.

—¿Qué proyecto?

—Está investigando el árbol genealógico de los MacKay —aclaro.

Brodie se sonroja ligeramente.

—Solo es una forma tonta de pasar el rato.

—¡A mí me parece una idea maravillosa! —exclama Finlay—. Nuestra familia está llena de buenas historias. —Le da un codazo a Lachlan, riendo—. ¡Los MacKay y los Greer solían ser enemigos mortales, en su época!

Intento no hacer una mueca al ver cómo la expresión de Lachlan se vuelve vacía, forzada. Esto ha tomado un rumbo peligroso.

—Ah, ¿sí? —dice Lachlan con voz plana.

—Así es —continúa Finlay—. No recuerdo los detalles, pero mi abuelo contaba que hubo una disputa por unas tierras. ¡Parece que la primera parcela que ocuparon los MacKay era de los Greer!

La mandíbula de Lachlan se tensa. Sé que está haciendo todo lo posible por mantener la compostura, y eso me encoge el estómago.

—Yo también he oído algo parecido —añade Brodie.

Intentando suavizar el ambiente, intervengo:

—Es una lástima que los registros de la familia de Lachlan se perdieran en un incendio. Habría sido interesante conocer la historia real. Quizá haya documentos de los MacKay que lo aclaren.

—No he encontrado menciones a los Greer en lo poco que he podido revisar —responde Brodie.

—Podría ser una línea secundaria para tu investigación —insinúo —. Podríamos ir a Inverness a indagar. —Le sonrío a Lachlan—. Sería muy Indiana Jones por nuestra parte.

Brodie se remueve en la silla.

—No creo que haya nada allí que no haya visto ya —dice—. Además, es un sitio aburridísimo. No vale la pena.

—Aun así, nunca se sabe. Tal vez te saltaste algo. Un par de ojos nuevos siem…

—No tengo ganas de viajar ahora —me interrumpe con brusquedad—. Lo siento.

Me quedo helada ante su tono. Brodie siempre ha sido amable conmigo, así que su irritación repentina me sorprende.

Parece notarlo también, porque frunce el ceño y se levanta.

—Perdón. Todavía no me encuentro muy bien. Voy a tumbarme un rato.

Nadie dice nada hasta que oímos sus pasos subir por la escalera.

—Perdonadlo —dice Rhona al fin—. Creo que tuvo problemas en el trabajo. No lo ha contado nunca, pero tampoco parece querer hablar del tema.

—Sí que dijo que estaba de año sabático —murmuro.

Rhona asiente.

—Sospecho que hay algo más detrás, pero no quiero presionarlo. Brodie siempre fue un chico sensible. Se aferraba a las piernas de su madre como un percebe.

—¿Un percebe?

—Como una lapa —aclara Lachlan, riéndose.

Rhona le lanza una mirada.

—El hermano de Finlay no fue precisamente el padre más cariñoso. Y los hermanos de Brodie salieron igualitos a él, así que eso no ayudó.

—Debería disculparme —digo.

—No hace falta, querida —responde Rhona—. Brodie no es de guardar rencores. Se le pasará. Hasta podría venir a disculparse él mismo, conociéndolo.

Noto que Lachlan parece sorprendido por toda la situación. Tiene la mirada fija en el asiento vacío de Brodie. Tal vez esté empezando a verlo de otro modo.

—Espero que aún quiera hablar de su proyecto —añado—. A mí también me gustaría conocer mejor nuestra historia. Mi padre nunca hablaba del tema.

Rhona suelta una risa suave mientras sirve los huevos.

—A tu padre también le fascinaba. Recuerdo que él y el padre de Lachlan hicieron un viaje a Inverness una vez, para investigar el árbol familiar. Creo que Duncan sentía cierta pena por tu padre —dice, asintiendo hacia Lachlan—, ya que no tenía registros propios que consultar.

Lachlan abre la boca, sorprendido, y siento que mi cara refleja el mismo sentimiento. Él me había dicho que nuestros padres eran amigos, incluso insinuó que el mío había cortado lazos al marcharse a Estados Unidos, pero ahora intuyo que hay algo más.

—Lachlan mencionó que eran amigos —digo.

Rhona asiente mientras da la vuelta al beicon.

—Sí, fueron uña y carne durante años. Siempre andaban juntos en alguna aventura.

—Tengo fotos de él —murmura Lachlan—. Cargándome cuando yo era un bebé.

Finlay suelta una carcajada.

—Eras un pequeñín gordito. Fuerte como un buey, decía tu padre.

—Qué raro que mi padre nunca hablara de él —comento—. Entiendo que hubiera tensiones, pero si eran tan cercanos…

—Eso sí es raro —admite Rhona—. Siempre supuse que siguieron en contacto cuando se marchó. Al menos hasta que Callum desapa… —Se interrumpe, mirando a Lachlan, que se tensa visiblemente—. Perdona, muchacho.

—No pasa nada —responde él en voz baja.

—¿Y cómo está tu madre? —pregunta Finlay con cautela.

Lachlan se pone aún más rígido.

—No… no hablamos mucho. Le cuesta. Me parezco demasiado a mi padre.

—Ay, muchacho… —Finlay le da una palmada en la mano y, a menos que lo imagine, eso parece aliviar un poco su tensión—. Lamento oírlo. Me alegra que hayas vuelto a casa entonces. Es bueno estar rodeado de gente que se preocupa por uno.

Los ojos de Lachlan se cruzan con los míos, y siento cómo algo cálido me llena el pecho.

—Sí —dice en voz baja—. Empiezo a creer que sí.

—Es una lástima que Brodie no esté para hacer un viaje a Inverness —digo, intentando desviar la atención de Lachlan.

—La información es pública —replica Finlay, encogiéndose de hombros—. Técnicamente, aún podrías ir. Aunque no sé qué encontrarías que Brodie no haya revisado ya. Seguramente sería más sencillo hablar con él. Siempre tuvo buen olfato para esas cosas.

—Lástima que ya no tengamos ese viejo diario —comenta Rhona con naturalidad mientras empieza a sacar el beicon de la sartén y dejarlo en un plato. Mira a Finlay—. ¿Te acuerdas?

—¡Ah, sí! —Los ojos de Finlay se agrandan—. Ya me había olvidado por completo.

Me inclino hacia delante, intrigada.

—¿Qué diario?

—Una cosa vieja y desgastada —dice Rhona—. Duncan lo encontró escondido en el granero hace años. Estaba enterrado en un baúl viejo.

Siento que se me abre la boca.

—¿En serio?

—Ajá. —Rhona asiente mientras empieza a servir la comida en los platos—. Durante un tiempo estuvo convencido de que lo llevaría a un tesoro.

Finlay se ríe.

—Decía que no era más que un aburrido diario de rutina.

—¿Nunca lo leíste? —pregunta Lachlan. Su voz tiene un tono extraño, como si estuviera conteniendo su emoción.

Finlay niega con la cabeza.

—No soy muy amigo de la historia, la verdad. Lo hojeé por encima, pero no soy mucho de leer.

—Como si alguna vez hubieras podido quitárselo el tiempo suficiente para que alguien más lo leyera —bufa Rhona—. Me sorprende que nunca te lo enseñara. —Frunce el ceño al mirarme—. Aunque, claro, si nunca hablaba de nosotros… tiene sentido.

Los ojos de Lachlan se encuentran con los míos, y en ellos percibo la misma urgencia que siento recorrerme. ¿Qué decía el diario? ¿Dónde estará ahora? ¿Se lo llevó Duncan o sigue aquí, en algún rincón olvidado?

Rhona reparte los platos ya servidos, rompiendo el hechizo, y aparto la mirada para darle las gracias al coger uno, justo cuando el hambre me golpea de pronto.

—Huele de maravilla —digo.

Ella gruñe.

—No es nada del otro mundo.

—Está buenísimo —dice Lachlan, ya comiendo.

—Mi Rhona es la mejor cocinera de toda Escocia —suspira Finlay.

Rhona pone los ojos en blanco.

—Anda, deja el coqueteo y come.

Observo a Lachlan comer en silencio, deseando alargar la mano y cubrir la suya, aunque solo fuera para ofrecerle un poco de consuelo. Me contengo, sin saber si realmente está listo para hablar de… lo que sea que le pese por dentro. En su lugar, estiro la pierna y rozo su tobillo con la punta del calcetín.

Él levanta la vista. Le dedico una sonrisa suave, que me devuelve mientras articula en silencio: «Estoy bien».

Asiento y empiezo a comer. Escucho la conversación tranquila que mantiene con mis abuelos, sintiendo un calor extraño ante la sencillez del momento. Con todo lo que sé sobre la historia de nuestras familias, casi parece algo especial: que MacKay y Greer compartan algo tan sencillo como una comida.

Sacudo la cabeza, apartando el pensamiento tonto.

Nos lleva un rato lograr separarnos de la mesa de mis abuelos. Lachlan se inventa alguna excusa sobre tener que ir a ver a las vacas para que podamos escabullirnos los dos. Me dice que me espera fuera y, efectivamente, lo encuentro no muy lejos de la

puerta principal cuando termino de cambiarme, apoyado contra la casa y contemplando las colinas con expresión pensativa.

—Lo siento —digo de inmediato—. No pretendía ponerte en esa situación.

Él niega con la cabeza.

—No pasa nada. No ha sido para tanto.

—Mis abuelos… —Pienso bien mis palabras para no ofenderlo, no después de todo lo que ha vivido—. No creo que sean como los MacKay de los que has oído hablar. Creo que puedes confiar en ellos.

Gira la cabeza para mirarme y sus ojos recorren mi rostro. Aparta un rizo suelto detrás de mi oreja, con los labios apenas curvados.

—Quizá pueda.

—Lachlan —digo con firmeza—. No creo que el diario del que ha hablado Rhona llegara nunca a Estados Unidos.

Frunce el ceño.

—¿Por qué dices eso?

—Porque revisé absolutamente todas las cosas que dejó mi padre cuando murió. Lo habría visto.

—¿Y si lo guardó en algún otro sitio?

—Nunca encontré nada que sugiriera que tuviera documentos almacenados en otro lugar.

—Entonces, ¿dónde estaría?

—Creo que… —Asiento, cada vez más convencida—. Creo que todavía debe estar aquí.

Lachlan no parece del todo seguro.

—He registrado esta propiedad durante meses, Key. ¿No crees que lo habría encontrado?

—También registraste el castillo, ¿recuerdas?

Eso le arranca una sonrisa.

—Maldito sabueso.

—Admítelo —digo con una sonrisa—. Soy tu amuleto de la suerte.

—Sí —responde en voz baja, inclinándose para rozar mi mejilla con sus labios—. Puede que lo seas. —Al enderezarse, vuelve a fruncir el ceño, pensativo—. No te hagas demasiadas ilusiones. Podría no ser nada.

—No —le digo con firmeza—. Es algo. Lo presiento.

Él me hace un gesto para que lo siga, sin duda buscando distraerse con las tareas de la mañana en la granja, y noto que sigue sin estar convencido. Que no se permite esperar que esto signifique algo. Que podamos encontrar ese maldito diario si es eso lo que está en juego.

Y no pasa nada, pienso.

Quizá yo pueda tener esperanza por los dos.



22

Lachlan

—No puedo creer que dejara que Blair me convenciera para esto —murmuro.

Key me sonríe desde arriba mientras la ayudo a subir por la escalera hacia su «torre» improvisada.

—¿Quieres decir que no quieres luchar por mi honor?

—La cuestión no es esa —bufo—. Blair ha montado todo este circo únicamente para vender más cerveza.

—No la culpo —grita Key desde arriba.

La observo acomodarse en la plataforma de madera, instalándose en su «trono» tallado: un tronco convertido en asiento con respaldo. Se ve demasiado contenta.

—Las vistas desde aquí son estupendas —dice, ajustándose una tiara de plástico.

Frunzo el ceño desde abajo, con las manos en las caderas.

—Primero te quejas porque te llamo princesa, ¿y ahora te plantas una tiara?

—No lo sé —responde, guiñándome un ojo—. Quizá ya empieza a gustarme. Además, me encanta tu atuendo de hoy.

Bajo la mirada hacia el *kilt* que me llega a las rodillas. Era de mi padre y está viejísimo, pero Blair dijo que era requisito indispensable para competir. Algo sobre «entrar en el espíritu de los juegos». A estas alturas, esto ya apenas tiene relación con la historia del nombre del pub. Estoy seguro de que solo quiere reírse a mi costa.

Resoplo mientras echo un vistazo a los demás concursantes. El campo detrás del pub está lleno de gente a la que conozco de toda la vida, mezclada con turistas atraídos por la cerveza barata y la promesa de ver hombres sudorosos… Todos llevan una cerveza en la mano y charlan y se ríen mientras esperan que empiecen los juegos. No pensaba participar, de verdad que no, pero entonces vi a los gemelos de Isla pavoneándose con camisetas rotas, músculos bronceados y sonrisas de galán… y, en fin. Resulta que soy un poco celoso. Quién lo diría.

—¿Listo, Lachlan?

Veo a Hamish justo cuando su palma aterriza en mitad de mi espalda. Sus ojos azules brillan bajo el sol de media mañana.

—Estaría mejor sentado en una silla, no plantado aquí en el campo —murmuro, alzando una ceja—. No me digas que tú también vas a competir.

—¿Y por qué no? —Se yergue ligeramente—. No creas que no puedo enseñaros un par de cosas a vosotros, jovenzuelos.

Lo miro sin decir nada hasta que suelta un suspiro.

—Está bien. Blair me pidió que hiciera de maestro de ceremonias.

—Qué suerte la tuya.

—Creo que solo me lo pidió porque sabe que apenas bebo.

—Probablemente. Eres el único en quien confía para no acabar tirado en la hierba.

Hamish asiente, luego me da un codazo.

—¿Y a ti qué te ha dado por competir? —Sonríe con picardía—. No me digas que vas detrás de un beso de la guapa MacKay, ¿eh?

No le digo que conozco con exactitud el sonido que hace la «guapa MacKay» cuando tengo la lengua entre sus piernas. No quiero provocarle un infarto al viejo Hamish.

Me encojo de hombros.

—Solo estoy echando una mano a los gemelos.

—Sí, claro —ríe—. Y mi segundo nombre no es Elsbeth.

Frunzo la nariz.

—Espera, ¿de verdad lo es?

—Tú tienes tus secretos, yo tengo los míos.

Me da otra palmada en la espalda y se dirige hacia la plataforma junto a la torre de Key, donde han colocado un altavoz conectado al micrófono.

Los concursantes empiezan a reunirse también, incluidos los gemelos de Isla, cuyos nombres no recuerdo muy bien… ¿Puede ser que uno sea Cormac? También veo a Malcolm acercarse con un *kilt* rojo escandaloso, la barba trenzada como si fuera a la guerra en lugar de a saltar obstáculos.

—Podría haberse puesto una camisa —murmura alguien a mi lado.

Es uno de los gemelos. ¿Cormac? ¿Camdan? Parece tan molesto por el exhibicionismo de Malcolm como yo. Bien. Al menos alguien

tiene sentido común. El otro gemelo llega junto a él, ambos llevan camisetas negras con las mangas cortadas y *kilts* azul y verde.

—Sí, debería haberlo hecho —concuerdo.

—¿Y no tiene edad para ser el padre de la chica? —añade uno, torciendo el gesto.

—Así es —gruño—. Pero seguro que solo ha venido a presumir.

No me gusta cómo miran a Key, que está charlando con Hamish desde su torre. Tengo que recordarme que, para todos los demás, ella es «el premio». Aunque yo ya empiezo a pensar en ella como *mía*.

—Ewan —dice uno, tendiéndome la mano y sacándome de mis pensamientos oscuros.

La estrecho justo cuando su hermano me ofrece la suya.

—Niall.

Así que no tenía ni idea de sus nombres.

—Lachlan.

—Sí, ya lo sabemos —se ríe Ewan.

Niall arquea las cejas.

—¿Crees que podrás seguirnos el ritmo, abuelo?

De acuerdo, sí, son unos estúpidos después de todo.

—Podría preguntaros lo mismo —replico—. ¿Seguro que tenéis edad para beber legalmente?

—Podemos hacer muchas cosas legalmente —ríe Niall.

Se vuelve hacia la torre de Key y alza la mano para saludarla.

—La nieta del viejo Finlay es preciosa, ¿no crees?

Choca los puños con su hermano.

Decido en ese momento que voy a aplastarlos a los dos.

—¿Listos para que os dé una lección? —grita Malcolm desde la plataforma.

Observo su torso enorme y sus brazos gigantes, y recuerdo que tengo algo que ellos no. Que podría lanzarlos a los tres por todo el campo si quisiera.

Mi sonrisa se vuelve salvaje cuando abro los labios para mostrar los dientes.

—Ya veremos.

La satisfacción de la victoria en el lanzamiento de tronco me dura apenas diez minutos, hasta que los gemelos recurren a sus trucos sucios —principalmente hacerme tropezar— para ganar la carrera de obstáculos. Dos horas después, estoy sudado, molesto y listo para cometer un homicidio. Ewan ya ha quedado fuera, gracias a Dios, pero Niall y Malcolm siguen.

Cada vez que miro hacia Key, sé que se lo está pasando en grande. Me alegra verla feliz, pero juraría que la he pillado riéndose de mí más de una vez, y no conmigo. Debería darle unas buenas cachetedas por eso.

—¿Todo bien, abuelo? —se burla Niall.

Entrecierro los ojos mientras me apoyo en las rodillas para recuperar el aliento. Maldita Blair y su obsesión por hacerlo «auténtico». ¿No podíamos solo lanzar cosas y trepar un poco?

—A continuación —anuncia Hamish—, ¡tenemos el tradicional lanzamiento de martillo! Nuestros valientes competidores lanzarán un poste con una bola de metal en el extremo, y se les calificará por distancia. El que lance menos lejos quedará descalificado, lo que nos dejará con solo dos finalistas. —Hamish señala a Key, que hace una

reverencia fingida aunque viste pantalones—. Recordad que está en juego un beso de esta preciosa muchacha, ¡así que dadlo todo!

Esto no se parece en nada a la historia, lo juro.

—Podéis quedaros el beso —grita Malcolm—. Aun así, voy a patearos el trasero a los dos.

Niall pone los ojos en blanco y yo me aguanto para no hacer lo mismo.

—Lanza el maldito poste de una vez, ¿quieres?

—Con sumo gusto —responde Malcolm con grandilocuencia.

Se acerca a su poste y lo levanta del suelo para probar el peso. Sé que normalmente pesan unos doce kilos, pero Blair siempre quiere «hacerlo más interesante», así que seguro que pesan más. Lo confirma el hecho de que los músculos de Malcolm se marcan al instante, y sus mejillas se inflan mientras suelta aire para estabilizarse.

Niall y yo observamos mientras empieza a girar, arrastrando el poste en amplios círculos para tomar velocidad. Está rojo, sudando, y en unos segundos lo suelta. Vuela varios metros y cae a unos diez. La gente aplaude mientras Malcolm levanta el puño, jadeando.

—La edad antes que la belleza —dice Niall con una reverencia.

Me recuerdo que no es buena idea estrangularlo delante de todo el mundo.

Me acerco a mi poste, ajustándome el *kilt* azul y rojo en las caderas. Me sacudo las manos y lo agarro con firmeza. Planto los pies y miro hacia Key, que se inclina sobre la barandilla y me saluda con la mano. Sonrío al instante.

Levanto el poste… e inmediatamente frunzo el ceño.

Blair definitivamente hizo el mío *más pesado*. Esta cosa debe pesar fácilmente cincuenta kilos. No hay forma de que Malcolm hubiera levantado esto. Blair metió mano para «desafiarme».

A veces la quiero. A veces la odio.

Aprieto los dientes mientras empiezo a girar, notando cómo el peso brutal de la bola tira de mí y amenaza con derribarme. Espero hasta sentir el movimiento fluido del aire antes de calcular el momento exacto y soltarlo. Veo cómo vuela describiendo un arco y cae… dos metros más lejos que el de Malcolm.

Una sonrisa ensancha mis labios.

Me giro para mirarlo a la cara. Mi respiración está agitada pero tengo un decidido aire de suficiencia.

—¿Qué decías de patearme el trasero?

—Bah —responde, restándole importancia con la mano—. Vosotros, los jóvenes, y vuestro maldito ego.

Niall ya corre hacia su poste, guiñándome un ojo.

—Dejad que os enseñe cómo se hace.

Niall le gana a Malcolm por muy poco, y sospecho que, si no fuera por la pinta de cerveza que le ofrecieron en cuanto perdió, tendría muchísimo más que decir al respecto. Sin embargo, ahora solo está refunfuñando entre el público con su segundo vaso, mirando el campo mientras Niall y yo nos acomodamos para la prueba final.

—Nuestro último juego es el clásico tira y afloja —anuncia Hamish —, ¡pero con un giro sorpresa!

Le lanzo una mirada a Blair, presintiendo que está planeando algo más «por mi propio bien». Ella solo me manda un beso desde su zona del público.

—Para hacerlo más interesante —sigue Hamish—, nuestros muchachos tendrán que atarse la cuerda a la cintura y, en lugar de tirar para que el otro cruce una línea, tendrán que derribarlo al suelo.

Joder.

—Así es —continúa Hamish—. ¡No se trata solo de fuerza, sino también de maña!

Niall ya está metiendo los pies en el lazo de su lado de la cuerda, y, cuando ya la tiene bien atada a la cintura, el imbécil tira del borde de su camiseta, se la quita de un tirón y la lanza, dejando todos sus músculos sudados a la vista. Flexiona los brazos y monta todo un espectáculo, sonriéndome como si me retara.

No tienes nada que demostrarle.

Luego le manda un beso a Keyanna, y a mí se me nubla la vista.

Gruño mientras meto los pies en mi propio lazo, lo ajusto a la cintura y acto seguido me quito la camisa también. Me ahorro el numerito; no tengo nada que demostrarle a este crío, pero, dado que soy al menos cinco centímetros más alto y unos veinte kilos más pesado…, no puedo evitar erguirme un poco más. Un vistazo rápido hacia Key me muestra que se está riendo detrás de la mano. Seguro que tendrá mucho que decir después.

Niall agarra con ambas manos los lados del lazo de su cuerda, planta los pies en el césped y se afirma, igual que yo. Escucho que Hamish empieza la cuenta atrás y, para cuando suena el silbato, casi ni lo oigo por el ruido de la sangre en mis oídos. Agarro la cuerda con fuerza y doy un paso hacia atrás, sintiendo la satisfacción cuando Niall tropieza un poco hacia delante. Pero no cae; me

sorprende usando todo su peso para impulsarme de inmediato hacia el lado contrario.

El tira y afloja dura mucho más de lo que quisiera; incluso cuando logro arrastrarlo un metro hacia mí, no consigo desestabilizarlo lo suficiente para hacerlo besar el suelo. Siento el sudor en la piel, corriendo por mis sienes, el sol alto quemándome hasta que todo mi cuerpo arde. Caigo en la cuenta de que, por muy fuerte que sea, este crío podría aguantar más que yo, y, con eso en mente, empiezo a pensar en métodos alternativos para que termine comiendo césped.

La frustración de siquiera imaginar perder empieza a crecer, y la idea de que alguien más le dé un beso a Keyanna —por inocente que sea— amenaza con encender una furia dentro de mí que se siente física. La noto quemando bajo mi piel, los dedos hormigueando como si mis garras estuvieran a punto de salir, y cierro los ojos a la fuerza, seguro de que se me deben de estar encendiendo.

Joder, no puedes perder el control. No aquí.

Abro los ojos con una determinación renovada, porque tengo que acabar con esto. Antes de perder el control y montar un maldito espectáculo. Observo a Niall con más atención cuando intenta tirarme otra vez, me planto firme y estudio cualquier señal de debilidad en él.

En su siguiente tirón, noto que lanza todo su peso hacia atrás mientras me arrastra unos centímetros, y se me enciende la bombilla. Apenas puedo contener la sonrisa; aflojo un poco la cuerda, fingiendo cansancio, y lo veo: esa cara de victoria cuando Niall cree que ya me tiene. Espero a que vuelva a cargar todo su

peso en la cuerda y veo cómo sus pies se levantan apenas del suelo mientras clava los talones.

Y ahí es cuando hago mi movimiento final.

Doy un tirón rápido y brutal justo en el momento exacto en que Niall se inclina. La fuerza resultante lo toma por sorpresa y lo desequilibra. La expresión de su cara no tiene precio: el shock y la incredulidad luchan entre sí antes de que caiga de culo y termine sentado en el suelo, con una expresión atontada, mientras dejo caer mi cuerda sobre el césped.

La gente alrededor empieza a aplaudir, pero la sangre late en mis oídos y ya voy caminando hacia la torre de Key, ignorando los silbidos y los gritos mientras subo la escalera. Ella me espera arriba, con una sonrisa enorme y las mejillas sonrojadas por el sol, levantándose de su trono improvisado para recibirme cuando piso la plataforma.

—Eso ha sido impresionante —dice. Sus ojos recorren mi torso desnudo—. Vaya… y creo que me gustas así, sudado.

—Ah, ¿sí?

—Ajá. Y esto me gusta aún más —dice, tirando de mi kilt con los dedos.

Le paso un brazo por la cintura, acercándola a mí.

—Me prometieron un premio.

—Pues… —dice, rodeando mi cuello con sus brazos—, ven y tómalo.

Le cubro la boca con la mía, besándola de una forma que no tiene nada de apropiada para el premio casual que se suponía que debía darme, pero no me importa lo más mínimo. La adrenalina me recorre el cuerpo; casi puedo sentir mis instintos más bestiales

queriendo salir. Es casi como si la idea de que alguien más la tocara hubiera despertado al monstruo dentro de mí y necesitara recordarle a quién pertenece.

Porque sí se siente como mía.

Paso la lengua entre sus labios y atrapo el pequeño gemido que suelta, sabiendo que, después de esto, la gente va a hablar. Rumores por todas partes. Y decido que tampoco me importa. Que digan lo que quieran. Mientras yo sea el único que pueda tocarla así. Porque, por el amor de Dios, ni siquiera pude soportar la idea de que alguien más le diera un beso inocente. ¿Será un efecto posesivo de la maldición? ¿Algún instinto monstruoso que me hace querer reclamar todas sus caricias, sus besos, todo lo que esté dispuesta a darme?

¿O solo soy yo?

Hay algo clarísimo. Estoy obsesionado con Keyanna MacKay. Y, considerando que mis días podrían estar contados…, no tengo ni idea de qué hacer con esa información.



23

Keyanna

—Simplemente sentí que había algo ahí, ¿sabes?

Me apoyo en la vieja silla de metal arrinconada en la esquina del granero, dejando que la cabeza descanse contra la pared interior. No hay respuesta, igual que no la ha habido en los últimos diez minutos que llevo hablando, pero eso no me impide seguir soltando todo lo que tengo en la cabeza.

—Escuché lo del diario y sentí un es esto. Sé que mi padre no lo tenía en nuestra casa de Nueva York. Lo sé. Así que tiene que estar aquí, ¿no? —Más silencio—. Pero… —Suelto un resoplido frustrado—. Llevamos una semana buscando por toda la propiedad y no hay nada. Ni siquiera una maldita carta extraviada en un cajón. ¿Qué demonios pudo haber hecho con él?

Dos ojos me miran con pereza, masticando despacio mientras me observa con cara de aburrimiento. Exhalo, me pongo de pie y cruzo la distancia que nos separa para rascarle el mentón.

—Eres buena oyente, Bethie —le digo—, pero hueles horrible.

Suelta un mugido bajo, resopla fuerte por la nariz y me rocía con un aire húmedo que casi me hace vomitar.

—En serio —me quejo—. ¿Tienes que ser tan asquerosa?

—Ah, aquí estás —escucho desde la entrada del granero, detrás de mí.

Miro por encima del hombro y veo a Lachlan separarse del marco de la puerta, acercándose mientras sigo rascando a Bethie.

—Ya veo que por fin decidiste que las vacas no te van a comer.

—El jurado aún no ha decidido —le digo—. Pero… es raramente tierna. Supongo.

—¿Has oído eso, Bethie? —Él le rasca la mejilla y luego detrás de la oreja, haciendo que incline la cabeza hacia su mano—. Eso es un cumplido enorme viniendo de ella.

Intento sonreír, pero no me sale. Lachlan lo nota.

—¿Te estás escondiendo aquí para poder entrar en crisis?

—No estoy… entrando en crisis —miento descaradamente.

—Sí que lo estás. —Se separa de Bethie, me pasa un brazo por los hombros y me atrae hacia él para besarme el pelo—. Te dije que esto no puede afectarte así. No es tu responsabilidad resolverlo todo.

Entonces, ¿por qué parece que sí lo es?

—Es que pensé que íbamos a encontrarlo —admito en voz baja—. Igual que en el castillo.

—Eso fue un accidente rarísimo, Keyanna —dice con suavidad—. No eres una vara de radiestesia. Y no espero que lo seas, ¿de acuerdo?

Asiento con rigidez.

—Supongo.

—Ahora…, ¿has estado practicando?

—Sí. Aunque no es que haya mejorado mucho.

Lo cual no es del todo cierto. Hace una semana no podía controlar en absoluto esta magia extraña dentro de mí…, pero, después de otra ocasión en la que fundí todas las luces de Lachlan y estuve a punto de incendiar su alfombra, decidimos que tenía que intentar algo.

—Muéstrame —dice.

Suspiro mientras me alejo un paso, flexiono la mano y trato de perseguir esa sensación que siempre aparece cuando pasa algo con mi magia. Se siente como un pozo que recibe agua, tan lleno que se desborda y se convierte en algo físico. Como si mi cuerpo ya no pudiera contenerlo.

Cierro los ojos e intento tocar esa sensación, imaginándola como un pozo real. Imaginando que soy yo quien lo llena hasta el borde. Tras unos segundos, siento ese calor vibrante bajo la piel, una chispa de emoción en el vientre que no desaparece por muchas veces que suceda. La dejo subir, la alimento, lleno mi pozo.

Imagino el agua derramándose por el borde de piedra y la guío hacia un único lugar. Uno pequeño. Algo que pueda controlar. El calor recorre mi cuerpo y se concentra en la palma y, cuando abro los ojos, una llamita titila ahí.

Sonrío mientras la observo y luego miro a Lachlan, buscando reconocimiento.

—Qué truco tan elegante —se ríe.

Entrecierro los ojos.

—¿Quieres que te queme el culo con mi truco elegante?

—No, no —dice, sonriendo—. Me retracto. Definitivamente eres todopoderosa.

—Eso decía yo. —Cierro la mano en un puño y dejo que la llama se apague—. Podría ser útil algún día.

—Claro que sí —afirma, ahora más serio.

Me atrae hacia él otra vez y me besa el pelo.

—Eres increíble, Key. No necesitas que yo te lo diga.

Siento un nudo que crece en mi pecho, tan intenso que duele, y me aferro a él.

No sé cómo decirle que, con cada día que pasa, con cada día que lo conozco un poco más, también crece mi miedo. Parece ridículo que la idea de perderlo pueda doler tanto después de tan poco tiempo, pero ahí está, ignorando toda lógica. Cada día sin respuestas se siente como una pérdida. Aunque pase las mañanas en su cama, las noches se vuelven casi perturbadoras de tan solitarias. Como un recordatorio de que, cuanto más me enamoro de esto que tenemos, más va a doler si inevitablemente lo pierdo por su maldición.

—¿Cómo haces esto?

Se aparta, confundido.

—¿Hacer qué?

—Vivir cada día sin saber qué va a pasar. ¿No te da miedo?

Frunce el ceño, serio, antes de mirar hacia otro lado, a la nada.

—A veces, sí —dice—. Pero no puedo quedarme pensando en eso. Me volvería loco. Es mejor seguir como si la respuesta estuviera ahí fuera. Aunque haya días más difíciles que otros. —Una sonrisa suave cruza sus labios cuando vuelve a mirarme—. Últimamente ha sido más llevadero.

Me entierro en su pecho, chocando contra él con tanta fuerza que suelta un pequeño «uf» mientras abrazo su cintura.

—Tengo miedo —admito—. No debería tener miedo, ¿verdad? Hace unas semanas me odiabas.

—Sí… —murmura, hundiendo los dedos en mi pelo y levantándome la cabeza para que lo mire—. Como dijiste, no creo que de verdad te odiara. No realmente. Creo que era más fácil fingir que sí.

Apoyo la mejilla en su cuello.

—¿Qué vamos a hacer?

—Mañana terminaremos de revisar el ático. La próxima semana… no sabría decirte. —Siento el roce de sus labios en mi pelo, su mano grande sosteniéndome la cabeza—. Pero ahora mismo…, creo que vamos a tomar algo.

—Es la una de la tarde —le recalco.

Se ríe por lo bajo.

—Algunos no tenemos la fortuna de tener la noche para ir de fiesta.

—No me lo recuerdes —gruño contra su camiseta—. Vamos, princesa —se ríe—. Vamos a por una pinta. Nos vendrá bien.

—Eso lo dirás tú.

—Bueno, como mínimo hará que dejes de hablarle a las vacas.

Camino detrás de él cuando se aleja y lo sigo hacia la salida del granero, preguntándome cómo demonios puede estar tan tranquilo. Parte de mí teme que sea una fachada, que esté proyectando esa calma para darme un poco de paz. Y solo pensarlo me dan ganas de gritarle. Pero tampoco quiero perder el tiempo discutiendo. No cuando está lidiando con todo esto lo mejor que puede.

Mierda.

Sí, necesito esa copa.

—Vale, pero sabemos que, después de la guerra, tu familia se asentó en la zona donde ahora está el pueblo —digo, revisando un viejo censo que encontré al fondo de la pequeña biblioteca de Greerloch.

Lachlan se lleva la jarra a los labios, da un trago largo y suspira.

—Sí. Antes había una mansión a unos kilómetros de la propiedad de Hamish. Se quemó en el mil seiscientos.

—Vosotros sí que tenéis mala suerte con las casas.

Él suelta una risa.

—Diría que tenemos mala suerte con muchas cosas, amor.

El estómago se me encoge con esa palabra. No la dice muy a menudo; ni siquiera estoy segura de que se dé cuenta cuando lo hace, pero yo guardo cada una como un recuerdo. Cada una me provoca un montón de mariposas.

—Pero, si mi familia sí se enredó con la *kelpie*, entonces es lógico asumir que, para ese momento, tenían la brida, ¿no?

—Baja la voz —me sisea, mirando a la gente que aún queda en el pub, turistas que siguen rondando después de los juegos—. Se supone que sí.

—Entonces, ¿dónde estaba mi familia cuando la tuya fundó Greerloch?

—Hasta donde sé, tu familia vivió en el mismo terreno desde el día en que se lo compraron a la mía.

—Sabes… eso es justo lo que no me cuadra.

—¿Por qué?

—¿Por qué tus antepasados le venderían su tierra a los míos si tuvimos algo que ver con la maldición?

—Bueno… —Lachlan frunce el ceño, pensativo, mientras mira su cerveza—. Me atrevería a decir que, si tenían la brida, no había realmente nadie que pudiera decirles que no.

—Entonces, ¿qué? ¿La usaron para presionar a tu familia a entregar parte de su tierra y luego simplemente… dijeron «al diablo» y la tiraron?

Lachlan hace una mueca.

—Supongo.

—¿No te parece raro?

—Me convierto en un maldito dinosaurio cuando anochece —rezonga—. Ya nada me parece raro.

Lo aparto con un gesto y me muerdo la uña del pulgar, dejando que las posibilidades me den vueltas en la cabeza. Hay algo ahí, en el borde de todo, apenas fuera de mi alcance…, algo que no logro atrapar. Si la brida pasó a los MacKay, y los MacKay nunca se fueron, entonces seguro que…

Una voz alegre a mi espalda me saca de golpe de mi lucha mental.

—Hola, Keyanna.

Para ser justos, Lachlan solo se tensa un poco cuando ve a mi primo detrás de mí, recordando sin duda la última conversación que tuvimos con Brodie.

Me giro en el asiento y le sonrío.

—Eh.

—Un poco temprano para beber, ¿no?

Lo dice sonriendo, así que sé que es broma. Alzo una ceja.

—Mira quién habla.

—Te informo —protesta— que yo he venido por la comida.

—¡La mejor de este lado de Inverness! —grita Rory desde la barra.

Lachlan estira el cuello.

—¿Qué te dije de escuchar conversaciones ajenas?

—Sí, pero nunca te hago caso. ¿Por qué iba a hacerlo ahora?

Lachlan niega con la cabeza, recostándose en la silla mientras murmura:

—Idiota.

—Oye —dice Brodie, abriendo los ojos con interés mientras se inclina hacia la mesa—. ¿Qué es eso?

Miro el libro del censo abierto frente a mí.

—Un callejón sin salida, eso es.

—Sigues investigando esa historia, ¿eh?

—Lo estoy intentando —le digo. Lo observo asentir y se me ocurre algo, así que me enderezo—. Tú también estuviste mirando todo esto, ¿no?

—Sí, un poco —responde—. Más que nada por diversión. Mi padre solía decir que teníamos vikingos en la familia. —Se ríe con un resoplido—. Pero seguro que era mentira.

—Sí —digo con una risa nerviosa, intentando no pensar en caballos mágicos cambiaformas—. Seguro.

Vuelve a mirar el libro.

—¿Buscas algo en particular?

—Estamos bien —dice Lachlan con voz tensa. Cuando lo miro, noto que tiene la mandíbula apretada.

Le lanzo una mirada inequívoca, dejándole claro que estoy lista para abofetearlo si continúa con esa actitud de macho alfa.

—No creo que pase nada por pedirle ayuda a Brodie —insisto—. Es solo por diversión, al fin y al cabo.

Lachlan pone cara de niño regañado y se remueve incómodo en el asiento.

—Supongo que no pasaría nada.

—Siéntate, Brodie —le indico, dando unas palmaditas al asiento junto a mí—. Aquí.

Aún parece algo inseguro, pero se sienta.

—Claro. Tengo tiempo.

—Estábamos viendo cuándo se asentaron los MacKay aquí —le explico—. Compraron la tierra a la familia de Lachlan, ¿verdad?

—Sí —confirma Brodie—. La vieja granja se construyó justo en la frontera donde empieza la tierra de los Greer. —Su expresión se ilumina, claramente entusiasmado con el tema—. Los Greer ya tenían allí a sus muertos, ¿sabes? Incluidos sirvientes y demás, así que los MacKay que trabajaron para los Greer durante siglos estaban allí. Así que se llevaron todo lo que pudieron lo más cerca del cementerio para estar con la familia.

—No… no sabía eso —dice Lachlan, genuinamente sorprendido—. ¿Es cierto?

Brodie asiente, mirándolo con cautela.

—Sí. Nunca pude encontrar la fuente original, eso sí. Solo vi que lo mencionaban con frecuencia.

—¿Y viste algo sobre un diario mientras investigabas?

—¿El que se supone que Duncan encontró?

—¿Rhona te lo dijo? —Alzo las cejas.

—No, no exactamente. —Se encoge de hombros—. Ya la había oído mencionarlo antes, pero también se habla de un registro original del primero que se asentó en esa tierra.

El corazón me da un salto.

—¿Sabes quién fue?

—Claro. Se llamaba Tavish. Era mozo de cuadra de los Greer en el antiguo castillo.

Lachlan se inclina hacia delante.

—¿El castillo?

—Ajá. —Aunque Brodie claramente duda en compartir todo esto tan a la ligera, especialmente conmigo y Lachlan, se le nota encantado de que alguien se interese por su proyecto; casi me hace sentir culpable no contarle toda la verdad—. Se casó con alguien que vivía en el castillo también. ¿Quizá una sirvienta? No estoy seguro. Nunca mencionan su nombre. Creo que ellos fueron los primeros MacKay que se asentaron donde ahora viven Rhona y Finlay.

El corazón me late con fuerza. Algo en esa información me parece relevante. Incluso importante. Si a Lachlan siempre le dijeron que un mozo de cuadra MacKay se enamoró de la *kelpie*, que la ayudó a escapar…, tiene que ser ese Tavish.

Me cuesta no saltar de la emoción cuando miro a Lachlan. Él tiene la misma cara de shock, con los ojos muy abiertos y la boca entreabierta.

—¿Qué? —pregunta Brodie, comprensiblemente confundido—. ¿Qué pasa?

—Yo… —Abro y cierro la boca como un pez—. Nada. Teníamos una apuesta. Y parece que voy ganando.

Lachlan suelta una risa contenida.

—No sé si diría eso.

—Sois muy monos los dos —suspira Brodie—. Una tortura para los solteros.

—Un consejo —dice Lachlan en voz baja—. Será mejor que dejes de insistir con Blair, ¿vale? Estás apuntando al árbol equivocado. Al bosque equivocado, más bien.

—No me lo puedo creer —exclama Brodie, genuinamente sorprendido.

Lachlan le dedica una mirada compasiva.

—Me temo que sí.

—Lo que me faltaba —resopla Brodie—. Así es mi suerte.

—Mi padre decía que es mejor haber amado y perdido que no haber amado nunca —dice Lachlan.

Brodie frunce el ceño.

—Creo que eso lo dijo Tennyson, amigo.

—¿Qué? —La boca de Lachlan se abre—. ¡Ese viejo embaucador me hizo creer que era poeta!

Brodie se ríe a carcajadas.

—Créeme, si eso es lo único de lo que puedes decepcionarte de tu padre, no vas mal.

—Ay… —Lachlan niega con la cabeza—. He oído que tu padre es medio idiota. —Hace una mueca al darse cuenta de lo que ha dicho —. Perdón.

Brodie recuerda de repente que Lachlan no le cae bien. Su sonrisa desaparece y se encoge de hombros.

—Sí, bueno. Así son las cosas. Supongo que fue culpa mía por no salir como él quería.

—¿Cómo quería? —pregunta Lachlan.

La mirada de Brodie se enfría.

—Para él, más como tú, supongo.

—¿Yo? —Lachlan pone cara de incredulidad—. Ayudo en la granja. Seguro que estaría más orgulloso de alguien listo como tú, ¿no? Con tu trabajo elegante allí en Inverness.

Brodie se pone aún más tenso y, sinceramente, no entiendo en qué momento se ha torcido la conversación. Iba tan bien.

—Bueno —dice Brodie, levantándose—. Mejor voy a por mi comida antes de morirme de hambre.

—Gracias por tu ayuda —le digo, conteniendo las ganas de preguntar qué demonios acaba de pasar.

Él asiente con rigidez.

—Buena suerte con la búsqueda.

—Igualmente —respondo. Y espero a que esté lo bastante lejos para inclinarme hacia Lachlan—. ¿Qué demonios ha sido eso?

Lachlan se encoge de hombros.

—Todo iba bien. Es solo que ese tipo no me traga, Key. No hay mucho que pueda hacer.

Frunzo el ceño, pero no tengo tiempo para desentrañar ese enredo. Eso tendrá que esperar. Ahora tenemos algo mucho más urgente.

—La historia. ¿Crees que…?

—Sí. Definitivamente —responde antes de que termine.

—¿Qué hacemos ahora?

Lachlan mira hacia la ventana, preocupado.

—Por desgracia, creo que ya no queda suficiente luz para hacer nada hoy.

—Oh. —Me marchito por dentro al pensar en despedirme otra noche más; cada vez temo que no vuelva. —Claro.

Él ve el miedo reflejado en mi cara y estira la mano para cubrir la mía.

—¿Quieres venir conmigo?

—¿Qué? —Me echo hacia atrás—. No creo que funcione así.

Pone los ojos en blanco.

—No así. Me refiero a la orilla del lago. Un rato. —Vuelve a mirar hacia la ventana—. Aún hay tiempo… y quiero enseñarte algo.

Como últimamente estoy desesperada por pasar más tiempo con él, no necesito demasiada persuasión.

—Sí —le digo—. Vamos.

—Mírame.

Levanto la vista mientras él me frota la mano con el pulgar, intentando calmar la ansiedad que seguramente estoy irradiando.

—Todavía tenemos tiempo —promete—. ¿Sí?

Suelto un suspiro.

—¿Desde cuándo eres tú el optimista?

—No sé de qué me hablas —dice con exagerada indignación—. Soy conocido por mi personalidad radiante.

Me limito a arquear una ceja.

—Sí, sí. Vamos, levántate —le digo, incapaz de evitar la sonrisa.

—Eso está mejor —dice, riéndose.

Intento no pensar en el sol que desciende cuando nos despedimos de Rory, Blair e incluso de Brodie. Intento no imaginar un escenario en el que se ponga y no me devuelva a Lachlan. Uno de los dos tiene que seguir teniendo esperanza.

Pero cada día me cuesta más.



24

Lachlan

—¿Seguro que todo esto no es solo un elaborado plan para terminar asesinándome?

Me río mientras ella se aferra con más fuerza a mi brazo, cuidando cada paso por el sendero rocoso.

—Te dije que hay maneras mucho más limpias de deshacerme de ti.

—Qué reconfortante —murmura.

—Ya falta poco.

—¿Y no podíamos haber ido en tu Rover?

—Es un atajo —le digo—. ¿Dónde ha quedado tu sentido de la aventura?

Casi resbala sobre una piedrecilla suelta y se agarra a mí mientras intenta enderezarse.

—Vete al diablo —resopla—. Este maldito paisaje va a acabar conmigo.

—Sí, muchacha. ¿Pero no es precioso?

Aparto una rama mientras el sol poniente se filtra entre los árboles, hasta que por fin salimos al aire libre que corre sobre las olas brillantes del lago. Oigo cómo se le escapa el aliento a mi lado y ver el asombro en sus ojos… es casi como contemplar mi tierra natal por primera vez. Este lago, esta orilla… a menudo son un recordatorio de todo lo malo de mi vida. Es raro que pueda simplemente detenerme y admirar lo increíble que es.

—Los atardeceres aquí son increíbles —murmuro. No puedo evitar reír suavemente—. He visto muchos.

—Lachlan…

Escucho la preocupación en su voz y niego con la cabeza.

—Nada de eso. No vamos a pensar en nada de eso. —Acomodo la manta que he cogido del asiento trasero del Rover y que ahora llevo en el otro brazo—. Vamos a sentarnos, disfrutar del atardecer y dejar todo lo demás para mañana, ¿vale?

Sé que quiere discutir, y curiosamente eso me hace sonreír. La dejo refunfuñar mientras extiendo la manta sobre la arena para que nos sentemos. Me acomodo encima y palmeo el sitio a mi lado. Ella sigue mirándome como si pensara que esto es una tontería, como si creyera que debería salir corriendo ahora mismo hacia quién sabe dónde e intentar resolver mis problemas por su cuenta. Y creo que esa expresión en sus ojos hace que me enamore un poco más de ella.

Apenas la conozco desde hace un mes, la he tocado desde hace aún menos, y no hace tanto que no podíamos compartir el mismo espacio sin discutir. Pero creo que la forma en que empezamos solo ha reforzado lo que sé ahora: que Keyanna MacKay es ferozmente

encantadora en su determinación y que resulta conmovedor ser el blanco de esa fuerza arrolladora.

—Vamos —digo, palmeando la manta otra vez—. Siéntate conmigo.

Aprieta los labios mientras se deja caer a mi lado —sin duda conteniendo sus objeciones— y no le doy tiempo a pensárselo: le paso el brazo por los hombros y la atraigo hacia mí en cuanto está lo bastante cerca.

—Así —digo—. ¿Tan difícil era?

—Como sacarse una muela —murmura.

Sonrío mientras beso su sien, satisfecho con solo abrazarla un rato mientras el sol sigue descendiendo.

—Hago esto muy a menudo —le digo.

—¿El qué? —Siento su mirada en mi perfil—. ¿Sentarte aquí?

—Ajá —asiento distraído—. El cambio empieza cuando el sol cruza el horizonte, así que muchas veces vengo temprano a sentarme y esperar. Solo para estar seguro.

Permanece callada un momento. Su voz es suave cuando por fin pregunta:

—¿Da miedo?

—Antes sí —le digo con sinceridad—. La primera vez que cambié… tenía trece años. —Le dedico una sonrisa torcida—. Ese debe de ser el incidente del granero del que Blair y Rory te hablaron. —Me pongo serio, mirando el agua—. Mi madre se había ido a Glasgow con su hermana cuando mi padre desapareció, y yo me quedé con mi abuela. Sabíamos que tarde o temprano iba a sucumbir a la maldición, y por eso parecía demasiado arriesgado alejarnos del lago. Pero después de aquello me fui. Me mudé a Inverness. Intenté

vivir una vida normal durante un tiempo. —Inspiro hondo y suelto el aire—. Intenté conectar con mi padre, pero para entonces ya había olvidado lo que era ser humano. No me reconoció.

—Lo siento mucho.

Niego con la cabeza.

—Las cosas son como son.

—¿Funcionó?

Vuelvo la cabeza, arqueando una ceja.

—¿Mmm?

—Lo de vivir una vida normal.

—Ah. Durante un tiempo, sí —respondo—. Mi padre me dejó un fideicomiso y, como lo dieron por muerto, lo recibí cuando cumplí veintiuno. Técnicamente no necesitaba trabajar, pero conseguí empleo en una constructora. Me gustaba trabajar con las manos.

—¿Y tu madre? ¿Vosotros…? —Carrapea—. ¿Seguís hablando?

—A veces. Como le dije a Rhona…, creo que para ella es difícil. Ella y mi padre… lo suyo era auténtico, ¿sabes? Se amaban con una intensidad tremenda. Incluso después de que él le contara la verdad sobre su maldición, poco después de decirle que la amaba…, ella nunca dudó. Se rompió cuando él no volvió a casa. Que estuviera tan cerca y, aun así, fuera como si estuviera muerto. Y, además, creo que ver tanto de él en mí le resulta doloroso. Igual que saber que lo que le pasó a él podría pasarme a mí.

—Pero sigues siendo su hijo —dice Key, indignada—. Prácticamente te abandonó.

Sonrío a pesar de todo, reconociendo esa ferocidad en su voz cuando habla en mi defensa.

—Sí, tienes razón. Pero no la culpo. Tal vez antes sí… pero ya no.

—Entonces, ¿por qué has vuelto?

Frunzo el ceño, atrayéndola un poco más hacia mí mientras un temor me oprime el pecho. Logré mantenerlo a raya durante un tiempo…, pero con Keyanna tan cerca, con algo que perder literalmente entre mis brazos…, lo siento con más fuerza.

—Una noche no regresé —le digo en voz baja—. Pensé que la maldición me había consumido, como a mi padre.

La oigo jadear suavemente y siento su mano aferrarse a mi muslo.

—¿Qué? ¿Durante cuánto tiempo? ¿Volvió a pasar?

—No —la tranquilizo—. Tardé dos amaneceres más en volver, y la única razón por la que no me perdí por completo fue que conservé la mente. Sabía, por las veces que intenté conectar con mi padre, que, si era verdaderamente el final, no sería más que un monstruo. Eso me dio esperanza.

—¿Por qué crees que ocurrió?

Me encojo de hombros.

—No estoy seguro. Era una época complicada. El trabajo era agotador y mi madre tuvo un episodio… Estuvo ingresada un tiempo. Perdió la noción de todo durante una temporada. Creo que… quizá el estrés dificultó que regresara a mí mismo.

Permanece completamente callada, inmóvil tanto tiempo que tengo que moverme para mirarla.

—¿Qué pasa?

No me mira; se queda observando su regazo.

—¿Y si yo solo estoy haciendo más difícil que te controles? ¿Y si, de algún modo, estoy acelerando el proceso?

—No digas tonterías, amor —la calmo—. Me das una paz que no sentía desde hace mucho.

Entonces levanta la cara, mordiéndose el labio.

—A ti no te pasará —dice, con los ojos llenos de pasión—. Lo que le pasó a tu padre. Yo voy a asegurarme.

Estudio su rostro, rozando su mejilla con los dedos. Sus pestañas tiemblan bajo mi tacto y sus labios se entreabren, como invitándome.

—Sí —murmuro—. Si alguien puede…, eres tú.

Su boca está suave y cálida cuando me inclino para besarla. Un sonido tenue se escapa de lo profundo de su garganta mientras mi lengua roza la suya. Le sostengo la mandíbula con la mano para mantenerla cerca, deleitándome con su suavidad, con el calor de su lengua entrelazándose con la mía.

La he tocado incontables veces desde que acabamos en la cama juntos por primera vez, y cada vez pienso que quizá esta será la ocasión en que los sentimientos abrumadores que despierta en mí se calmarán, que dejarán de amenazar con desbordarme por completo…, pero siempre me equivoco. Cada vez que toco a Keyanna, todo encaja. Como si estuviera hecha para mí. Como si fuera mía.

Siento sus dedos colándose bajo el borde de mi jersey, las yemas cosquilleándome el abdomen, que se tensa bajo su tacto. Su palma asciende por mis abdominales, resbalando por mi pecho, dejando un rastro de calor.

Me toma por sorpresa cuando, con un movimiento rapidísimo, se coloca a horcajadas sobre mi cintura, pero enseguida mis manos caen a su trasero para pegarla a mí sin dejar de devorarle la boca.

Así, casi puedo sentir a la bestia acechando dentro de mí, como si también quisiera reclamarla. Como si reconociera que ella es

nuestra. Es la vez que más cerca me he sentido del monstruo bajo mi piel, y quizá por eso resulta tan difícil controlarlo cuando ella me toca así. Necesito toda mi fuerza para mantenerlo contenido, para asegurarme de no hacerle daño por accidente como la primera vez; la idea de herirla me revuelve el estómago. No puedo permitirlo.

Key empieza a mover las caderas sobre mi regazo, y siento cómo mi erección crece dentro de los vaqueros, un reflejo pavloviano ante su cercanía. Gimo cuando se frota contra mí esta mujer diabólica, y noto su sonrisa contra mis labios mientras sus dedos se enredan en mi pelo.

Se separa un instante, con las pupilas dilatadas.

—¿Cuánto tiempo tenemos?

—Un rato más —le digo. Se me curva la boca—. ¿Qué…? ¿Aquí mismo?

—¿Dónde ha quedado tu sentido de la aventura?

La miro con la mandíbula floja mientras se quita el jersey por encima de la cabeza y lo deja caer sobre la manta, revelando que no lleva nada debajo. Sus pezones tensos, rosados, ya duros por el aire frío, parecen pedirme que los saboree.

—Te vas a resfriar —murmuro, mi lengua deseando posarse sobre ellos.

Se inclina y me besa la mandíbula.

—Entonces tendrás que mantenerme caliente.

—Sí —murmuro, rodando hasta dejarla bajo mí sobre la manta—. Puedo hacer eso.

Cubro su cuerpo con el mío, apartándome solo lo justo para ayudarla a quitarme el jersey, que va a parar junto al suyo. Todo se convierte en un torbellino de movimiento mientras ambos

intentamos deshacernos de la ropa lo más rápido posible, con una sensación eléctrica recorriéndonos el cuerpo por estar tan expuestos. Es muy improbable que alguien nos encuentre, y, sinceramente, la idea de que cualquiera pudiera verla así despierta algo salvaje en mí, pero aun así… esa posibilidad lo vuelve todo más urgente, más desesperado.

—Tan jodidamente perfecta —susurro contra su piel cuando ya está desnuda debajo de mí.

La suavidad de su cuerpo contra el mío es una revelación: la forma en que abre los muslos para darme espacio, la manera en que sus manos recorren mi piel como si no pudiera dejar de tocarme… Todo se transforma en una necesidad abrumadora de tenerla, y enciende una energía frenética dentro de mí directamente ligada a su contacto.

Deslizo la mano por su vientre hasta colarla entre sus piernas y gruño al sentir lo mojada que está. Inclino la boca sobre la suya mientras introduzco un dedo, dejándome envolver por esa calidez apretada, imaginando lo bien que se sentirá con mi polla.

—Ya estás mojada para mí, amor —prácticamente ronroneo—. Este coñito tan bonito está hecho para mí.

Ella me rodea el cuello con el brazo, tratando de atraerme más.

—Lachlan…

—Shhh. —Añado un segundo dedo y los curvo hasta tocar ese punto dentro de ella que la hace arquearse—. Ojalá hubiera tiempo para saborearte. Me encanta cómo te corres en mi lengua. Mañana quizá te enrede las piernas al cuello y me coma tu coño en cada comida, ¿vale?

—Deja de provocarme —se queja.

Retiro los dedos y los deslizo por su centro empapado en un vaivén lento.

—¿No te basta con esto, princesa? —la tiento—. ¿Necesitas algo más que mis dedos, eh?

Su cabeza cae hacia atrás y su boca se abre cuando dibujo un círculo alrededor de su clítoris con los dedos aún mojados de estar dentro de ella; sus pestañas tiemblan y su respiración se entrecorta.

—Fóllame —susurra—. Quiero tu polla.

—Es tuya, amor. Toda tuya —murmuro, retirando la mano y acomodándome entre sus piernas mientras mi erección roza su entrada.

Observo su expresión mientras empiezo a entrar en ella. El calor húmedo de su cuerpo me envuelve como un puño, tan apretado que podría hacerme acabar si no tengo cuidado.

Siento sus uñas clavándose en mis hombros cuando la lleno por completo, y no puedo evitar mover las caderas en círculos; la sensación de estar dentro de Key siempre me deja aturdido.

—Ohh —gimo, hundiendo el rostro en su cuello. Mi voz se vuelve ronca por el placer—. Tan bueno…, siempre tan bueno.

—Muévete —dice, al tiempo que eleva las caderas como si quisiera tomar más de mí—. Muévete.

La brisa es más fría que de costumbre, pero aun así siento gotas de sudor en mi sien; veo lo mismo en las de Key, seguramente por el calor de mi cuerpo. La cubro cuando empiezo a moverme, balanceando las caderas mientras la penetración de mi polla dentro de ella me hace temblar.

Con cada retirada siento cómo me aprieta, y cuando vuelvo a hundirme es pura suavidad que me arranca un gemido. Sus piernas

se enroscan en mi cintura, atrayéndome aún más. Apoyo los brazos a ambos lados de su cabeza y me incorporo para contemplar su rostro mientras la follo con un ritmo constante. Sus ojos verde esmeralda están nublados de placer, y de su boca rosada entreabierta escapa una respiración entrecortada. Siento que una tensión ardiente me recorre el cuerpo, como si la sangre circulara más deprisa. Como si un latido insistente de mía, mía, mía empezara a golpear en mi interior.

Sus ojos se agrandan, sus pupilas se dilatan.

—Lachlan… tus ojos.

Su mano asciende hasta mi cara. El pulgar me acaricia el pómulo. Siento la piel tensarse, los dedos hormiguear, y, cuando bajo la vista hacia mis manos, veo garras brotando de las yemas.

Me quedo inmóvil. El pecho me sube y me baja mientras intento recuperar el aire.

—Key. —Mi voz suena ronca—. Necesito… —Aprieto los dientes y cierro los ojos, luchando por recuperar el control—. Dame solo un segundo.

—Oh. Oh. —Sus párpados tiemblan, la cabeza cae hacia atrás y un rubor precioso le sube por el cuello—. Puedo sentir… Mierda. Creo que te estás haciendo más grande.

Cierro los dedos mientras las garras terminan de formarse, rasgando la manta bajo nosotros. Me retiro lentamente de ella y me quedo boquiabierto al comprobar que mi polla está definitivamente más gruesa, quizá incluso más larga, pero más evidente aún… tiene unas malditas crestas sobresaliendo por el tronco.

—Qué cojones… —susurro. Levanto la mirada hacia ella—. Key… esto nunca me había pasado.

Ella lleva la mano entre nosotros, rodeando mi erección palpitante y apretando desde la base hasta la punta. Tiemblo mientras el placer me recorre, y la veo morderse el labio al tiempo que sus ojos recorren mi cuerpo.

—Vaya… —murmura—. Te ves… guapo.

Frunzo el ceño por la palabra que ha elegido, pero, cuando sigo la dirección de su mirada, veo parches brillantes de escamas verde oscuro apareciendo sobre mi piel. En los hombros, el pecho, las caderas… Incluso una línea que desciende por mi pelvis hasta la base de mi polla.

—Key, yo… —Me quedo sin palabras—. No sé qué está pasando.

—¿Sientes que estás cambiando?

Hago una evaluación rápida y descubro que no noto ninguna de las sensaciones habituales que me recorren cuando empiezo a transformarme en la bestia. En su lugar, solo hay una energía vibrante que parece alcanzar cada parte de mí y me hace sentir más vivo que nunca.

—No…, creo que no.

Ella apoya la mano sobre la parte superior de mi polla, obligándola a bajar para que se deslice entre los pliegues húmedos de su coño. Ambos gemimos por la sensación, y el simple hecho de tocarla así hace que resulte mucho más difícil recuperar el control. Incluso encontrar la voluntad de querer hacerlo.

—No quiero que te detengas —dice con voz ronca—. Te deseo. —Me da otro apretón—. Justo así.

—Key, no deberíamos…

Ella ya está guiando mi polla de vuelta hacia su entrada, frotando allí la punta sensible y arrancándome un gruñido.

Lo repite, provocándose con mi cuerpo.

—¿Me deseas?

—Sabes que sí —gruño.

Siento su otra mano en mi nuca, atrayéndome para besarme.

—Entonces fóllame —murmura—. Puedo soportarlo.

—Key… —susurro—. ¿Qué pasará si…?

Ella me cubre la boca con la suya y me da un beso profundo antes de decir:

—No me vas a hacer daño. Confío en ti.

Y, cuando vuelve a deslizar la punta de mi polla contra su abertura empapada, pierdo cualquier voluntad de protestar.

Entro en ella tan despacio como puedo, aunque cada músculo de mi cuerpo me grita que la embista con todo lo que tengo, pero ella está mucho más apretada ahora. Es casi insoportable lo apretada que está. Las crestas de mi polla presionan contra las paredes de su interior, y sus muslos tiemblan alrededor de mis caderas. Un jadeo agudo se escapa de sus labios.

—Oh, joder.

—Key… —gimo—. Es como si te estuviera llenando por completo. Me estás estrangulando la polla.

—Se siente bien —resopla—. Sigue.

Su mano se desliza por las escamas de mi hombro, y la piel allí es extrañamente sensible, como si cada roce enviara chispazos de placer. Mantengo el ritmo lento al principio, para que pueda acostumbrarse. Me retiro despacio antes de volver a entrar con suavidad. Aunque me vuelva loco.

—¿Sí? —Empujo más hondo, moviendo las caderas—. ¿Te gusta follar con un monstruo, Key?

—Eres tú —susurra, apoyando su boca sobre la mía—. Solo tú.

Quizá sea porque no tengo que esconderme de ella, quizá porque no hay nada en mí que la asuste, pero, cuando me besa con tanta dulzura, con los talones clavados en mi trasero como pidiéndome más, me resulta peligrosamente fácil dejarme llevar.

Me siento sobre los talones y la sujeto por la cintura para atraerla a mi regazo. Ver mis garras negras contra su piel pálida resulta tan erótico que es casi alarmante. Tengo cuidado, mucho cuidado de no hacerle daño, pero no puedo detener el movimiento de mis pulgares sobre sus caderas, esa ferocidad tan opuesta al calor húmedo de su coño, que me sigue apretando con tanta fuerza.

Muevo las caderas con más vigor y veo cómo sus pechos se agitan con cada embestida.

—¿Esto es lo que necesitas? —repito el movimiento, contemplando cómo las crestas desaparecen dentro de ella una a una—. ¿Quieres que te folle como una bestia?

—Sigue —gime—. No pares.

—Dalo por hecho —respondo, deslizando la palma por su vientre, maravillándome una vez más del contraste entre mis garras y su piel —. Voy a llenarte hasta que estés goteando.

Su espalda se arquea cuando acelero el ritmo, y el sonido de nuestras caderas chocando contra su trasero resuena en el aire frío del crepúsculo. El sol, ya muy bajo, tiñe su piel de un tono rosado que se mezcla con el rubor que le cubre el pecho y la garganta. La visión de mi gruesa polla abriéndose camino hacia su interior parece casi violenta, y aun así ella recibe cada embestida pidiendo más. Prácticamente me lo suplica.

Y al monstruo… al monstruo nada le basta.

—Así, amor —murmuro—. Mírate… Qué bien lo haces. Lo tomas todo. Qué bien te sienta sentirte tan llena de mí.

—Lachlan… —jadea—. Estoy… ¿Puedes…? Ah. Tócame. Necesito que me toques.

Hay una parte de mí que quiere recordarle el peligro, pero queda ahogada por el rugido en mis oídos, la sangre que corre. Llevo mi mano entre sus piernas para hundir mi pulgar entre los labios de su coño, rodeando su clítoris hinchado con cuidado, aunque sigo embistiéndola con ferocidad.

Ella se enciende en cuanto la toco, su vientre se tensa y sus muslos se ponen rígidos mientras muevo mi pulgar en un círculo constante, mientras entro y salgo de ella una y otra y otra vez.

—Córrete para mí —susurro con una voz demasiado áspera, demasiado extraña, que sale de mis labios como si fuera la de otro —. Quiero que te corras en esta polla, Keyanna. Quiero que acabes llena de un monstruo.

Ella tiembla entera, como si mis palabras la elevaran más, y lo veo, el momento en que se suelta. Lo siento; las paredes de su vagina ondulan a lo largo de mi polla, prácticamente ordeñando mi orgasmo, obligándome a seguirla.

Dejo escapar un rugido que suena tan salvaje como me siento, echo la cabeza hacia atrás y me pego por completo a ella mientras aprieto fuerte dentro de su cuerpo. Ella sigue temblando debajo de mí con los últimos estremecimientos, y yo no puedo hacer otra cosa más que abrazarla fuerte, incapaz de soltarla.

Enrosco mi cuerpo contra el suyo, acomodándome a ella mientras rozo mi rostro bajo su oreja. Siento sus dedos que se deslizan por mis hombros, subiendo hasta mi cabello para enredarse entre los

mechones, y pienso que, en este momento, me siento mejor que nunca. Keyanna insistió una y otra vez en que todo saldría bien, en que íbamos a vencer esto, y me doy cuenta de que con ella en mis brazos puedo casi creerlo.

—No me importaría repetir eso antes de resolver todo este lío —dice con una risa entrecortada, girándose para rozar sus labios a lo largo de mi mandíbula.

Una risa ahogada se me escapa, apoyo las manos a ambos lados de su cuerpo, sobre la manta ahora un poco desgarrada, y arqueo una ceja. No se me escapa la manera en que tiembla cuando el movimiento hace que mi polla —que ya comienza a ablandarse dentro de ella— se mueva un poco. Todo en mí parece ir regresando poco a poco a la normalidad, y disfruto observando cómo sus ojos se entornan, cómo vuelve a morderse el labio.

—De verdad eres una mujer diabólica —me río.

Sus labios se curvan y desliza la palma por las líneas duras de mi pecho.

—Creo que te gusta —murmura.

Creo que es incluso algo más que eso, digo para mis adentros.

Porque, por imposible que parezca, por improbable incluso, tal vez sienta algo más por Keyanna MacKay, la mujer que debería ser mi enemiga pero que simplemente… no lo es. La única que me hace sentir que quizá, solo quizá… las cosas podrían salir bien.

—Ya casi ha anochecido —murmuro, lamentando ya la idea de separarme de ella.

Su expresión se apaga al instante.

—Oh…

Algo se contrae en mi pecho al verla así. Nunca había sentido el peso de la maldición como ahora. Querría caminar con ella bajo las estrellas, llevarla de nuevo a mi cama, abrazarla toda la noche. Querría tantas cosas con las que nunca me permití soñar. Cosas que hacen que la incertidumbre del futuro sea aún más aterradora.

Me inclino hacia ella y beso su mejilla con suavidad.

—Lo arreglaremos, amor —le susurro—. Encontraremos la respuesta.

En lugar de responder, me rodea el cuello con los brazos y me abraza con fuerza, como si tuviera miedo de soltarme. Como si, en el fondo, temiera que dejarme ir significara que no volveré a ella. Y desearía más que nada poder prometerle que eso no es posible, que no pasará.

Porque en un mundo en el que siempre sentí que no tenía casi nada…, de pronto siento que tengo todo por perder.



25

Keyanna

Estoy colocándome la ropa cuando alcanzo a ver a Lachlan mirando el sol que se hunde en el horizonte, con el ceño fruncido.

—Será mejor que regreses —me dice.

—Sobre eso… —le digo—. He estado pensando… Me gustaría verlo. Ver cómo ocurre.

Se queda inmóvil y frunce aún más el ceño.

—No quieres verlo, Key. Es… impactante.

—¿Más impactante que garras y una polla llena de crestas? —pregunto, alzando una ceja.

Abre la boca y luego la cierra, frunciendo los labios.

—Es… diferente.

—Oye… —Acorto la distancia entre nosotros. Su pecho sigue desnudo, considerando que tendrá que desvestirse de todas formas en unos minutos. Apoyo la mano en él y lo miro desde abajo—. No me va a asustar, ¿vale? Simplemente me parece… mal no verlo todo.

Si rompemos… —Me detengo, negando con la cabeza—. Cuando rompamos esta maldición, quiero poder decir que lo vi todo. Todo de ti.

—Técnicamente ya lo has hecho —me recuerda.

—No te he visto transformarte.

Me observa un momento, como si estuviera considerando su respuesta, y finalmente asiente con rigidez, con la mirada cautelosa.

—Está bien. Pero… si es demasiado, olvida que has visto nada, ¿vale?

—Puedo soportarlo —digo, y le doy un beso en la mejilla—. No te preocupes.

—Será mejor que te apartes.

Hago lo que dice y doy varios pasos atrás mientras él vuelve a mirar el sol antes desabotonarse sus pantalones. Sonríe negando suavemente con la cabeza cuando levanto las cejas de forma juguetona.

—A lo mejor solo querías verme desnudarme, ¿eh? —bromea, aunque su voz deja entrever cierto nerviosismo.

—Es un extra —le digo.

Y lo es, sinceramente. Cuando se baja los pantalones por esos muslos enormes, revelando kilómetros de piel bronceada y una polla impresionante incluso cuando está blanda… Bueno, no me quejo.

—Si sigues mirándome así —dice—, lo más probable es que se me ponga demasiado dura para poder hacer esto.

Me río.

—No creo que funcione así.

—Sí, pero nunca la he tenido dura siendo un monstruo. Y no es algo que quiera aprender a manejar hoy.

—Ahora sí que me ha picado la curiosidad —digo entre risas.

—Mujer diabólica —murmura, liberando los pies de los pantalones y dejándolos a un lado.

Mira una vez más hacia el sol y luego empieza a retroceder hacia el agua hasta quedar de pie en la zona baja del lago. Tiritando un poco por el frío, cierra los ojos mientras el sol continúa descendiendo, hasta que queda solo un filo de luz en el horizonte.

—Recuerda lo que he dicho —me avisa—. Y recuerda…, no voy a hacerte daño.

Niego con la cabeza.

—Lo sé. Después de lo que acabamos de hacer, creo que está claro que confío en ti.

Su boca se curva en una sonrisa, pero dura poco, porque enseguida se transforma en una mueca de dolor. Casi se dobla sobre sí mismo, llevándose las manos al estómago mientras su piel empieza a ondular con movimiento y color. Es como hace un rato, cuando tuvimos sexo, pero más violento: una transformación rápida que parece atravesarlo por completo de golpe.

Abro la boca mientras su cuello se alarga, mientras sus facciones cambian frente a mí a algo más monstruoso, todo mientras su piel se oscurece y se cubre de escamas que se extienden por su cuerpo, que cambia a toda velocidad.

Crece y crece. El hombre que tenía delante hace apenas unos segundos desaparece bajo la bestia que se forma en su lugar y, tras unos instantes que parecen dolorosísimos, la criatura que recuerdo que me salvó flota en las aguas poco profundas, moviendo el cuello de un lado a otro como si estuviera rígido por el cambio.

Su mirada se fija en mí, y tengo que recordarme que es Lachlan, que jamás me haría daño. Solo que ahora es enorme.

Pero luego baja la cabeza en un gesto casi tímido, una invitación a acercarme, y mis pies avanzan solos, llevándome hacia él hasta que estoy sumergida hasta los tobillos. Pongo mis manos a ambos lados de su enorme rostro y miro esos ojos del tamaño de platos, del mismo azul penetrante en el que me pierdo siempre.

—Ahí estás… —susurro, acariciándole el rostro—. Sigues siendo bastante atractivo, ¿sabes?

Lachlan emite un sonido que se parece sospechosamente a un resoplido, y le doy una palmadita juguetona en la mejilla.

—Sí que lo eres, terco. Diferente, pero… atractivo.

Tiembla bajo mi tacto y sus ojos se entornan mientras frota su enorme hocico contra mi mejilla. Lo dejo acurrucarse así, sintiendo algo profundamente íntimo en contemplarlo de esta forma que casi nadie ha visto jamás. Giro la cabeza y le doy un beso en el hocico, cerrando los ojos.

—Gracias —le digo—. Por mostrármelo.

Responde con otro sonido, gutural, que supongo es su forma de decir «de nada», y le acaricio la mejilla una vez más antes de retroceder. Recorro su largo cuello y su enorme cuerpo, encontrando una gracia en su forma que dudo que él mismo haya podido apreciar jamás. Dudo que alguien lo haya hecho.

Le doy un último beso en el hocico, rozando mi nariz contra él antes de decir:

—Será mejor que te vayas. Es muy peligroso que estés demasiado tiempo en la orilla.

Emite un sonido profundo, seguro que de asentimiento, porque empieza a nadar hacia atrás, internándose en el lago. Lo observo hasta que desaparece, y siento un enorme agradecimiento de que confíe en mí así, sobre todo por las pocas personas en su vida que fueron dignas de esa confianza.

Me juro ahí mismo, de pie en la orilla del lago, que haré todo lo que esté en mis manos para ganarme esa confianza.

Un ruido a mis espaldas me sobresalta, unas ramas agitándose más arriba en la orilla me hacen darme la vuelta mientras lo que parecen pasos pesados me aceleran el corazón.

¿Alguien nos ha visto?

Salgo corriendo del agua hacia el sonido, solo para encontrarme con un conejo que salta desde los arbustos, arrancándome un suspiro de alivio al saber que no era alguien espiando. Es lo último que necesitamos ahora.

Y entonces caigo en la cuenta: he corrido hacia el ruido sin pensar en mi propia seguridad, demasiado preocupada por Lachlan para considerar siquiera mi propio bienestar. Me detengo, porque aunque no soy experta en el tema…, supongo que eso se parece mucho al amor.

Y considerando que el futuro de Lachlan es tan incierto, a pesar de mis fervientes promesas…, ese pensamiento resulta muchísimo más aterrador que el monstruo que hace un momento me estuvo acariciando.

El camino de regreso a la granja se me hace más largo de lo normal; no dejo de darle vueltas a esta nueva posibilidad sobre mis

sentimientos por Lachlan, lo que me impide hacer otra cosa que deambular de vuelta hacia el sendero principal que lleva a casa.

A casa.

No estoy segura de cuándo empezó a sentirse así para mí, pero me doy cuenta de que la granja —mis abuelos, la tierra, Lachlan, incluso las malditas vacas—, todo eso me hace sentir más en casa que en ningún otro momento desde el día en que mi padre murió. Me hace preguntarme cómo podría ser mi futuro. Creo que mis abuelos estarían encantados si me quedara aquí, en Escocia, especialmente ahora que Rhona y yo estamos encontrando nuestro propio ritmo, pero no puedo evitar preguntarme si Lachlan sentiría lo mismo.

Tuerzo los labios al recordar lo que ha ocurrido en la orilla del lago; quizá resulte extraño que no sintiera miedo cuando noté que había empezado a transformarse en algún tipo de estado intermedio, pero en ese momento lo único que sentía era un deseo ardiente de tener más de él. De compartir partes de él que nadie más había visto. Y, Dios, qué bueno ha sido. Nunca se lo diré, pero, si logramos romper su maldición, puede que hasta llegue a echar de menos las garras.

Cuando, me corrijo. *Cuando rompamos su maldición*.

Porque no hay otra opción, al menos para mí. Escucharlo hablar de no volver a cambiar… realmente me afectó. Creo que por eso necesitaba tocarlo, recordarme que sigue aquí. Necesitaba la prueba tangible de que todavía tenemos tiempo, porque me niego siquiera a considerar la posibilidad de perderlo ahora que por fin lo he encontrado. Él tiene demasiada vida por vivir. Tenemos demasiada vida por vivir. O, al menos, eso quiero creer.

Mierda… quizá sí estoy enamorada de este hombre. Y creo que ese pensamiento me asusta más que cualquiera de las partes monstruosas que pueda mostrarme. Es demasiado pronto, demasiado absurdo, y aun así la idea de alejarme de él ahora, por cualquier motivo, me corta la respiración y me oprime el pecho. Me froto esa zona con cuidado, tratando de relajar los músculos mientras me digo que no hay nada de qué preocuparme. Quiero creer que es verdad.

Cuando regreso a la granja, la encuentro bastante tranquila. Dejo los zapatos en la entrada y entro en la casa. Oigo sonidos suaves procedentes del salón y encuentro a Rhona sentada junto al fuego, tejiendo mientras se balancea en una de las mecedoras.

—Buenas tardes —saluda—. ¿Acabas de llegar?

Asiento desde la puerta.

—Ajá. Yo estaba… —Noto el calor subir por el cuello al recordar lo que realmente estaba haciendo—. Estaba dando un paseo.

—Buen lugar para eso —se ríe Rhona. Señala la silla a su lado—. Ven, siéntate un rato conmigo antes de que empiece a hacer la cena.

Vacilo un momento; no sé si seré la mejor compañía, considerando que mi cabeza sigue hecha un desastre por la posibilidad de que Lachlan no regrese mañana… Pero he tenido muy pocos momentos a solas con Rhona desde que empezamos a intentar que todo esto funcione, y no es como si pudiera decirle por qué mi cerebro es un nudo de ansiedad.

Me adentro en la habitación y me dejo caer en uno de los sillones grandes, hundiéndome en el cojín blando mientras intento apartar algunos de mis pensamientos revueltos. Noto que el resto de la casa

parece estar en silencio; los únicos sonidos son el golpeteo suave de las agujas de Rhona y el crujido del fuego.

—¿Dónde está todo el mundo? —pregunto.

—Finlay está en el pub, jugando a las cartas otra vez con Hamish y algunos más —responde.

Suelto una risita.

—Ojalá no recurra a emborracharlos para ganar.

—Ay, sí… —se ríe Rhona—. Tu abuelo se toma sus cartas muy en serio.

—¿Brodie está con él?

—No, él… —Frunce el ceño—. En realidad no sé dónde se ha metido ese chico. Ha estado fuera casi todo el día. —Suspira—. Seguro que trabajando en su proyecto.

—Será interesante verlo cuando lo termine —digo—. Me encantaría saber más sobre nuestra familia.

Rhona resopla.

—Un montón de tontos enamorados, la mayoría.

—¿Qué quieres decir?

—Nuestro apellido significa «feliz», ¿sabías?

—Suena irónico, considerando los últimos meses —refunfuño.

Rhona suelta una risa seca.

—Sí, supongo que sí. Hay docenas de historias familiares sobre hombres MacKay sacrificando una cosa u otra por amor. El padre de Finlay solía decir que era la maldición MacKay. Contaba una historia viejísima sobre algún MacKay de hace quién sabe cuántas generaciones que salvó a una princesa hada o no sé qué de un hombre malvado. —Pone los ojos en blanco—. Finlay le contaba esa misma historia a tu padre cuando era niño.

Algo en eso me hace detenerme; suena parecido a todo lo que nos contaron sobre la historia de Tavish y la *kelpie*, pero no es exactamente igual.

—¿La salvó de un hombre malvado?

—Solo es una historia —aclara Rhona—. Pero así la contaba el padre de Finlay. Normalmente después de presumir de cómo pisó un pez escorpión buscando el anillo de la madre de Finlay, cuando ella lo dejó caer al mar un verano en Sutherland.

—¿Qué es un pez víbora?

—Una cosa espantosa. Tiene un aguijón enorme en la espalda. Duele como el demonio.

—Entonces, ¿qué sacrificó el abuelo por ti? —la pincho.

—Ay… —niega con la cabeza, aunque sonríe con ternura—. Según él, renunció a sus mañas para estar conmigo. A lo popular que era.

No puedo evitar reír.

—Sí, suena a él.

—La verdad —dice bajando la voz—, no estoy segura de que tu abuelo haya sacrificado un solo día de su vida. Es un hombre con suerte, ese. —La chispa de sus ojos se apaga de golpe—. Bueno…, excepto por tu padre, supongo.

Se queda callada, concentrada en las agujas. Sentir la tristeza que emana de ella me oprime el pecho, y desearía poder aliviarla. Tanto sufrimiento en esta familia… ¿para qué?

Inclino la barbilla hacia el tejido en su regazo, fijándome en el suave hilo color esmeralda.

—¿Qué estás haciendo?

—Yo… —empieza, pero se interrumpe. Un leve rubor le sube a las mejillas, dándole un aire casi tímido—. Bueno, ya que preguntas… —

carraspea, recuperando su firmeza habitual—. Estoy tejiendo una manta extra para tu cama. Está haciendo más frío, y no sabía cuánto tiempo pensabas quedarte, así que pensé…

—¿Para mí?

Siento cómo se me escapa una sonrisa, enternecida por el gesto y aún más por la evidente vergüenza que tiñe las facciones de Rhona. Hacer algo tan de abuela la hace verse más dulce. Siento una punzada en el pecho, pero ahora es un dolor más parecido a la alegría.

—No es gran cosa —murmura.

—Es preciosa —le aseguro con sinceridad y una gran sonrisa—. Estoy deseando usarla.

—Bueno —dice, volviendo la vista a sus agujas y encogiéndose ligeramente—. Sé que la habitación vieja de Duncan puede ser fría.

—¿Estoy durmiendo en la habitación de papá? —Mi respiración se entrecorta.

—¿No te lo dije?

—No, yo… —La información me revuelve la mente; parte de mí está asombrada de estar durmiendo en el mismo lugar donde mi padre creció, y otra parte está inquieta al darme cuenta de que ni siquiera examiné bien el cuarto desde que llegué. Ni siquiera se me ocurrió que podía haber algo oculto ahí—. No lo sabía —digo al fin—. Qué… interesante.

Rhona para de tejer y baja la vista.

—Es… bonito. Tenerte ahí. A veces es como si una parte de mi niño hubiera vuelto. —Me mira con calidez—. Supongo que, en cierto modo, sí ha vuelto.

Mis ojos arden y parpadeo rápidamente para evitar que me salten las lágrimas. Ya he tenido demasiadas montañas rusas emocionales por hoy, gracias.

—Sí —respondo con un nudo en la garganta—. Eso espero.

Ella carraspea, parpadeando fuerte, y sospecho que también está conteniendo las lágrimas, pero disimulo.

—Será mejor que vayas a cambiarte para la cena —dice con su rigidez habitual—. Yo ya casi he terminado.

—Está bien.

Me levanto de la silla y noto que no me mira mientras lo hago. Todavía tengo la mente revuelta por lo del cuarto, pero en lugar de correr escaleras arriba como una parte de mí quiere hacer, me detengo. Vacilo un momento, intentando adivinar si lo que voy a hacer será bien recibido o no, y al final decido hacerlo: cruzo la distancia entre nosotras, me inclino y la abrazo por los hombros. Se queda rígida un segundo, quizá dos, pero luego se relaja y su mano me da unas palmaditas en el antebrazo.

—Eres una buena chica —dice en voz baja.

Le doy un beso apenas perceptible en la mejilla.

—Gracias.

—En fin… —gruñe—. Basta de sentimentalismos.

La suelto, sabiendo que no le gusta mostrar lo que considera debilidad delante de los demás, pero no se me escapa la sonrisita suave que le queda en los labios mientras trabaja. Creo que Rhona necesitaba ese abrazo mucho más de lo que admitiría jamás.

Al menos, yo sí que lo necesitaba.



26
Lachlan

No sé por qué sigo haciendo esto. Desde hace años está claro que no queda nada del hombre que conocí como mi padre dentro de la bestia que comparte el lago conmigo, y aun así, de vez en cuando, no puedo evitar intentar demostrarme que estoy equivocado. Esta noche no es diferente; cuando adopto la forma de bestia, mis sentidos se agudizan, así que puedo percibir cuándo está cerca. Le gusta quedarse en la parte más profunda del lago, y casi siempre lo encuentro descansando allí cuando no está cazando peces.

Siempre me recibe con hostilidad.

No podemos hablar, no así, pero aún existe una línea de comunicación entre nosotros. Un lenguaje que yo entiendo de manera instintiva, pero que él no parece comprender del todo. La voz de la bestia es baja y lastimera, y, cuando lo llamo desde una distancia prudente, proyectando en mi pregunta todo lo que espero, sus gritos de respuesta llegan cargados de impresiones inconexas de

ALÉJATE y ENEMIGO. Como si realmente no fuera más que un animal defendiendo su territorio.

Me pregunto si ya es momento de aceptar que Callum Greer se fue para siempre.

La noche está cerrada; las nubes cubren la mayor parte de las estrellas, así que me siento seguro al salir a la superficie. Al fin y al cabo, el territorio de mi padre se encuentra en la zona más profunda del lago, a kilómetros de la orilla. Sería prácticamente imposible distinguir nada desde tierra, incluso aunque alguien estuviera caminando por allí en este mismo instante. Solo necesito aire. Necesito respirarlo y recordarme que todavía no estoy perdido.

Puedo sentir a mi padre merodeando a cierta distancia, sin duda vigilando por si me acerco demasiado. Por si necesita defender su hogar. Conservo cicatrices antiguas de encuentros parecidos, y saber que fue mi propio padre quien me hizo sangrar más de una vez resulta desalentador, por decirlo suavemente. A menudo tengo que recordarme que ya no es él. No del todo.

En realidad, no sé por qué lo he buscado esta noche; hacía mucho que no lo hacía. Tal vez sea porque hoy siento el peso de todo con más intensidad. Después de tocar a Key hace unos momentos, de sentir su aceptación total, su certeza inquebrantable de que, de algún modo, va a liberarme de esto… Supongo que no he podido evitar preguntarme si mi libertad significaría también la suya. Si la maldición se rompe, ¿volverá con nosotros? ¿O ya es demasiado tarde para él?

Temo que lo segundo sea lo más probable, pero siquiera intentar aceptarlo duele. He pasado más años sin él de los que lo tuve, pero algo en mis sentimientos crecientes por Keyanna hace que eso duela

todavía más. Pienso en un futuro en el que pueda llevar una vida normal, en el que pueda hacerla mía, realmente mía, con anillo y todo… Un futuro en el que tengamos hijos. Hijos que él nunca conocerá.

Es devastador.

Aunque, supongo, ya debería estar acostumbrado a esa sensación.

Pensar en Key hace que todo resulte mejor y peor al mismo tiempo. Últimamente no dejo de darle vueltas a las cosas que todavía debo decirle. Una parte de mí ha sido cobarde; teme que todo cambie cuando ella lo sepa todo, pero al darme cuenta de que mis sentimientos por Key son mucho más profundos de lo que imaginaba… ya no tengo elección. Con o sin maldición, no puede existir un futuro juntos basado en mentiras. Key ha sido completamente sincera conmigo, y merece la misma honestidad.

Las nubes se abren sobre el lago, dejando pasar un rayo de luz de luna, un destello de estrellas. Y caigo en la cuenta de que nunca he contemplado las estrellas siendo hombre. Ni una sola vez. Me pregunto si se verán distintas. Creo que, si logramos romper la maldición, lo primero que haré será caminar bajo ellas con Key. Suena como un buen comienzo para una lista de cosas pendientes.

MÍO.

FUERA.

ATAQUE.

Me giro justo antes de sentirlo junto a mí; mi distracción me ha impedido advertir su cercanía. Me aparto en el preciso instante en que mi padre emerge, lanzándose desde abajo, con sus poderosas mandíbulas chasqueando en el aire al irrumpir desde las profundidades. Bajo la luz de la luna, su piel verde musgo reluce, y

sus ojos parecen brillar con una ferocidad salvaje que no tiene nada de humana. Se queda quieto donde está, flotando en la superficie mientras manifiesta más tendencias violentas —la mayoría sobre el tema «lárgate de mi territorio»—, y, en lugar de tristeza, una especie de entumecimiento va apoderándose de mí. Uno que viene de darme cuenta de que aquí no hay nada para mí. Que quizás nunca lo habrá.

Inclino la cabeza en un claro gesto de sumisión y nado hacia atrás lentamente, alejando mi enorme cuerpo de la zona, rumbo al canal que lleva a la cala donde dejé mi ropa. Percibo su presencia detrás de mí durante un buen rato, y cuando por fin se desvanece, me digo que todo irá bien. Que, incluso si ya es demasiado tarde para él, se alegraría de saber que tal vez no sea demasiado tarde para mí. Conozco a mi padre lo suficiente como para creerlo.

Avanzo hacia la orilla con una determinación renovada, diciéndome que esto no ha terminado para mí, no todavía. Mañana se lo contaré todo a Keyanna, todo lo que todavía ignora, y, después de implorarle que me perdone por habérselo ocultado, encontraremos la respuesta juntos. Me permito creer en eso, aferrándome a la determinación feroz de Key y rezando para que no esté equivocada. Porque creo que ahora sé que, aunque tengo un pasado detrás de mí, lo que tengo delante… podría ser un futuro.

La granja está inusualmente silenciosa cuando llego a la mañana siguiente; las vacas no mugen sus habituales exigencias de desayuno, las gallinas no hacen ruido y hasta la casa principal está a oscuras. Al revisar la casita, la encuentro vacía, y frunzo el ceño mientras me pregunto si Key dejó que Finlay la emborrachara otra

vez. El pensamiento transforma mi ceño fruncido en una ligera sonrisa. Me gustaría ver algo así algún día.

Estoy a punto de llamar a la puerta principal cuando Rhona la abre justo frente a mi puño en alto, apretando los labios.

—¿Buscabas algo?

—Yo… —Esta mujer mide una cabeza menos que yo y, aun así, logra intimidarme por completo—. Solo estaba buscando a Key.

—No podía ser otra cosa —responde, mirándome con una ceja en alto—. ¿Estás haciendo lo que te dije? ¿La estás tratando bien?

Asiento de inmediato, confiando en que así sea.

—Lo mejor que puedo.

—Bien. —Se aparta a un lado—. Todavía está en la cama. Finlay la lio para otra partida de cartas después de la cena.

Tengo que controlar la boca para que no se me escape una sonrisa.

—Gracias.

—Nada de travesuras en mi casa —me grita cuando paso junto a ella.

Levanto una mano, como si aceptara la orden, pero, a decir verdad, no puedo prometer nada.

Encuentro a Key desparramada en su cama diminuta, con el pelo hecho un desastre de rizos que le cubren la cara y un brazo colgando por el borde del colchón. Una sonrisa me asoma a los labios; también hay un deje de tristeza, la que nace de saber que no puedo despertar a su lado como quisiera. Aparto ese pensamiento y cierro la puerta del dormitorio detrás de mí. Quizá una pequeña «travesura» pase desapercibida.

Me siento en el borde de la cama y deslizo la mano por uno de sus muslos suaves mientras se remueve entre sueños. Emite un sonido adormilado cuando mis dedos recorren la parte posterior de su muslo, y subo la palma hasta la curva redonda de su trasero antes de susurrar su nombre.

—¿Key?

—Mmm… —Presiona el trasero contra mi mano, pero no se despierta—. Lachlan.

Me quedo quieto al comprobar que tiene los ojos cerrados y me doy cuenta de que está soñando conmigo. Eso hace que la bestia dentro de mí se vuelva completamente salvaje, y siento un cosquilleo en los dedos cuando las garras amenazan con asomar. Qué rápido me convierto en un monstruo solo con estar cerca de ella.

—Keyanna —murmuro de nuevo, deslizando la mano bajo su camiseta para subírsela y dejar al descubierto su abdomen suave. Me inclino para besar bajo su ombligo, mirándola todo el tiempo—. Despierta.

—Eso se siente bien —responde con un suspiro, aún con los ojos cerrados.

—¿Sí? —Mis labios se curvan mientras engancho un dedo en la cintura de sus pantalones cortos, dejando al descubierto el hueso de su cadera para besarlo—. Despiértate y te haré sentir aún mejor.

Hundo la nariz en la línea que dibuja su muslo y noto que el aroma de su excitación ya está despertando. Eso aumenta aún más mi curiosidad por saber qué está soñando. Lamo su piel, deposito allí un beso húmedo y aprieto su muslo con firmeza hasta que finalmente escucho un jadeo encima de mí.

—¿Lachlan?

Abre los ojos lentamente, verdes y somnolientos, y me mira mientras intenta entender por qué estoy ahí.

—Alguien se ha quedado dormida —le digo.

Ella gime.

—El abuelo me acorraló otra vez. No pude decir que no.

—¿Y cuánto te hizo beber?

Se encoge de hombros.

—Me aseguré de no tomar más de uno de esos brebajes venenosos suyos.

—Probablemente sea bueno para tu salud —me río.

Se incorpora de golpe.

—¡Oh! Rhona dijo algo anoche.

—¿Ah, sí?

—Dijo que este es el cuarto donde dormía mi padre.

Abro los ojos, mirando alrededor.

—¿En serio?

—¿No sabes lo que significa?

—¿Qué? —Inclino la cabeza.

—El diario podría estar aquí. —Señala el suelo—. Podría estar escondido en este cuarto.

Entreabro la boca y recorro la habitación con la mirada.

—Podría ser —admito, tomándole el brazo y apretando con suavidad—. Pero no nos hagamos ilusiones. No quiero que te decepciones si no está, ¿de acuerdo?

—Tiene que estar —insiste, angustiada—. Se nos acaba el tiempo. Lo puedo sentir.

—Shh, amor… —la calmo, atrayéndola hacia mi pecho—. No te preocupes. Todo irá bien.

—No lo sabemos —murmura contra mi camisa—. Me siento fatal por no haberlo encontrado todavía.

Le acaricio la espalda. Odio verla así de tensa.

—Tal vez pueda hacerte sentir mejor —susurro, besándole el pelo. Una sonrisa se asoma—. Si me cuentas con qué estabas soñando.

Sus mejillas se tiñen de rosa al instante.

—¿Soñando?

—Has dicho mi nombre, amor —le digo, besándole la mejilla.

—Yo… Oh… —jadea cuando la empujo suavemente de espaldas, abriéndole las piernas para acomodarme entre ellas—. Esto..., estaba soñando con esto —jadea.

—¿Soñabas con que te comiera esa entrepierna tan bonita?

Se muerde el labio, asintiendo.

—Excepto que…

—¿Excepto qué?

—Pues… tú estabas…

Deslizo la nariz por el centro de su ropa interior, agradeciendo que duerma solo con eso.

—¿Estaba…?

—Eras un poco como anoche.

Me quedo quieto, mirándola con una media sonrisa.

—¿Soñabas con la bestia, Key?

—Tal vez.

La bestia prácticamente ronronea dentro de mí, más cerca que nunca de la superficie cuando está ella.

—Cuéntame qué has soñado.

—Tu lengua… —susurra—. Era… se hacía… más grande.

Mi polla late dentro de los vaqueros, y el hormigueo en los dedos me confirma que las garras ya empiezan a asomar. Saber que me acepta así facilita dejarme llevar. Las deslizo suavemente por su piel, arrancándole una respiración entrecortada.

—Tus ojos —susurra—. Se ven tan bonitos así.

Engancho una garra en el borde de su ropa interior, mirándola mientras rasgo la tela con cuidado. Puedo oler cómo se humedece más: mis sentidos están agudizados en este estado intermedio. Le gusta, lo confirmo. Realmente le gusta.

—¿Quieres que te folle con una lengua de bestia?

—Era solo… Mierda. —Sisea cuando rasgo el otro lado y le quito la prenda, arrojándola al suelo—. Era solo un sueño.

—Quizá no tenga que quedarse en un sueño —le digo—. Pero claro… tu abuela ha dicho que nada de travesuras.

Se muerde el labio.

—¿Has cerrado la puerta?

—Por supuesto.

—Estará un buen rato ocupada con las gallinas. Si tú… Bueno… si querías…

—Ya te lo dije, amor —le recuerdo—. Podría comerme ese coño tan bonito en cada comida.

Asiente, temblorosa.

—Lo dijiste.

—Abre las piernas —gruño—. Muéstrame lo que es mío.

Respira hondo mientras se acomoda para hacer lo que le he pedido: abrir las piernas y mostrarme esa entrada húmeda que reclama mi boca. La visión y el aroma me arrancan un gruñido

profundo, casi inhumano, pero me obligo a mantener algo de control, besando primero sus muslos en lugar de lanzarme directamente a devorarla como mi cuerpo exige.

—Tan suave… —murmuro entre besos—. Tan dulce.

Lamo su muslo y me voy entregando a mis instintos bestiales, al tiempo que siento que mis incisivos se alargan y la lengua se espesa. Me concentro en esa sensación, tratando de contener la bestialidad solo donde quiero que se manifieste. Es algo que me cuesta un gran esfuerzo, ya que nunca antes lo había intentado.

Jadea cuando, por fin, deslizo la lengua entre sus muslos, lamo los labios de su coño y enrosco la punta alrededor de su clítoris hinchado. Dios… el sabor. Me vuelve más salvaje de lo que ya debo de parecer.

Gime cuando dejo que la lengua se deslice por sus pliegues y la punta roce su entrada, pero entonces sucede algo que nos sorprende a ambos.

—¡Oh!

Me aparto de golpe, mirando mi lengua excesivamente larga al mismo tiempo que ella. La punta se ha dividido en dos, como una lengua bífida. Retraigo lo que puedo nuevamente dentro de mi boca y la observo para ver si cree que es demasiado. Pero cuando veo sus pupilas dilatadas y la forma en que sutilmente se lame el labio inferior, entiendo que no lo es.

Vuelvo a hundirme entre sus muslos, sujetándolos con firmeza mientras deslizo la doble punta a lo largo de su centro, deteniéndome en su clítoris para jugar con las dos puntas a la vez. Lanzo ligeros azotes con la lengua, la rozo y la torturo hasta que

está jadeando, con mis ojos entrecerrados mientras un zumbido satisfecho vibra en mi garganta.

Cuando dejo que las dos puntas de mi lengua encuentren de nuevo su entrada, su espalda se arquea levemente y su boca se entreabre mientras las empujo hacia dentro, dejando que la nueva longitud de mi lengua la llene de una forma en la que jamás podría hacerlo como hombre. El calor húmedo y suave de su interior envuelve mi lengua, y la punta bífida la roza en los lugares más sensibles, haciéndole levantar las caderas.

Empujo mi lengua tan profundamente como puedo, solo para retirarla despacio después, y todo el cuerpo de Key se estremece con esa salida, su pecho se agita mientras un pequeño gemido se escapa de sus labios.

—Lachlan —dice con la voz tensa—. Eso ha sido…

No puedo hablar, no así, así que redoblo mis esfuerzos, empezando a ondular mi lengua adelante y atrás, imaginando que es mi polla bombeando dentro de ella. La sensación de su suavidad contra mi lengua es enloquecedora, y puedo sentir mi polla palpitar contra el colchón, exigiendo alivio. Pero ahora solo importa ella.

Cierro los ojos mientras la lengua se desliza dentro y fuera de su cuerpo, sus muslos presionan mi cabeza mientras su cuerpo se mueve inquieto bajo mi agarre. Todo lo que puedo ver y saborear y oler es a Key, y la bestia dentro de mí se regodea en eso, quiere más: quiere devorarla por completo, cada parte de ella. Mi labio superior roza su clítoris palpitante, y suelta un sonido ahogado, así que hago lo posible por chuparlo aunque esté limitado por la nueva forma de mi boca.

Retiro la lengua por completo, lamiendo todo su centro antes de murmurar:

—Ay, amor, podría comerte viva.

—Se siente tan bien… —jadea—. No pares.

—Ni en sueños —musito, ya cosquilleando su entrada con las puntas bífidas de mi lengua antes de hundirme de nuevo en su interior.

Ahora no le muestro ninguna piedad: marco un ritmo constante hasta que se retuerce debajo de mí, hasta que sus sonidos son tan fuertes que me preocupa que alguien venga a ver si está bien. Aprieto sus muslos en advertencia y escucho un gemido ahogado, como si intentara contenerse. Cuando levanto la vista, veo que se está mordiendo la parte carnosa de la mano y sus pestañas tiemblan mientras intenta mantenerse en silencio.

Mierda, ¿por qué eso es tan excitante?

Agarro con más fuerza la piel suave de sus muslos, manteniéndola bien abierta mientras continúo embistiéndola con mi lengua, cerrando los ojos para poder entregarme de lleno a sus olores y sus sonidos. Los ruidos húmedos que salen de su coño cálido cuando mi lengua entra y sale, el aroma espeso de su deseo llenándome las fosas nasales, la habitación y la cabeza… Todo es un cóctel lo bastante potente para volverme loco.

Puedo sentir mis garras presionando su piel, lo bastante fuerte como para hacerla sangrar, y necesito todo el autocontrol que tengo para no atravesar su carne mientras me pierdo en ella. Se vuelve aún más difícil cuando ella empieza a temblar, con la respiración saliendo en jadeos cortos y agudos mientras su espalda se arquea y sus brazos buscan dónde apoyarse.

Puedo sentirlo —saborearlo— cuando ella llega al clímax, y el monstruo dentro de mí sigue, sigue lamiendo cada gota, dejando que empape mi lengua hasta que la cabeza me da vueltas. No me detengo hasta que está gimiendo por la sensibilidad; hasta que, por fin, *por fin*, retiro mi lengua, dejando solo las puntas bifurcadas, para limpiar ese tembloroso hueco como la bestia hambrienta que al parecer soy.

Todavía la estoy lamiendo suavemente cuando dice:

—Oh, Dios, eso ha sido maravilloso.

—No es necesario —me río—. Que me llames Lachlan está bien.

Me golpea el hombro, pero es un movimiento débil.

—Pervertido.

—¿Ah? —Le muerdo la parte interna del muslo, tratando de que mi pulso baje para ver si logro que mi cuerpo vuelva a lo normal—. ¿Y quién era la que soñaba con algo tan escandaloso, eh?

Ella no dice nada, solo emite un suspiro tembloroso.

—¿Ha sido tan bueno como en tu sueño? —pregunto.

Exhala despacio.

—Y más. —Se incorpora sobre los codos y me mira con los ojos aún vidriosos—. ¿Qué tal tú?

—Se supone que debería estar ayudando a arreglar la cerca del lado oeste de la granja —le digo—. Probablemente estaré ocupado todo el día.

—¿Así que me estás diciendo que no tienes tiempo para que te haga disfrutar hasta que se te nuble la vista como has hecho conmigo?

Todo lo que tengo por debajo de la cintura late con fuerza, y me cuesta horrores contenerme para no sujetarla contra la cama y hacer

lo que quiera con ella.

—Sí, bueno… —Me aclaro la garganta—. Supongo que tengo un poco de tiempo.

Ella me dedica una sonrisa pícara.

—Eso pensaba.



27
Keyanna

A pesar del magnífico despertar que me ha dado Lachlan, no pasa mucho tiempo desde que se va a arreglar la cerca hasta que recuerdo qué era lo que me había dejado tan inquieta la noche anterior. Entre mi abuelo acorralándome, el sueño espectacular y la versión real —y aún más fantástica— de ese mismo sueño, casi había olvidado que Rhona dejó caer que he estado durmiendo en la habitación de mi padre todo este tiempo. Tras despedirme de Lachlan y desayunar algo, me puse manos a la obra, prácticamente destrozando el cuarto.

Pero, después de todo un día, una pequeña crisis existencial y de fingir un dolor de estómago para saltarme la cena, puedo concluir con seguridad que la vieja habitación de mi padre no parece esconder nada extraordinario. He revisado cajas del armario que estoy bastante segura de que no se abrían desde antes de que yo naciera —sí encontré una foto vieja de mi padre adolescente con un

corte de pelo espantoso, lo que al menos me arrancó una risa— y probablemente he destrozado la cómoda intentando encontrar algún compartimento secreto, como si esto fuera otra entrega de *National Treasure*. Y ahora mismo estoy sentada en medio de una pila de cajas de zapatos que encontré en el fondo del ropero y que contienen —oh, sorpresa— un montón de zapatos viejos.

La habitación es un desastre, pero mi cabeza lo es aún más. Cuando Rhona mencionó que he estado quedándome en la habitación de mi padre, aquello me pareció importante. Casi como la pieza que faltaba en un rompecabezas. Estaba convencida de que, en algún rincón entre estas cuatro paredes, encontraría el diario que sigo creyendo que debe de estar en la propiedad. Sin embargo, después de este episodio, no puedo negar que las dudas empiezan a abrirse paso.

Porque ¿y si se lo llevó a Nueva York? ¿Y si simplemente se deshizo de él? ¿Si lo perdió en alguna de las innumerables mudanzas? ¿Y si nunca fue tan importante como mi mente ha decidido creer? Cualquiera de esas posibilidades amenaza con dejarme completamente perdida, porque entonces… ¿cómo podríamos ayudar a Lachlan? ¿Y si no puedo arreglarlo? ¿Y si también lo pierdo a él?

La frustración comienza a hervir en mi pecho, sube hasta la garganta y me oprime hasta casi ahogarme. Por segunda vez en la noche noto el escozor de las lágrimas, y esta vez no trato de detenerlas. Se siente bien dejarlas salir, permitir que la manifestación física de mi estrés resbale por mis mejillas y caiga en mi regazo. Y me digo que después de esta pequeña fiesta de

autocompasión, me voy a recomponer. Que después de esto, de alguna manera, lograré aferrarme más fuerte a mi determinación.

Pero, por ahora, llorar me sienta bien, maldita sea.

No puedo dejar de pensar en la posibilidad de que Lachlan podría simplemente… no regresar por la mañana. ¿Qué haría si nunca vuelve a ser humano? Sé que cargaría con esa culpa el resto de mi vida, que, por breve que haya sido el tiempo que lo tuve, su ausencia me perseguiría siempre. Solo imaginarlo me encoge el pecho y me dificulta respirar.

Tiene que haber algo. Tiene que haberlo.

Me seco los ojos cuando oigo un golpecito suave en la puerta. Me paso las manos por las mejillas frenéticamente antes de permitir que entren. Me doy cuenta de que probablemente parece que estoy teniendo un colapso —y probablemente lo esté teniendo—, sentada en medio de semejante desastre mientras lloro en silencio.

—¿Key?

Sollozo un poco, usando la palma de la mano para limpiar la humedad bajo mis ojos.

—Oh… Hola, Brodie.

—Te he oído desde el pasillo. ¿Estás bien?

Quiero reír, pero estoy demasiado cansada. Niego con la cabeza.

—Solo estoy teniendo un mal día.

—Oh. —La comisura de su boca cae en una mueca, y puedo notar que no está acostumbrado a lidiar con una mujer llorando. El pobre hombre parece desear haber pasado de largo y no haber llamado a la puerta—. Lo siento.

—Estoy bien —le digo, soltando un suspiro—. O pronto lo estaré. Solo estoy teniendo un momento de «pobre de mí».

Asiente, mirando las cajas abiertas y las pilas de papeles y cosas al azar dispersas por el suelo.

—Estás… ¿buscando algo?

—Buscando algo —repito. Me río, pero suena amargo—. ¿Sabes cuando tienes una idea clavada en la cabeza, como una picazón, y no puedes pensar en otra cosa hasta rascarla?

—Supongo que… ¿sí?

—Bueno, esta es mi picazón —digo, abarcando el desastre con mis manos.

—Ya veo. —Me mira con cautela, como si pudiera explotar en cualquier momento—. ¿Puedo ayudarte en algo?

Suelto otra risa sarcástica.

—No, a menos que seas clarividente y no me lo hayas dicho.

—Lo siento —se ríe—. No puedo decir que lo sea.

Asiento con la cabeza.

—Era de esperar.

—Rhona ha dicho que no te encontrabas bien.

—Bueno… —Le dedico una expresión culpable—. La verdad es que no me apetecía socializar.

Considero contarle la verdad, que estoy destrozando la habitación buscando el viejo diario de mi padre, pero no puedo pensar en un solo motivo racional para estar tan desesperada por él sin insinuar el dilema de Lachlan. Y eso simplemente no me corresponde. En especial considerando que Lachlan empieza a aceptar la idea de dejar que Brodie ayude en algo.

—Sí, lo entiendo —dice, asintiendo mientras vuelve a mirar la habitación—. Bueno, si necesitas algo, llámame, ¿vale?

Le sonrío.

—Lo haré. Gracias.

—No hay por qué darlas —dice, restándole importancia con la mano—. Eres familia.

Eres familia.

Mierda. Entre Rhona y Brodie, esta familia parece decidida a hacerme llorar toda la noche. Lo siguiente será Finlay viniendo a darme alguna reliquia familiar y leerme un cuento para dormir.

—Lo sé —le digo, con la voz un poco gruesa—. Pero en serio, gracias.

Él asiente otra vez, sonriendo un poco.

—Buena suerte arreglando todo esto antes de que lo vea Rhona —me desea mientras gesticula hacia el caos que me rodea.

—No me lo recuerdes —gimoteo.

Se ríe.

—Lástima que no haya un botón mágico para eso, ¿eh?

—Ojalá.

Suelto un suspiro cuando él cierra la puerta detrás de sí y me deja sola con mi caos. Caigo en la cuenta de que voy a tener que volver a poner todo en su lugar si no quiero tener que darle explicaciones a Rhona, y al ver el gran desastre que tengo delante… es una tarea abrumadora. Especialmente sin la adrenalina de hace un rato, cuando pensaba que estaba a segundos de encontrar algo.

Suspiro otra vez. De verdad es una lástima que no exista un botón mágico o algo así.

Tardo unos segundos en procesar el pensamiento y, cuando finalmente se asienta, me quedo inmóvil, con la boca abierta. Miro alrededor, a las pilas y montones de cosas que hay por todas partes,

y me pregunto si he estado haciendo todo esto de la manera equivocada.

Quizá sí seas un maldito sabueso.

No eres una vara de rabdomante.

Puedo oír la voz de Lachlan en mi cabeza, pero no puedo evitar preguntarme: ¿y si sí lo soy?

Me pongo en pie de un salto, esquivando los montones desordenados para no tropezar —lo último que necesito es darle a Lachlan más razones para decir que soy torpe—, cierro los ojos y trato de regular la respiración. Recuerdo aquel día en el viejo castillo Greer, lo que sentí en aquella habitación secreta. Esa conexión extraña con algo que aún no sé nombrar.

La busco ahora, demonios, hasta le suplico. Balbuceo tonterías en mi mente, rogándole a cualquier fuerza que se haya fijado en mí que me conceda algo.

Vamos, insisto en silencio*. ¿Dónde estás? Sé que estás ahí. Puedo sentirlo. Solo dame esto, una sola cosa. Si nunca vuelves a hacer nada por mí, déjame tener esto. Vamos. Vamos. Solo muéstrame hacia dónde…*

Jadeo cuando lo siento: ese hilo palpitante de energía que me llama, que me susurra que haga algo. Ni siquiera me importa lo difuso que resulta ni que no ofrezca instrucciones claras; estoy demasiado emocionada por haberlo encontrado, por sentirme un paso más cerca de comprender qué fue aquello que despertó en mí al llegar aquí.

Giro sobre los talones, con la clara sensación de que algo me atrae desde… ¿el suelo? Frunzo el ceño. Hay papeles tirados por ahí, claro,

pero a menos que sean páginas arrancadas de un diario escritas en código…

Caigo de rodillas otra vez y aparto los papeles. Debajo no hay más que la madera del suelo, sólida, antigua, seguramente allí desde mucho antes de que yo pudiera imaginarlo. Demasiado bien colocada como para ocultar nada, pienso. Demasiado perfecta, incluso en su desgaste. No puede ser que…

Entonces lo veo.

Un agujero en la madera, apenas del tamaño de un dedo, justo en la esquina de una tabla casi oculta bajo la cama. De pie, jamás lo habría advertido. Me tumbo boca abajo y me arrastro bajo el somier, tanteando el agujero con la yema del dedo. Una oleada de emoción me atraviesa al sentir el vacío bajo la superficie.

El corazón empieza a martillar en el pecho mientras engancho el dedo e intento aflojar la tabla, aunque la madera se resiste tras más de dos décadas intacta. Cruje, se queja, parece negarse a ceder, pero, tras un minuto de tirones y maldiciones, finalmente se suelta, revelando un compartimento oculto.

Y allí está.

Cuero cuarteado. Papel amarillento. Un diario.

Está atado con una tira de cuero deshilachada, y lo saco con cuidado para no dañarlo. Me siento con las piernas cruzadas y lo giro despacio, examinando ambas cubiertas. No hay nada especialmente llamativo, pero lo siento. Esa misma energía, esa misma conexión que me trajo hasta aquí. Como si la extraña magia que vive dentro de mí lo hubiera tocado alguna vez.

Desato la correa con manos temblorosas, plenamente consciente de que quizá debería esperar a Lachlan, pero soy demasiado

impaciente. Sonrío como una maniática todo el tiempo que tardo en abrirlo, hasta que una hoja suelta se desliza fuera.

Es vieja… pero no tanto como el resto del diario. Una simple hoja arrancada de un cuaderno. Y, en cuanto reconozco la letra de mi padre —una caligrafía que distinguiría entre mil, aunque sienta que ha pasado una eternidad desde la última vez que la vi—, el aire se me queda atrapado en los pulmones.

Mamá:
No sé si algún día encontrarás esto. Ni siquiera estoy seguro de querer que lo hagas. Si lees lo que está dentro de este diario, sabrás la verdad de por qué me fui, y no sé qué es peor: que estés decepcionada de mí por haberme ido o que sepas con certeza que me marché porque soy un cobarde.
Quizá algún día encuentre el valor, pero quiero que sepas que no me fui por ti. En realidad, no. No fui capaz de tentar al destino, no pude hacer las paces con no saber qué vendría después, así que me fui. Por ella.
La historia de este diario es completamente cierta. Toda. De eso estoy seguro. Y por eso no podía arriesgarme. Por eso tuve que marcharme mientras aún podía.
Pero hay algo que fue y siempre será cierto:
Te quiero.

Duncan

Estoy llorando otra vez. Parece que ese es el tema de la noche. Ver las palabras de mi padre, escuchar su voz en ellas, especialmente sabiendo lo que significaría para Rhona leer esto…, es demasiado. Aprieto la carta contra el pecho, incapaz siquiera de imaginar cómo podría empezar a explicarle algo así a mi abuela,

pero estoy tan llena de dolor en este momento que no puedo pensar con claridad. Hay demasiadas preguntas. Demasiadas cosas que no entiendo.

Así que me fui. Por ella.

¿Qué quiso decir con eso? ¿Se refería a mi madre? Tenía que ser, ¿no? ¿Y qué tiene que ver ella con todo esto? No alcanzo a imaginar qué conexión podría tener con todo lo que he descubierto —sobre mí, sobre Lachlan, sobre nuestra historia—, pero sé que la única forma de obtener respuestas es leer el diario. Cuando mis manos dejen de temblar, claro.

Parece que hoy no voy a dormir.



28
Lachlan

Dejar a Keyanna para ir a ayudar a Finlay fue difícil. Aunque estoy aprendiendo a ser menos desconfiado con el viejo, no hay comparación posible con su encantadora nieta cuando se trata de compañía.

—¿Puedes sujetar esa pieza ahí?

Le presto atención, tomo el trozo de madera que señala y lo sujeto para que pueda clavarlo en su sitio.

—Ya está.

—Estas pequeñas vaquitas… —se ríe Finlay—. Nada las detiene cuando se les mete algo en la cabeza, ¿eh? Ni siquiera una cerca tan buena como esta.

—No hay nada de «pequeño» en tus vacas, Finlay.

Me dedica una sonrisa.

—Son todas unas bebés.

—Si tú lo dices —resoplo.

Escucho el golpeteo rítmico del martillo mientras fija la tabla, y no la suelto hasta que se incorpora, secándose el sudor de la frente.

—Hay por lo menos otros cuatro puntos como este —dice—. A este paso, nos llevará todo el día.

—Tengo tiempo —respondo.

Finlay vuelve a reír y me mira con picardía.

—Tiempo que no pasas con mi nieta, ¿verdad?

Abro los ojos como platos y me quedo mirándolo, desconcertado por la franqueza del comentario.

—No te asustes, muchacho —dice—. ¿Crees que mi Rhonnie me ocultaría cosas?

—Supongo que no… —murmuro.

Finlay levanta de nuevo el martillo y golpea uno de los postes sin apartar la vista de mí.

—A ver, dime —empieza—. ¿Estás jugando con los sentimientos de mi nieta?

—Yo… No. Claro que no —balbuceo, sorprendido por la dureza repentina de su mirada.

Nunca lo había visto fruncir el ceño de esa forma.

Niego con la cabeza.

—Yo… —*¿La quiero? ¿Estoy obsesionado con ella? ¿Quiero un futuro con ella si no pierdo el control ante la bestia?*—. Key me importa —logro decir—. Mucho.

—Eso está muy bien —afirma Finlay—. Porque sé que eres más grande que yo, muchacho, pero también sé dónde se cae la gente y no la encuentran nunca más.

—Aquí no pasan esas cosas —protesto.

Los labios de Finlay se curvan en una sonrisa inquietante.

—Ajá, tú sigue creyendo eso.

—No quiero hacerle daño —le aseguro, lanzando una mirada incómoda al martillo—. Es lo último que querría.

Finlay me observa durante unos segundos que se me hacen eternos. Finalmente, su expresión severa se desvanece y suelta una carcajada, recuperando su semblante habitual.

—Bueno, asunto arreglado entonces —dice animado—. No puedo permitir que alguien ande por ahí rompiéndole el corazón a mi nieta ahora que por fin la tengo cerca, ¿eh?

—Claro —respondo—. Tampoco lo haría.

—Bien. —Me guiña un ojo y golpea el poste con renovado entusiasmo—. A ver si terminamos antes de la cena. Y, por cierto, espero verte pronto sentado a la mesa con nosotros, ¿queda claro?

El pecho se me encoge ante una promesa que no sé si podré cumplir, pero aun así quiero creer que sí.

—Sí —digo, aferrándome a esa idea—. Queda claro.

Me da una palmada en el hombro y señala el quad.

—Será mejor que nos movamos.

Lo sigo, todavía perplejo por el brusco cambio de actitud. Siento que, si se lo contara a Key, no me creería. Yo tampoco. Probablemente no la vea hoy, con todo el trabajo que queda, pero anoto mentalmente contárselo mañana a primera hora.

No puedo permitir que nadie vaya por ahí rompiéndole el corazón a mi nieta ahora que por fin la tengo cerca…

Si Finlay supiera lo perdidamente enamorado que estoy. Es casi cómico.

Aun así, eso no me impide vigilar a Finlay con cautela el resto del día.

La noche ha vuelto a ser brutal. Estaba agotado por el día entero arreglando cercas, y a eso se sumó otra velada en la que mi padre se propuso alejarme de lo que considera su territorio… No ha sido precisamente reparadora. He dormido un poco antes del amanecer, por suerte, pero aun así mi cuerpo está rígido y dolorido, y solo en parte es por las transformaciones. Me imagino que debe de ser espantoso verlo —vivirlo, desde luego, lo es—, así que todavía me sorprende que Key lo haya presenciado todo y no haya salido corriendo. De hecho, me hace sonreír recordar cómo reaccionó. Como si no fuera un monstruo. Como si siguiera siendo… yo. Ella me hace sentir así de muchas maneras.

El sol apenas empieza a elevarse en el cielo; la neblina gris de anoche parece haberse disipado con el amanecer, dejando la hierba cubierta de un rocío que brilla bajo los rayos cálidos de la mañana. Al llegar a la cima de la colina que da a la granja, todo queda iluminado por un resplandor suave, y me detengo un momento ahí arriba, absorbiéndolo todo.

No es mi hogar, lo sé, pero saber que Key me espera ahí abajo, que me echó de menos durante la noche…, casi hace que lo sienta como si lo fuera. Es la primera vez que siento algo así desde que mi familia se desintegró.

Bajo la colina hacia el camino de grava que lleva a la casa principal y me desvío hacia la cabaña. Ayer fue la última vez que toqué a Keyanna, y aun así no puedo dejar de pensar en hundirme en ella otra vez, perderme en su calor, en su contacto, y dejar que me haga sentir más humano. Ella me ancla de una forma en que nada más lo hace.

Entro sonriendo, anticipando verla, pero cuando la encuentro acurrucada en mi cama, con ojeras y los ojos rojos, abrazando un grueso libro de cuero que parece antiquísimo… todo mi optimismo se apaga.

Y de inmediato lo sé.

—Lo has encontrado —digo con la voz cortada.

Ella asiente con solemnidad, pero se la ve mucho menos emocionada de lo que pensé que estaría. *Esto es, ¿no? Seguramente esta tiene que ser la respuesta. Tiene que serlo.*

Entonces, ¿por qué se la ve tan devastada?

Doy pasos rápidos para acortar la distancia entre nosotros. Al llegar al borde de la cama, me arrodillo mientras llevo la mano a su mejilla para obligar a sus ojos a encontrarse con los míos.

—¿Qué pasa?

—Aún no lo he terminado —me dice.

Noto que se ha quedado más o menos a tres cuartos del diario, y pienso que no puede creer que yo me molestaría porque no lo haya terminado, ¿verdad?

—Está bien —le digo con suavidad—. Tenemos tiempo, Key. No te preocupes.

Ella niega con la cabeza, apartando el rostro de mi mano y moviéndose hacia atrás para hacerme sitio en la cama.

—Creo que necesitas sentarte.

Hago lo que me pide, levantándome del suelo solo para ocupar el lugar a su lado, y ella mantiene el libro contra el pecho como si fuera algo peligroso, como si en cualquier momento pudiera explotar. Lo sujeta casi como si le tuviera miedo, y eso también me pone en alerta.

—Dime qué pasa —casi le ruego—. Parece que has estado llorando.

Ella suelta el aire con un resoplido, algo entre un bufido y una risa incrédula.

—Sí, ha sido una noche infernal.

—¿Es el libro? —Siento que el estómago se me encoge—. ¿No hay respuestas? ¿Es por eso que tú…?

—Sí hay respuestas —dice en voz baja, mirándome con los ojos tristes. Parece estar considerando cómo darme la noticia sin golpearme demasiado, aunque no sé de qué se trata—. Es solo que… no sé cómo decirte esto.

—Puedes decírmelo sin rodeos —digo con rigidez, intentando prepararme para lo que sea que la haya dejado tan desolada—. Todo irá bien, Key. Te lo prometo.

Ella asiente de nuevo, despacio, colocando el libro sobre sus piernas y hojeándolo con delicadeza, como si buscara algo en particular. La observo pasar una página tras otra, y noto cómo se estremece apenas cuando parece encontrar lo que buscaba.

—Ahora recuerda —dice—. Todavía no he terminado. Podría haber algo que aún no haya visto. Algo que tenga más sentido, ¿vale? No sé cómo, pero todo irá bien. Solo quiero que sepas que esto no cambia nada. ¿Lo entiendes?

Todo mi cuerpo se vuelve de piedra cuando el miedo se me hunde muy hondo.

—Keyanna —logro decir con la voz espesa—. Muéstramelo.

—Está bien —susurra casi sin voz.

Me entrega el diario, abierto en la página que ha buscado, señalando una línea donde supongo que quiere que empiece a leer.

Le doy una última mirada a su expresión abatida, recordando lo que dijo.

Todo irá bien.

Asiento en respuesta y dirijo mi atención a la página.

En pocos instantes empiezo a sentirme fatal.

> *Invierno, 1297*
>
> *El terrateniente Greer ha regresado. Él y sus hombres apestan a sangre, pero las noticias de su victoria sobre los clanes del norte ya se han esparcido por toda la región. Nadie se atreverá a desafiarlo ahora. Se cree un rey. Lo he visto dirigirse directamente a sus aposentos. No la conoce. No como yo. Ella no es malvada, como creen. Cumplió su promesa. Esperó su regreso. Sin duda creyó que él también cumpliría la suya. «La brida a cambio de refugio», juró. Y aun así, al volver a casa, la tomó. La escondió en algún lugar. He buscado en las mazmorras, pero no he encontrado nada. Él lleva su brida como si le perteneciera, como si fuera su derecho. La ha traicionado. La llama monstruo, pero Sorcha no es ningún monstruo. Es el terrateniente quien es el verdadero monstruo.*
>
> *No puedo permitirlo. No puedo dejar que se pudra en la oscuridad mientras él permanece bajo el sol, teniéndola cautiva. La salvaré.*

—¿Todo es así? —pregunto con una voz que no parece mía.

—En su mayor parte —responde ella en voz baja—. El diario empieza justo antes de que llegue al castillo. No… no deja a tu ancestro en un lugar muy favorable.

Mi agarre sobre el diario se tensa.

—¿Qué dice?

—Lachlan, eso no es importante ahora.

—¿Qué dice?

La oigo suspirar, dejando caer la cabeza sobre mi hombro. Siento el calor de su aliento a través de la manga de mi camisa cuando vuelve a hablar.

—Dice que era un hombre cruel, hambriento de guerra. Que era desagradable con sus sirvientes, con su propia gente… Dice que asesinó a personas inocentes de clanes vecinos en una especie de ofensiva generalizada por poder. —Exhala con un temblor, y su voz baja aún más cuando añade—: Mi ancestro, supongo que Tavish, menciona varias veces que el terrateniente era un hombre de una severidad brutal, decidido a conquistar toda la zona. Dice que robaba mujeres de las aldeas que saqueaba y se las entregaba a sus hombres como recompensa, que mataba niños para extinguir linajes que consideraba una amenaza, que él… —Se aclara la garganta y aparta la mirada—. Ya te haces una idea.

Cada palabra que pronuncia cae sobre mí con un peso insoportable, amenazando con arrastrarme hacia el fondo. Lo siento todo y, a la vez, nada, intentando dar sentido a las palabras que ahora se agolpan ante mis ojos, sin conseguirlo. Todo lo que alguna vez supe queda en entredicho por esta breve entrada, y aceptar que es cierta significa que toda mi vida, toda mi historia, es una mentira.

Puedo sentir a Keyanna a mi lado, esperando que diga algo, que reaccione, pero estoy invadido por la misma insensibilidad que me invadió después de ver a mi padre anoche. Solo que esta vez no hay compasión ni tristeza. Ni por mí ni por el resto de mi linaje.

Paso los dedos sobre el nombre de la criatura —la mujer— a quien siempre creí la fuente de mi sufrimiento, preguntándome ahora cuánto dolor soportó a manos de mi familia. Preguntándome si merecía algo de aquello. Pensando que es muy probable que no.

Saberlo hace que el estómago se me retuerza de culpa, obligándome a revivir cada palabra cruel que alguna vez pensé sobre ella, sobre su familia, incluso sobre Key hasta no hace mucho. Ahora… cada una de esas palabras se posa en mi lengua como ceniza, dejando un regusto amargo. Porque hay algo seguro después de leer lo que está escrito aquí.

No somos las víctimas de esta historia.

Somos los malditos villanos.



29

Keyanna

—Tenías razón —gruñe.

Apoyo la mano sobre su antebrazo y lo aprieto suavemente.

—¿Sobre qué?

—Cuando dijiste que debimos de haber hecho algo malo —aclara —. Lo hicimos. Nos hicimos esto a nosotros mismos, ¿verdad?

—Lachlan, no…

—Lo merecemos —escupe.

—Para, eso no es verd…

—Pero sí lo es, ¿no? —Gira el rostro hacia mí; sus ojos azul hielo están húmedos, casi desbordados—. ¿Hasta dónde crees que llega? ¿En qué momento nos pintamos como víctimas? ¿Lo sabía mi abuelo? ¿Y mi padre? ¿Soy solo un idiota al que intentaron proteger con sus mentiras?

Niego con fuerza y le llevo la mano al mentón.

—Mírame. No creo eso ni por un segundo. Mira lo viejo que es este diario. Siglos, Lachlan. Si tu antepasado era realmente tan malo como dicen, ¿no resulta más lógico que él mismo empezara a difundir esa versión en vida? Si Tavish se casó de verdad con la *kelpie*…, con esa Sorcha…, entonces seguramente querrían protegerla. Seguramente lo que ella era requería secreto. Así que no es como si pudieran desmentir rumores de esa clase, ¿verdad?

—Suena maravilloso en teoría —bufa—. Pero, sinceramente, ¿qué importa? Mi familia se hizo esto sola. Hemos pasado todo este tiempo buscando algún tipo de solución, de redención…, pero ni siquiera la merecemos.

—Para. —Chasqueo la lengua—. Eso no es cierto.

Veo la ira formándose en sus ojos, incluso bajo el brillo de las lágrimas.

—¿No lo es? Suena como si procediera de una larga estirpe de monstruos, Key. Suena como si fuéramos monstruos mucho antes de que esa *kelpie* apareciera y lo convirtiera en nuestra realidad. Suena como si estuviéramos recibiendo exactamente lo que merecemos.

—Mírame. —Le sujeto la cara con ambas manos y lo obligo a hacerlo—. ¿Recuerdas lo que me dijiste? En aquel cuarto donde él la tenía encerrada.

—Sí, y la tuvo como su maldita prisionera sin otra razón que absorber su magia como un maldito parásito. Como si no fuera suficientemente horrible que…

Le aprieto las mejillas para que no pueda seguir hablando.

—Me dijiste que yo no tenía más culpa por el pasado que tú. Que yo estaba aquí, ahora. Que intentaba arreglarlo. Dijiste que eso era lo que importaba. —Veo cómo evita mi mirada, pero muevo la

cabeza para interceptar su línea de visión, sin permitir que aparte los ojos de mí—. Eso funciona también al revés, ¿me oyes? Tú no tienes la culpa de algo que hizo un hombre malvado con tu apellido hace casi siete siglos. Tú no hiciste esas cosas: las hizo él. Tú no eres él, ¿lo entiendes?

—¿Soy realmente tan distinto? —Sus hombros caen, derrotados; sus ojos se cierran con dolor—. Mira cómo te traté cuando te conocí. Como a una especie de apestada solo por tu apellido. Como si yo fuera, de algún modo, mejor que tú por el mío. ¿Soy realmente tan distinto, Keyanna?

—Lo eres —subrayo—. Lo eres. —Apoyo la frente contra la suya y le acaricio la mejilla con el pulgar—. Claro que actuaste así cuando nos conocimos. Te criaron toda tu vida pensando que mi familia fue la razón por la que perdiste a tu padre, por la que podrías perderte a ti mismo. No te culpo por cómo eras al principio. Lo entiendo. Demonios, quizá yo habría hecho lo mismo si nuestros papeles se hubieran invertido. Sé que eres distinto porque pasaste la vida entera creyendo una sola cosa como verdad absoluta y, aun así, cuando tuviste la oportunidad de confiar en mí, no tuviste miedo de cambiar de opinión. Tú lo hiciste. Ni tu padre ni tu ancestro imbécil. Tú. Tú tomaste esas decisiones por tu cuenta. Dejaste atrás toda esa basura sobre la maldición y la culpa, y confiaste en mí basándote en lo que sabías que era cierto. —Deposito un beso suave en sus labios y dejo que dure un segundo—. Tuviste la oportunidad de repetir los errores de tu familia y elegiste otro camino. ¿Lo ves? No eres quien eres por de dónde vienes; eres quien eres por hacia dónde decides ir.

Un sonido quebrado escapa de su pecho, y lo atraigo hacia mí, envolviendo mis brazos alrededor de sus hombros mientras sus manos se aferran a mi cintura y entierra el rostro en mi pecho. Dejo la mejilla contra la suya y respiro su aroma —una mezcla de agua, aire y algo que es únicamente él—, permitiendo que tiemble entre mis brazos mientras intenta reconciliarse con lo que le dije. No puedo imaginar lo que debe de estar sintiendo; creer algo durante toda una vida, asumirlo como una verdad heredada durante generaciones, para que se derrumbe en un instante… Cualquiera perdería la cabeza. Pero no voy a permitir que se derrumbe. Estoy preparada para ser su apoyo, para asegurarme de que no se rompa.

—No sé si te merezco —dice, frotándose contra mi jersey.

Le acaricio el cabello con la nariz.

—Claro que sí.

—No lo entiendes —resopla, separándose para mirarme—. No es solo esto, Key. No que esto no sea una completa mierda, porque lo es, pero no es todo. Empiezo a pensar que mereces mucho más que yo. —Su cara refleja dolor, y el corazón se me encoge un poco—. Más que esto. Este maldito desastre. Especialmente porque… —Traga saliva, perdido otra vez—. Ni siquiera he… necesito decirte…

Un sonido sorprendido se le escapa cuando presiono mis labios contra los suyos, y un atisbo de protesta asoma apenas un instante antes de disolverse en el beso. Siento cómo la tensión abandona su cuerpo segundo a segundo bajo mi boca, y pienso que, si no quiere escucharme decirle lo que siento, siempre puedo demostrárselo.

—Key —suspira, aturdido—. Key, necesito…

—Necesitas callarte —murmuro—. Ya has hablado bastante.

Gime cuando dejo que mi lengua se deslice entre sus labios, que se abren para mí sin pensarlo. Como si fuera lo más natural del mundo. Y se siente como si lo fuera. ¿No lo ve? ¿No ve que esta conexión es como algo más que una simple casualidad?

Enredo los dedos en su cabello e inclino su cabeza hacia atrás para explorar su boca, manteniendo los besos lentos, lánguidos, saboreando su calor. Con cada segundo lo noto relajarse un poco más, y subirme a su regazo resulta una decisión fácil. Moldear mi cuerpo al suyo es tan natural como respirar. Como si realmente perteneciera allí.

Siento sus manos deslizándose bajo mi jersey, sus palmas grandes recorriendo mi espalda, incendiando mi piel. Nuestros besos son un vaivén lento, un intercambio perezoso: su lengua persiguiendo la mía con cada retirada, la mía siguiendo la suya.

Normalmente, cuando me desnuda, todo es rápido, frenético; pero esta vez es distinto. Me quita el jersey como si desenvolviera un regalo. Mi cabello se enreda un segundo en el cuello de la prenda antes de caer sobre mis hombros. Me observa con una reverencia que me hace sentir más desnuda que cualquier falta de ropa, y nunca he estado tan agradecida por tener pechos lo bastante pequeños como para no usar sujetador que desde que conocí a Lachlan. Porque he notado que está obsesionado con ellos.

Sus manos son tan grandes que lo abarcan todo, amasando suavemente antes de que sus dedos pellizquen mis pezones, haciendo que se endurezcan. Me sostiene la mirada justo cuando se inclina para succionar uno, y la boca se me abre en un jadeo cuando su lengua caliente dibuja círculos alrededor del pico rígido, enviando escalofríos por todo mi cuerpo.

Esto, pienso. *Esto es lo que necesitaba.*

Necesitaba comprobar que aún me mira como si fuera todo lo que desea cuando me toca. Que nada de lo que ha descubierto hoy ha alterado la intensidad de lo que siente por mí. Que está tan dentro de esto como yo.

Lo dejo jugar un poco más, disfrutando de la sensación de su boca sobre mí, antes de empujarlo hacia atrás para quitarle la camisa. No me detengo ahí: desabrocho el botón de sus vaqueros y se los bajo con rapidez. Él lo permite sin protestar, observándome mientras lo dejo completamente desnudo. Observándome con una intensidad aún mayor cuando me quito mi propia ropa.

Sus ojos están entornados cuando lo guío para que se tumbe, cuando me arrastro para montar sus caderas, y la forma en que me mira… Podría volverme adicta a la forma en que me mira Lachlan. Como si yo fuera algo de otro mundo. En cualquier otro momento el pensamiento me parecería gracioso, porque supongo que… Bueno, que lo soy. En cierto modo.

Ondulo las caderas, dejando que su erección se deslice entre mis pliegues mojados, rozando la cabeza de su miembro mientras él deja escapar un gruñido. Sus manos sujetan mis muslos, apretando, como si intentara contenerse y me dejara marcar el ritmo. Me froto un poco más contra él antes de, por fin, acabar con la tortura de ambos, llevando la mano entre nuestros cuerpos para guiarlo hacia mi entrada húmeda.

Sostengo su mirada mientras empiezo a hundirme, tomándolo poco a poco, y siento cómo cada centímetro me estira, cómo me llena, sin detenerme hasta que quedamos completamente unidos, con su miembro tan profundo como puede estar. Sus manos dibujan

ahora círculos lentos sobre mis muslos, acariciándome en un patrón hipnótico del que ni siquiera estoy segura de que sea consciente, mientras su mirada intensa recorre cada centímetro de mi cuerpo con reverencia.

Los cambios microscópicos en su expresión cuando empiezo a moverme —el leve rubor en sus mejillas, el modo en que sus párpados se vuelven más pesados, el casi imperceptible gesto de su boca—, cada detalle me hace sentir aún más deseada, aún más atrevida. Uso las rodillas para elevarme y subo hasta que solo la punta queda dentro de mí. Me quedo así uno o dos segundos antes de dejarme caer de golpe. Entonces abre los ojos de una manera nada sutil y suelta un sonido completamente salvaje.

Así que lo hago otra vez. Y otra. Y otra.

No sé en qué momento empieza a moverse conmigo; un segundo soy yo quien marca el ritmo, quien controla la cadencia, y al siguiente sus manos están en mis caderas para mantenerme firme, y sus embestidas se elevan desde la cama con tal ferocidad que prácticamente reboto sobre su miembro. Echo la cabeza hacia atrás cuando entra profundo con cada penetración, y la gruesa cabeza de su polla acaricia la pared interna más sensible, golpeando ese punto donde la presión ya se acumula en lo más hondo de mi vientre.

Normalmente estaría hablando ahora, susurrando palabras sucias que me excitarían todavía más, pero algo en su silencio hace que esto sea… distinto. Más intenso. Como si no quisiera que las palabras restaran fuerza a la energía chispeante que parece encenderse entre nosotros. Una que puedo sentir como algo físico. Seguramente él también la siente. Tiene que sentirla.

No necesito pedirle que me dé más; su pulgar encuentra mi clítoris y empieza a acariciarlo con la presión exacta, como si supiera lo que necesito sin que yo diga nada. Se desliza de un lado a otro sobre el capuchón sensible, sus caricias lentas en completo contraste con el ritmo brutal de su polla entrando y saliendo de mí. La mezcla de sensaciones me hace subir más y más, hasta sentir que alcanzo un punto máximo demasiado pronto.

Mis muslos empiezan a temblar, dentro de mí todo tiembla, y lo siento: está justo ahí.

Y cuando Lachlan finalmente abre la boca, su voz es tan suave, tan llena de asombro, que siento el corazón a punto de estallar de emoción.

—Acaba para mí —dice casi en un susurro—. Acaba para mí, amor.

Y lo hago, como si mi cuerpo obedeciera su mandato. Me deshago, me rompo, apenas notando cuándo los focos chispean, cuándo las ventanas empiezan a vibrar con la fuerza de un viento repentino que no tiene razón de ser en esta mañana tan soleada.

El orgasmo que me sacude lo relega todo a un segundo plano. Llego a escuchar vagamente a Lachlan gemir después de mí, mientras siento su miembro palpitar dentro, llenándome con su calor. Apoyo las manos sobre las suyas, que aún sujetan mis caderas, con la boca abierta y jadeante hacia el techo y los ojos cerrados con fuerza, saboreando las sensaciones que todavía destellan en mi interior.

No me muevo hasta que Lachlan literalmente me recoloca, levantándome y apartándome de encima de él para acunarme entre sus brazos. Desliza los dedos por mis rizos desordenados mientras besa mi sien, atrayéndome contra su cuerpo hasta que no queda ni

un solo espacio entre nosotros. Su calor y la calma que irradia hacen que el cansancio caiga sobre mí tras una noche tan larga y una mañana que se siente aún más larga, y, sin que ninguno de los dos logre encontrar palabras para lo que acaba de ocurrir, dejo escapar un bostezo largo y pesado, cargado con el peso de la noche en vela.

—Duerme —murmura, hundiendo el rostro en mi cabello—. Hablaremos cuando despiertes.

Asiento contra su pecho, creyéndole. Él seguirá aquí cuando despierte. Lo sé, porque sé lo que siente por mí. Lo sentí hace un momento. Ya sea por magia o por una intuición delirante, sentí cada parte de lo que Lachlan siente por mí con una claridad casi dolorosa, como si me lo hubiera dicho en voz alta. Así que ahora sé, más que nunca, que esto que estamos viviendo… es real.

Porque mis sentimientos son exactamente los mismos.

Despierto antes que Lachlan; no estoy segura de cuánto tiempo ha pasado desde que nos dormimos, pero el sol entra ahora con toda su fuerza por la ventana, así que supongo que ya es bien pasado el mediodía. Prácticamente he dejado de llevar encima el teléfono desde hace unas semanas; todavía es algo nuevo para mí, pero, dado que la mayoría de mis amigos de Nueva York se alejaron cuando mi padre enfermó…, en realidad no hay nadie a quien pueda recurrir para hablar ahora mismo.

Un concepto salvaje, la verdad.

Me visto en silencio, cubro a Lachlan con una manta para que duerma lo que probablemente necesita y me acerco a la mesa de la cocina con una taza de café que he logrado preparar, no sin esfuerzo, en su cafetera antiquísima, antes de retomar la lectura del

diario. Hasta ahora, solo ha habido unas pocas menciones de la brida: cuando Sorcha llegó al castillo, cuando el ancestro de Lachlan hizo su trato, cuando la traicionó… Apenas estoy leyendo cómo Tavish la recuperó y la liberó de su prisión. Esta parte duele, en realidad, porque otra revelación que he encontrado es que el ancestro de Lachlan no fue maldecido hasta después de que Sorcha fuera liberada. No como un truco cruel de una criatura caprichosa, sino como castigo por casi un año de encierro bajo circunstancias horribles que espero que Lachlan nunca tenga que leer. Ya carga con suficiente culpa por ese imbécil que comparte su apellido.

La parte final del diario se va acercando tras la libertad de Sorcha y la dicha que Tavish expresa por su amor correspondido. Después aparece un registro de su boda, y se menciona que usaron la brida para garantizar que el terrateniente no volviera a hacerles daño ni a ellos ni a su familia, e incluso para que les cediera un pedazo de tierra en el que iniciar una nueva vida. Después de eso… nada. Solo relatos cotidianos de una vida muy dulce, pero, francamente, bastante normal.

¿Eso es todo?, sigo pensando. *¿Todo esto, para terminar en una tranquila vida de granja para siempre?*

Para Sorcha, Tavish encaja totalmente en la descripción de «tonto enamorado» que mencionó Rhona; la mujer nunca hace nada mal a sus ojos. Cada mención de ella está pintada de rosa, lo cual es tierno, supongo, pero simplemente… nunca vuelve a mencionar la brida. No después de señalar brevemente que debían usar su poder con moderación para no llamar la atención.

Puedo sentir cómo mi frustración crece con cada página, y, cuando llego a las últimas, me siento francamente desanimada.

Porque no puede ser otro callejón sin salida. No es posible. No puedo enfrentarme a Lachlan cuando despierte y decirle que no tengo más respuestas. La brida estuvo aquí, maldita sea. Estuvo justo aquí.

La última página es el relato trivial de un día trivial, algo casi ridículo sobre un arado descompuesto y Tavish sintiéndose viejo, aunque su Sorcha se mantiene tan hermosa como siempre. Me haría sonreír de no ser porque marca un fracaso absoluto en mi intento de acercarme a la ubicación de la brida. En mi intento de acercarme a salvar a Lachlan.

Estoy a punto de cerrar el diario y dejarlo caer al suelo, pero noto una sombra que sugiere que hay algo más escrito después de la última página. Aparto la contraportada con curiosidad, y mis ojos se abren al encontrar algo escrito allí, algo que no se parece en nada a la letra angulosa de Tavish, sino a una caligrafía suave, casi artística.

Para quien encuentre el diario de mi amado:

Mi Tavish murió por la noche, y con él, mi corazón también se apaga. En todos mis años de vida, nunca pensé que amaría a un hombre mortal. Los hombres fueron crueles con los de mi especie, conmigo, y crecí aprendiendo a no confiar en ellos, a temerles cuando fuera necesario.

Pero Tavish cambió mi forma de pensar.

Entierro este diario en nuestra tierra, nuestro hogar, con la esperanza de que un día, cuando nuestra historia se haya perdido con el paso del tiempo, nuestro amor siga vivo. Que los hijos de nuestros hijos encuentren sus palabras y sepan de dónde vienen. Elijo dejar esta vida junto a mi marido; no deseo caminar por un mundo en el que él no exista.

Dejo mi brida con mi amado, porque mi magia es mi corazón, y solo él puede tenerlo.

Recuerda mi maldición, oh, hijo de MacKay. Recuérdala, y ten por seguro que quienes nos dieron sufrimiento ahora sufren a su vez. En mis años con Tavish, viviendo como una mujer mortal, aprendí lo que es perdonar, pero el perdón no puede ser concedido por mí. Tal es el poder de las palabras, tal es la naturaleza de mi maldición. Porque, aunque yo nunca pueda ser una hija de MacKay, un día una doncella así caminará este mundo, portará mi magia y tendrá la oportunidad de perdonar. Solo si ella la toma, mi maldición dejará de existir.

Recuerda mis palabras:

Oh tú, de rostro tan bello y nombre altivo,
con el corazón tan negro como el cielo más oscuro.
Tus actos malditos traen premio maldito,
y ni rezos ni súplicas podrán salvar tu destino.
A la luz de la luna cambiarás hasta que el sol se alce,
y tu carne llevará el peso vil de tu alma.
Y todos tus hijos serán condenados,
un favor buscado en vano para siempre,
tu linaje se romperá solo cuando los pecados sean perdonados,
y cada hijo llevará esta maldición de las Hadas.
Tus monstruosos actos no valdrán nada,
porque el final solo llega con una hija de los MacKay.

El diario cae al suelo con estrépito cuando el shock me hace olvidar por completo mis intenciones de tratarlo con cuidado. En serio, ¿cuántas veces puede cambiarle la vida a una persona en un solo día? Oigo movimiento detrás de mí, pero no me giro, demasiado perdida en mis propios pensamientos.

Entonces escucho un somnoliento:

—¿Key?

—Soy yo —digo, sintiéndome totalmente aturdida. Me giro en la silla y me encuentro con la expresión confundida de Lachlan—. Soy

la hija de MacKay.

Y, más allá de la revelación que me deja sin aliento, de saber que tengo un papel en todo esto, de que lo que me está ocurriendo estaba aparentemente predicho…, por encima de todo eso, lo que me destroza es la mirada en los ojos de Lachlan tras lo que acabo de decir. El reconocimiento. Ahí es cuando la verdad cae sobre mí.

Él lo supo desde siempre.



30
Lachlan

Aún estoy intentando sacudirme los últimos restos del sueño, pero, incluso en mi estado somnoliento, es imposible no notar cómo la expresión de Key pasa de la sorpresa a la sensación de traición en cuestión de segundos.

Ella lo sabe.

No sé qué fue lo que leyó en ese diario, pero sus ojos me dicen todo lo que necesito saber. Sea lo que sea lo que encontró…, está claro que sabe que no le conté todo.

—Puedo explicarlo —digo mientras me giro y bajo las piernas hasta el borde de la cama, con el cuerpo actuando por puro instinto al intentar acercarme a ella. Ella se aparta de golpe de la silla de la cocina, retrocede y cruza los brazos sobre el pecho, como si necesitara protegerse. De mí. Ese gesto tan pequeño me atraviesa como un cuchillo.

—Key —intento de nuevo—. No sé qué has encontrado, pero te juro que no es…

—¿No es qué? —me interrumpe, con un tono herido—. ¿No es verdad? ¿No es lo que pienso? ¿No se te olvidó convenientemente decirme que tu poema espeluznante tenía una segunda estrofa?

Miro el diario, caído boca abajo en el suelo, y me agacho para recogerlo con cuidado. Lo coloco sobre la mesa con delicadeza, frunciendo el ceño.

—Así que ya sabes lo de la maldición. Todo.

—«Porque el final solo llega con una hija de los MacKay» —recita, y dejo escapar un suspiro pesado—. ¿Por qué no me lo dijiste?

Me paso las manos por la cara, luchando contra la necesidad de acercarme a ella.

—¿Al principio? Porque no te conocía. No sabía qué significaba esa parte de la maldición. De hecho, todavía no lo sé —añado—. Y después… —Miro mis pies, cerrando los puños mientras la culpa me atraviesa—. No sabía cómo decírtelo. Pensé que tal vez… podría hacerte daño.

Levanto apenas la vista y veo exactamente el mismo dolor que tanto temía causarle reflejado en su rostro.

—No quería traerte más sufrimiento, Key. Ya habías tenido suficiente.

—¿Ah, sí? —resopla—. ¿Entonces ahora decides por mí? ¿Decides si soy capaz de asumir el riesgo que implicas? ¿También decides si puedo manejar la verdad?

—No es eso lo que quería decir. Yo…

Levanta las manos, frustrada.

—¿Y si estoy empeorándolo todo? ¿No pensaste en eso? Esa maldita maldición dice que yo seré el final. No tienes hijos, Lachlan. Si la maldición te alcanza como a tu padre, la línea de los Greer termina contigo. ¿Y si ese es el propósito de todo esto?

—No creo que sea así —la contradigo—. No me parece lógico.

—Claro, ¿y cómo se supone que voy a saber nada si no me dijiste absolutamente todo?

—Key —me acerco, incapaz de contenerme más—. Yo no…

Ella retrocede y, otra vez, siento esa punzada, como si me desgarraran.

—No —dice, alejándose aún más—. No me toques.

El golpe de sus palabras casi me derrumba, y tengo que apoyarme en la mesa para no perder el equilibrio.

El terror —uno como jamás había sentido en mi vida— me envuelve al pensar que tal vez lo he arruinado todo irremediablemente. Nunca había sentido un miedo como el que siento al imaginar que podría perderla.

—Lo siento —suplico—. Necesito que me creas. Iba a decírtelo.

—Pero no lo has hecho. Pensaba que confiabas en mí. —Sacude la cabeza—. Ahora todo encaja. Una hija de los MacKay. ¿Sabías que Rhona me dijo que no había nacido una hija en el clan MacKay en siglos? ¿Has estado esperando a que yo apareciera todo este tiempo? ¿O temías que lo hiciera?

Cruza los brazos con fuerza, con un dolor evidente.

—Me siento estúpidamente utilizada, ¿no lo entiendes? Yo creyendo que estábamos juntos en esto, y tú ni siquiera confiaste lo suficiente en mí como para contarme quizá la información más crucial que tenías. Como si fuera una niña.

—No era mi intención —le digo—. Iba a contártelo. Hoy. Te lo juro.

Sus ojos se entrecierran.

—Qué conveniente.

—Te lo juro, Key. —Doy un paso lento y me detengo cuando ella se sobresalta. Odio que, después de todo mi deseo de protegerla, acabe siendo yo quien le provoque más dolor—. Por favor, créeme.

Me mira durante un largo rato, con los ojos verdes encendidos de furia y el cuerpo tenso como una cuerda. Finalmente, exhala un suspiro áspero, aparta la mirada y aprieta los labios mientras observa el suelo, como si estuviera pensando.

—Necesito tiempo —dice al fin, y mi estómago se revuelve por completo—. Es que… no puedo pensar estando cerca de ti. Me cuesta seguir enfadada cuando te tengo delante, y este es un asunto muy importante.

Inclina la cabeza y me mira.

—Lo entiendes, ¿verdad? Toda mi vida ha sido un secreto tras otro. No necesitaba más. Y menos viniendo de ti.

—Lo sé —asiento—. De verdad, lo siento mucho.

Su pecho sube y baja con respiraciones pesadas. Observo cómo parece luchar con sus propios pensamientos, hasta que menea la cabeza para despejarse.

—Necesito tiempo —repite—. Necesito espacio para pensar. —Extiende la mano—. ¿Puedo quedarme con el diario, por favor?

No se mueve y me sostiene la mirada mientras mantiene la mano extendida. Quiero tomarla, entrelazar sus dedos con los míos, atraerla hacia mí y suplicarle que no se vaya; aunque acaba de decir que necesita espacio, nada deseo menos que eso.

Pero le he ocultado cosas, y fue decisión mía. Si hay algo que conozco bien… son las consecuencias. Así que tomo el diario con cuidado y lo coloco en su palma con la misma delicadeza. Mis dedos rozan los suyos, y no pasa desapercibido el leve suspiro que deja escapar ante el contacto, pero enseguida arrebata el diario y se lo lleva contra el pecho.

—Te hablaré después —me dice—. Cuando me haya calmado. No quiero decirte algo de lo que pueda arrepentirme solo porque estoy enfadada contigo.

Asiento con seriedad.

—Lo entiendo.

—Ojalá… —Su expresión se derrumba; sus ojos se ven tristes—. Ojalá hubieras confiado en mí.

—Confío en ti con mi vida —le digo, con toda la sinceridad posible —. No hay nadie en quien confíe más que en ti.

Sus labios se entreabren, como si fuera a decir algo, pero se detiene. Me dedica una última mirada larga, aún herida, que me destroza por dentro. Después, se gira hacia la puerta y sale sin mirar atrás. Me quedo contemplando la puerta cerrada durante un tiempo imposible de medir, sintiendo cómo el aire se vuelve más frío con su ausencia, como si se hubiera llevado todo el calor consigo.

Ojalá hubieras confiado en mí.

Sé que tiene razón. Que, sin importar mis intenciones, le quité el suelo bajo los pies y la dejé en la oscuridad, como si no mereciera conocer su papel en la historia. Como si no pudiera soportarlo.

Hace apenas unas horas me ha dicho que mi confianza en ella me hacía diferente. Que significaba que no era un monstruo.

Le he respondido entonces que no estaba seguro de merecerla.

Solo espero que esto no la haga darse cuenta de que es verdad.

Me cuesta todo lo que tengo no ir tras ella en las horas que siguen a la precipitada salida de Key de la cabaña; he intentado avanzar con algo de trabajo, pero la mayor parte del tiempo la he pasado mirando con desconsuelo la ventana de su habitación. Creo que hasta las vacas se hartaron de mi compañía después de tan solo un rato.

Termino de vuelta en el último lugar donde la he tenido: boca abajo en mi cama, repasando cada mala decisión que he tomado últimamente. Hubo tantos momentos en los que podría haberle dicho la verdad: cuando la besé por primera vez, cuando hicimos el amor por primera vez; demonios, incluso mucho antes, en ese maldito cementerio donde le hablé por primera vez de su historia. ¿Qué me detuvo entonces? Ni siquiera puedo afirmar que fuera por protegerla.

¿O ya sentía esa necesidad desde entonces, sin darme cuenta?

Supongo que ya no importa, porque lo único que puedo hacer es hundirme aquí, entre las sombras, sin preocuparme por cambiar las bombillas después de que ella las volviera a fundir, resignado a quedarme tirado hasta que caiga el sol y tenga que arrastrarme de vuelta al lago para pasar otra noche horrible lejos de ella. Solo que ahora también con la certeza de que no estará esperándome cuando regrese.

¿Cómo demonios lo hacía antes de conocerla?

Me doy la vuelta para quedarme mirando el techo, repasando mentalmente formas de disculparme con ella. No tengo nada que ofrecerle, en realidad, pero eso no impide que construya en mi

cabeza media docena de grandes gestos que tal vez la convenzan de escucharme. Una parte racional de mí dice que vendrá cuando se calme, pero esa voz se ahoga ante el miedo visceral de que no lo haga.

Suelto una risa amarga.

¿Cuándo perdí todo mi sentido común por esta mujer?

Intento señalar un momento exacto, pero hay demasiados entre los que elegir. Tal vez fue cuando me dijo, tan terca, que iba a ayudarme, que tenía que hacerlo. Tal vez fue cuando la abracé en aquel viejo granero medio derrumbado, con su cuerpo tembloroso pegado al mío mientras me preguntaba en voz baja si confiaba en ella. O tal vez fue aquel instante en que irrumpió en esta misma cabaña, gritándome por ser un estúpido al tomar decisiones por ella. No es que su arrebato me enseñara gran cosa, considerando que seguí haciendo lo mismo.

Parece que, al final, no puedo señalar un único instante en el que me enamoré de Keyanna MacKay.

Porque lo hice. Eso es más que evidente. Cuando ha salido de esta casa, he sentido que se llevaba una parte de mí con ella. Es irritante como el infierno, pero ni siquiera eso basta para evitar que esté perdidamente enamorado de esta testaruda y hermosa pelirroja que quizá siga siendo mi enemiga mortal, si he de creer en las historias.

Y tal vez debería hacerlo. Tal vez su mera existencia signifique mi caída. No puedo descartarlo. Pero, curiosamente… no me importa una mierda. Prefiero vivir poco tiempo con ella a tener décadas sin ella.

Me incorporo de golpe, dándome cuenta de cuánto necesito decirle eso. De cuánto necesita saber que no me importa si ella significa mi final o el fin de mi linaje. Tal vez esa sea otra de las razones por las que no se lo conté todo: porque, para mí… simplemente no importa. Sea ella la bendición largamente buscada o la ruina definitiva… es lo único que quiero.

Y, de pronto, no puedo esperar ni un minuto más para decírselo.

Aún falta aproximadamente una hora para el atardecer, tiempo suficiente para plantarme frente a su puerta y rogarle que me escuche. Y si no quiere, pienso, volveré mañana, y al día siguiente, y cada día a partir de entonces, hasta que ya no me queden días.

Decidido, cojo la chaqueta mientras meto los pies en las botas, pero apenas estoy atando los cordones de una cuando un suave golpe resuena en la puerta. Mi boca se entreabre de sorpresa porque… ¿podría ser ella? Camino tambaleante hacia la entrada como un idiota enamorado, con la chaqueta torcida y los cordones sueltos arrastrándose. Abro la puerta de un tirón, con el corazón desbocado, la alegría hinchándose durante unos segundos antes de desvanecerse por completo… porque no hay nadie.

—¿Key? —salgo al exterior y miro alrededor, pero no veo a nadie —. ¡Key!

Corro hasta el borde de la casa, pensando que quizá se ha arrepentido a mitad de camino y ha vuelto sobre sus pasos. Llego a la esquina, y varias cosas suceden al mismo tiempo.

El sol poniente estalla en un resplandor cegador durante uno o dos segundos, y levanto la mano para cubrirme los ojos. Noto de inmediato que Keyanna no está por ninguna parte, que

evidentemente no ha venido, algo que se confirma al ver quién sí está allí, esperándome.

Antes de que tenga tiempo de reaccionar, el sol queda bloqueado por algo grande y sólido que cae sobre mi cabeza a toda velocidad, sin dejarme siquiera averiguar qué es antes de que un dolor punzante me atraviese el cráneo, extendiéndose hasta que todo se vuelve negro. Siento el cuerpo desplomarse al suelo como una piedra, y lo último que recuerdo es la visión de unas botas gastadas frente a mí y aquel objeto pesado —quizá una especie de garrote— cayendo junto a ellas.

—Lo siento, amigo —murmura una voz familiar—. Todo terminará pronto.



31

Keyanna

La puerta de mi habitación —o, más bien, la habitación de mi padre — tiembla en las bisagras cuando la cierro de un portazo tras de mí, y agradezco que la camioneta de Finlay no esté en el patio delantero; por lo visto, se han ido al pueblo. Necesito estar sola un rato.

Me seco los ojos, preguntándome cómo es posible que aún me queden lágrimas después de las últimas veinticuatro horas. Me ha dolido dejar a Lachlan así, y una parte de mí incluso puede entender por qué me ha ocultado estas cosas. Sé que carga el peso del mundo sobre sus hombros y que, a pesar de su carácter huraño, siempre está dispuesto a asumir más si eso significa proteger a alguien que le importa. Lo veo en la forma en que no culpa a su madre por haberlo dejado y en la manera en que aún intenta llegar a su padre, pese a todas las señales de que ya está perdido.

Sé, en el fondo, que no quería hacerme daño. Pero eso no cambia lo que ha hecho.

Creo que, más que nada, me siento tonta. Aquí estoy, después de haberle dado un gran discurso sobre lo que significaba para mí saber que confiaba en mí, y aun así seguía guardándose secretos. Secretos importantes. No es que simplemente «olvides» contarle a alguien que toda su existencia ha estado maldita y profetizada durante generaciones. O sea…, tengo que ser yo, ¿verdad?

Me dejo caer al suelo, cruzando las piernas mientras sujeto el diario sobre el regazo. Froto el pulgar sobre la cubierta de cuero, pensando en todo lo que leí instantes antes de que Lachlan despertara y me hiciera pedazos otra vez. Ni siquiera le he dicho lo que Sorcha escribió sobre la brida. Ni siquiera estoy segura de lo que significa. Quizá fue egoísta por mi parte anteponer mis propios sentimientos a los suyos cuando él ya ha sufrido tanto. Estaba tan enfadada, tan herida… He reaccionado sin pensar.

Y ahora aquí estoy, sentada sola y consumiéndome. Genial.

Dios, ¿qué se supone que haga? Ni siquiera sé cómo empezar a procesar el hecho de que algún ser mágico, hace cientos de años, decretara literalmente mi existencia por escrito. Me duele la cabeza solo de pensarlo. ¿Y se supone que voy a traer «el final»? ¿Qué significa eso? No he hecho más que prometerle a Lachlan que encontraríamos respuestas, que arreglaríamos esto… pero ¿y si estoy destinada a hacer exactamente lo contrario? ¿Y si, con solo estar cerca de él, lo único que hago es empeorarlo todo?

No podría soportarlo.

Es en momentos así cuando siento con más fuerza la ausencia de mi padre; estas eran las situaciones en las que corría a pedirle

consejo. Ni siquiera creo haber tenido un novio lo bastante estable como para presentárselo antes de que enfermara. He pasado la mayor parte de mis veinte años cuidándolo. ¿Qué pensaría él de todo esto? Cierro los párpados, tratando de imaginar sus ojos, de escuchar su risa. ¿Qué me diría ahora?

Ay, muchacha. No llores. ¿Qué hacemos cuando nos caemos?

Me imagino su sonrisa serena mientras se inclina sobre mi rodilla raspada, con la bicicleta rosa a unos pasos, tirada de lado. Lo veo secándome las lágrimas, metiendo los dedos bajo mi barbilla para obligarme a mirarlo.

Nos levantamos.

Mierda. Eso definitivamente no ayuda con las ganas de llorar.

Entonces se me ocurre algo, y gateo hasta la cama para revolver entre los papeles esparcidos, sacando uno en particular que se cayó en medio de toda la emoción de encontrar el diario. Me acomodo de nuevo para releer las palabras de mi padre en la carta que le dejó a Rhona, sintiendo un pequeño consuelo al sostener algo que él tocó.

> ***Mamá,***
> ***No sé si algún día encontrarás esto. Ni siquiera estoy seguro de querer que lo hagas. Si lees lo que está dentro de este diario, sabrás la verdad de por qué me fui, y no sé qué es peor: que estés decepcionada de mí por haberme ido o que sepas con certeza que me marché porque soy un cobarde.***
> ***Quizá algún día encuentre el valor, pero quiero que sepas que no me fui por ti. En realidad, no. No fui capaz de tentar al destino, no pude hacer las paces con no saber qué vendría después, así que me fui. Por ella.***
> ***La historia de este diario es completamente cierta. Toda. De eso estoy seguro. Y por eso no podía arriesgarme. Por eso***

tuve que marcharme mientras aún podía.
Pero hay algo que fue y siempre será cierto:
Te quiero.

Duncan

La releo, deteniéndome en la parte donde dice que se fue por ella, leyéndola ahora con otros ojos. Fragmentos de conversaciones con Rhona cruzan por mi mente, y frunzo el ceño al recordar, intentando reconstruirlas con mayor claridad.

Me llamó a esta misma mesa, había dicho. *Estaba… raro, inquieto. Como si no fuera él mismo. Dijo que mi madre estaba embarazada y que habían descubierto que sería una niña. Recuerdo lo sorprendida que estaba, pero Duncan… Duncan casi parecía alterado por la noticia.*

Por un momento, me quedo allí, mirando la pared mientras las piezas empiezan a encajar. Mi padre leyó este diario. Vio esta maldición. Y, cuando descubrió que yo venía en camino… entendió lo que significaba.

No se fue por mi madre… Se fue por mí.

La cabeza me zumba con tantos recuerdos: Rhona diciéndome que mi padre y el de Lachlan habían ido a Inverness después de encontrar el diario. Lachlan contándome que Duncan abandonó a su padre tras prometerle ayudarlo. Mi padre negándose a contarme nada sobre su tierra natal.

Abandonó al padre de Lachlan para protegerme. Porque no sabía qué haría cuando se enterara de mi existencia.

Me duele la cabeza pensar en cómo todo esto —todos nosotros— hemos estado girando alrededor del otro toda la vida, atados por el

destino. Pienso en todo lo que ha tenido que ocurrir para traerme hasta aquí, en todo el dolor, el sufrimiento y las pérdidas, no solo mías, sino también de Lachlan…, de mis abuelos…, de mi padre. Y eso es justo lo que se siente aquí: destino. Como si lo que viniera a continuación hubiera estado destinado a suceder.

Siento esa energía en el aire, esa presencia chispeante que me impulsa a levantarme, que me dice que vaya. Y, aunque aún no lo entienda del todo, ahora siento que tiene un nombre. Uno que hace mucho tiempo fue olvidado.

Un nombre con el que, de algún modo, siento una conexión. Como si ella estuviera ahí, animándome en silencio a moverme.

Porque Sorcha también lo dio todo por amor. Renunció a su libertad, luego a su magia y, al final, incluso a su vida, todo por estar con su amado, como ella lo llamaba.

Dejo mi brida con mi amado…

Suelto un jadeo y me pongo en pie de golpe. Como la última pieza que encaja en un rompecabezas, las respuestas me llegan todas juntas. Veo la imagen con claridad ahora, las soluciones ordenadas frente a mí, esperando a que les dé forma. Aún tengo huellas de lágrimas en las mejillas y, aun así, estoy sonriendo.

Porque solo hay una persona a la que quiero contarle todo esto.

… porque mi magia es mi corazón, y solo él puede tenerlo.

La sonrisa se ensancha mientras salgo por la puerta.

Bajo las escaleras casi volando y salgo por la puerta principal, con las piernas ardiendo mientras corro por el césped hacia la cabaña de Lachlan. Pienso en todo lo que tengo que decirle y, con cada paso, me siento más ligera.

Va a estar bien. Voy a salvarlo. Va a estar bien.

Ni siquiera llamo; abro la puerta de golpe y entro corriendo, solo para encontrar…

Nada.

Está completamente vacía.

Durante un segundo me siento confundida; todavía falta más de una hora para el atardecer, así que parece poco probable que ya esté en la orilla, pero ¿quizá fue allí a pensar? Frunzo el ceño, sintiendo una punzada de culpa por cómo dejé las cosas, aunque me la sacudo enseguida. Habrá tiempo para eso después. Avanzo por la cocina, como si pudiera aparecer de la nada, pero es evidente que el lugar está completamente vacío. Dejo el diario sobre la mesa de su cocina, preocupada ante la posibilidad de que sí haya ido a la orilla. ¿Aún estoy a tiempo de alcanzarlo?

Salgo de nuevo, bajando los escalones de dos en dos mientras rodeo la cabaña con la intención de mirar en el granero antes de correr hacia el lago. Pero, al doblar la esquina, una mancha roja brillante en el césped me deja clavada en el sitio.

Tardo varios segundos en comprender lo que estoy viendo. Solo cobra sentido cuando reparo en un trozo de madera que parece pesado —¿quizá la pata de una mesa vieja?— tirado en el suelo. Está allí, con el mismo salpicado rojo cubriendo un extremo, como si…

No.

Me agacho y toco la mancha roja con los dedos, mientras un presentimiento me hunde el estómago. Me llevo el líquido pegajoso a la nariz, golpeada por el olor a hierro. Intento razonar con el pánico que empieza a crecer dentro de mí —tal vez un animal atrapó una gallina o algo así—, pero la misma certeza que me invadió en mi

habitación vuelve a susurrar, diciéndome que no. De alguna manera, sin tener una prueba concluyente…, sé que esta es la sangre de Lachlan.

El pensamiento me llena de terror y, si no fuera por la energía que burbujea dentro de mí, claramente de origen sobrenatural, quizá me derrumbaría allí mismo.

Pero sé que no puedo hacerlo. No si él me necesita.

Así que respiro hondo, inhalo despacio antes de soltar el aire, obligándome a concentrarme. Busco ese hilo de energía que parece palpitar en el aire a mi alrededor. Lo encuentro. Lo tomo. Le permito guiarme, llevarme hacia él. Cuando responde, casi puedo ver el rastro de luz, como un leve brillo suspendido en el aire que se extiende frente a mí, serpenteando por la propiedad hasta caer sobre un sendero familiar. Un camino tenue, pero uno del que estoy segura.

Y sin saber explicar cómo es que lo sé, sé exactamente dónde encontrarlo. Aparto cualquier resto de miedo; no hay tiempo para él, no sirve de nada. No sé quién ha herido a Lachlan. No alcanzo a imaginar quién tendría un motivo para hacerlo. Pero, cuando lo encuentre… me aseguraré de que lo lamente.

El sendero hacia el cementerio se me hace más largo cuando lo recorro sola, pero con cada paso crece la certeza de que voy en la dirección correcta: el brillo en el aire que me guía se vuelve más nítido a medida que avanzo. Probablemente debería moverme con más sigilo, en lugar de aplastar hojas secas, romper ramas y apartar arbustos sin pensar. El aire me quema en los pulmones por el ritmo

que llevo, pero no puedo detenerme. Siento como si estuviera atada a un hilo invisible y alguien, desde el otro extremo, tirara de mí.

Reconozco una marca del camino de cuando vine con Lachlan, y acelero aún más el paso mientras me apresuro hacia el final del sendero. El último grupo de ramas espesas cede cuando lo atravieso, irrumpiendo en el claro. La luz agonizante del día se filtra como puede entre el dosel de hojas. No tardo nada en verlos. Lachlan no está solo: está sentado, desplomado contra una tumba enorme, con los ojos cerrados y la boca entreabierta. Tardo mucho más de lo que debería en comprender quién está agachado junto a él, con una carretilla a un lado —que sin duda ha usado para traerlo hasta aquí —. Parece estar encadenando las muñecas de Lachlan.

Busco en mi memoria alguna señal de esto, cualquier pista que me hubiera permitido imaginar que sería capaz de algo así, que tendría algún motivo…, pero no encuentro nada. Solo puedo quedarme boquiabierta, con la mente en blanco durante unos largos segundos, hasta que todo regresa de golpe y, por fin, recuerdo cómo se usan las palabras.

—… ¿Brodie?

Se limpia las manos en los vaqueros antes de ponerse en pie del todo, girándose hacia mí con una expresión que sugiere que está sorprendido de verme, pero para nada arrepentido de estar aquí. Y entonces veo el cuchillo grande que lleva en la mano con un escalofrío que me recorre la columna.

—Hola, Key… No te esperaba.

Bueno, pienso, aturdida. *Ya somos dos*.



32
Lachlan

Al principio no puedo ubicar dónde estoy. Mucho menos qué está pasando. Regreso a la conciencia en pedazos y oigo voces apagadas que se filtran justo antes de que los párpados dejen de pesarme tanto como para empezar a abrirlos. Parpadeo despacio, evaluando lo que me rodea; la cabeza me martillea y me duelen las muñecas por las cadenas que siento enroscadas alrededor.

¿Qué mierda…?

Tengo la cabeza caída hacia un lado, apoyada en el hombro, y cuando intento levantarla estalla otra punzada de dolor que me nubla la vista. Me concentro en respirar, en llevar aire a los pulmones mientras me aferro a la conciencia, apenas empezando a distinguir las voces que siguen flotando cerca.

—¿Qué coño es esto? —Oigo que pregunta alguien; es, sin duda, una mujer—. ¿Qué le has hecho?

Conozco esa voz.

Entreabro un ojo y capto la forma borrosa de unos rizos rojos y salvajes. Pertenece a Keyanna, que parece completamente tensa.

Keyanna.

Habíamos discutido. Me pidió espacio. Recuerdo que iba a ir tras ella. Recuerdo que salí antes de que…

Parpadeo varias veces, y la visión empieza a aclararse. El maldito Brodie MacKay está a solo unos metros de mí con las manos extendidas en un gesto conciliador mientras se acerca a Key despacio, como si intentara calmar a un animal salvaje. Algo bastante sorprendente, considerando que lleva lo que parece ser un cuchillo Bowie de aspecto siniestro en la mano.

—Tranquila, Key —dice con un tono calmado—. Puedo explicarlo. —Me señala con la mano—. Él no es lo que crees.

Si no me doliera tanto la cabeza, hasta podría reír. No tiene ni puta idea. Intento tirar de la cadena que sujeta mis muñecas; noto que cede apenas un poco, pero no lo suficiente para liberarme.

—¡Está herido! —prácticamente sisea Key—. ¿Tú le has hecho eso? ¿Qué demonios, Brodie?

Brodie suspira y apoya los puños en las caderas, con el cuchillo todavía bien sujeto en una mano.

—Quería resolver esto sin involucrarte, pero supongo que ya no hay alternativa. —Vuelve a señalarme—. Lachlan Greer es un monstruo.

—¿De verdad? —bufa Key—. Curioso, viniendo del que va por ahí con un cuchillo.

Brodie niega con la cabeza.

—No, no lo entiendes. Es un monstruo de verdad. Yo lo vi. Está maldito, Key, y te ha estado utilizando para encontrar la forma de

romper esa maldición.

Abro la boca para decir algo, pero la lengua me pesa, torpe, como si fuera de algodón. Veo a Key ponerse rígida, ladeando la cabeza, con la confusión escrita en el rostro. Sin duda está pensando lo mismo que yo.

¿Cómo coño sabe todo esto?

—¿Qué…? —Key frunce el entrecejo; supongo que intenta medir cuánto sabe Brodie sin revelar demasiado ella misma—. ¿Qué quieres decir?

Brodie se acerca a una lápida cercana y coge un libro grueso de cuero que descansa sobre ella, uno en el que apenas reparo ahora. Por la cara de sorpresa de Key, supongo que ella también lo acaba de notar.

Brodie levanta el libro y lo agita ligeramente.

—Este diario perteneció a un antepasado de Lachlan. Lo encontré cuando hicimos las renovaciones del ala antigua. Estaba oculto dentro de un falso panel de pared que no se quemó.

Key me mira entonces y advierte que estoy consciente, con los ojos muy abiertos. Intento transmitirle con la mirada que no haga nada impulsivo, negando apenas con la cabeza. Ella aparta la mirada y vuelve a centrarse en Brodie.

—¿Has tenido eso todo este tiempo?

Brodie asiente.

—Por eso estoy aquí. —Camina hacia mí y me lanza una mirada cargada de desprecio mientras se agacha a mi lado. Levanta el cuchillo hasta que la punta roza mi barbilla, ignorando el sonido de protesta que escapa de Key—. Este libro lo explica todo. Todo lo que su miserable familia le hizo a la nuestra. Cuenta cómo, al final,

obtuvieron lo que merecían gracias a la maldición de una bruja *kelpie* a la que traicionaron. Ella los convirtió en los monstruos que siempre fueron.

—Brodie —dice Key en tono conciliador—. Eso suena a locura.

—¿Verdad que sí? —Brodie sonríe, pero es una mueca amarga—. Yo también lo pensé… hasta que lo vi con mis propios ojos.

—Estás… mal de la cabeza —logro decir, aún siento la lengua demasiado gruesa.

Brodie niega una vez más.

—Y tú no eres tan listo como crees. ¿Qué? ¿Pensabas utilizar a mi familia otra vez? ¿Aprovecharte de mi prima? Apostaría a que creías que te llevaría directo a la brida. ¿Verdad?

Abro la boca, sorprendido, y Brodie se ríe.

—¿Lo ves? Te tengo completamente calado. Supe lo que tramabas en cuanto empezaste a arrimarte a Keyanna. Te aprovechaste de su necesidad de saber más sobre su familia.

—Brodie —protesta Key—. Eso no es…

—Key —la interrumpe, incorporándose—. Sé que te importa, pero tienes que entenderlo… A él no le importas una mierda. Te está utilizando.

—No, eso no…

Ella me mira de nuevo, y vuelvo a negar discretamente con la cabeza. No quiero que revele nada más. No sabemos cómo va a reaccionar Brodie si descubre que Keyanna sabe mucho más de lo que él cree. Especialmente porque aún no sabemos qué quiere exactamente.

—¿Por qué haces esto? —pregunto con voz ronca, sintiéndome un poco más fuerte cada segundo, pero no lo suficiente como para

liberarme.

—¿Que por qué? —Brodie se ríe sin ganas—. Porque si consigo esa brida, entonces todo cambia. —Me fulmina con la mirada—. ¿Sabes? Es casi justicia poética que seas tú el cabrón que vuelve a utilizar a mi familia. Mi padre siempre pensó que tú eras el hijo perfecto, ¿lo sabías? Le repetía al tuyo que ojalá yo fuera más como tú. —La risa que sigue es amarga—. Y no se quedaba ahí, no; llegaba a casa y me decía lo mismo. «¿Por qué no puedes ser más como el hijo de Callum?». O «Si fueras un poco más como Lachlan, quizá no actuarías como un idiota todo el tiempo». —Niega con la cabeza—. Mi favorita, sin duda, fue cuando llegó una noche después de beber con tu padre contándome lo mucho que desearía poder intercambiarnos. Lo fácil que sería si tú fueras su hijo en lugar de yo. —Brodie respira tembloroso, apretando los puños mientras su cuello se pone rojo de ira—. Cuando tenga la brida, mi padre no me verá como un don nadie nunca más, y mis hermanos también me respetarán. —Se gira hacia Key—. ¡Podré ser lo que me dé la gana! Haré que esos cabrones de la sociedad histórica paguen por haberme despedido.

Miro a Key, y sus ojos muy abiertos me indican que esto también es nuevo para ella.

—Dinero…, poder…, respeto… Lo tendré todo. Nadie volverá a hacerme sentir inútil nunca más.

—¿Qué quieres decir con que la sociedad te despidió?

Brodie chasquea la lengua, irritado.

—Vi al monstruo una vez. A principios de este año. No podía demostrar que eras tú, pero te vi. —Me lanza otra mirada cargada de odio—. Escribí un artículo usando el diario como prueba, pero se

rieron de mí. Dijeron que estaba perdiendo noción de la realidad. Que estaba confundiendo ficción con hechos. ¿Te lo puedes creer?

Ahora agita el cuchillo de manera errática y, cuando Key me mira otra vez, le hago de nuevo una señal para que tenga cuidado. Al menos hasta que yo pueda liberarme.

—Debe de haber sido… difícil —dice Key—. Lo siento.

—Fue una mierda, eso fue —escupe Brodie—. Lo vi con mis propios ojos, y se rieron. Así que hice lo que habría hecho cualquiera: intenté pasar por encima de ellos. Llevé mis hallazgos a los periódicos. Pero resulta que el editor es amigo personal de mi jefe, y bastó una llamada preocupada para que toda la mesa directiva decidiera que necesitaba una «licencia administrativa» mientras deliberaban qué hacer conmigo. —Escupe al suelo—. Una forma elegante de decir que me estaban echando a la calle.

—Así que estás aquí por pruebas —aventura Key.

Brodie asiente.

—Sí. Y las voy a conseguir. Una vez que tenga la brida y pruebas fotográficas de Lachlan transformándose, tendrán que creerme.

—Brodie —dice Key suavemente—. No es así. Este no eres tú. Estás haciendo daño a gente de verdad.

—Él no es gente —escupe Brodie—. Ha estado utilizando a toda mi familia. A Rhona, a Finlay, a ti… Todos erais solo medios para un fin. Todos formabais parte de su agenda egoísta. No es mejor que la larga línea de bastardos de la que procede. Es igual que mi padre. Para ellos, las personas solo valen por el beneficio que les pueden aportar.

Hago una mueca. Claramente, este es un caso de traumas paternos que podrían costarme la vida. Empiezo a mover las

muñecas detrás de la espalda, tratando de aflojarlas sin que se note, mientras Brodie sigue despotricando.

—Sé que encontraste el diario de Tavish, Key —dice—. Te vi salir de la casa de Lachlan con él. Así que sé que ambos sabéis dónde está la brida. De verdad quería mantenerte al margen de esto, pero ya no es posible. Dime dónde está.

—Brodie, esto no…

—No seas tonta, Key —gruñe—. Estás siendo necia solo porque este imbécil te ha engatusado. Piensa un poco. Con la brida podríamos hacer lo que quisiéramos. Tal vez…, tal vez incluso podríamos traer de vuelta a tu padre.

Escucho cómo Key contiene el aliento; los labios entreabiertos, las cejas elevándose hasta el nacimiento del cabello. Todo en mí dice que eso es imposible: no existe magia tan poderosa como para traer de vuelta a los muertos. Pero aun así veo ese destello de deseo en sus ojos, y no puedo culparla.

—Key —la llamo—. Está loco. No…

Una patada fuerte en el costado me deja sin aire, y caigo de lado, con la cara golpeando el suelo mientras gimo. Mierda.

Abro los ojos, incluso con el cuerpo palpitando, y desde mi posición veo que Key ya no parece impactada. No, ahora…, ahora está furiosa.

—No lo toques —dice en voz baja y peligrosa.

Brodie pone los ojos en blanco.

—Key, estás…

—He dicho que no lo toques, joder —repite, más alto—. Mira, no sé qué clase de jugada enferma estás intentando aquí, pero Lachlan

no me está utilizando. Supe lo que era desde el principio. Lo he estado ayudando porque quiero.

La expresión de Brodie se retuerce con asco.

—Entonces no eres ingenua, eres estúpida. Y yo que creía que eras más lista.

—Y yo que pensaba que tú no eras un miserable imbécil. Supongo que los dos estamos sorprendidos.

Veo que Brodie aprieta el cuchillo, tensándose un segundo antes de darse la vuelta y caminar hacia mí. Me agarra del pelo con brusquedad, levantándome la cabeza, y luego siento la punta del cuchillo rozándome la garganta.

—Muy bien —dice—. Dime dónde está la brida. Sé que el diario lo decía.

—No lo decía —protesta ella—. No decía dónde la dejaron.

Brodie resopla.

—Estás mintiendo. Eres pésima mintiendo, ¿lo sabías?

Tiene razón, lamentablemente.

Es una de las cosas que adoro de ella, pero ahora mismo no le sirve de mucho. Incluso yo puedo ver que sabe algo, y estoy bastante seguro de que tengo sangre cayéndome en los ojos.

—Dime dónde está —apremia Brodie, presionando más el cuchillo contra mi garganta—, o lo usaré.

—Si lo tocas —dice ella, con un tono amenazante que ni siquiera sabía que podía adoptar—, te mato yo misma.

—Como si pudieras —se ríe Brodie.

Key aprieta los puños, levantando la barbilla.

—No te tengo miedo. Solo eres un maldito cobarde. No vas a hacer una mierda.

Brodie guarda silencio por un momento, su cuerpo grueso tenso con una ira contenida. Finalmente suelta mi cabello y se pone de pie.

—Ah, ¿sí? —dice con frialdad—. Ya veremos.

Mierda. Sí que está loco.

Avanza hacia Key, que tiene los ojos muy abiertos con esa hoja maldita apuntándole directamente, y de pronto veo rojo por otro motivo. Solo imaginar que pueda hacerle daño me llena de una rabia ardiente que corre por mi sangre, inundándome de energía renovada. Tiro de las cadenas con todo lo que tengo mientras Brodie se acerca cada vez más a Key, que intenta alejarse.

Me giro boca abajo para tener mejor ángulo y luego tiro de mis muñecas con todas mis fuerzas, cerrando los ojos y apretando los dientes cuando siento que los eslabones empiezan a ceder. Segundos después, cuando se rompen, estoy de pie, lanzándome contra Brodie a toda velocidad, incluso con el mareo todavía presente.

Él suelta un sonido de sorpresa cuando chocamos; cae cerca de Key, forcejeando mientras lanza maldiciones. Intento sujetarle la muñeca para quitarle el cuchillo, pero me clava la rodilla en el estómago y me doblo con un gruñido. Aprovecha para rodar lejos, pero le agarro el tobillo antes de que logre escapar del todo y lo arrastro hacia mí.

La rabia desatada bulle dentro de mí, ardiendo en la sangre mientras un rugido llena mis oídos. Los dedos me hormiguean con la sensación, casi dolorosa, de mis garras abriéndose paso y, por cómo se tensa la piel, sé que la bestia lucha por salir.

—¡Aléjate de mí, monstruo!

Hago otro intento de arrebatarle el cuchillo a Brodie. Oigo a Key gritar mi nombre desde algún lugar, pero no puedo apartar la atención de este hijo de puta que creyó que podía amenazarla, que podía hacerle daño. Todo mi foco se reduce a eso mientras forcejeamos. Apenas un segundo antes, noto cómo lanza el cuchillo hacia arriba, hacia mí, justo cuando logro montarlo, sujetándole el antebrazo con ambas manos, mientras la hoja queda atrapada entre él y mi abdomen.

Brodie pone toda su fuerza en el intento, y lo cerca que estamos hace difícil desviar la trayectoria de esa enorme hoja. Está tan cerca que me cortaría el abdomen si intentara arrancársela de la mano, lo que convierte en inviable usar mi fuerza contra él. Siento cómo me desgarra la camisa, a escasos centímetros del estómago, mientras aprieto los dientes y le sujeto la muñeca con tanta fuerza que podría rompérsela si apretara un poco más. En los ojos de Brodie hay una ferocidad desquiciada, como si no tuviera nada que perder, como si no le importara no salir vivo de esto… siempre y cuando me llevara con él.

Una parte de mí casi siente lástima por él, porque no puedo imaginar lo que sería crecer sin un padre que me quisiera como lo hizo el mío. No puedo imaginar enloquecer porque nadie creyera lo que vi con mis propios ojos. Quizá, en otras circunstancias, Brodie no sería así. Quizá hasta podríamos haber sido amigos. Quizá no sea más que el producto de años de acoso y abandono, aferrándose desesperadamente a lo que cree que es su única salida.

Pero nada de eso importa una puta mierda, porque ha intentado hacerle daño a Keyanna.

—Mírate —escupe Brodie—. De verdad eres un monstruo.

Imagino que debo de tener un aspecto infernal.

Bien, pienso.

Quería un monstruo, y ahora tiene uno.

Me inclino más, aún sujetando su muñeca temblorosa a centímetros de mi abdomen. Oigo a Key gritar mi nombre otra vez, pero el sonido se pierde en el rugido de mi sangre golpeando en los oídos, en el bramido de la bestia que quiere ver a este hombre sangrar.

—Sí, soy un monstruo —gruño. Mis labios se curvan en una sonrisa torcida mientras me inclino todavía más, permitiendo que la punta del cuchillo me toque la piel—. Y te tengo justo donde quería.



33

Keyanna

Miro con horror cómo Brodie y Lachlan llegan a un punto muerto: el cuchillo de Brodie está tan cerca del estómago de Lachlan que bastaría el más mínimo movimiento para atravesarlo. El pánico me araña el pecho mientras intento pensar qué hacer, cómo ayudar, pero estoy paralizada, como si hubiera olvidado cómo moverme.

Llamo a Lachlan una y otra vez, pero me ignora mientras sigue sujetando a Brodie por la muñeca, impidiéndole apuñalarlo, aunque sin apartarse realmente del peligro. Se dicen algo, algo que no alcanzo a oír, y veo a Lachlan inclinarse más, con el cuchillo prácticamente tocándole ya el vientre.

Grito cuando Brodie se impulsa de repente y toma a Lachlan por sorpresa, y logra inmovilizarlo debajo de él. Entonces mis extremidades recuerdan cómo funcionar, impulsadas por el terror real de ver a Lachlan atravesado por ese cuchillo siniestro.

Giro sobre mis talones y corro en la dirección contraria, tratando de encontrar algo familiar que me indique lo que estoy buscando. Al principio todas las lápidas parecen iguales, pero cuando encuentro la cerca de alambre de púas por la que Lachlan me ayudó a pasar hace apenas unas semanas, puedo rehacer el camino desde allí hasta que, por fin, estoy frente a lo que todos hemos estado buscando. Todo este tiempo.

Y estaba aquí, justo bajo nuestras narices.

No tengo tiempo de apreciar el busto de caballo, tallado con una delicadeza que aún se distingue pese al paso del tiempo; aun así, no puedo evitar rozar con los dedos el nombre casi desvanecido, que reconozco de la última vez que vine.

La T se distingue claramente, y aunque el resto del nombre sigue siendo casi imposible de leer, ahora lo sé. Él siempre ha estado aquí.

Tavish MacKay.

Alargo la mano hacia la correa de cuero, de aspecto antiguo, que descansa sobre la cabeza del caballo, adornándola como si aún pudiera espolearse al animal para que se levantara y echara a andar. La retiro con cuidado, ahora que sé lo que realmente es. Pero, incluso teniéndola entre mis manos, cuesta creerlo. Se ve tan gastada, tan simple… No parece en absoluto un artefacto todopoderoso.

Sin embargo, no tengo tiempo para reflexionar sobre eso.

La alzo sobre mi cabeza mientras corro de vuelta al claro, donde Lachlan sigue gruñendo bajo el peso de Brodie, resistiéndose mientras este intenta clavarle el cuchillo directamente en el pecho. El corazón me da un vuelco al ver la escena. Observo horrorizada cómo

Brodie emplea todo el peso de su cuerpo y Lachlan apenas consigue desviar su mano para que el cuchillo lo atraviese por el hombro en lugar del corazón.

El grito de dolor de Lachlan me destroza, y la mancha roja que se extiende por su jersey me deja en estado de shock.

—¡Brodie! —grito, alzando más la brida—. ¡Detente! ¡Esto es lo que quieres!

Él parpadea al darse cuenta de lo que tengo; sus brazos se relajan ligeramente, aunque el cuchillo sigue hundido en el hombro de Lachlan. Le ofrezco la brida.

—No le hagas más daño —le digo— y puedes quedártela.

Brodie entrecierra los ojos, como si sospechara de una trampa, pero con Lachlan retorciéndose de dolor bajo él y el jersey empapándose de sangre a cada segundo, parece bajar la guardia. Saca el cuchillo sin miramientos, arrancándole otro gemido de dolor a Lachlan, y se levanta, alejándose de él.

—Buena elección —me dice, apuntándome con el cuchillo de forma defensiva. Hago un esfuerzo consciente por no mirarlo; la sangre de Lachlan me revuelve el estómago—. Ahora entrégamela, Key. No quiero hacerte daño. Tú no has hecho nada malo. Eres una víctima aquí, ¿no lo ves? —Señala a Lachlan, tumbado en el suelo—. Él es el monstruo.

Asiento lentamente, sin atreverme a responder; la mirada enloquecida de Brodie no invita precisamente a razonar con él. Extiendo la brida mientras el estómago se me encoge cuando la toma con cuidado. Sus labios se curvan en una sonrisa maníaca mientras la contempla fijamente; la mano con la que sujeta el cuchillo cae a su lado mientras examina el cuero con el pulgar.

Me muevo a su alrededor para acercarme a Lachlan, desesperada por intentar cerrar su herida, cuando Brodie lanza la pierna hacia mí, tomándome por sorpresa, haciéndome tropezar y obligándome a caer al suelo. Suelto un gruñido de dolor al estrellarme contra la tierra, y escucho a Brodie chasquear la lengua por encima de mí.

—¿Sigues eligiendo ser ignorante, entonces? —Sujeta la brida con una mano y niega con la cabeza, decepcionado—. En serio me caías bien, ¿sabes? Es una lástima.

Se limpia la sangre de Lachlan en la pernera del pantalón sin el menor escrúpulo y luego vuelve hacia él con una intención asesina en los ojos. No le dejo dar ni un paso antes de estirar la mano y agarrarle el tobillo, sujetándolo con todas mis fuerzas para impedir que avance.

Entonces baja la mirada hacia mí, con una expresión divertida reflejada en sus facciones.

—No sabes cuándo rendirte, ¿verdad?

Cierro los ojos, bloqueando su voz, tratando de concentrarme. Dice algo más, con ese mismo tono condescendiente, pero mantengo las manos aferradas a su tobillo, tirando de esa energía, llenando ese pozo interior mientras concentro toda mi atención en un único punto. Lo noto cuando ocurre: el calor que baja por mis brazos y atraviesa mis manos hasta que el ardor se vuelve físico. Sonrío para mis adentros, incluso mientras Brodie sigue despotricando encima de mí.

Y entonces la pernera de su pantalón prende fuego.

Empieza a gritar mientras las llamas suben rápidamente por su pierna, golpeándola con ambas manos en un intento desesperado por apagarlas. Ruedo lejos para evitarlas, y sus alaridos resuenan en

el claro mientras se retuerce, preso del pánico, todavía golpeándose el pantalón. Retrocede tambaleándose, pierde el equilibrio cuando sus pies se enredan con ramas caídas y montones de hojas secas. Él no lo ve venir, pienso…, pero yo sí.

Sus talones se enganchan en un tronco viejo y cae hacia atrás, casi a cámara lenta. El cuerpo se desploma como peso muerto y la cabeza golpea una de las lápidas mientras los pantalones siguen ardiendo. Queda inmóvil al instante, y en ese momento no tengo ni idea de si está vivo o muerto. Sinceramente, no estoy segura de que me importe, después de todo lo que acaba de pasar…, hasta que reparo en lo que aún sostiene.

Más importante aún: reparo en que está en llamas.

¡La brida!

Me pongo en pie de un salto y corro hacia el cuerpo de Brodie. Pisoteo las últimas llamas que consumen el cuero viejo, luego me quito la chaqueta y empiezo a sofocar el fuego que sigue devorando sus pantalones. Cuando por fin se apaga todo, y estoy sudando, sin aliento y tosiendo por el humo, solo entonces comprendo la magnitud de la tragedia.

La brida está echada a perder.

Me arrodillo para intentar arrancársela con cuidado de los dedos, viendo cómo se deshace en varios puntos donde las llamas han devorado el material antiguo. A regañadientes, le tomo el pulso y compruebo que el desgraciado solo está inconsciente, no muerto. Resisto la urgencia de darle una patada en el estómago, teniendo en cuenta que hay asuntos mucho más importantes de los que ocuparme.

Cruzo el claro rápidamente para caer junto a Lachlan, cuya manga está ya completamente empapada de sangre. Su rostro está contraído por el dolor, y de inmediato deslizo las manos bajo su cuello, sin prestar la menor atención a la sangre, mientras presiono los dedos contra la herida.

Empiezo a percibir en mis palmas ese mismo calor de aquella noche en el lago, la noche en que descubrí lo que él era. Ahora también puedo ver con claridad el resplandor que acompaña a ese calor. Llega casi sin esfuerzo. Como un pensamiento hecho realidad. Pasan unos minutos hasta que el sangrado disminuye, hasta que el rostro de Lachlan se relaja y sus ojos parpadean al abrirse; y, cuando veo esos azules helados mirándome con puro asombro y adoración, hago la única cosa que, al parecer, ya es costumbre.

Rompo a llorar.

Lachlan se incorpora con un quejido para envolverme en sus brazos, pegándome a su pecho mientras me palpa frenéticamente, y su voz se convierte en un murmullo desesperado.

—Eh —dice en voz baja—. ¿Qué pasa? ¿Estás herida? ¿Te ha hecho algo? Te juro que, si te ha hecho daño, voy a…

Niego contra su pecho mientras los sollozos sacuden mi cuerpo.

—Estoy bien. Estoy bien. Pero no importa. La he destrozado. No quería…, solo quería salvarte, pero yo…

Las palabras se me deshacen en balbuceos ininteligibles mientras sigo llorando de una forma que debe de ser espantosa de ver. Aun así, Lachlan toma mi rostro entre sus manos y me obliga a alzar la cabeza para mirarlo.

—Vamos —murmura—. Shh. No llores. Podemos arreglarlo. Lo has hecho muy bien, amor. Muy bien.

Eso solo consigue que me tiemble aún más el labio. Me duele oír sus elogios cuando sé que quizá acabo de arrebatarnos cualquier posibilidad de salvarlo. Sorbo aire ruidosamente cuando le ofrezco los restos raídos de la brida, extendiéndolos para que vea el daño.

—La tenía en la mano —logro decir, ahogada—. Cuando estaba tratando de apagar el fuego. No pensé… Yo solo…

Lachlan contempla los pedazos de cuero chamuscado en mi mano. Su boca se abre con sorpresa mientras los roza con los dedos. Veo el destello de decepción, y estoy a punto de romper a llorar otra vez cuando él niega con la cabeza, me quita la brida y la arroja lejos.

—No la necesitamos —dice con firmeza.

Me echo hacia atrás, frunciendo el ceño, incluso mientras las lágrimas siguen cayendo.

—¿Cómo que no la necesitamos? Es lo que hemos estado buscando todo este tiempo. ¿Cómo se supone que vamos a salvarte sin la magia de la brida?

Él vuelve a negar, con las palmas aún en mis mejillas, inclinando la cabeza hasta que su mirada se alinea con la mía.

—No la necesitamos —repite—. Tú puedes hacerlo por tu cuenta.

Me quedo paralizada. La confusión me atraviesa de tal forma que hasta se me entreabren los labios.

—¿Qué? ¿De qué demonios estás hablando? Yo no puedo hacer nada. Nada real, al menos. Son solo trucos de feria, ¿recuerdas?

—Sí, eso dije —responde—. Pero mira todo lo que has hecho. Sabías dónde encontrarme. Has venido a por mí. Me has salvado. —Resopla con incredulidad—. Demonios, fuiste tú quien encontró el diario para empezar. Tú, la que descubrió cosas que nadie en mi familia pudo descubrir en siglos. ¿No lo entiendes, Key?

Frunzo el ceño, sorbiendo por la nariz.

—¿Entender qué?

—Eres tú —dice en voz baja, con una sonrisa dulce y unos ojos aún más dulces—. La magia eres tú.

Parece tan seguro cuando lo dice, tan condenada y absolutamente convencido de que no está diciendo disparates como mi cerebro intenta hacerme creer, que por un momento solo puedo quedarme mirándolo con la boca abierta.

—No —balbuceo al fin—. No, yo no puedo…

Me calla presionando su boca contra la mía.

—Sí que puedes —murmura contra mis labios—. Sé que puedes.

Giro la cabeza hacia el borde del claro, donde apenas se distingue el sol empezando a hundirse, y el pánico vuelve a subirme por la garganta.

—No tenemos tiempo —exclamo—. Casi es la puesta de sol. Tenemos que llevarte al lago. Tenemos que…

—No —dice con firmeza—. No voy a ninguna parte, porque sé que puedes terminar esto. Aquí mismo.

Siento cómo las lágrimas vuelven a acumularse en mis ojos, nublándome la vista, y el miedo me oprime el pecho, dejándome helada.

—¿Y si no puedo? —susurro—. ¿Y si no puedo salvarte? ¿Y si fallo?

—No importa —musita, besándome de nuevo con suavidad.

—¿Cómo puedes decir eso?

—Porque —responde— no cambiará lo mucho que te quiero.

Se me escapa un pequeño jadeo, y noto cómo el terror que golpeaba en mi pecho se transforma en una presión cálida que me

llena por dentro, como agua vertiéndose en un cuenco, tan deprisa y en tal cantidad que siento que voy a desbordarme.

—¿De verdad?

—Sí —ríe por lo bajo—. Incluso con tu horrible forma de cantar.

Suelto una risa entre lágrimas y le sujeto las muñecas mientras sus manos siguen sosteniendo mi cara.

—Yo también te quiero.

Y en ese instante lo sé con una certeza absoluta. Claro que lo amo. ¿Qué otra explicación podría haber para esta necesidad que me consume de estar cerca de él, de asegurarme de que pueda seguir estándolo durante muchos años?

—Puedes hacerlo, amor —me anima—. Sé que puedes.

Asiento con fuerza mientras deslizo las manos desde sus muñecas hasta sus mejillas, sosteniéndolo del mismo modo en que él me sostiene a mí. Apoyo la frente contra la suya y trato de acompasar la respiración, inhalando hondo y exhalando despacio, con los ojos firmemente cerrados.

Al principio no sé por dónde empezar. Puedo sentir la energía vibrando a mi alrededor, como si supiera que aún no ha terminado conmigo. La atraigo hacia mí como un manto, tirando de ella hasta que nos envuelve. Dejo que mi mente se llene de pensamientos sobre Sorcha, sobre mi familia, sobre todo lo que nos ha traído hasta aquí, recordando las palabras que ella escribió en el diario de Tavish:

… un día una doncella así caminará este mundo, portará mi magia y tendrá la oportunidad de perdonar. Solo si ella la toma, mi maldición dejará de existir…

—Me mentiste —susurro, recordando lo que me alejó de él en primer lugar, lo que provocó que lo dejara completamente solo.

Él asiente despacio, acariciando mi mejilla con el pulgar.

—Sí, lo hice —responde—. Y, si me lo permites, pasaré el resto de mi vida compensándote por ello.

Siento un pulso en el aire, un zumbido que casi puedo oír. Lo busco con la mente, casi capaz de imaginar su calidez bajo mis dedos. La luz se extingue segundo a segundo, pero, cuando abro los ojos, el espacio que nos rodea brilla con una luminosidad de otro mundo.

Imagino una mano posándose con suavidad sobre mi coronilla, un contacto cálido y alentador que me resulta extrañamente familiar, aunque no esté realmente allí.

Sorcha.

Puedo sentirla aquí, y la emoción me desborda mientras una melancolía extraña me invade al darme cuenta de que nunca podré conocerla. Que nunca podré agradecerle lo que me dio.

Y, sin embargo, siento como si ella lo supiera.

Llevo mis labios a los de Lachlan en un beso apenas perceptible, incitando a esa calidez, a esa luz, a fluir hacia él, a recorrer cada parte de su ser, iluminando hasta los rincones más oscuros, dejando únicamente lo que siempre fue cuando todo se disipe.

Sonrío mientras una oleada de calma asciende dentro de mí, y sé exactamente lo que queda por hacer.

—Te perdono —le digo.

Él me responde con igual fervor cuando el beso se vuelve más profundo. Sus brazos me rodean y me estrechan contra él mientras esa energía vibrante crece y crece y crece, hasta que, finalmente… todo queda en silencio.

Tardo varios segundos en separarme, demasiado feliz de que esté aquí, de que esté bien, pero cuando al fin nos separamos, lo sé. Lo siento.

La maldición ya no existe.

Ambos nos giramos para ver el último rayo de sol desaparecer bajo el horizonte, y cuando se va por completo y quedamos bañados solo por la tenue luz de la luna…, veo que los ojos de Lachlan se llenan de lágrimas.

Se le escapa un sollozo mientras me abraza con fuerza y entierra el rostro en mi cuello, con los hombros temblando bajo el peso de la emoción.

—Gracias —susurra—. Gracias.

Río, aunque el sonido se quiebra al chocar con mi propio nudo en la garganta.

—Supongo que ese truco de feria resultó útil, ¿eh?

—Sí —responde entre risas entrecortadas—. Me alegra que esta vez decidieras salvarme el culo en lugar de prenderle fuego.

Me aparto un poco, incapaz de contener la sonrisa que me cruza la cara. Lachlan luce exactamente igual, creo que está bien.

—Te he salvado, ¿no? Otra vez.

—Sí, lo has hecho.

—¿Quién es la princesa ahora, eh?

—Eh. No vas a dejarme olvidar eso nunca, ¿verdad?

Me inclino y le doy un beso en la mejilla.

—Ni en sueños.

—¿Qué hacemos con ese bastardo de ahí?

Me giro para mirar el cuerpo todavía tendido de Brodie.

—¿Atarlo?

—Con mucho gusto —responde Lachlan, con una sonrisa.

—¿Y el diario de tu antepasado?

Lachlan hace una mueca, casi de desdén.

—Que arda, por lo que a mí respecta.

No sé si estoy de acuerdo, pero supongo que lo entiendo.

—Esto va a ser… difícil de explicar. —Miro el desastre del claro.

—Sí, pero tenemos toda la noche para inventarnos algo —dice Lachlan, levantándose y ofreciéndome la mano para ayudarme a imitarlo—. Ahora que no voy a transformarme, tenemos tiempo de sobra para…

Lo observo quedarse quieto, con los ojos muy abiertos y la boca entreabierta.

—¿Qué pasa? —pregunto—. ¿Qué es?

Sus ojos, enormes, encuentran los míos.

—Mi padre. ¿Crees que…?

—Oh. —El corazón me da un vuelco—. Bueno… solo hay una forma de saberlo, ¿no?

Asiente, entrelazando sus dedos con los míos, y yo elevo una súplica silenciosa.

Aprieto la mano de Lachlan.

—Estará allí —le digo—. Lo presiento.

Quizá, si lo digo en voz alta… tendrá que hacerse realidad.



34

Lachlan

Estoy casi seguro de que Key y yo corremos todo el camino a través de la propiedad. Su mano se aferra con fuerza a la mía mientras me sigue, sin pedirme nunca que reduzca el paso. Con el peso que cargué durante tanto tiempo disipándose en el aire nocturno, correr bajo las estrellas junto a ella casi es como volar. Mis piernas arden y mi corazón golpea con violencia mientras cruzamos los campos y el terreno inclinado, avanzando hacia el lago. Para cuando el agua aparece ante nosotros, brillando bajo la luz de la luna, siento como si el pecho estuviera a punto de estallar por el pesado bum bum que retumba en mi interior.

Puedo oír su respiración agitada a mi lado, pero cuando me vuelvo para mirarla, sus ojos brillan y su rostro está iluminado por una alegría radiante. Sus labios se curvan en una sonrisa, como si todo estuviera ya en su lugar, como si no dudara ni un segundo de que todo saldrá bien. Ojalá pudiera decir que comparto su confianza.

Mis pasos hacia la orilla se vuelven entonces más lentos, incluso cautelosos. Mis ojos rastrean el agua en busca de movimiento, de señales de él. Sé que las probabilidades de que esté aquí, en la cala, son escasas, haya cambiado o no…, pero Key aprieta mi mano cuando me ve fruncir el ceño, y me mira con una expresión alentadora.

—Ha funcionado —me dice.

Le aprieto la mano en respuesta.

—¿Cómo lo sabes?

—Puedo sentirlo —responde, segura.

Quiero compartir esa certeza; al fin y al cabo, ya la he visto hacer cosas increíbles, pero toda una vida de decepciones no se olvida en un instante. Me llevará tiempo aceptar que, al parecer, lo peor ha quedado atrás. Que por fin puedo empezar a avanzar.

El agua ondulante se agita con la ligera brisa que recorre la superficie del lago, siempre inmóvil, siempre silencioso. Casi parece un mal presagio, lo callado que está. Como si fuera la respuesta a una pregunta que me da demasiado miedo formular.

—Podría estar en cualquier parte —dice Key—. Podría haber cambiado en cualquier lugar. Puede que tardemos en encontrarlo.

—Lo sé —respondo—. Tal vez deberíamos haber traído el Rover.

—Aún estamos a tiempo. Podemos volver a por él y empezar a buscar. Tenemos toda la noche.

Mi voz suena demasiado débil cuando pregunto:

—¿Y si no está ahí?

—Estará —me asegura.

Niego con la cabeza, frunciendo el ceño mientras la miro.

—Pero ¿y si no?

—Entonces lo afrontaremos —dice—. Si hubo una solución para ti, también la habrá para él. Y la encontraremos. Juntos.

—No puedo pedirte más.

—No tienes que hacerlo —me dice, llevándose la mano a mi mejilla—. Nunca tienes que pedirme ayuda. Siempre estaré aquí para dártela.

Mis ojos arden mientras inhalo temblorosamente, inclinándome un poco para apoyar mi frente contra la suya. Una vez más pienso que quizá no la merezco. Que resulta casi irreal que no solo haya aparecido en mi vida, sino que quiera formar parte de ella. Mientras viva, pase lo que pase después de este instante, siempre le estaré agradecido por ello.

—Vamos —dice—. Vamos a buscar el Rover y luego podemos…

—¡Eh! ¿Podría pediros que me echarais una mano, si no es mucha molestia?

Mis extremidades se congelan, mi mente se tambalea al oír su voz. Por un instante, creo que lo he imaginado, que quizá solo yo lo he escuchado, pero cuando Key se aparta con una sonrisa enorme en el rostro… sé que no es así.

Ambos nos giramos para ver a una figura que se acerca tambaleándose por la orilla, con las piernas inestables. Como si no estuviera acostumbrado a usarlas. Al principio no puedo moverme. Me quedo mirando al hombre que se aproxima, congelado, con la boca entreabierta y los ojos muy abiertos. Las palabras se desvanecen, casi olvido cómo respirar, y es solo el contacto de Keyanna lo que me devuelve al presente, lo que me recuerda cómo usar los pies.

Doy un paso cauteloso, fijándome en el cabello más largo, el mismo pecho ancho, la sonrisa que a veces persigue mis sueños.

—¿Papá?

Se detiene a unos pasos, inclinando la cabeza mientras me examina, el ceño fruncido. Veo el instante en que todo encaja: su respiración se interrumpe y sus ojos se agrandan.

—No puede ser…

Doy otro paso, y luego otro, y de pronto está ahí. Justo frente a mí, como si nunca se hubiera marchado. Incluso bajo la luz de la luna puedo distinguir las canas en su cabello, las arrugas alrededor de sus ojos y de su boca, pero debajo de todo eso… es el mismo hombre que entró en el lago hace tantos años y nunca salió.

—Soy yo —consigo decir, con la voz rota—. Soy Lachlan.

Sus manos se alzan para sujetarme por los hombros, todavía analizándome como si así pudiera entenderlo. La última vez que me vio, todavía era un niño. No puedo imaginar el impacto de salir y encontrarme convertido en un hombre.

De pronto, me estrecha contra su pecho, sus brazos rodeando mis hombros con fuerza. Siento que se me derriten años encima en ese abrazo, y otra vez los ojos me arden traicioneramente mientras lo correspondo, abrazándolo tan fuerte como quise hacerlo durante tantos años. Cierro los ojos para contener el repentino ardor de las lágrimas mientras me dejo llevar por el momento; durante años creí que nunca tendría esto, que simplemente no estaba destinado para nosotros, pero ahora él está aquí. Está aquí.

—Por Dios… —murmura, apartándose para mirarme de nuevo—. Mírate. ¿Cuánto…? —Sus ojos se encuentran con los míos—. ¿Cuánto tiempo ha pasado?

Desearía no tener que darle esta noticia, y un dolor sordo me atraviesa el pecho al imaginar lo que podría significar para él.

—Han pasado veintiséis años.

—Veintiséis… —Sus ojos descienden hacia nuestros pies y mueve los labios en silencio mientras asimila la información—. Siento como si te hubiera visto ayer.

—Lo siento —consigo decir—. Lamento haber tardado tanto.

Mi padre niega con la cabeza.

—Nada de eso. Estás aquí. Eso es lo que importa. Aunque tendrás que explicarme cómo has resuelto todo esto, porque no tengo la menor idea.

—Bueno… —Miro por encima del hombro—. Si soy sincero, en realidad no ha sido cosa mía.

Mi padre se inclina para mirar detrás de mí, y me giro cuando Key le saluda con la mano.

—Hola —dice—. Encantada.

Noto que evita con mucho cuidado mirarlo directamente, y entonces lo comprendo.

Mi padre está completamente desnudo.

Me encojo de hombros y me quito la chaqueta, tendiéndosela mientras él farfulla un poco y se la ajusta alrededor de la cintura.

—Creí notar un poco de fresco —se ríe.

Tirito en el aire frío sin mi chaqueta y me doy cuenta de que mi habitual temperatura corporal, siempre demasiado cálida, ya no está. Otra señal de que la maldición por fin ha terminado.

—No es exactamente como imaginé que os conoceríais vosotros dos por primera vez —comento, riendo suavemente.

—¿Esta jovencita ha roto nuestra maldición? —dice mi padre, maravillado, pasando a mi lado para observarla bien—. Debes de ser alguien muy especial, muchacha.

—No sé si tanto…

—Sí lo es —la interrumpo—. Es muy especial.

Mi padre sonríe, radiante.

—¿Cómo te llamas, gallinita?

—Mi nombre es… —Me mira un instante, y yo asiento, animándola —. Mi nombre es Keyanna —le dice—. Keyanna MacKay.

Él se echa ligeramente hacia atrás, girando la cabeza para clavar sus ojos en los míos mientras la confusión le inunda el rostro.

—¿MacKay?

—Sí —confirmo—. La misma.

—Una hija de los MacKay… —susurra mi padre. Luego se vuelve hacia Key—. Entonces eso te convierte en…

—La hija de Duncan —concluye ella.

Los ojos de mi padre recorren su rostro, reconociendo sin duda que es cierto. Su garganta se mueve al tragar y asiente con gravedad.

—Sí, tienes su mirada.

—Lo siento mucho —le dice ella—. Por todo lo que pasaste.

—Él se fue por ti, ¿no es así? —dice mi padre, todavía algo aturdido.

Key se tensa un poco, pero asiente.

—Sí, eso creo.

—Sí… —La voz de mi padre suena cargada mientras asiente de nuevo, sorbiendo por la nariz—. Supongo que eso lo explica.

—No creo que él quisiera abandonarte nunca —dice ella en voz baja—. Si no fuera por mí…

—No —la interrumpo—. Nada de eso. No voy a permitir que cargues con ninguna culpa.

Mi padre nos observa a ambos, curioso, antes de dirigir toda su atención hacia ella.

—Yo habría hecho lo mismo, muchacha. Nosotros, los padres… haríamos cualquier cosa por nuestros hijos. —Le da una palmada suave en el hombro—. ¿Y tu padre? ¿Está aquí contigo?

Key aparta la mirada.

—Falleció en primavera.

—Ya veo —dice mi padre, rodeándole los hombros con un brazo y dándole un apretón reconfortante—. Era… un buen hombre. Y parece que crio a una hija excelente. —Asiente, sorbiendo otra vez —. Te lo agradezco, muchacha. Por todo.

—Me alegra haber podido ayudar —dice ella.

—¿Y tu madre…? —me pregunta mi padre—. ¿Ella…?

—Está viva —le digo—. Pero… se marchó. No lo llevó bien cuando te fuiste.

Su rostro se contrae, aunque asiente a pesar de todo.

—Sí. Supongo que será otra cosa que tendré que enmendar. —Mira la chaqueta anudada a medias en su cintura—. Quizá después de encontrar algo de ropa.

Keyanna se ríe a mi lado y la miro con una sonrisa enorme, sintiéndome completamente pleno en este instante.

No añado nada más sobre mi madre; no tengo ni idea de cómo reaccionaría ante esta noticia, pero sé que esta noche no es para hablar de eso. No ahora que acabo de recuperarlo. Tendremos

tiempo de sobra para resolverlo todo después. Eso es lo que Key nos ha dado: tiempo.

La miro de nuevo: sus rizos salvajes moviéndose con la brisa, el verde de sus ojos difícil de distinguir a la luz de la luna, aunque igualmente brillante bajo las estrellas; sus labios curvándose apenas cuando mantengo la mirada en ella, incapaz de mirar a otro lado. Me golpea con fuerza todo lo que me ha dado; no alcanzo a imaginar cómo podría compensarla. Nunca sabré cómo devolverle ni una fracción de lo que me ha entregado, sin pedir nada a cambio, simplemente porque así es ella. Como si fuera una especie de ángel hecho persona, llegado justo cuando más lo necesitaba.

Doy un paso y tomo su mano, entrelazándola con la mía mientras mi rostro se abre en una sonrisa inmensa, una que ella me devuelve al instante. De no estar mi padre a tan solo unos pasos, la estaría abrazando, besándola sin medida, solo para intentar expresar una mínima parte de lo que siento. En cambio, la acerco a mi lado, beso su cabello y aspiro su aroma suave, dejando que me invada la certeza de que podré hacerlo siempre que quiera, en los años que vendrán.

—Eh, ¿y esto? —Oigo la risita de mi padre y, cuando lo miro, tiene los brazos cruzados sobre el pecho mientras nos observa—. Parece que tenéis mucho que contarme, ¿eh?

Key sigue sonriendo cuando la miro, y siento que su alegría se refleja en mi propio rostro, porque las mejillas casi me duelen de tanto sonreír. No recuerdo haber sonreído así antes de conocerla. Mi vida hasta ahora fue un desfile interminable de decepciones, miedo e incertidumbre…, pero no hay nada incierto en lo que siento cuando la veo.

Siempre habrá cosas en este mundo que no llegue a entender, pero una sí la conozco con seguridad: lo que siento por ella. Y sé que, siempre que me pierda, estará ahí, con la mano tendida, dispuesta a guiarme.

Eso, creo, es el tipo de amor que la mayoría de la gente busca, y, sin embargo, el suyo encontró el camino hasta mí.

—Sí —consigo responder por fin, con la voz espesa. Sonrío aún más, incapaz de apartar la mirada de la mujer que me lo ha dado todo sin que jamás tuviera que pedírselo, y siento, por primera vez, que realmente todo irá bien. Mientras ella esté conmigo—. Sí, sí que tenemos mucho que contar.



35

Keyanna

Él sigue dormido cuando me despierto; estiro los brazos por encima de la cabeza antes de girarme de lado y deslizar las manos bajo la mejilla mientras lo observo. Su cabello castaño dorado cae suelto sobre la frente, y su boca, entreabierta, deja escapar un leve ronquido. Sonrío para mis adentros mientras me acerco un poco más; aún resulta una novedad poder despertarme junto a él de esta forma, incluso después de dos semanas haciéndolo. Su cama sigue siendo demasiado pequeña, y acapara la mayor parte durante la noche, pero nada de eso me importa, porque se siente cálido, sólido y presente, y por fin estoy empezando a creer que no va a desaparecer de repente cuando abra los ojos una mañana.

—Me estás mirando fijamente otra vez, ¿verdad?

Mi sonrisa se ensancha y me incorporo sobre un codo, inclinándome para rozar sus labios con los míos.

—Solo estaba pensando en la forma más sencilla de estrangularte con las sábanas que sigues robándome.

—Mujer diabólica —se ríe. Entorna apenas un ojo y su labio se curva en una sonrisa perezosa mientras me examina medio dormido —. No estabas pensando en eso.

—No, es cierto —admito—. Aunque sigues quedándote con todas las sábanas.

Se gira, apoyando la palma sobre mi cadera desnuda, y murmura con suavidad:

—Eso es más intencionado de lo que crees.

Me acurruco contra él y dejo que los ojos se me cierren mientras aspiro su aroma cálido y somnoliento. Me calma un poco, como si aliviara una tensión que ni siquiera sabía que estaba cargando.

—¿Has vuelto a dormir mal? —pregunta.

Asiento contra su pecho.

—Sigo pensando que despertaré y no estarás aquí.

—Eh, amor. No seas tonta. No te librarás de mí tan fácilmente.

Tomo otra bocanada de su olor suave y la suelto en un suspiro lento.

—Hoy trasladan a Brodie.

—Sí —dice—. Lo llevan a Glasgow.

—¿Está mal que… me dé pena?

—No serías tú si no la sintieras —responde, pensativo—. Pero no es culpa tuya lo que ocurrió con él. En todo caso, es más bien mía.

—No fuiste tú quien le prendió fuego —murmuro.

—No, es verdad. Pero no resultó herido de gravedad, y supongo que tengo bastante que ver con que lo enviaran a un pabellón psiquiátrico por ir gritando a todo el mundo que existen los

monstruos. —Su cuerpo vibra con una risa contenida—. Aunque… fue ligeramente cómico cuando empezó a exigir que me desnudara para «demostrar algo» delante del policía.

Le golpeo el pecho con suavidad.

—Estaba claramente fuera de sí. Como si… se hubiera roto por dentro.

—Y ahora recibirá la ayuda que necesita —razona Lachlan—. Pero, en mi caso… perdió toda mi simpatía en el momento en que te apuntó con ese cuchillo.

Siento un destello de rabia ardiente dentro de mí y resoplo.

—Y el imbécil te apuñaló.

—Fue poco más que un rasguño.

Pongo los ojos en blanco.

—Te recuerdo que yo lo vi.

—Sí, sí, ya lo sé.

Lo rodeo con los brazos por la cintura, atrayéndolo hacia mí.

—¿Hablaste con tu padre ayer?

—Hablé —suspira—. Las cosas siguen… tensas entre él y mi madre. Pero al menos ya le habla.

—Tiene que haber sido un shock para ella.

—Supongo.

Le beso el hombro.

—¿Crees que algún día podréis recomponer las cosas entre vosotros?

—Imagino que sí —dice—. Tal vez cuando todo se serene. —De pronto siento su dedo en el lado y chillo, retorciéndome mientras él se incorpora apoyando el puño en el colchón—. ¿Y tú, eh, princesa? ¿Ya has decidido qué harás ahora?

Frunzo el ceño.

—¿Qué quieres decir?

—Bueno, no es que no disfrute de tu compañía, pero tampoco podemos vivir en este cuchitril para siempre.

—¿Ya estás echándome?

—Solo me pregunto qué tendría que hacer para convencerte de que te quedes en un lugar más… permanente. Aquí. En Escocia.

Mi pulso se acelera y noto cómo se me curvan los labios.

—Asentarme, ¿eh?

—Como yo lo veo —dice, serio—, aquí tienes todo lo que necesitas.

—Ah, ¿sí?

Él asiente.

—Oh, sí. —Levanta un dedo—. Tienes a tu abuela y a tu abuelo, para empezar.

—Cierto.

—Está el pub —continúa, levantando otro dedo.

Me cuesta contener la sonrisa.

—Rory y Blair probablemente me echarían de menos.

—Y Bethie —añade—. Te ha cogido muchísimo cariño.

Ahora sí sonrío con todas las ganas.

—¿Solo Bethie?

—Mmm. —Se toca los labios, frunciendo el ceño como si lo estuviera pensando—. Quizá haya alguien más.

—¿De verdad?

Sus labios se arquean.

—Supongo que me gustas. Solo un poco.

—Idiota —me río.

—No creerías que eso iba a cambiar por unos cuantos besos, ¿verdad?

—Visto lo visto, no.

Siento sus labios en mi cabello, su mano envolviendo mi hombro y acariciándolo suavemente.

—Puede que alguien desee con todas sus fuerzas que te quedes —me dice en voz baja—. Puede que incluso esté pensando en ofrecerte un hogar de verdad aquí… si tú quisieras.

Los ojos se me humedecen, por fin de felicidad y no de tristeza o frustración como tantas veces en los últimos tiempos.

—Ya estoy en casa —le digo—. Y no pienso marcharme.

Su voz es suave cuando contesta:

—Alguien se alegra muchísimo de oír eso.

En este instante me siento… llena, como si por fin todo encajara, como si las cosas se calmaran después de haberme sentido tan a la deriva desde la muerte de mi padre. Tal vez sea imprudente imaginar un futuro junto a un hombre al que conozco desde hace apenas unos meses, pero ni siquiera nuestro comienzo accidentado logró apagar lo que sentí por este testarudo que todavía me saca de quicio a veces. Como si lo nuestro hubiera sido inevitable. ¿Y quién dice que no? Mucho de nuestra historia parece predestinado, y aunque el final aún no esté escrito, por primera vez en mi vida no me da miedo lo desconocido. Como si, por una vez, todo fuera a salir como debe.

—Sabes que deberías hacerlo hoy —murmura Lachlan, reventando mi burbuja de calidez—. Lo has ido aplazando durante semanas.

Gimo contra su pecho.

—Lo sé. Solo tengo miedo de cómo vaya a reaccionar. Ya la afectó bastante la «crisis» de Brodie. Si doy ese paso, tendré que contárselo todo.

—Es una mujer fuerte —dice Lachlan—. Podrá con ello.

Y tiene razón. Aunque lo de Brodie afectó a Finlay y a Rhona, mi abuela se mantuvo firme en todo momento. Le duele pensar que Brodie pudiera estar sufriendo sin que ella lo advirtiera, y no puedo evitar sentir un poco de culpa ante la idea de contarle hasta qué punto él perdió el rumbo. Pero Lachlan tiene razón: si alguien puede manejarlo, es ella. Y merece la verdad.

—Lo haré hoy —prometo—. Después del desayuno. Sin más excusas.

—Así me gusta —dice, besándome el cabello. Cuando lo miro, sonríe con picardía—. Y hablando de desayuno…

Pongo los ojos en blanco.

—Sabes que eso es un uso indebido y desagradable de mis habilidades.

—Pero es divertidísimo —replica.

Suspiro, resignada, y me incorporo contra el cabecero para concentrarme. Lachlan se recuesta de lado, expectante, casi como un niño, mirando cómo arrugo la cara mientras me concentro. La bombilla del techo titila un par de veces antes de encenderse por completo, y luego se oye el pitido de la cafetera, que despierta a mi orden y hace que el líquido comience a gotear en el filtro.

—No sé cómo volveré a prepararme el café yo solo después de acostumbrarme a esto —se ríe Lachlan, rodeándome la cintura con los brazos y apoyando la mejilla en mi vientre—. Estás mejorando mucho en controlarlo.

—Es como si, con solo saber que está ahí, fuera más fácil usarlo. Como si siempre hubiese estado esperándome. Ahora que sé qué buscar… no puedo dejar de percibirlo. ¿Suena raro?

—Te recuerdo que hasta hace unas semanas yo me transformaba en un maldito dinosaurio por las noches. A estas alturas podrías sacar alas y salir volando por la ventana, y quizá ni me sorprendería. —Hace una mueca—. Aunque avísame si sientes que eso viene en camino.

Niego con la cabeza.

—No te hagas ilusiones.

—Mmm. —Frota la mejilla contra mi piel desnuda y la aspereza de su barba me provoca cosquillas y un leve estremecimiento de deseo —. Iré contigo. Si quieres.

—Me gustaría —le digo. Paso mis dedos por su cabello, moviéndome un poco cuando otra oleada de deseo me recorre, como casi siempre que él me toca durante mucho rato—. Pero quizá después.

Él levanta la cara, frunciendo el ceño.

—¿Después?

—Ajá. —Pongo mis manos en sus mejillas, guiándolo hacia arriba hasta que queda apoyado en sus manos y mis labios se encuentran con los suyos para buscar un beso. En segundos se vuelve algo mucho más necesitado; otro hábito que estamos creando y que no me molesta para nada—. Después.

Sus labios sonríen contra los míos.

—Estoy a tu servicio, princesa.

Y cuando empieza a besarme con más ímpetu, con su cuerpo cubriendo el mío… ya ni siquiera me molesta el apodo absurdo.

Estoy más que nerviosa cuando entro en la casa principal un rato después del desayuno, con el diario bajo el brazo. Sin embargo, la presencia de Lachlan, caminando justo detrás de mí, atenúa un poco la ansiedad, recordándome que, pase lo que pase aquí, todo irá bien. Mantiene la mano en la parte baja de mi espalda en un gesto de apoyo mientras cruzamos la entrada y seguimos los ruidos de Rhona, que está en la cocina. Al doblar el amplio acceso hacia la cocina la encontramos fregando con furia una olla enorme; se detiene solo para mirarnos tras soltar una retahíla de maldiciones.

—Ay, me habéis asustado —gruñe—. No os he oído entrar.

—Perdona —le digo—. No era mi intención.

Hace un gesto despectivo con la mano, coge la toalla que cuelga del horno y se seca las manos.

—Nada de eso. ¿Tenéis hambre? Puedo calentaros algo.

—No, no —le aseguro—. Ya hemos desayunado.

La boca de Rhona se afina en una línea delgada mientras alza una ceja hacia Lachlan.

—Si hubiera sabido que ibas a robarme a mi única nieta apenas un par de meses después de conocerla, te habría echado de la propiedad mucho antes.

—Estoy dispuesto a negociar un régimen de visitas —responde él, muy serio.

Rhona pone los ojos en blanco.

—No te hagas el gracioso, muchacho. No te pega.

—Tengo abundantes pruebas anecdóticas que dicen lo contrario —me río, sentándome en una de las sillas.

Lachlan resopla al ocupar la de al lado.

—Pura calumnia barata.

—Ajá —replica Rhona. Escondo el diario en el regazo mientras se sirve una taza de té y arquea una ceja—. ¿Quieres una tacita?

—No, gracias —niego con la cabeza—. Ya he tomado café.

—Bien, bien.

Un silencio cómodo se instala mientras Lachlan y yo la dejamos terminar su té, esperando a que se siente al otro lado de la mesa y sople la taza antes de retomar la conversación.

—¿Dónde está Finlay? —pregunta Lachlan.

Rhona emite un gruñido breve.

—El muy terco sigue buscando al becerro que Harriet parió ayer.

—Debió decírmelo —refunfuña Lachlan—. Habría ido con él.

—Creo que quiere un rato de tranquilidad —responde ella. Sus ojos adquieren un aire cansado—. Sigue un poco descolocado con… todo lo ocurrido.

Una punzada de compasión me oprime el pecho. Sé que, por duro que haya sido para ella lo de Brodie, asumir la verdad sobre…, bueno, sobre todo… debe de serlo aún más. Aun así, también sé que puede soportarlo.

—Esperaba poder daros esto a los dos juntos —empiezo con cautela, sacando el diario del regazo y dejándolo sobre la mesa—. Pero quizá sea mejor que lo veas tú primero. A solas. —Pienso en la carta gastada dentro de la portada—. Dadas las circunstancias.

Rhona observa el cuero envejecido con curiosidad, ladeando la cabeza.

—¿Y eso qué es?

—Esto es… —Me quedo callada, mirando el diario mientras mis pensamientos zumban, buscando palabras que abarquen lo que es, lo que significa—. Es algo que creo que deberías ver.

Suelto un respiro tembloroso al sentir cómo regresan los nervios, y Lachlan, notando mi lucha, posa su mano sobre la mía en un apretón tranquilizador. Giro la cabeza y encuentro en su mirada una fe en mí tan clara como el día que me da valor.

—Tú no le tienes miedo a nada, amor —me dice.

Y no, me doy cuenta. Realmente no. Ya no. Incluso con todo lo que perdí…, de alguna manera encontré mucho más.

—Quería decirte que he decidido quedarme —le digo a Rhona, mirándola a los ojos—. Si te parece bien.

Su boca se abre sorprendida, pero no puede ocultar el brillo repentino en sus ojos, ni cómo las arruguitas se juntan cuando aspira temblorosamente.

—¿Eso es lo que quieres, niña? ¿Y qué hay de todo lo que dejaste atrás?

Lo pienso: la casa de mi padre ya está vendida; sus cosas guardadas, los amigos que quedaron en el camino… Sí, hay recuerdos ahí, pero…

—Cuando mi padre murió —respondo con suavidad, entrelazando los dedos—, sentí que todo terminaba. Me sentí… tan sola. Como si no me quedara absolutamente nada, como si no tuviera a nadie. Lo dejé todo atrás y vine aquí esperando encontrar algo que ni siquiera sabía si podría tener de nuevo. —Levanto la cara para mirarla, con una sonrisa rozando mis labios—. Pero sí lo encontré. Contigo, con el abuelo, y con… —Me muerdo el labio al mirar a Lachlan, que me guiña con descaro—. Nunca pensé que volvería a sentir que tenía una familia. No sin él. Pero eso es exactamente lo que siento aquí. No quiero dejar esto atrás. Quiero quedarme y conocerte mejor, echar raíces aquí que pueda dar en herencia a mis hijos algún día.

Quiero asegurarme de que nunca tengan que preguntarse de dónde vienen como me pasó a mí, porque yo estaré ahí para contárselo. Y ojalá tú también.

Los ojos de Rhona brillan ya sin disimulo. Una lágrima resbala por su mejilla. No intenta secarla; en cambio, estira la mano para tomar las mías entre las suyas.

—Dulce muchacha —dice con la voz espesa—. Siempre lamentaré cómo me comporté cuando llegaste. Jamás podré borrarlo. Pero tenerte aquí…, ver a mi Duncan en ti, y también a la persona maravillosa que eres por ti misma…, no lo cambiaría por nada. —Solloza suavemente, asintiendo mientras otra lágrima cae—. Solo quisiera que tu padre estuviera aquí para decirle cuánto lo siento por fallarle. Quisiera decirle que contigo voy a hacerlo mejor. Que jamás volveré a cometer esos errores. Quisiera… —Traga con dificultad—. Quisiera que no se hubiera ido de este mundo con ninguna de las sombras que le dimos.

Mi rostro se ilumina en una sonrisa y mis ojos se nublan mientras intento parpadear para contener las lágrimas que parecen ser parte de mí desde que llegué aquí. No recuerdo haber llorado tanto en mi vida. Asiento, apretando sus manos antes de soltarlas para palmear la tapa del diario.

—Sobre eso…

Respiro hondo, miro a Lachlan una vez más y encuentro fuerza en su asentimiento. Extraigo la carta arrugada de la portada y la deslizo con cuidado sobre la mesa, justo frente a Rhona.

Ella la contempla, frunciendo el ceño.

—¿Qué es esto?

—Es para ti —le digo—. Deberías leerla.

La toma con cuidado, la acerca y entrecierra los ojos, moviendo apenas los labios conforme lee. Y es imposible no notar el momento en que lo comprende: sus ojos se abren, se cubre la boca con la mano mientras las lágrimas caen más libremente. La veo devorar cada palabra, tocando la página con la punta de los dedos, casi con reverencia.

Levanta la mirada hacia mí, con las lágrimas escurriéndole.

—No… no lo entiendo. ¿Qué significa esto?

—Bueno…

Me giro para sostener la mirada de Lachlan un momento más, buscando en silencio una confirmación más de que esto está bien, de que él está de acuerdo con compartirlo absolutamente todo.

—La historia no es solo mía, amor —me dice con suavidad—. Es nuestra.

Le dedico una sonrisa, sintiendo un amor por él que parece más antiguo que el poco tiempo que llevo sintiéndolo. Se siente un hogar. Se siente a un para siempre.

Vuelvo hacia mi abuela y encuentro sus ojos —tan parecidos a los míos— con renovada determinación mientras deslizo el diario hacia ella.

—Pues… tenemos toda una historia que contarte.

Y no por primera vez, siento ese abrumador sentido de calma tocar mi corazón, como la caricia de una mano suave, como el susurro de una voz de hace mucho tiempo —más del que puedo imaginar— diciéndome que todo irá bien.

Porque Lachlan tiene toda la razón. No es solo una historia.

Es la nuestra.



EPÍLOGO

CUATRO AÑOS DESPUÉS

Lachlan

—Nada de eso —digo, deteniendo su regordeta manita cuando intenta tocar el cristal de colores—. No lo toques todavía. Mira, se está secando.

—Itos co-ores —responde con su adorable vocecita.

—Sí, son muy bonitos, amor —concuerdo mientras me agacho para sujetarla por la cintura y sentarla a mi lado—. Pero también es muy, muy viejo.

—*Vejo* —repite, muy seria—. No toca.

Sonrío y rozo con el dedo la punta de su naricita, salpicada de pecas. Revuelvo sus rizos rojos y salvajes, y la risita que suelta es el

sonido más dulce del mundo. A veces no puedo evitar quedarme mirándola: esta pequeña vida con los rizos de su madre, mis ojos azules y un carácter tan fogoso que bien podría venir del mismo diablo. Me siento inmensamente agradecido de tenerla, después de tantos años convencido de que algo así no estaba en mi destino.

—¿Papá…?

Niego suavemente, apartando mis pensamientos mientras le sonrío.

—Perdona, princesa. Es que eres tan bonita que a veces no puedo evitar quedarme embobado mirándote.

Se ríe otra vez, apoya la carita en mi hombro y me rodea el cuello con sus bracitos. Cierro los ojos para aspirar el suave aroma de su champú, sintiendo el latido de su corazón contra el mío y preguntándome cómo he podido tener tanta suerte.

—Ah, ahí estáis —dice la voz exasperada de mi esposa—. ¿Qué hacéis? La gente no tardará en llegar.

—Le estaba enseñando a esta peque su cuarto nuevo —respondo, señalando la ventana que instalé ayer—. Creo que ya le ha dado su aprobación.

—Más le vale, después de que casi hizo falta un milagro para sacarla de una pieza —se ríe Key, acercándose para rozar su nariz con la de nuestra hija—. Le encantará mirarla desde su cama de niña mayor.

—Tu madre es una terca —le digo a la pequeña—. De ahí has sacado ese genio.

—Mami —llama, extendiendo los bracitos regordetes.

—Ven aquí, preciosa —canta Key, tomándola en brazos—. ¿Lista para el pastel?

Sorcha aplaude con entusiasmo, con la carita iluminada.

—¡Pastel!

—Bueno, esa palabra sí que la pronuncia perfectamente —me río.

—Porque es una genia —dice Key con dulce orgullo—. Eso lo ha heredado de mí.

—Ah, ¿sí?

—Obviamente —responde, besándole una mejilla redondita—. Hoy alguien cumple dos años. ¿Sabes quién?

Otra carcajada, más aplausos.

—¡Sorcha!

Veo cómo los ojos de Key se suavizan y cómo me mira con una sonrisa cargada de emoción, maravillándose de lo mismo que yo: que tengamos esto, contra todo pronóstico. Que estemos aquí.

—Así es —susurra Key—. Mi dulce Sorcha.

—¡Hola! ¿Hay alguien en casa?

—Ese es tu abuelo —le digo al oír la voz de Finlay.

Sorcha enseguida empieza a retorcerse para que la bajen y sale corriendo con sus pasitos apresurados para recibirlo.

—¡Abu!

—Pero mírate —Finlay casi se atraganta, agachándose para levantarla—. ¿Has crecido, muchachita? ¡Estás enorme!

—Yo dos, abu —responde Sorcha, casi regañándolo.

—Entonces no eres demasiado mayor para que te haga cosquillas, ¿eh?

Empieza a hacerle cosquillas y ella se retuerce entre carcajadas. Apenas abro la boca para advertirle cuando Sorcha suelta un chillido más fuerte y, con un suave pop, el cuarto queda sumido en la oscuridad.

Finlay se queda quieto, sosteniéndola frente a él, sorprendido.

—Bueno, eso es nuevo.

—Sí —dice Key, divertida—. Al menos no ha roto nada. Deberías ver lo que pasa cuando llora.

Los ojos de Finlay se humedecen.

—Ay… Va a crecer antes de que nos demos cuenta.

Rhona aparece entonces, empujando la puerta y frunciendo el ceño.

—No quieras apresurarle la vida, Finlay. Deja que la niña sea niña un poco más. —Su expresión, normalmente severa, se ilumina en cuanto Sorcha le tiende los brazos. La toma y la cubre de besos mientras la pequeña ríe—. Mi niña preciosa. ¡Qué especial eres! Te he echado de menos.

—La viste ayer —señalo.

Chasquea la lengua sin dignarse a mirarme.

Key levanta la vista hacia el techo, concentrándose, y la luz parpadea antes de regresar.

—¡*Ooota* vez! —pide Sorcha—. ¡Mami, *ota* vez!

Key sonríe con picardía, le guiña un ojo y apaga la luz de nuevo… para encenderla cuando saca la lengua.

—Ya está bien de presumir —refunfuña Rhona—. Algunas tenemos que levantar estos huesos viejos si queremos encender o apagar una luz.

—Un sufrimiento insoportable —suspiro, ganándome un pellizco en el lado por parte de mi mujer.

—¡Hola! ¿Nadie va a ayudarme a meter esta maldita cosa? ¡Es grande que te cagas!

Key pone los ojos en blanco y sale corriendo, seguramente para regañar a Rory por saltarse su norma de no soltar palabrotas delante de Sorcha.

—La casa va quedando estupenda —dice Finlay—. ¿Ya casi termináis?

—Sí —respondo—. Ayer mi padre y yo rematamos la ventana del cuarto de Sorcha.

Finlay sonríe.

—Diría que estaréis encantados de sacarla de vuestra cama, pero algo me dice que la echaréis de menos.

—Habrá que acostumbrarla poco a poco —digo—. Para que no se sienta abrumada.

—Oh, claro —se ríe Rhona—. Todo sea por el bienestar de la niña, ¿verdad?

Finlay levanta la vista de hacerle cosquillas a Sorcha en el costado.

—¿Cómo está tu padre?

—Bien —respondo—. Él y mamá no tardarán en llegar.

—Ya era hora de que la convenciera para volver —murmura Rhona antes de mirarme con curiosidad—. ¿Y cómo te llevas tú con ella?

—Estamos… bien —contesto, sorprendido al comprobar que lo digo sinceramente.

Llevó mucho tiempo que mi madre y yo encontráramos el camino de vuelta a una relación, pero el regreso de mi padre abrió la puerta a todo lo demás. No fue fácil para ella; perdió una parte de sí misma cuando él desapareció en el lago hace tantos años, y creo que solo ahora empieza a recuperarla. Puede que nunca volvamos a ser lo que fuimos, pero tengo tantas cosas buenas en mi vida que no puedo lamentarme por lo que no tengo.

Rhona asiente.

—Bien. Perfecto. No quisiera verme obligada a ponerla en su sitio.

—Mejor para todos —me río.

Dos cabezas rubias idénticas se asoman por la entrada, empujándose para pasar.

—¿La fiesta va a ser en este cuarto vacío? Tenemos pastel y de todo esperando.

—Y C-E-R-V-E-Z-A —susurra Rory, mirando a Sorcha.

Aparece Key y le da un manotazo en la parte de atrás de la cabeza.

—No has traído alcohol al segundo cumpleaños de mi hija.

—¡Es una ocasión especial! —protesta él.

Key lo fulmina con la mirada, y Blair lo aparta con suavidad, dedicándole a Key una sonrisa de disculpa.

—Guardaremos…, eh, las bebidas para cuando la niña ya esté dormida, ¿de acuerdo?

—Será mejor que vaya a ver que no rompan nada —suspira Rhona mientras devuelve a Sorcha a los brazos de Key—. Finlay, ve a por los regalos al coche. Alzo una ceja.

—¿Regalos?

—No quiero oír ni una queja sobre cuántos —grita Rhona mientras se aleja por el pasillo.

Finlay se inclina hacia mí y baja la voz.

—Intentará echarme la culpa de la cantidad, pero créeme: ha sido cosa de tu abuela por completo.

—¡Finlay!

Él se lleva un dedo a los labios, pidiéndome silencio, y sale tras Rhona hacia el coche, dejándome a solas con Key y Sorcha.

Los ojos de Key recorren el cuarto, satisfechos.

—Ahora sí parece terminado.

—Sí —respondo—. Mañana pondré sus muebles.

—No sé si estoy preparada para pasarla a su propia cama.

—Lo sé, amor —suspiro, acercándome para besarle la frente—. Pero así son los niños: siempre crecen cuando no estamos mirando. —Bajo la cabeza para darle un beso a Sorcha y me detengo un momento para aspirar su dulce olor—. Pero siempre serás nuestra princesita, ¿verdad?

—No puedo creer que haya permitido que la llames así —murmura Key.

Suelto una risa.

—Vamos, cariño. No estés celosa. Tú sigues siendo la princesa de mi corazón.

—Mami princesa —declara Sorcha—. Yo princesa también.

—Sí —le digo—. Así es.

—¿Puedo comer pastel ya?

—Bueno, todavía no es hora… —empieza Key, pero se interrumpe al oír pasos a nuestra espalda.

—Lachlan —dice mi padre, dándome una palmada en el hombro —. Oye, esto ha quedado increíble. ¿No te parece, amor?

La pequeña figura de mi madre aparece a su lado en la entrada; sus rasgos todavía me resultan un poco ajenos después de tanto tiempo sin verla. Su cabello rubio pálido está recogido en un moño, y sus ojos azul claro —idénticos a los míos— examinan la estancia.

—Sí, hijo, es precioso —dice. Luego se vuelve hacia mí con una cautela que el tiempo no ha logrado borrar del todo, incluso después de años tratando de reconciliarnos. Como si temiera que la

rechazara en cualquier momento—. ¿Fue muy difícil sacarlo del viejo castillo?

—Como un grano en el culo —bufa mi padre.

Key le da un codazo.

—El lenguaje.

—Perdón, muchacha —se corrige él, algo avergonzado. Entonces repara en Sorcha y su rostro se ilumina—. ¡Y aquí está la cumpleañera! Ven aquí, mi niña.

Mi padre toma a Sorcha, que se retuerce emocionada, y frota su nariz contra la suya. Todavía se me encoge el pecho al verlos juntos: una imagen que durante años creí imposible.

—Y aquí está la abuela Greer —añade mi padre, volviéndose hacia mi madre. Los rasgos habitualmente tensos de mamá se suavizan al contemplar a Sorcha; nuestra hija tiene ese extraño poder.

—Hola, cariño —dice ella con ternura—. Feliz cumpleaños.

—¡Tengo dos!

Su expresión se ilumina por completo.

—Sí, cariño. Así es.

—Bueno —interviene mi padre—. ¿Por qué no vamos a buscarte algo dulce?

—No dejes que se atiborre de porquerías antes del pastel —advierte Key.

No puedo evitar reír.

—Técnicamente, el pastel también es una porquería, amor.

—Nadie ha pedido tu opinión —refunfuña.

Mi padre se aleja con Sorcha, dejándonos a mi madre, a Key y a mí en el cuarto. Mamá vuelve a mirar alrededor, con una emoción contenida en los ojos. Puedo verlo con claridad: cuánto le queda aún

por sanar. Sé que años de dolor no se borran tan fácilmente. Pero me calienta el corazón ver que lo intenta.

Apoya una mano en mi hombro y lo aprieta con suavidad.

—Ha quedado increíble, hijo.

—Gracias —respondo, cubriendo su mano con la mía.

Ella la retira solo para posar una palma en la mejilla de Key y la otra en la mía, sonriendo con ternura.

—Estoy muy orgullosa de vosotros. Gracias por permitirnos compartir un día tan especial.

—Nos alegra que estéis aquí —dice Key, y siento que vuelvo a enamorarme de ella.

Mamá asiente despacio, nos sonríe una vez más y dice algo sobre ir en busca de papá antes de marcharse, dejándonos solos en el cuarto de Sorcha.

—Será mejor que vaya a cambiarle la ropa —dice Key, frunciendo el ceño—. Tengo algo que podremos sacrificar cuando inevitablemente se manche. —Me mira—. ¿Puedes sacar el helado para que se ablande un poco?

—Claro —respondo—. Voy en un minuto.

Ella cierra la distancia entre los dos, levantando su boca hacia la mía, y aunque llevo ya tanto tiempo con ella, sentir sus labios sigue siendo igual de transformador que la primera vez. Sus besos significan tanto como al principio e incluso más: ahora son para rodillas raspadas, para la hora de dormir, para ratos robados en el sillón y para todos esos momentos encantadoramente normales que no tendría si no fuera por ella.

Y no hubo un solo momento en que haya dejado de maravillarme de ella.

—Te veo en un minuto —susurra contra mi boca.

Mis labios se curvan sobre los suyos.

—Sí, en un minuto.

Veo a Key salir del cuarto a buscar a nuestra hija, sintiendo esa sensación de que mi corazón entero se va con ellas cuando se alejan demasiado. Doy otra vuelta por el cuarto terminado de Sorcha, pensando en los recuerdos que ella creará aquí, que crearemos aquí, nuestro nuevo hogar en las tierras Greer que habían estado abandonadas durante tanto tiempo.

La ventana fue la pieza final. Dudé cuando Key sugirió trasladarla, consciente de lo delicado del proceso, pero con su magia y mucho cuidado, ahora descansa aquí, vigilando a mi hija del mismo modo en que me vigiló a mí cuando era niño. Espero que, mientras crezca, le recuerde de dónde viene y que, cuando sea lo bastante mayor para escuchar toda la historia de cómo llegó al mundo, esa ventana sea también un recordatorio de que ella misma elegirá hacia dónde ir.

No eres quien eres por de dónde vienes; eres quien eres por hacia dónde eliges ir.

Las palabras de Key siguen arraigadas profundamente en mi corazón, tan reconfortantes hoy como la primera vez que me las dijo, cuando más las necesitaba.

Quizá sea la celebración del cumpleaños de Sorcha lo que me pone tan sentimental, o tal vez es solo que estoy tan malditamente agradecido por lo que tengo… pero no puedo evitar enviar un agradecimiento silencioso a otra Sorcha, esperando que, dondequiera que esté, sepa que, aunque un Greer casi le arrebató la

vida una vez, al final ella terminó devolviéndosela a uno. Espero que sepa que cuidaré de su familia, que nunca los daré por sentados.

Porque ahora también son míos.

AGRADECIMIENTOS

Amigas y amigos, recuerdo perfectamente el momento exacto en que se gestó este libro. Mi agente me preguntó en qué propuesta paranormal podría trabajar, y recuerdo haber planteado vampiros. Cuando me dijo que necesitábamos algo «más fresco», bromeé diciendo: «¿Y si el Monstruo del lago Ness fuera un humano maldito y no solo un monstruo?». Primero me sorprendió su respuesta: «Un momento…», y más aún cuando a la gente de Berkley le gustó la idea. Después de todo este tiempo, no puedo creer que esto sea lo que terminamos creando: algo con lo que me divertí muchísimo mientras escribía y de lo que estoy realmente orgullosa.

Claro, es un libro tonto que explora la posibilidad de que el monstruo del lago Ness sea un hombre guapo y maldito… pero también me retó de formas nuevas, amplió mis límites creativos e incluso me inspiró a seguir por este camino, de cierta manera. (Pero hablaremos más de eso después. *guiño*)

Como siempre, hubo mucha ayuda para que este concepto críptico se convirtiera en realidad, así que, sin ningún orden en particular, me gustaría agradecer a:

Cindy Hwang, mi fabulosa editora y, como yo la llamo, mi mamá editorial: no podría pedir a nadie mejor para empujarme de las mejores maneras (y para animarme a incluir más *monster smut*). De verdad, es única, y estoy muy agradecida por ella.

A mi increíble agencia y a mi agente, Jessica Watterson, quien aportó gran parte de la ayuda de la que hablaba antes, soportando los mensajes insistentes de una autora neurótica (léase: yo). Puede que se arrepienta de haberme dado su número, pero yo jamás me arrepentiré de haber firmado con su maravillosa forma de brindar compañía, comprensión y apoyo. (Y un saludo especial a «Money Daddy», también conocida como Jennifer Kim, por enviarme mis correos favoritos).

A mis Bejeweled Babes™, Jessica Mangicaro y Kristin Cipolla (y un saludo especial a la nueva BB, la pequeña Cipollina, que sin duda crecerá para ser tan increíble como su madre), que siempre responden a mis preguntas tontas, me levantan el ánimo cuando más lo necesito y, honestamente, son unas malditas rock stars en su trabajo. Os adoro, chicas.

Al fantástico equipo de arte, por crear siempre cosas increíbles, y, en general, a todo el equipo de Berkley por ser tan extraordinarios en lo que hacen. Sé por experiencia que no es fácil sacar un libro al mundo, pero sois tan buenos en lo que hacéis que casi conseguís que parezca fácil. Un reconocimiento especial a Rita Frangie Batour, que me dio el lomo escocés de mis sueños en la edición original (¿visteis ese pequeño candado en forma de corazón? UNA GENIA, os lo digo), y a Monika Roe por lo que quizá sea mi portada favorita hasta ahora (¿digo eso cada vez?).

A Blair, la chica escocesa a la que menciono en mi dedicatoria, que no solo hizo de lectora beta y revisó que las expresiones escocesas fueran correctas, sino que además, como ya dije, me perdonó por ponerle un pene a Nessie. (¿Es un buen momento para decir que sé que no es «correcto»? Me tomé algunas libertades). Mil gracias, amiga.

Y luego están las personas a las que tengo la suerte de llamar no solo animadoras, sino también amigas, sin ningún orden en particular:

Kristen (Daddy), que siempre tiene una mano metafórica sujetando la mía y la otra en mi frente mientras lloro por cualquier «tontería» (palabra que ella utiliza con cariño cuando, por ejemplo, me machaco a mí misma). El universo sabía que te necesitaba y te trajo a mi vida.

Ruby Dixon, por recordarme constantemente que no estoy perdiendo la cabeza y por dejarme molestarla sin descanso para que me envíe su nuevo material en cuanto lo termina (soy fan primero y amiga después, que quede claro). Siempre agradecida de que Cindy nos uniera como si fuéramos dos niñas en una cita de juegos.

Elena Armas, por aquella nota de voz de veinte minutos sobre cuánto amó este libro y por ser un auténtico ángel en general. Es algo especial cuando te haces amiga de tus autoras favoritas, y yo tengo tantas que me siento especialmente afortunada. (Elena, te voy a mandar el libro de Jack, y, como agradecimiento, él ES tuyo).

Kate (Golden, esposa), que no solo me convirtió en lectora de romantasy, sino que después se transformó en una de mis mejores amigas. Escribir la reseña promocional de tu libro fue una de las mejores decisiones que he tomado, porque te trajo a mi vida (y

también trajo a Jack, que merece una mención porque nunca sobra tener un maridastro).

Keri, mi hermana elegida: gracias por decirme siempre cuándo estoy siendo absurda, por compartir memes aún más absurdos y por cualquiera de las miles de cosas que haces por mí cada semana (aunque sea buscar algo en Google porque a mí me da flojera hacerlo). Eres mi favorita.

A Sophie, por decirme qué era un *limpet* y hacer que se vuelva una de mis nuevas palabras favoritas, tanto que tuve que regresar corriendo a meterla en el libro. (Y por ser siempre tan encantadora).

A las lectoras beta y al *cream chat* (no preguntéis): Kristen, Kate, Keri, Vanessa, Amber. Sí, os obligué a haceros amigas entre vosotras y conmigo, pero miradnos ahora. ¿Quién lo habría imaginado? No solo sois mis lectoras beta, sino también mis amigas, y eso me parece algo hermoso y raro, en mi opinión. (Un saludo especial a Vanessa, por tener siempre un colchón hinchable listo para mí y por acompañarme mientras compro figuras de anime que no necesito).

A Dan, que milagrosamente no necesitó que la convenciera para leer *este monster smut*, como sí pasó con *Amor animal*. Después de más de quince años de amistad, me alegra comprobar que por fin estás aprendiendo que yo siempre tengo razón. Te quiero, incluso cuando eres tan terca como yo.

Un agradecimiento especial a todas las bookstagrammers, blogueras, periodistas, BookTokers, bibliotecarias y reseñistas que siguen haciendo esto posible. Agradezco cada comentario, cada mención, cada TikTok, cada publicación. Gracias a vosotras y vosotros puedo ver el cariño por mis libros en tiempo real, y eso es algo muy especial.

En esa misma línea: a las LECTORAS y LECTORES. Vosotras y vosotros seguís haciendo mi sueño realidad. VOSOTRAS Y VOSOTROS habéis hecho esto posible. Sin vuestro apoyo, nada de esto existiría, y jamás podré expresar plenamente mi gratitud.

Y, por último, pero para nada menos importante, a mi marido, que nunca duda en decirme cuándo estoy siendo una neurótica insoportable, que me impulsa cuando lo necesito y me abraza cuando más falta hace. Te quiero. Es fácil escribir sobre el amor cuando ya has encontrado a tu para siempre.

SOBRE LA AUTORA

Lana Ferguson es una autora bestseller de *USA Today* y una *nerd sex-positive* cuyos libros nunca evitan el picante ni la actitud. A los quince años, una gastada portada de Fabio cayó en sus manos, y desde entonces nunca volvió a ser la misma. Cuando no está escribiendo, puedes encontrarla cantando al azar canciones de musicales, discutiendo sobre qué Batman es superior y sometiendo a sus amistades a las ediciones extendidas de *El Señor de los Anillos*. Lana vive principalmente dentro de su propia cabeza, pero a veces se la puede ver persiguiendo a su corgi en los bosquecillos del gran paisaje estadounidense.

VISITA A LANA FERGUSON EN LÍNEA

LanaFerguson.com
Lana-Ferguson-104378392171803
LanaFergusonWrites

Índice

1. Keyanna
2. Lachlan
3. Keyanna
4. Lachlan
5. Keyanna
6. Lachlan
7. Keyanna
8. Lachlan
9. Keyanna
10. Lachlan
11. Keyanna
12. Lachlan
13. Keyanna
14. Lachlan
15. Keyanna
16. Lachlan
17. Keyanna
18. Lachlan

19. Keyanna
20. Lachlan
21. Keyanna
22. Lachlan
23. Keyanna
24. Lachlan
25. Keyanna
26. Lachlan
27. Keyanna
28. Lachlan
29. Keyanna
30. Lachlan
31. Keyanna
32. Lachlan
33. Keyanna
34. Lachlan
35. Keyanna
Epílogo. Lachlan
Agradecimientos
Sobre la autora

Título original: *Under Loch and Key*
Traducción del inglés: María Eugenia Blanco
Ilustración de portada: Monika Roe
Diseño de portada: Rita Frangie Batour
Conversión a formato digital: Estudio eBook

Edición revisada y adaptada

Primera edición: mayo de 2026

© 2024, Lana Ferguson
© 2026, VR Europa, un sello de Editorial Entremares, S.L.
Balmes 188, 08006 Barcelona - **www.vreuropa.es**

Esta edición se publicó mediante acuerdo con Berkley, un sello de Penguin Publishing Group, una división de Penguin Random House

Todos los derechos reservados.
Prohibidos, dentro de los límites establecidos por la ley, la reproducción total o parcial de esta obra, el almacenamiento o transmisión por medios electrónicos o mecánicos, las fotocopias o cualquier otra forma de cesión de la misma, sin previa autorización escrita de la editorial.

ISBN: 979-13-87601-99-7

EUROPA

Seguinos

VReuropa

Índice de contenido

Cubierta
Sobre este libro
Sobre Lana Ferguson
Portada
Dedicatoria
1. Keyanna
2. Lachlan
3. Keyanna
4. Lachlan
5. Keyanna
6. Lachlan
7. Keyanna
8. Lachlan
9. Keyanna
10. Lachlan
11. Keyanna
12. Lachlan
13. Keyanna
14. Lachlan
15. Keyanna
16. Lachlan
17. Keyanna
18. Lachlan
19. Keyanna
20. Lachlan
21. Keyanna

22. Lachlan
23. Keyanna
24. Lachlan
25. Keyanna
26. Lachlan
27. Keyanna
28. Lachlan
29. Keyanna
30. Lachlan
31. Keyanna
32. Lachlan
33. Keyanna
34. Lachlan
35. Keyanna
Epílogo. Lachlan
Agradecimientos
Sobre la autora
Índice
Créditos


Cubierta